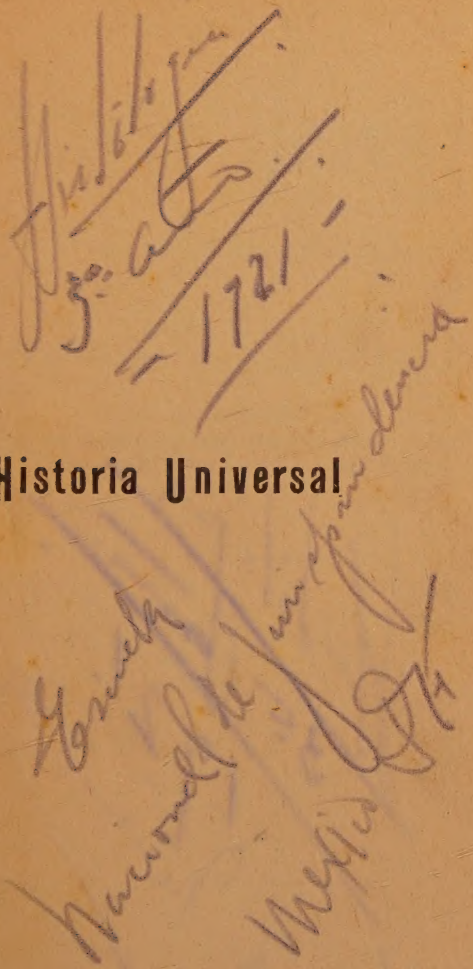
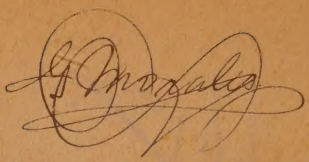
Cesar Cantú

Historia Universal



Historia Universal



Esta edición es propiedad de los editores

César Cantú

Historia Universal

Traducida y continuada hasta nuestros días

POR

Joaquín García - Bravo

Doctor en Filosofía y Letras

Edición novísima modificada con arreglo á los más recientes descubrimientos históricos é ilustrada con profusión de dibujos en colores debidos á los reputados artistas Doré, Tussell, Pursals y otros

---

TOMO V

GASSÓ HERMANOS, Editores
DIPUTACIÓN, 286.—BARCELONA

Imp. Gassó Hermanos. — Barcelona

LIBRO CUARTO

GUERRAS PÚNICAS. 323 Á 154 A. DE J. C.

SUMARIO:

SUCESORES DE ALEJANDRO.—La Siria y los Seleucidas.—Los Lagidas en Egipto.—Macedonia y Grecia.—Magna Grecia.—CARTAGO.—Primera guerra púnica.—Segunda guerra púnica.—Guerra de los romanos en Europa y en Asia.—Interior de Roma. Los aqueos y la segunda guerra macedónica.—Consecuencias de esta guerra.—LOS HEBREOS.—Sumisión de la Grecia y decadencia de la Siria.—Tercera guerra púnica.—Literatura griega.—Bellas artes y ciencias.—Filosofía.—Arte del dibujo.—Cultura de los romanos.—LA CHINA: el país y sus habitantes. Tiempos remotísimos. Consideraciones sobre las antigüedades de la China.—Primera, segunda y tercera dinastía.—Lao-Tsé.—Confucio.—Constitución.—Escritura é idioma.—Arte y ciencias.—Literatura.—Costumbres.—Epílogo.

CAPITULO PRIMERO

SUCESORES DE ALEJANDRO

"Después que Alejandro, hijo de Filipo, rey de Ma-"cedonia, hubo derrotado á Darío, rey de los persas y "de los medos, tomado las ciudades mejor fortificadas y "condenado á muerte á los reyes de la tierra, llegó "triunfalmente á los confines del mundo, se enriqueció "con los despojos de una multitud de pueblos y la tierra "enmudeció ante él. Reunió inmensas fuerzas, y con su "ejército, dotado de indomable valor, se hizo dueño de "naciones y se apoderó de príncipes que pasaron á ser "tributarios suyos, y su corazón llegó á henchirse de or-"gullo. Después cayó enfermo, y como hubiese notado "que su fin estaba próximo, llamó á su presencia á los "grandes de la corte que se habían criado con él desde

"su juventud y repartió entre ellos su reino (1)." Al momento de morir exclamó: *Dejo mi imperio al más fuerte, pues preveo que mis amigos celebrarán mis funerales con las armas en la mano y con fúnebres combates.*

En efecto, el mismo día en que agonizaba y en que dió á besar su mano á los soldados, los de infantería y los de caballería estuvieron á punto de llegar á las manos á las puertas de Babilonia (2), y después cuando á los dos días, sus amigos reunieron en consejo de guerra á los primeros jefes del ejército, acudieron multitud de soldados y gente del pueblo, y muchos que no estaban convocados entraron tumultuosamente en la asamblea, ejerciendo el antiguo derecho de los macedonios de deliberar acerca de todas las cosas de interés común. Perdicas puso sobre el trono de Alejandro las insignias reales y el anillo del héroe, declarando que renunciaba al poder que al entregarle estos objetos había parecido conferirle; que el imperio necesitaba un jefe y que hallándose Rojana en cinta, si daba á luz un niño, éste debía suceder á su padre. Nearco aprobó que pasase la diadema á un descendiente de sus reyes; pero manifestó que era muy urgente nombrar un jefe sin aguardar el incierto alumbramiento de Rojana, por lo cual propuso para el mando á Hércules, hijo de Alejandro y de la bailarina Barsine; pero la falange desaprobó la proposición, haciendo sonar sus armas. Tolomeo era partidario de establecer una regencia que gobernase hasta que hubiera un príncipe que pudiera encargarse del mando; otros designaban á Perdicas como rey; por fin Meleagro propuso á Arideo, hermano natural de Alejandro, y la falange, adicta á la raza de sus reyes y

---

(1) MACABEOS, líb. I, cap. I.

(2) DIODORO DE SICILIA que bebió en la obra de JERÓNIMO DE CARDIE, escritor contemporáneo, nos procura la principal base del relato de los hechos de esta época en sus libros XVIII, XIX y XX. ARRIANO había escrito la historia de los sucesores de Alejandro; pero se ha perdido, salvo algunos fragmentos conservados por FOCIO. Nos hemos valido también de PLUTARCO en las *Vidas de Eumenes*, *de Demetrio* y *de Focio*; de JUSTINO en el libro XIII y de algunos otros que han sido examinados y explotados por MANNERT, *Historia de los sucesores de Alejandro*; Leipzig, 1787. Véase también, CHAMPOLLIÓN FIGEAC, *Annales des Lagides*, París, 1819. DROYSEN, *Geschichte Alexander des Grossen*, Berlín, 1832. FLATHE, *Gesch. Macedoniens und der Reiche welche von macedonischen Koenigen beherrscht wurden*; Leipzig, 1832-34; 2 t. en 8.º

al nombre de Filipo que éste había tomado, aprobó la elección con grandes gritos de alegría, á pesar del descontento de los generales, cuyo único pensamiento era apoderarse de la autoridad con exclusión de los demás.

Al propio tiempo que se llevaban los restos del héroe macedonio al templo de Júpiter Ammón (1) con la pompa de las exequias preparadas con dos años de trabajos, trataban ya sus amigos de exterminar á su familia y de repartirse los despojos. A fuerza de manejar la espada en los combates, habían adquirido esa necesidad de acción que no puede satisfacerse sino en la embriaguez de lucha, y privados de un fin común y de un jefe que la moderase, era fácil preveer sus sangrientas disensiones.

(Familia de Alejandro.)

De la familia de Alejandro quedaban su viuda Rojana, la cual dió á luz tres meses después un niño heredero del nombre de su padre y del imperio; Hércules y Arideo, hijo y hermano naturales de Alejandro; su cruel y orgullosa madre Olimpia; su hermana Cleopatra, viuda también; la astuta Euridice, hija de Ciana, su tía, casada después con Arideo, y por último, Tesaloníca, hija de Filipo, que se casó con Casandro de Macedonia.

(Sus generales.)

Cratero, uno de los generales más antiguos, hallábase á sazón ausente, lo mismo que Antipatro, otro resto de la corte de Filipo. Este príncipe lo había elevado á los primeros honores y tenía en él tal confianza, que una vez exclamó: *Dormí profundamente porque velaba Antipatro.* Alejandro le tenía en tan buen concepto que no sólo le confió la Macedonia, sino toda la Grecia, sin embargo de que la menor sublevación de ésta habría podido interrumpir los triunfos del ejército del Asia; pero Antipatro, fiel á su rey, sin ser su esclavo, conservó

---

(1) Diodoro describe (libro XVIII, cap. XXVI-XXVIII) la carroza fúnebre de Alejandro, así como la pompa de sus exequias, cuyos preparativos duraron dos años. Muchos eruditos han empleado sus luces ocupándose de este singular monumento para dar de él la mejor explicación posible, es decir dibujándolo; pero haciendo caso omiso del marqués Poleni y del conde de Caylus, que se ocuparon de él antes de que nuestra época hubiese desenterrado tantas antiguedades griegas, Sainte-Croix lo reconstituyó también, de distinto modo que lo hizo Quatremere de Quincy, cuya descripción y dibujo puede verse en las *Memoires de l'Institut de France*, t. IV.

el aprecio de Alejandro, mientras éste vivió. Muerto el monarca, el anciano militar se veía obligado por la necesidad á sostenerse en el poder con la familia real, ó á caer con ella. Los demás generales que quedaban eran Leonato, Lisímaco, Aristón, Perdicas, Tolomeo, Peucesto y Pitón; célebres ya en tiempo de Alejandro; y Eumenes, Meleagro, Antígono y Seleuco que se hicieron famosos en las disensiones que se originaron á la muerte del conquistador. Perdicas, que sobresalía entre todos por su nacimiento, por su categoría y por la confianza que habían puesto en él Alejandro y los nobles, tomó la regencia en nombre del príncipe que había de nacer, en tanto que Meleagro con Atalo, sostenido por los votos de la falanje, se decidía por Arídeo, príncipe débil de cuerpo y ánimo, en cuyo nombre mandaba á su antojo, lo cual hizo que se pasasen al partido de Perdicas, Antípatro y Cratero.

(Primer reparto,)

Perdicas logró deshacerse de Meleagro y de los suyos, mandó una vez más que fuesen aplastados por los elefantes 300 soldados; y con el fin de que cada general pudiese satisfacer su ambición, repartió entre ellos varios reinos, en apariencia para que los administrasen, pero en realidad para que los gobernasen soberanamente. Tolomeo, hijo de Lago, obtuvo en este reparto el Egipto; Leonato, la Misia; Antípatro y Cratero, las posesiones de Europa; Antígono, la Frigia, Licia y Panfilia; Lisímaco, la Tracia; Eumenes, la Capadocia y la Paflagonia, con tal que las sujetase; y Pitón la Media, donde tuvo que sostener muy pronto una guerra peligrosa.

Perdicas no reservó nada para sí, ocultando bajo una apariencia de desinterés su deseo de seguir al frente del ejército y de la regencia; pero sí creía que con esto había conquistado el poder, pronto debió desengañarlo el descontento general. En efecto, el gran proyecto de Alejandro de levantar toda la Europa contra el Asia y unirlas por medio del comercio y de un mismo interés, fué destruído por la baja envidia de los generales y por las intrigas y rivalidades, ora encubiertas ó secretas, ora violentas ó viles, conque se suplantaron unos á otros por espacio de 22 años, aquellos jefes que querían mandar todos y ninguno obedecía.

(Grecia, 32.)

Ya en vida de Alejandro, se quejaba la Grecia de aquellas lejanas expediciones que sin ventaja alguna aparente agotaban sus recursos; tanto más, cuanto que

el rey macedonio trataba á los griegos con orgullosa dureza. No bien hubo cerrado los ojos, surgieron, pues, levantamientos en Europa y en Asia; aquellos á quienes había desparramado por las nuevas colonias, de los cuales unos eran facciosos desterrados de la patria y otros veteranos que habían combatido en Isso y en Arbela, formaron un ejército de veintitres mil hombres entre caballería é infantería, que se engrosaba de ciudad en ciudad, y que pensaban abrirse paso, volver á Europa y operar aquí algunas reformas provechosas. Al frente de este ejército marchaban Filón de Enos y Lipodoro; pero Perdicas envió contra ellos dieciocho mil hombres mandados por Pitón, que auxiliado por las tropas de los sátrapas de todos los países que atravesaba, y más aun por la traición de Lipodoro, obtuvo una victoria completa. Pitón, empero, más bien que exterminar á los enemigos quería atraérselos y conquistar con su apoyo una soberanía independiente; pero Perdicas que había adivinado sus proyectos y trataba de prevenir sus designios, ordenó terminantemente á los tres mil macedonios que iban en aquella expedición que no diesen cuartel á los sublevados. A pesar, pues, de que Pitón había prometido á los rebeldes, la vida y libertad en los países que Alejandro les había asignado, se arrojaron sobre ellos los macedonios y les dieron muerte; Perdicas aprovechó la circunstancia y en el calor de la victoria hizo que el pueblo anulase las leyes de Alejandro que podían impedirle disponer á su antojo de las fuerzas y de los tesoros del Estado.

El incendio no se apagó tan fácilmente en Europa, donde estalló contra Antípatro la enemistad de los atenienses y de los etolios, disgustados ya desde que Alejandro permitió volver á su patria á los desterrados. El hábil capitán Leostenes, que había urdido la trama, se encargó de dirigir á los descontentos. A los locrenses y focenses se unieron siete mil etolios; y al mismo tiempo los de Atenas, instigados por los oradores Hipérides y Demóstenes, que había regresado del destierro, se armaron y expulsaron las guarniciones. No obstante los esfuerzos de Foción, que pretendía disuadirlas de recurrir á la violencia, se jactaban de estar dispuestas á renovar los prodigiosos heroismos de Maratón y Salamina por la libertad de Grecia.

(Corrupción.)

¡Pero cuánto había cambiado la Grecia desde aquel tiempo! Todavía estaban esculpidas en bronces y mármoles severas leyes; pero todo lo podían en Atenas el

dinero, la intriga y la charla de los sofistas. La flota que había vencido á los persas, dedicábase á la sazón á piratear; y los mismos capitanes de la armada común imponían contribuciones en las costas y en las islas que no querían verse saqueadas. La expedición de Alejandro había hecho cesar el comercio del Pireo; y en Rodas y en Alejandría se multiplicaban las escuelas que parecían ser antes privilegio de Atenas. Allí florecían todavía excelentes artistas, sin embargo de que se había llevado muchos consigo Alejandro; pero ya no trabajaban para el pueblo, sino para los reyes, y la elocuencia, la historia y la poesía, no eran ya tan cultivadas como la música y el baile, ocupación de los talentos ajenos á los negocios públicos. Tres mil actores celebraron los juegos en honor de Efestión, y Demóstenes reconvenía á sus conciudanos porque gastaban excesivamente en el teatro, mientras que contribuían tan mezquinamente á las necesidades de la guerra.

El ejercicio de las armas estaba confiado á brazos mercenarios; solo Esparta conservaba el espíritu guerrero, pero había perdido las viejas instituciones políticas, sin cuya rigidez nada quedaba que pudiese oponerse á la corrupción de las costumbres. A la sobriedad de sus banquetes, á la salsa negra habían sucedido exquisitos manjares, en mesas cubiertas de tapices de gran valor; las costumbres se habían relajado, y las mujeres estaban pervertidas. ¡Figurémonos el espectáculo que ofrecería la voluptuosa Atenas! Las enormes sumas puestas en circulación por la corrupción de Filipo y la generosidad de Alejandro habían acumulado grandes riquezas en manos de ciertos hombres, que las empleaban en fabricar casas que rivalizaban con los edificios públicos de la ciudad más famosa por su magnificencia. Epícrates solo poseía 600 talentos (1.)

La administración pública, la piratería, los servicios vendidos, el alquiler de los esclavos eran manantial de lucro; y los vinos, las telas y los objetos de lujo, se traían ávidamente de Siria, de Rodas y de las costas de Asia, tanto para el consumo interior como para llevarlos á las ciudades situadas en las playas del Mar Negro. Otros se enriquecían ejerciendo la profesión de sofistas, sosteniendo el pro y el contra, adulando á los reyes y á los poderosos, ó teniendo casas de prostitución para ambos sexos, pues la disolución no se cubría ya con el

---

(1) Cerca de tres millones y medio, y treinta en proporción del valor actual de la plata.

velo de delicadeza bajo el cual parecía buscar disculpa en tiempo de Aspasia, sino que practicaba públicamente su obsceno tráfico.

(Guerra Lamiaca.)

¿Y podía confiarse que con tales costumbres se uniese la Grecia y manifestase aquel acuerdo en las voluntades á favor del cual había triunfado de los persas? ¿No era extravío de un alma entusiasta por su patria el afán que tenía Demóstenes de resucitar los tiempos pasados? Desde el primer momento del levantamiento, los beocios, desanimados por la ruína de Tebas, que tenían siempre presente, se negaron á tomar las armas, y Corinto no lo había hecho por impedírselo la guarnición macedonia. Los espartanos se resentían aun de una derrota que habían sufrido al querer sacudir el yugo macedonio en tiempo de Agis II, y por otra parte no querían estar á las órdenes de los atenienses. Los demás griegos se unieron á Leóstenes, el cual encontró á Antípatro cerca de las Termópilas y lo derrotó; de modo que los macedonios se vieron obligados á retirarse á Lamia, ciudad situada en la confluencia del Aqueloo y del Esperquio, y que dió nombre á esta guerra.

Allí los sublevados estrechaban vigorosamente al enemigo, cuando los etolios tuvieron que acudir á su patria, á consecuencia de una invasión de los enianos. Antípatro entretanto llamó en su auxilio á Leonato que con un poderoso ejército corrió á librar á Lamia. Antífolo, digno sucesor del infortunado Leóstenes, que había perecido en el campo de batalla, derrotó y mató á Leonato, mas no pudo sacar provecho de la victoria por impedírselo la escasez de tropas, pues se habían dispersado las milicias auxiliares, quedando casi solos los atenienses para hacer frente á los veteranos macedonios dirigidos por un general de los más hábiles y experimentados. En efecto, Antípatro reunió los restos de su tropa, y secundado por Clito, almirante de la flota, acometió á los atenienses y á los tesalios; éstos lucharon en Cranón con el ardor que les inspiraba la libertad recobrada. La victoria quedó, pues, indecisa; pero se convencieron de que no podían resistir á las fuerzas macedonias y pidieron la paz. Antípatro la negó y entretanto Cratero sometía sucesivamente todas las ciudades de la Tesalia, tan altivas y belicosas, uniéndolas á las de Macedonia bajo las más duras condiciones.

Viendo entonces los atenienses que no debían pensar ya en la libertad, sino en conseguir una esclavitud lo más soportable posible, enviaron cerca de Antípatro en

calidad de diputados á Foción, Demades y Jenócrates El primero de éstos conservaba íntegro el amor severo á la patria y á la honradez, y aunque era partidario de Antípatro, cierto día que éste exigía de él una cosa que no estaba conforme con su rectitud, le respondió: "*No puedes tenerme á un tiempo por adulador y por amigo.*„ Demades, intrigante y jactancioso, quería imitar á su colega en sus palabras, y decía que la república ateniense había caído en sus manos como los restos de un glorioso navío. Jenócrates, discípulo y sucesor de Platón, no menos apreciado por sus virtudes que famoso por su talento, había sido enviado algunos años antes á Antípatro para obtener la libertad de varios prisioneros atenienses. El rey no hizo caso de él en un principio, mas como le hubiese convidado á una fiesta, el filósofo respondió con estos versos que Homero pone en boca de Ulises, cuando éste le dice á Circe: *¿Cómo he de gustar yo de las delicias de la mesa antes de ver y rescatar á mis amigos? Si quieres verdaderamente que me regocije, da libertad y permíteme ver á mis queridos compañeros.*„ Antípatro se lo concedió. Pero en esta segunda embajada le miraba con malos ojos, considerándole demasiado adicto á la democracia, y hasta llegó á pasar delante de él sin saludarle, por lo cual dijo el filósofo: *Si obra así, es porque se avergüenza en mi presencia del mal que piensa hacer á la ciudad de Atenas.*

Sin embargo, ansioso Antípatro de volver al Asia para realizar sus ambiciosos proyectos, concedió la paz á condición de que los atenienses admitirían guarnición en Muniquia; le entregarían á Hiperides y á Demóstenes, principales instigadores de la sublevación; consentirían la traslación á Tracia de todos los ciudadanos cuya renta fuese menor de 20 minas (1) (que eran unos doce mil) y excluirían de la administración pública á los demás que fuesen pobres, instituyendo una oligarquía, cuyo jefe fuese Foción.

Esparta no había impuesto leyes tan duras después de la guerra del Peloponeso.

En el mes de Octubre del 322 la guarnición macedonia entraba en Atenas. Hiperides sacado á viva fuerza del templo de Ayax en Egina, fué muerto cobardemente. Demóstenes, refugiado en el de Neptuno en Calauria, se envenenó para librarse de las manos de sus conciudadanos, ansiosos de vengarse en él del crimen de haber aspirado á la libertad. Jenócrates renunció al

(1) Veinte minas equivalían á 1800 pesetas.

derecho de ciudadanía que le ofreció Foción, diciendo que no podía someterse á una forma de gobierno que había desaprobado. Luego como no tenía para pagar la contribución como forastero, los atenienses lo vendieron por esclavo; pero Demetrio Falereo lo compró y le dió la libertad.

Dominada Atenas, los dos generales penetraron en las montañas de la Etolia y hubieran contrarrestado con la disciplina el heroico valor de los habitantes, si Antípatro no se hubiese visto obligado á conceder una paz más generosa que la que se esperaba, con objeto de unirse á Antígono y volver al Asia.

(Eumenes.)

Asia era el teatro de las ambiciones rivales. Mientras todos se mostraban celosos de Perdicas, únicamente Eumenes lo respetaba como ministro de Arideo y como tutor de Alejandro, hijo póstumo del héroe macedonio.

Eumenes, de humilde nacimiento, había llegado á ser secretario de Filipo, y después de Alejandro, que lo elevó á los primeros grados de la milicia, conociendo que era tan valiente general como hábil ministro. El fiel Eumenes puso estas dotes y su adhesión á la casa real al servicio de Perdicas, el cual en cambio lo distinguió particularmente, mandando primero á Leonato y Antígono que le pusiesen en posesión de la Capadocia; pero como no le hubiesen obedecido éstos por ser demasiado orgullosos, fué él mismo á destronar á Ariarato, señor de Capadocia, y después de haberlo hecho degollar bárbaramente, colocó en su lugar á Eumenes. Quiso entonces Perdicas dominar á los pisidios y á los licaones en sus inaccesibles moradas; pero los habitantes de Laranda y de Isaura, desplegando aquel vigor que los hizo luego famosos en la Edad Media, prefirieron á la esclavitud la pérdida de sus bienes, de sus mujeres, de sus hijos y la muerte propia.

Perdicas, señor de todas las comarcas que se extienden desde el Egipto al mar, se casó con Nicea, hija de Antípatro, lo cual no era obstáculo para que tratase tambien de contraer matrimonio con Cleopatra, hermana de Alejandro, á fin de adquirir con esto el derecho al trono; pero viéndose obligado por los deseos del ejército á conceder á Arideo la mano de Euridice, sobrina de Filipo, encontró en esta princesa una rival y una poderosa enemiga. La envidia reunió contra él á Antípatro y á Tolomeo, á los cuales se unió Antígono, más astuto que ellos. Perdicas les declaró la guerra, y habiendo tomado á Samos, defendida por los atenie1 es,

avanzó hacia el Egipto con objeto de combatir á Tolomeo; mas el paso del Nilo le costó mucha gente y esta desgracia provocó una sublevación en su ejército en que fué muerto por algunos traidores, juntamente con sus confidentes íntimos.

Aunque Eumenes, á quien había confiado Perdicas los ejércitos levantados en el Asia, hubiese tenido gran trabajo para disciplinarlos, venció y mató á Cratero que le odiaba personalmente y le había acometido cuerpo á cuerpo. De este modo fueron á unirse con Alejandro tres de sus principales lugartenientes; los demás que se libraron de esta tempestad se coaligaron contra Eumenes y pusieron precio á su cabeza, condenando á muerte á otras personas ilustres y á toda la familia de Perdicas.

La regencia del reino y la tutela del imbecil Arideo y del joven Alejandro habían sido confiadas á Pitón, jefe de las tropas de Perdicas; pero como era demasiado débil para resistir el peso de estos cargos se encargó del gobierno Euridice, mujer de Arideo, hasta que las tropas concedieron el poder absoluto á Antípatro.

Este hizo entonces un nuevo reparto de los Estados, excluyendo á los partidarios de Perdicas y de Eumenes. En él conservó la India á Poro y á Taxilo; y el Egipto á Tolomeo, porque era imposible quitarles estos países; Pitón obtuvo los comprendidos entre el Candahar y el Indo; Oxiartes, padre de Rojana, la comarca del Paropamiso; Estanasor de Soles, la Bactriana y la Sogdiana. A Seleuco, hijo de Antíoco, cúpole la Babilonia; y á Antígono, además de la Frigia y de la Licia, el mando del ejército levantado contra Alcetas, hermano de Perdicas, Eumenes su aliado, y Atalo su conferado. Rotas las hostilidades, Eumenes, abandonado, se refugió en la fortaleza de Nora, donde se sostuvo cinco años, conquistándose un lugar preeminente entre los más famosos capitanes de la antigüedad.

Encomendando á sus oficiales la tarea de combatirlo, Antígono marchó á apoderarse del Asia anterior, en tanto que Tolomeo hacía una tentativa en la Siria y la Fenicia. Antípatro se dedicaba en Macedonia á someter á los etolios, cuando murió, dejando por sucesor al ancíano Polispercón, con preferencia á su hijo Casandro, anteponiendo así el mérito y el bien público al amor filial; pero no se conformó Casandro con esta medida y declaró la guerra á Polispercón. Este momento pareció oportuno á Antígono para librarse de toda dependencia de la casa real y trató de unirse con este

fin á Eumenes, el cual, fingiendo auxiliarlo, abandonó su retiro, con la idea de refugiarse en el Asia Superior. Pero habiendo sabido que Polispercón, como regente del imperio, le había nombrado general de los ejércitos reales, al mismo tiempo que Casandro se había unido á Antígono, resolvió ponerse al lado de los que se servían del nombre de Alejandro, y sostenido por los argiráspidas y por el tesoro, amenazó la Fenicia. Estaba á punto de invadirla, cuando Clito que mandaba la escuadra que debía auxiliarlo fué derrotado por Antígono. Perdido entonces el dominio del mar, Eumenes, que no podía mantenerse en el Asia Menor, penetró en la Superior, en donde se unió con los sátrapas que se habían revelado contra Seleuco, dueño de Babilonia. Antígono lo persiguió hasta allí; pero con su valor y destreza hubiera sabido hacer frente al enemigo, á no ser por la indisciplina de los ejércitos reales y la envidia de los demás jefes. Atacado por Antígono en sus cuarteles de invierno, Eumenes fué entregado por los sediciosos argiráspidas á su adversario Antígono, el cual, sin respetar el valor de aquel desgraciado general, lo condenó á muerte. Con él pereció el defensor mejor y más leal de la familia de Alejandro.

Esta familia había vuelto á Macedonia por disposición de Antípatro, á excepción de Olimpia, que se había refugiado en el Epiro. Polispercón, no perdonando nada para darle crédito y poder, llamó á Olimpia, y prometió y dió instituciones democráticas á las ciudades; pero le contrarió Casandro, que pretendiendo suceder solo á su padre, se alió con Tolomeo y Antígono, favoreció á la aristocracia, restableciendo á lo menos de nombre sus privilegios, y confirió el mando de Muniquia á Nicanor, amigo suyo, el cual secundado por Foción y por las oligarquías atenienses, se apoderó del Pireo. Empero, muy pronto se restableció en Atenas la democracia, y el pueblo, entregándose como acostumbraba á crueles represalias, despojó á Foción del grado de general que había obtenido 45 veces y lo condenó á beber la cicuta. Ni una voz protestó contra aquella indigna sentencia, antes bien varios insistieron en que fuese agravada con el tormento, y el filósofo, guerrero y hombre de Estado, acabó intrépidamente su vida inmaculada. Confesó ante los jueces que había administrado mal la República, pues que lo acusaban de ello; pero añadió que ninguna culpa tenían los capitanes, sus colegas, condenados con él; sin embargo no consiguió librarlos de la pena señalada por el solo delito de ser amigos

suyos. Reuníanse en torno de los acusados sus parientes y amigos, abrazándolos y lamentándose de su suerte; pero Foción permanecía impasible, por lo que irritados sus enemigos le injuriaban más y más, y uno de ellos le escupió al rostro. Foción no hizo más que exclamar, mirando á los arcontes: *No habrá nadie que impida estas infamias.* Tudipo, que estaba desolado al oir moler la cicuta, exclamó que era injusto hacerle morir con Foción, y éste le respondió: "*¿No es bastante para tu satisfacción el haber sido condenado á muerte con Foción?* Preguntado por un amigo sino dejaba ningún encargo para su hijo, contestó: *Sí, que olvide la injusticia que me hacen los atenienses.*„ Tuvo que rogar á un amigo que le prestase dinero para comprar mas cicuta, por no haber quedado bastante. Su cadáver fué arrojado fuera del territorio de Atenas, sin hacerle ninguna clase de exequias; tan envilecidas estaban las almas. Un sepulturero quemó su cadáver, y las cenizas fueron recogidas por un megarés que las llevó á su casa y las enterró junto al hogar, rogando á los dioses que protegíesen las reliquias de un hombre de bien, hasta que las pidiese la patria arrepentida de su extravío. Poco tardó el pueblo en arrepentirse y entonces le erigió una estatua, persiguió á sus verdugos, y casi rindió culto á sus cenizas y á la casa en que había vivido pobre y sin mancilla.

Polispercón tenía sitiada á Atenas para impedir que Casandro, que había entrado en Muniquia, adquiriese prosélitos en esta ciudad; pero después de haber introducido también á viva fuerza la democracia en el Poloponeso, y como le hubiese salido mal la empresa, perdió su preponderancia, y mucho más después que Antígono destruyó su escuadra delante de Bizancio. A su caída, elevóse Casandro, al cual se sometieron voluntariamente los atenienses, satisfechos de recobrar, á costa de su libertad, las ventajas del comercio y las delicias de la paz. Se restableció, pues, en la ciudad de Minerva la oligarquía, excluyéndose del gobierno á aquellos cuya renta no llegaba á diez minas, y creándose en lugar del magistrado anual un *epimeleto* por tiempo indeterminado, cargo que fué conferido á Demetrio.

Este, que había dirigido ya los negocios públicos con Foción por espacio de cinco años, conservó en sus manos por otros diez el poder supremo que aunque ilimitado tuvo siempre por objeto el bien público.

En ausencia de Polispercón, Euridice recobró su influencia y se dedicó á impedir la vuelta de Olimpia y del joven Alejandro. Por último, recurrieron ambas

mujeres á las armas; pero habiendo avanzado Olimpia en medio de las tropas llevando adelante el hijo del héroe, cuyo nombre invocaba, los soldados no se atrevieron á dirigir sus armas contra ella, y así Euridice fué presa y entregada con su marido á Olimpia. La edad no había aplacado en esta princesa aquella ferocidad que hacía exclamar á Alejandro: "*¡Cuán caros me hace pagar los meses que pasé en su seno!*„ Mandó á algunos tracios que degollasen en su prisión á Arideo y lo llevasen moribundo ante Euridice, permitiendo á esta elegir para su muerte el puñal, la cuerda ó el veneno. *¡Quiera Dios ofrecer un dia á Olimpia presentes como estos!*„ exclamó la desgraciada, y vendando con sus ropas las heridas de su esposo, se extranguló cuando le vió espirar. Olimpia inmoló además á cien de los principales macedonios y entre ellos á un hermano de Casandro.

(Muerte de Olimpia. 316)

Acudió este guerrero desde el Asia, demasiado tarde para socorrer á los suyos, pero no para vengarse. Sitió á la homicida viuda de Filipo en Pidna, la hizo prisionera y la entregó á los parientes de los que había sacrificado, los cuales le quitaron la vida. Polispercón y su hijo despojaron de algunas provincias á Casandro, que dominaba en Argos, en la costa oriental, en la Tesalia, en la Macedonia, tenía bajo vigilante custodia á Rojana y á su hijo, y con objeto de dar alguna apariencia de legitimidad al poder que ejercía de hecho. sino de derecho y de nombre, se casó con Tesalónica, hermana consaguinea del gran Alejandro, cuyos Estados estaban destinados á ser repartidos entre los asesinos de su familia.

(Antígono y Demetrio.)

Entre tanto, Antígono, en Asia, desembarazado ya de Eumenes, se libró también de Pitón y de todos los que le estorbaban. Ya anciano, aunque vigoroso, se apoyaba en su hijo Demetrio, joven de gran valor, si bien se dejaba llevar demasiado de la fogosidad de su edad, y que después adquirió el nombre de *Poliorcetes*, esto es, sitiador de ciudades. Antígono estaba tanto más orgulloso de tener semejante hijo y de la armonía en que vivían ambos, cuanto que contrastaba con los escándalos que dividían á las familias de sus rivales. Reunidos un día los embajadores de Casandro, de Tolomeo y de Lisímaco, les presentó á Demetrio que volvía de cazar y que tenía todavía las armas en la mano, y sentándole á su lado les dijo: "*Os suplico que describais á vuestros reyes*

la unión en que vivimos mi hijo y yo." (1)

Prometió dar la Susania con la Babilonia á Seleuco, el general más hábil de Alejandro; mas esta promesa fué sólo un ardid para que no le impidiese apoderarse de los tesoros depositados en Susa. Cuando los tuvo en su poder, halló pretexto para enemistarse con Seleuco, que no se creyó seguro sino huyendo á Egipto al lado de Tolomeo. Antígono puso en lugar de Seleuco á otro Pitón; resolvió entrar en la Siria para arrojar de ella á Tolomeo; tomó las ciudades de Gaza, y Joppe, y sitió á Tiro, apoderándose de ella al cabo de catorce meses. Además llevó sus armas contra los árabes nebateos, en las fronteras de la Judea, y Ateneo, su general, sorprendió la ciudad de Petra, en la que halló inmensos tesoros. Pero habiéndose rehecho los árabes, lo embistieron cuando regresaba, y le quitaron el botín y la vida.

Demetrio intentó por segunda vez la misma empresa, pero encontró á Petra bien defendida. Esto no obstante, la sitió y propuso condiciones, á las que respondieron: "*Los nabateos antes de avenirse á sufrir un yugo se retirarían al desierto*". Demetrio, pues, levantó el sitio, visitó el lago Asfaltites, y, habiendo informado á Antígono de la cantidad de betún que se extraía de él, mandó éste gente para recogerlo. Los árabes le dejaron extraerlo, mas cuando se trató de conducirlo, cayeron sobre sus soldados, mataron á la mayor parte y se aprovecharon del fruto de su trabajo.

Seleuco había hecho en Egipto una alianza con Tolomeo, Lisímaco de Misia, Casandro de Caria, y Casandro de Macedonia, contra Antígono y Demetrio. Antígono acudió para impedir que se uniesen; arrojó á Casandro de la Caria y envió su hijo contra Tolomeo; pero éste le desbarató en Gaza y se hizo dueño de toda la Siria y de Tiro. Aprovechó el momento Seleuco, y acudiendo á Babilonia, con 1.300 hombres fieles y escogidos, recobró el poder, y el día de su triunfo se consideró como el principio de una nueva dinastía, que se mantuvo en el Tigris y el Eufrates hasta el tiempo de los romanos.

(Era de los Seleucidas, 312, 1.º de Septiembre.)

No fué de larga duración el triunfo de Tolomeo, el cual, como viese acercarse á Antígono con fuerzas su-

---

(1) La condescendencia de Antígono para con su hijo era excesiva, hasta el punto que celebraba sus desórdenes. Cierto día que le besaba éste con ardor al volver de un viaje al extranjero, le

periores, tuvo que abandonar la Siria y la Fenicia y refugiarse allende el Nilo. Por último, en el primer año de la era de los Seleucidas, Antígono hizo la paz con Lisímaco. Casandro y Tolomeo, excluyendo á Seleuco, al cual pensaba quitar la alta Asia. Las condiciones dictadas por Antígono fueron, que cada uno conservase cuanto poseía, que las ciudades griegas permanecerían libres y que el hijo de Alejandro sería elevado al trono así que llegase á la mayor edad. La segunda de estas condiciones dejaba subsistir el foco de fáciles y renacientes guerras, y la tercera era una vileza atroz. En efecto, viendo Antígono y Tolomeo el afecto que tenía el ejército al joven príncipe, sólo por el nombre de su padre, del mismo modo que hemos visto en nuestros días amado y respetado al hijo de Bonaparte, dieron á Casandro el encargo de quitarle la vida; Glaucias, comandante de la fortaleza de Anfípolis, donde estaban encerrados Alejandro y Rojana, dió muerte á ambos. Poco tardó en seguirlos Cleopatra, pues Antígono temió que Tolomeo pretendiese adquirir derechos casándose con ella. Polispercon, que con ánimo de oponerse á Casandro, había hecho sonar el nombre de Hércules, hijo de Barsine y de Alejandro, le dió después muerte esperando conseguir el Peloponeso, aunque sólo obtuvo cien talentos (1). Tesalónica, mujer de Casandro, fué la única persona que sobrevivió diez y seis años á los suyos y con ella se acabó la familia y la parentela del conquistador macedonio, que poco antes lloraba al saber cuán pequeño era el mundo que le quedaba por conquistar.

Las ciudades de Grecia ofrecieron muy pronto ocasión para nuevas guerras. Tolomeo quería que Antígono retirase la guarnición que tenía en ellas, cosa que también Antígono le exigía á Casandro; pero ni uno ni otro estaban dispuestos á hacerlo, de modo que ofrecieron el espectáculo singular de declararse la guerra por

---

dijo: *¿Te imaginas que estás besando á Lamia?* Esta Lamia era una flautista querida de Demetrio. Quejándose un día que había asistido á un banquete de una fluxión le preguntó Antígono: *¿La fluxión era de vino de Chipre ó de Tasos?* Yendo una vez á visitarlo durante una enfermedad, halló á la puerta de su habitación á un bardage suyo que salía, y luego, como hubiese preguntado á Demetrio como estaba y este le hubiese contestado que acababa de dejarlo la calentura, le respondió su padre: *En efecto acabo de encontrarla en la puerta cuando se iba.*

(1) 100 talentos valían 550.000 pesetas.

aquella libertad de Grecia, que había sido sepultada hacía tanto tiempo y por sus propias manos.

Tolomeo, sobrino de Antígono, parece que tomó sinceramente á Grecia bajo su protección, pues libertó del yugo macedónico á Tebas de Calcis, á toda la Beocia y á la Lócride, y avanzó hacia el Atica para darle la independencia. Pero antes de que pudiese llevar á efecto su pensamiento, fué enviado por su tío al Peloponeso, donde restituyó á la Elide la libertad y los tesoros que le habían sido arrebatados. Antígono, que quería oprimir y engañar, y no dar libertad ni rescatar, se hizo enemigo de su sobrino, el cual buscó refugio al lado de Tolomeo de Egipto, donde fué asesinado.

(Demetrio Poliorcetes.)

Siguióle en el cargo de libertador de Grecia su primo Demetrio; muy diferente de Tolomeo, llevábanle á la lascivia y al lujo oriental sus despóticas pasiones. Sin embargo, creyeron los griegos en sus halagüeñas promesas, y le recibieron los atenienses con gran alegría, cuando entró en el Pireo con 250 naves mayores y 5 mil talentos (1). En Atenas seguía gobernando Demetrio Falereo, hechura de Casandro, que con el partído aristocrático y la guarnición tenía dominado al partido popular. Habiendo excluído Casandro del gobierno á todos los que no poseían por lo menos una renta de diez minas (900 pesetas) no estaba Demetrio expuesto á los caprichos del populacho y pudo obrar á su antojo, poniendo en vigor las ordenanzas antiguas, haciendo el censo de la población y restableciendo la tranquilidad.

(Atenas.)

La patria de Temístocles estaba entonces reducida al papel de Estado secundario, sin posesiones en el exterior, disminuídas sus rentas, y más inclinada por esta razón al yugo de los tiranos extrangeros, con tal que fuesen espléndidos, que al de sus propios nobles. Sin embargo, el recuerdo de su pasada grandeza hacía ambicionar todavía á los poderosos su dominio, y á los sabios sus alabanzas; no había renunciado aún por otra parte al esplendor de las fiestas y de las iniciaciones, á los concursos poéticos, á los filósofos, á las cortesanas, y era recibido con aplauso cualquiera que proporcionase placeres, ya fuese Lamia, la prostituta, Lacares el tirano, ó Demetrio Falereo el retórico.

Este último, llamado *Carìtoblefaros* por la hermosura de sus ojos, criticaba los gastos hechos por Pericles en

(1) 5.000 talentos equivalían á 27.500,000 pesetas.

templos, pórticos y teatros, sin comprender cuan útil es el sentimiento de lo bello desarrollado por las artes; y entretanto, sumido en los deleites de los sentidos, daba espléndidos banquetes, trataba con las más célebres meretrices, dedicaba su ingenio á darles nombres más caprichosos que los que traían de su patria é inventaba modas que le proporcionaban el honor de ser citado entre las damas más elegantes. Su cocinero compró vastas posesiones sólo con las sobras de la mesa. Cuando salía á pasear después de comer, corrían en tropel á presentarse á él los mancebos que ejercían un tráfico infame y ensalzaban la felicidad de su favorito Teognides. Pisaba las alfombras más preciosas; perfumaban su cabeza los más famosos aceites; y todo eran intrigas, sutilezas y palabras halagadoras. (1) No ahogó la universal afición que manifestaban todos los atenienses á la filosofía y á la poesía, pero la extravió protegiendo las artes disolutas, los sofismas de la erudición y las especulaciones políticas. Cuando celebró las solemnidades de Baco, los poetas elogiaron su belleza que superaba á la del sol, y su raza nobilísima, á pesar de que era hijo de un esclavo de Timoteo. Sin embargo, este fué el hombre que mantuvo la tranquilidad y el orden en la ciudad por espacio de diez años, dictando leyes sabias y haciéndose amar de modo que le levantaron tantas estátuas como días tiene el año; pero Grecia caminaba á su ruina y veía desaparecer de su seno todo valor moral, cual si estuviese decretado que los vencidos por Roma no tuviesen siquiera el consuelo de haber merecido compasión. Bastará decir que, en medio de las mayores necesidades de la guerra, se dió al pueblo una dracma por cabeza para que fuese al teatro, y que en el momento en que Demetrio Poliorcetes sitiaba á Atenas, se acudía al teatro como para calmar el hambre. (2) Júzguese, pues, como sería recibido éste cuando entró en la ciudad arrojando de ella á Demetrio Falereo, proclamándola libre, repartiendo víveres, dinero y los placeres á que le inclinaba su temprana edad de 27 años.

También Megara fué libertada de la guarnición macedonia, y el hijo de Antígono continuó dando libertad á las villas griegas, es decir, abatiendo al partido aristocrático, hasta que lo llamó su padre para combatir á Tolomeo de Egipto, cuyo poder marítimo había crecido

---

(1) Véase Caristio, *Ateneo*, libro XII, pag. 542.

(2) Dionisio de Halicarnaso, *Juicio de Tucidides*, capítulo. XVIII.

y que había subyugado á Chipre.

(Batalla de Chipre.)

Demetrio corrió á Salamina (1) y salió vencedor en la batalla naval de Chipre, la más sangrienta que menciona la historia; pues con 180 bageles que llevaba, acometió á los 150 que tenia Tolomeo, sin contar lor buques de carga. Demetrio se apoderó de 40, echó á pique doble número, é hizo prisioneros á 8.000 hombres de los barcos de carga. El cortesano Aristodemo, al dar la fausta noticia á Antígono, le saludó como rey, título que hasta entonces había sido privilegio de los descendientes de Alejandro, y que adoptaron Demetrio, Seleuco, Tolomeo y Lisímaco, siendo Casandro el único que no les imitó.

La batalla de Chipre, como ocurre en todas las navales no decidió la supremacía, y Tolomeo, apoyándose en los demás reyes, supo disipar con arte la tempestad. Antígono y su hijo hicieron grandes preparativos é invadieron el Egipto; pero de una parte las obras de defensa preparadas por Tolomeo y de otra la estación que fué de lo más desfavorable, contribuyeron á frustrar la empresa. Entonces pensaron hacerle daño de otro modo, privándole del imperio del mar y cerrando todos los puertos á las naves de Egipto, para destruir su comercio, fuente de riquezas para la comarca.

(Guerra de Rodas)

Rodas, opulenta ya en los tiempos de Homero, extendió considerablemente su comercio cuando cayó Tiro y alcanzó una gran prosperidad. Regíase interiormente por instituciones democráticas, teniendo á su cabeza un presidente que se renovaba cada seis meses y que era jefe del senado y de la asamblea del pueblo. De esta suerte Rodas era la isla mejor gobernada de cuantas pertenecían á la Grecia. Tenía representantes para el comercio en todas partes del mundo, y al igual que Génova y Venecia, ejercía en todas partes, juntamente con el tráfico, la actividad política. No sólo dominaba con su escuadra el Mar Egeo, sino que extendía sus negociaciones hasta el mar Negro, y desde Sicilia á la parte occidental del Mediterráneo, traficando con las tres partes del mundo. Las aduanas de sus puertos enriquecían al Estado y le permitían erigir espléndidos edificios, y favoreciendo las ciencias, las letras y las bellas artes,

---

1) Villa y puerto de la isla de Chipre, en la costa oriental: *Ambiguan tellure nova Salamina futuram* (HORACIO, *Odas*, I, VII, 29).

(1) ocupaba dignamente un lugar entre las potencias de primer orden.

Su política exterior, como la de los pueblos comerciales, consistía en vivir en buena inteligencia con todos y en no hacer alianza particular con ninguno, á fin de evitar todo peligro de interrumpir la paz, cuya conservación aumentaba su crédito. En las discordias de que hemos hablado, procuró evitar la guerra manteniéndose neutral entre los dos rivales, erigiendo estatuas á uno y otro; excusables homenajes si fueron dictados por el deseo de la prosperidad pública. Aunque mantuvo continuas relaciones con Egipto, se negó á armarse en favor de Tolomeo contra Antígono; y no se avino tampoco á auxiliar con buques á Demetrio contra Chipre. Esto dió pretexto á Antígono para romper las hostilidades contra Rodas, donde Demetrio desplegó toda la habilidad que le había valido el título de Poliorcetes. Pero á sus 200 buques de guerra, 160 barcos de transporte, cuarenta mil hombres y máquinas de suma fuerza, opusieron los rodios gran unidad en la resistencia, el valor de hombres amantes de su libertad y la indomable constancia de ciudadanos y extranjeros, libres y esclavos. Las piedras de los templos demolidos sirvieron para hacer nuevas fortificaciones, y en vano se intentó corromper á todos los jefes. Cuando uno propuso derribar las estatuas de Antígono, los rodios despreciaron tan mezquina venganza. Después de un año de furiosos ataques, Demetrio comprendió que nunca podría dominar á un pueblo que oponía tan tenaz resistencia, por lo que tuvo que resignarse á buscar la paz, la cual se ajustó quedando libres los rodios de guarnición extranjera, pero obligados á auxiliar á Antígeno en todas sus empresas, excepto contra Tolomeo. Lograron de este último que les perdonase el haber sido vencidos, tributándole honores divinos y dándole el título de Salvador (*Soter*), pues creían que ningún precio era excesivo para comprar su seguridad y para poder entregarse al lujo, al comercio y al cultivo de las artes.

Demetrio se había decidido á alejarse de Rodas para acudir á Grecia, donde Casandro y Políspercon se habían puesto de acuerdo para oprimir á los Estados que aún eran libres y á los que aquél había emancipado. Desembarcó, pues, en Aulide, desalojó de la Beocia á las tropas de Casandro, se alió con los etolios, y entró

(1) Véase Ch. Halusen, *Comentatio exhibens Rhodi descriptionem, macedonica oetate*; 1818, Goettingue, en 4.°.

en Atenas, á la cual salvó de este modo de la venganza de Casandro. Saludado segunda vez como libertador, fué recibido con el canto de Ítífalo, himno reservado á las primeras divinidades, y se alojó en el templo de Palas, donde cantaban en torno suyo los atenienses: "Tú „solo eres el verdadero dios; los demás duermen, viajan „ó no existen: más tú, hijo de Neptuno y de Venus, su„peras á todos los hombres en hermosura; tú eres el úni„co amigo del pueblo y á tí se dirigen sus plegarias (1).„ Entonces, habiendo sido abolida la magistratura de los arcontes, los años recibieron el mismo nombre que el sacerdote de los *Dioses Salvadores*, título que dieron á los dos príncipes; añadiéronse á las antiguas, dos tribus, la Dematriada y la Antigónida; el mes muniquión se cambió en demetriada, y en Demetrias las fiestas Dionisiacas (2). Los atenienses prodigaron á Demetrio y á An-

(1) ATENEO, lib. VI.

(2) En nombre de toda la Grecia los atenienses celebraban tres fiestas de las más solemnes, en honor de Ceres que introdujo con la agricultura los hábitos de la vida social en el país. La primera se llamaba *Proerosia* (*ta Proerosia*), porque precedía al tiempo de la siembra, y en ella se ofrecía gran número de víctimas, invocando la protección de los dioses para las simientes que iban á ser confiadas á la tierra.

La segunda se llamaba *Tesmoforia* (*ta zesmoforia*), porque en ella se honraba á Ceres como legisladora. Según Plutarco, Diodoro de Sicilia y Teodoret, durante cinco días, se solemnizaba la fiesta con ceremonias semejantes á las que se practicaban en Egipto en honor de Isis. Cada día las mujeres de las diez tribus del Atica escogian entre sí á la que habia de presidir las ceremonias. El sacerdote que ofrecía la víctima recibía el nombre de *Stefanoforo* (portacorona). Las mujeres que habian llevado en dote tres talentos podian exigir de su marido el dinero necesario para el gasto de los sacrificios que cada uno hacía en proporción á su fortuna. Se reunían para ir en procesión á Eleusis cantando himnos, y los libros que contenían los misterios de la fiesta y las leyes dadas en el Atica por Ceres eran llevados por mujeres de una vida irreprochable. A este efecto, diez jóvenes de ilustre nacimiento eran mantenidas á expensas del Estado y habitaban en el *Tesmoforión*. Al llegar á Eleusis, se preparaban para los misterios mediante un día de ayuno y de plegarias á los pies de la estatua de la diosa. Después se presentaba una anciana ante Ceres provocándola, y tan pronto como esta había reido, las jóvenes se excitaban mútuamente á la risa. Los hombres estaban excluídos de las procesiones ó de las purificaciones de los dias siguientes. Los prisioneros admitidos á los misterios de Eleusis, si

tígono el título de reyes, antes que se lo diesen los aduladores de Mileto; les llamaron dioses antes que el Egipto; bordaron sus hazañas en los velos de Palas que se exponían cada cinco años en las Panatenea, y erigie-

---

no habían sido condenados anteriormente, quedaban libres durante cinco días, á fin de asistir á las ceremonias.

La tercera fiesta en honor de Ceres llamada de las *Eleusinias* (*ta Eleusinia*) ó los *Misterios*, era la más santa. Instituida por Ceres, ó por el rey Erecteo, ó por Museo, ó por Eumolpo. reunía en el mes de Agosto en Eleusis á todos los iniciados. Nadie podia celebrar los grandes misterios, sino había sido purificado antes por los pequeños, para lo cual precisaba vivir nueve dias en la continencia, ofrecer sacrificios y hacer oraciones con una corona en la cabeza y á los pies la piel de una víctima inmolada á Júpiter. Al cabo de un año aproximadamente, se sacrificaba una cerda en honor de Ceres y entonces se quedaba ya iniciado en los grandes misterios. Cinco años después, se era introducido en el santuario. Al terminar los años de noviciado se instruia á los iniciados en los ritos sagrados á excepción de algunos reservados á los sacerdotes, y de *mystos* que eran se convertian en *epoptos*, es decir videntes.

El hierofante, ateniense de nacimiento y de la familia de los Eumolpidas, presidía la iniciación; era elegido para toda la vida estaba obligado á observar perpétua castidad y era tan venerado que no se pronunciaba su nombre delante de los profanos. Dependían de él tres colegas: el *dadouco* que llevaba la antorcha; el que desempeñaba las funciones de heraldo y prohibía la entrada en el templo al que no era iniciado ó se había hecho culpable de algún crimen; y el encargado de preparar el altar y de hacer á los dioses propicios. El rey de la fiesta, uno de los arcontes, velaba por la extricta observación de las ceremonias, en unión de cuatro epimeletos elegidos por el pueblo, uno de la familia de los Eumolpidas, otro de la de los Cericios y dos de dos familias ciudadanas.

La fiesta empezaba el 15 y acababa el 23 del mes boedromio. Nadie podía ser detenido durante este intérvalo de tiempo, y no podía ser presentada ninguna querella judicial, so pena de mil dracmas ó de la vida. La mujer que se hubiese trasladado á Eleusis en coche tendría que pagar seis mil dracmas como para borrar toda distinción injuriosa entre ricos y pobres.

Las aventuras de Ceres eran el argumento de las ceremonias que se celebraban durantes aquellos ocho días; el que violaba el secreto era castigado con la infamia y á veces con la muerte, así como todo aquel que por casualidad asistía á los misterios sin tener derecho á ello. Los culpables de homicidio, aun que fuese involuntario, no podían ser iniciados.

ron un altar en el sitio donde desembarcó Demetrio por primera vez. La adulación llegó aun á mucho más: levantaron templos á Leena y á Lamia, meretrices muy queridas de Demetrio, dándoles los nombres de *Venus Leena* y *Venus Lamia*, y dedicaron también templos, sacrificios y libaciones á sus favoritos Burico, Adimante y Oístemis.

¡Estos eran los hijos de aquellos atenienses que condenaron á muerte á un embajador porque saludó al rey de Persia, prosternándose al estilo oriental! Y como nada corrompe á los tiranos como el persuadirse de la cobardia de los hombres, Demetrio se abandonó á sus caprichos, hollando todos los derechos, la justicia y la decencia. La primera vez que estuvo en Atenas se había casado con la viuda de Ofelas de Cirene, aunque tenía más mujeres, y á la sazón se entregó sin freno al despotismo y al lujo asiático, contaminó con toda clase de hechos nefandos el templo de la casta diosa en que se albergaba, y se rodeó de esos bufones que profanan el nombre de literatos y de poetas, entre los cuales el primer consejero de sus liviandades fué Estratocles, orador y jefe de su pueblo. Habiendo tenido noticias este miserable de una derrota de los atenienses, corrió á la plaza y anunció que habían sido vencedores. Entonces hubo fiestas y regocijos, pero aun no se habían terminado cuando llegó la noticia verdadera. Como los atenienses quedasen desengañados Estratocles les dijo: "*¿De qué os lamentais cuando os he hecho pasar alegremente dos días?*„

Demetrio, quiso ser iniciado en los misterios, pero como no podía admitírsele en los grandes sino un año después de haberlo sido en los pequeños, mandó decretar que el mes *muniquión* que entonces corría tomase el nombre de *antesterión*, en el cual se celebraban los misterios pequeños, y en seguida se cambiase en el de *boedromión*, destinado á los grandes. El año, pues, se precipitaba en la caída Atenas para contentar y dar gusto á Demetrio.

¡Razón tenía este príncipe, para despreciar á aquellos aduladores, para exclamar que ningún ateniense estaba dotado de alma grande y varonil! Un día, fingiendo una necesidad urgentísima, pidió 250 talentos y cuando, después de haberlos reunidos con batante trabajo, se los entregaron los magistrados, ordenó que se los llevasen á Lamia y otras meretrices para que se proveyesen de perfumes. Lamia pudo decir con verdad que era amada, pues Demetrio la conservó, aún des-

pués de haberse ajado su hermosura. Burlábase de esto otra cortesana llamada Demona, la cual siendo interrogada un día por Demetrio, mientras Lamia tocaba un instrumento, que le parecía, respondió: "*Me parece muy vieja.*„ Otra vez, enseñándole á los postres los delicados dulces que le enviaba Lamia, exclamó Demona: "*Más te enviaría mi madre si quisieras ser su amante.*„ Estos chistes y juegos de palabras habían reemplazado en Atenas á los elocuentes discursos de Pericles y Demóstenes, al patriotismo y á la cómica verbosidad de Aristófanes.

No contento Demetrio con las jóvenes, buscaba los mancebos más hermosos, y si Damocles, uno de ellos, sorprendido en el baño, por librarse de su brutal ataque se arrojó al agua hirviendo, este inmortal ejemplo fué menos imitado que los ejemplos contrarios. Cleones obtuvo como precio de su deshonra una carta para los atenienses, á fin de que se le absolviese de una deuda de 50 talentos; (1) y á esta carta siguieron tantas obtenidas del mismo modo, que los ciudadanos decretaron un castigo contra el que las aceptara. Pero el hijo de Antígono manifestó su disgusto, y no solo revocó el decreto, sino que fueron ultrajados los que lo habían propuesto, y se declaró por una ley que todo lo que mandare Demetrio, era grato á los dioses y conforme con las necesidades de los hombres.

Tal es la vida que hizo Poliorcetes durante el invierno; después, al principiar la primavera, arrojó á la guarnición egipcia de Sicione, dando á esta la libertad, lo mismo que á Corinto y á Argós; y por último, siguiendo la astuta política de Filipo de Macedonia, convocó en el Istmo á los diputados de los 16 Estados libres de Grecia y se hizo proclamar general contra el déspotade Tesalia y Macedonia.

Este paso revelaba su intención de apoderarse del imperio en absoluto, y así se lo manifestó, abiertamente á su padre Antígono, cuando pidiéndole Casandro la paz, respondió que era el único heredero de Alejandro y que no consideraba á los demás sino como vasallos. Casandro comprendió entonces la necesidad de aliarse estrechamente con Seleuco, Tolomeo y Lisimaco; y este último, dueño ya de la Tracia, de la Iliria, del país de Dalmacia, de la Frigia y de la Heraclea en el mar Negro, invadió violentamente la Grecia. El peligro hizo abandonar á Demetrio los placeres de la voluptuosa

(1) Cincuenta talentos ó sea 275.000 pesetas.

Atenas; Antígono suspendió los juegos que estaba celebrando cerca de Antígonía, fundada por él, y acudiendo con un vigor y una actividad prodigiosas en un hombre octogenario, hizo muchos regalos á los soldados y acorraló á Lisímaco hasta que las fuerzas enemigas se concentraron en los límites del Asia para decidir á quien pertenecía el imperio del nuevo mundo.

(Batalla de Ipso. 301.)

En la primavera del año 301, llegaron á las manos los ejércitos de Seleuco y de Lisímaco con los de Antígono y Demetrio cerca de Ipso, en la Frigia. Antígono que estaba muy gordo y contaba ya ochenta y cuatro años, rogó á los dioses que le diesen la victoria ó le dejasen morir en el campo de batalla antes que sobrevivir á su derrota. Hizo prodigios de valor, pero habiéndose adelantado demasiado y advertido de que aumentaba en torno suyo el número de los enemigos exclamó: "*¡Qué importa! Demetrio viene en nuestro auxilio.*" Miró á todos lados, pero no le vió, y atacado por todas partes, murió antes de saber que los suyos habían sido completamente derrotados. Su hijo Demetrio se salvó á duras penas, gracias á su valor personal y al auxilio de aquel Pirro, rey del Epiro, que luchó después con los romanos.

Los dos vencedores, sin preocuparse de los ausentes, se repartieron entre sí el imperio. Lisímaco se adjudicó el Asia Anterior hasta el Tauro; Selcuco lo restante hasta la India; sólo la Cilicia fué concedida á Plistarco, hermano de Casandro, mientras que á Tolomeo se le adjudicaron la Celesiria y la Palestina, excepto Tiro y Sidón que quedaron en poder de Demetrio. Este volvió con la flota á Grecia, pero Atenas que en la fortuna lo adoraba como dios, en la desgracia le cerró sus puertas; elocuente lección para los poderosos de la tierra, si fuesen susceptibles de recibirla.

La guerra no podía cesar en medío de tantas rivalidades. Tolomeo se alió con Lisímaco, por lo cual receloso Seleuco, y también por amor á Estratonice, hija de Poliorcetes se alió con Demetrio. Este halagado igualmente por el rey de Egipto, que le temía, volvió á aparecer en Grecia, reunió al pueblo de Atenas en el teatro, y le cercó con sus tropas; pero se contentó con castigar la vileza con el espanto. Luego invadió el Peloponeso, y si hubiera ocupado á Esparta se habría hecho dueño de toda la Grecia y del mar; pero envidiosos los reyes de sus éxitos sostenían la resistencia de los pueblos del Poloponeso, y Demetrio tuvo que retirarse

hacia la Macedonia.

(Casandro.)

Desde la batalla de Ipso, había reinado en Macedonia Casandro, si no tranquilamente, por lo menos, en paz, dejando el trono, adquirido á costa de tantos delitos, á sus tres hijos Filipo, Antípatro y Alejandro. El primero murió pronto; Antípatro mató á su madre que deseaba reconciliarlo con su hermano, y él mismo fué muerto al cabo de poco tiempo; Alejandro intentó asesinar á Demetrio; pero habiendo denunciado el complot uno de los conjurados, Demetrio le ganó por la mano, adelantándosele un día, y en una arenga estudiada, se disculpó de la muerte de su rival al frente del ejército macedonio que le proclamó rey.

Demetrio, que estaba poco antes en completo estado de decadencia, se halló dueño único de Macedonia, de Tesalia y de gran parte del Peloponeso, además de Megara y de Atenas. Pero el fausto lo hacía odioso; vestíase teatralmente, é hizo esperar dos años á los embajadores de Atenas, antes de concederles audiencia. Un día que tomaba en la clámide todas las peticiones que le dirigían los macedonios, al llegar al río las dejó caer en él; acto tanto más vituperable cuanto que todos recordaban la popular afabilidad de los antiguos reyes del país.

(Pirro.)

Pirro, rey de Epiro, que le había salvado la vida en la batalla de Ipso, era para él un vecino tanto más peligroso, cuanto que los caprichosos desprecios de Demetrio y las exhortaciones de los reyes sus rivales, le alentaban á atacarle.

Este monarca novelesco estaba aún en mantillas cuando su padre Eacido fué arrojado del trono por Casandro. Librado á duras penas de los puñales, fué llevado al rey Glaucias de Tracia, á cuyas rodillas se abrazó con tal gracia infantil, que el rey, aunque temía á Casandro, le otorgó sagrada hospitalidad y despreció las amenazas y los doscientos talentos que le fueron ofrecidos para que lo entregase.

Pirro permaneció en aquel asilo hasta la edad de doce años en que uno de los partidos le llamó á Epiro; pero al poco tiempo se sublevaron sus súbditos, y le reemplazaron con su tío Neoptolemo. Entonces Pirro, sin más herencia que su espada, pasó al Asia donde se hizo ilustre. Por fin, después de la batalla de Ipso, se refugió en Egipto y alcanzó el favor de Tolomeo y de Berenice que le concedieron la mano de su hija Antígona

y le ayudaron á recobrar el trono del Epiro. Allí acordó con su tío que reinarían simultáneamente; pero después, so pretexto de que este había querido envenenarlo, lo mató en un banquete, y quedó por único dueño del poder. Haciendo caso omiso del modo indigno con que se apoderó del trono, Pirro era el único verdaderamente capaz de restaurar el de Macedonia, que primero disputó á los hijos de Casandro y después á Demetrio, al cual destronó, con el auxilio de Lisímaco y de Tolomeo. Pirro reinó adorado de sus soldados, los cuales decían que al paso que los demás reyes no sabían imitar á Alejandro Magno sino en tener un hombro más bajo que otro y en hablar precipitadamente, mientras que él se le parecía, no sólo en la figura, sino también en el valor y en la capacidad. Dábanle el sobrenombre de *Águila del Epiro*, á lo cual les respondía con lisonjero tono: "*Si yo soy el águila, vosotros sois las plumas.*„

(Muerte de Demetrio, 283.)

Aunque vencedor, entró en tratos con Demetrio; pero como hubiese descubierto las tramas de éste con Lamasa, su mujer, robada por él, lo expulsó definitivamente del reino. Para no tener ociosos á los soldados macedonios y para recuperar el reino paterno, Demetrio fué á probar fortuna al Asia, con bajeles temibles por su sólida construcción y con buenas tropas. Allí cayó en manos de Seleuco, que lo trató al principio con la generosidad propia de un monarca, exclamando: "*Gracias te doy, ¡oh, fortuna!, por haberme ofrecido tan buena ocasión de mostrar mi clemencia.*„ Pero no supo Demetrio, en ocasión tan crítica, reprimir su carácter altivo, y Seleuco lo hizo encerrar en una fortaleza, rechazando, lo mismo las instancias de reyes, príncipes y ciudades, para que lo pusiese en libertad, que la gran suma que le ofreció Lisímaco porque lo matase, y los incesantes ruegos de su hijo Antígono, que por el rescate de su padre prometía cuanto poseía en Atenas y su propia persona. Transcurrieron tres años, y Demetrio Poliorcetes acabó su vida después de haberse entregado á toda suerte de excesos.

Pirro llevó entonces sus triunfantes armas á la Grecia, pero pronto se indignaron los macedonios al verse reducidos á provincia del Epiro ellos que poco antes eran dominadores del mundo. Lisímaco, aprovechándose del descontento, obligó á Pirro á volverse al reino de sus mayores, desde donde llevó sus armas á Italia. Lisímaco, cuyos vicios parecían aumentar con los años, se abandonó al capricho de mujeres, dando su mano y lue-

go la muerte á varias, hasta que cayó también en poder de Seleuco.

De este modo la monarquía macedónica quedó dividida en tres ramas: la Siria, compuesta de ocho provincias del Asia Menor y de todas las del Asia Superior, desde el Eufrates al Indo, dominadas, á lo menos nominalmente, por los Seleucidas; el Egipto que comprendía desde la Gran Cirte hasta la Celisiria, y desde el mar Oriental hasta las arenas del desierto, además, de la Cirenáica, la Palestina, la Fenicia, parte de la Arabia, algunas de las Cicladas, el litoral de la Tracia y la isla de Chipre; y por último, la Macedonia, cuyos límites variaban incesantemente, pero que comprendía siempre desde los montes Orbelo y Scardo, hasta la Grecia Central. Además se habían formado otros seis Estados de los restos del de Siria, á saber: la Capadocia, el Ponto, la Armenia, la Galacia, Pergamo y la Partia; ésto, sin contar los lejanos imperios de la India y de la Bactriana, ni las repúblicas y pueblos que recobraron su individualidad, tales como los tracios, ni las conquistas de los gálatas, que ocuparon la Frigia Septentrional, comprendida entre las llanuras del Sangario y del Halis.

No bien heló la muerte la vigorosa mano que reunía tantas voluntades contrarias, cuando cesó aquella armonía de intereses y de afectos que constituye una nación. Todo fué desórden y debilidad, y el despotismo militar multiplicó los crímenes de la ambición y de la fuerza bruta. Aquellos jefes que no eran más que guerreros, pensaron tan sólo en conquistas y no en implantar una organización duradera en el interior del país.

(Influencia macedónica.)

El afán de renombre y de perpetuar su recuerdo llevaba á todos los jefes á fundar nuevas ciudades. A Seleuco solamente se atribuye la fundación de treinta y cinco, proyectadas ya por Alejandro. Los macedonios, que habían sabido conservar mucho mejor que los griegos su dignidad y sus libertades, aun bajo el dominio de reyes y de reyes conquistadores, supieron difundir nuevos sentimientos entre los pueblos del Asia. La industria griega, penetrando en la Bactriana y en todo el Oriente, animó el comercio en los Estados despóticos confinantes, y las franquicias municipales de las ciudades enseñaban al pueblo á intervenir en la formación de las leyes que debían obedecer. La civilización y la lengua griega, propagándose por las comarcas conquistadas, oscurecieron ó borraron los rasgos característicos de las diversas naciones, y los idiomas de esta llegaron

á convertirse en dialectos populares. El Asia adoptó costumbres é ideas griegas, al mismo tiempo que el lujo, la ciencia y las supersticiones del Éufrates y del Nilo pasaban á Europa: de aquí que fuese menos vivo el sentimiento de la nacionalidad, menos capitales las diferencias entre los pueblos y mayor la facilidad de la conquista para cualquier extranjero poderoso que quisiera intentarla.

Y este extranjero fué Roma. Sigamos la historia parcial de estos Estados, hasta el momento en que llegarán á ejercer el valor y á adornar los triunfos de la ya gigantesca ciudad edificada á orillas del Tíber.

CAPITULO II

La Siria—Los Seleucidas (1)

El nuevo reino de Siria comprendía la Mesopotamia, la Media, la Bactriana, la antigua Asiria y una gran parte del Asia Menor. El primer cuidado de Seleuco fué asegurar á los griegos las conquistas de Alejandro en Oriente, así es que dominaba verdaderamente en todos los países situados entre el Eufrates, el Indo y el Oxo.

(Sandracoto.)

Sin embargo, en el Pendjab, Sandracoto (2), de la casta de los guerreros que habían servido en tiempo de Alejandro, reunió los pocos soldados que este príncipe había dejado en la India, formó con ellos el núcleo de un grueso ejército y declaró la guerra á los macedonios. Seleuco, que se había dirigido contra él, penetró hasta el Bengala, pero pactó con él una alianza semejante á la de Alejandro con Poro. Sandracoto pudo constituir

---

(1) Ningún escritor trata especialmente de esta parte de la historia, y nosotros nos hemos servido de los que se han ocupado de la de Roma, de los libros de los Macabeos y de las *Antigüedades hebráicas* de Josefo. La numismática nos valió de mucho para coordinar estos fragmentos dispersos. Independientemente de las historias generales, se puede consultar: Heyne, *Opúscula*, t. IV: *Opium regni macedonici auctarum, attritarum et eversarum causae probabilis.*—Vaillant, *Imperium Selencidarum, sive Historia regum Syriae*, 1681, en 4.°.

Froelich, *Annales rerum et regum Syriae*, Viena, 1754.—Guyon, *Histoire des Seleucides.*—Niebuhr, *De la versión armenia de Eusebio.*

(2) *Chandra-gupta*, protegido de la luna.

de este modo uno de los mayores imperios que ha habido en el mundo y conducir á Bengala hasta 600,000 hombres, Seleuco recibió de él unos presentes y quinientos elefantes que le ayudaron poderosamente á triunfar de sus rivales. Este pacto permitió desarrollar toda su actividad al comercio de los indios que nunca más volvió á ser interrumpido.

Después de la batalla de Ipso, Seleuco, que fué indudablemente el más poderoso de los sucesores de Alejandro, fundó dos importantes ciudades: Seleucia, en frente de la moderna villa de Bagdad, y Antioquía, á orillas del Oronte, la cual privó de su población y de su esplendor á Babilonia que desapareció de la historia á partir de este momento. Por espacio de diez y seis siglos la villa de Antioquía fué la reina de Oriente, hasta la época en que la destruyó Bibars, sultán del Egipto.

Antioquía, famosa por su lujo, su frivolidad y sus placeres, así como por las letras y las artes, estaba rodeada en sus mejores tiempos de un recinto de 10,000 pasos de circunferencia, que comprendía cuatro ciudades, cada una de las cuales tenía sus murallas y sus fortificaciones particulares. La primera fué fundada por Seleuco; la segunda por individuos que, atraídos por los privilegios que se concedía á sus habitantes, acudieron á sus muros; la tercera por Seleuco Calinico, y la cuarta por Antíoco Epifano. A dos leguas de distancia, al sur del Oronte, se levantaba la villita de Dafné, junto á un bosque consagrado por Seleuco á Apolo y á Diana, á los que hizo eregir un templo que llegó á ser uno de los santuarios más célebres del paganismo. La selva consagrada á la memoria de Dafné tenía ochenta estadíos de circunferencia (1) y unos límpidos arroyos serpenteaban por entre deliciosas umbrías, asilo de las delicias carnales. En el santuario estaba la estatua colosal del Dios representado con una copa en la mano, en actitud de hacer una libación sobre la tierra. La colonia griega de Antioquía había imitado en este lugar los ritos de la Grecia, y ondas proféticas brotaban de una fuente *Castalia*. Cerca de allí, en un estadío, se reproducían los Juegos de la Elide, en los cuales invertía la villa quince talentos de oro anualmente. Multitud de viajeros llegados de todas partes animaban esta aldea y llevaban riquezas al santuario, donde abundaban el oro, las piedras preciosas y las obras maestras del arte griego. Los ejemplos del dios seductor eran imitados á porfía y el que ponía sus

(1) Aproximadamente 16 kilómetros.

amores en Dafné era considerado como un quidan (1).

Seleuco había aumentado mucho su imperio añadiéndole una parte de las comarcas sometidas á Antígono, y luego, cuando su rival Lisímaco sucumbió en la batalla de Ciropedion, unió á la Siria toda el Asia Menor. Habría procurado á su imperio una existencia más brillante si hubiese establecido su sede en el Tigris tomando el Eufrates por frontera; pero como se acercó á Grecia se vió mezclado en las luchas é intrigas con que los sucesores de Alejandro procuraron mantener el equilibrio entre ellos. Sin embargo, supo conservar en el Asia diez y ocho años de paz, prefiriendo las artes y la tranquilidad á la gloria militar, fomentó el comercio mediante la fundación de ciudades nuevas y de comunicaciones que estableció por el Oxo y por los demás ríos de su reino. Además restituyó á la villa de Atenas la biblioteca que le había quitado Jerjes y dividió su reino en setenta y dos satrapías, para las cuales procuró nombrar naturales del país, máxima que sus sucesores olvidaron por completo. A fin de que nadie pudiese concebir el pensamiento de desmembrar la monarquía, confió el gobierno del Asia Superior á su hijo Antíoco (281), á quien cedió también su propia mujer Stratonice, cuando se apercibió de que aquél se había enamorado de ella. Fué asesinado por Tolomeo Cerauno, á quien había protegido, en el momento en que se disponía á entrar en Macedonia, su patria, y con él se extinguió el esplendor de este reino.

Su sucesor Antíoco acudió á defender las conquistas de su padre, pero como se dejase subyugar por las adulaciones de Tolomeo Cerauno, el asesino de su padre, le cedió la Macedonia. Tolomeo se casó con su propia hermana, viuda de Lisímaco, degolló por sus propias manos á los hijos que ésta había tenido de su primer marido, al saber que había una fracción que se agitaba en favor de ellos; pero todavía no había transcurrido año y medio (279), cuando moría á manos de los galos ó galates.

(Galos.)

Los terribles enemigos habían invadido la Macedonia, la Tracia y la Tesalia; pero sufrieron un rudo golpe por parte de los griegos y de Antíoco, que recibió en aquella ocasión el título de *Soter* ó Salvador. Los galos

---

(1) Véase Estrabón, libro XXI.—Sozomenes, V, 19.—Juan Crisóstomo, *en S. Babyla.*—Libanio, *in Noenia.*—Casaubón, *ad Hist Aug.* Guyón, *Historia de los Seleucidas*, t. VII, p. 35, 36.

eran mercenarios de Nicomedes, rey de Bitinia, el cual les cedió el país, al que dieron el nombre de *Galatia*; Filetere, gobernador de Pérgamo, fundó un nuevo reino, no obstante la enérgica oposición de Antíoco. Los galos, que traficaban con su valor y aseguraban la victoria del que les ponía á sueldo, tenían tal confianza en sus fuerzas que cuatro mil de ellos llamados á Egipto por Tolomeo Filadelfo intentaron apoderarse del reino de los Faraones. Antíoco les derrotó en Sardes; pero no cesaron ya de hacerse temibles hasta el advenimiento del tercer rey de Pérgamo. Para oponerse á sus progresos, Antíoco tuvo que renunciar á la guerra que había declarado á Tolomeo II, rey de Egipto, en favor de Magas, príncipe de Cirene, que se había sublevado contra su hermano, y después murió junto á Efeso en una batalla que libró contra estos galos. Edificó dos ciudades y no perdió ninguna de las posesiones que había heredado. Pero para un imperio fundado en la conquista, el primer jaque sufrido en nuevas empresas es una señal de pronta decadencia, esto sin contar además con que todo Estado que se basa únicamente en las cualidades personales de su jefe sólo puede tener una vida artificial.

(Antíoco Teos. 260.)

En efecto, para el reino de Siria fué un sostén muy débil Antíoco Teos, que se entregó cada vez más á las intrigas femeninas. Laodice, su cuñada al par que su mujer, así como su hermana Apamea lo empujaron contra Tolomeo Filadelfo. Apamea, viuda de Magas, rey de Cirene, no queriendo conceder á Tolomeo la mano de su hija Berenice, que le había sido prometida á éste en señal de paz después de una larga guerra, la ofreció á Demetrio, tío de Antigono Gonatas; pero ella misma se enamoró de éste al verle y fué correspondida; Berenice, maltratada, le hizo asesinar en brazos de Apamea, que se había trasladado á la corte de Antíoco Teos, para excitarlo contra Tolomeo, esposo ya de Berenice, y le llevó á declararle la guerra. Después de algunos reveses, Antíoco se reconcilió con su adversario, con cuya hija se casó.

(Partos, 255.)

Entretanto, varias provincias del Asia se habían sustraído de su autoridad. Arsacio Filheleno, para vengar el ultraje hecho por el sátrapa Agatocles al pudor de su hermano, expulsó de la patria al gobernador macedónico, reunió las tribus nómadas y formó un reino que no cesó de agrandarse en perjuicio de los Seleuci-

das. Su hijo Tridato comenzó la dinastía de los Arsacidas, que contó veinte príncipes y acabó en el primero de los Sasanidas.

(Bactrianos)

De otra parte, Teodoto, gobernador macedonio de la Bactriana, se hizo independiente y constituyó un nuevo reino que en sus comienzos, según dice Justino, no comprendía menos de mil ciudades. Todos los sucesores de Teodoto fueron griegos y al parecer su dominio se extendió á veces hasta las orillas del Ganges y las fronteras de la China; Demetrio, hijo del tercer rey, reinó en la India septentrional y en el Malabar (1). Este reino

---

(1) Hasta nuestros días solo se conocían muy pocas medallas de los reyes de la Bactriana, pero el general Allard que vivió en la India desde 1815 hasta 1835 y que estuvo encargado de la organización militar del reino de Lahore, al volver á Francia, regaló á la Biblioteca real varias medallas que pueden clasificarse del siguiente modo:

1.° Monedas griegas de los reyes macedónicos de la Bactriana y de la India septentrional.

2.° Monedas de los mismos reyes con la leyenda griega de un lado y la bactriana del otro.

3.° Monedas bilingües de los conquistadores escitas.

4.° Otras varias de época incierta, en las que el arte ha degenerado ofreciendo una mezcla de símbolos y de suscripciones persas, griegas é indias.

Con ayuda de estas medallas se puede averiguar la serie de los reyes macedónicos en aquel país y hasta el nombre de algunos que se ignoraba.

Véase RAUL ROCHETTE, *Notice sur quelques medailles grecques inédites de la Bactriane et de l' Inde,* Journal des Savants, 1834-1836.

Los escasos fragmentos de la historia de este reino habían sido recogidos por TH. S. BAYER, *Historia regni Graecorum Bactriani, in qua simul graecarum in India coloniarum vetus memoria explicatur; accedit.* WAICKER II, *Doctrina temporum indica cum paralipomenis* (Petersburgo, 1738.)

Véase lo que se puede sacar de ella. El año 243, á Teodoto 1.° le sucedió su hijo Teodoto II, que hizo la paz con Arsaces que había estado en guerra con su padre. Fué destronado por Eutidemo de Magnesia (221) contra el cual se dirigió Antioco el Grande mediante los socorros que le procuró Arsaces (209-206); pero, aunque reducido á entregar sus propios elefantes, un tratado de paz le permitió conservar la corona y casar á su hijo Demetrio con una hija de Antioco. Este Demetrio extendió sus conquistas hacia Levante y se hizo dueño de la India septentrional y del Ma-

fué destruído enseguida. El imperio de Darío quedó así dividido entre varios príncipes hasta los Sasanidas, cuando Ardeschir formó con la Persia un solo reino, y cuando Sapor, su hijo, dió muerte á los descendientes de todos estos pequeños soberanos (1).

---

labar. En la misma época, la Bactriana tenía por rey á Menandro, que llevó sus conquistas á la Serica. Al parecer en su tiempo la Bactriana había estado dividida en varios Estados griegos que tal vez se hicieron independientes cuando la expedición de Antioco III. Durante el reinado de Eucratidas (181?), sucesor de Menandro, el reino de la Bactriana se agrandó más que nunca, pues este príncipe ayudado por Mitrídates, rey de los partos, agregó á la Bactriana propia las conquistas en la India del dicho Demetrio. Eucratidas fué asesinado por su hijo, tal vez Eucratidas II, que le sucedió. Este se alió con Demetrio II, rey de Siria, para una expedición contra los partos (142); pero enseguida fué despojado de una parte de sus Estados por Arsaces VI, de modo que no intentó ya nada contra los nómadas del Asia Central y su reino dividido pasó á los partos con los países de Allende el Oxo. Bayer ha dispuesto de este modo la cronología de las dinastías griegas en la Bactriana.

256 Teodoto funda la monarquía de la Bactriana.
250 Primeros movimientos de los partos.
246 Segunda época de la dominación de los partos.
244 Arsaces ocupa la Hircania.
243 Prepara la guerra contra Teodoto.
242 Teodotó II hace la paz con los partos.
241 Arsaces huye á causa de la invasión de Seleuco Calínico.
240 Seleuco Calínico es vencido. Tercera época del dominio de los partos.
239 Comienza el reinado de Atalo, rey de Pergamo.
220 Eutidemo Magnesio destrona al rey Teodoto.
209 Antioco el Grande hace la guerra á los partos.
208 Se la hace también á Eutidemo.
206 Pacta la paz con éste.
196 Menandro, cuarto rey de la Bactriana.
181 Eucratides, quinto rey.
152 Mitrídates, parto, ocupa la Hircania Media y la Eleimaida.
147 Fin de la guerra médica.
146 Eucratides, sexto rey de la Bactriana.
141 Demetrio Nicanor cae prisionero de los partos.
136 Muerte de Mitrídates el Grande, rey de los partos.

(1) Sobre los reinos formados con los restos del imperio persa, véase una memoria del mayor. VAN KENNEDY, en las *Transactions of the literary Society of Bombay*, t. III; Londres, 1823.

(Partos.)

No se sabe á ciencia cierta quienes eran ni de donde provenían los partos que tan frecuentemente figuraron después en la historia del mundo y hasta se ignora si eran originarios del Kurdistán, del país de los escitas ó del de los turcos. Aquellos terribles ginetes, diestros en toda clase de ejercicios, se establecieron en las inmediaciones del mar Caspio, unos cinco años después de la defección de Teodoto; y llevando desde aquí sus excursiones á otras partes de la Persia oriental (1) se extendieron más y más hasta occidente, con gran daño de la Siria, aunque sin poder fijarse definitivamente en el Eufrates, en el Indo y en el Oxo. Primero tuvieron por capital Hecatompilos, luego Ctesifonte á orillas del Tigrís, y Ecbatana de Hircania, y como no tenían comercio, ni agricultura la guerra era su ocupación. El desenfrenado lujo de Antíoco que, en sus expediciones contra ellos, iba precedido de más cortesanos que guerreros, dejó libre paso á su progreso. Este príncipe enviaba de Egipto á Antioquía agua del Nilo en vasos de oro á su querida Berenice (2) y declinaba su autoridad en Temison y en Ariston de Chipre, ministros de sus placeres carnales. El pueblo tributaba á éstos honores divinos, y Hércules Temison, extendido sobre cojines, envuelto en una piel de león, recibía las ofrendas de los grandes de la corte.

(Seleuco II, 246.)

Cuando Tolomeo murió (247), Antíoco dejó á Berenice para tomar á Laodice, á quien había repudiado, y asegurar así su sucesión al hijo que tenía de ella; pero ésta temiendo la inconstancia de su marido, lo envenenó y reinó en calidad de tutora de Seleuco Calínico. Su crueldad le hizo perder una gran parte de los Estados de su hijo, y su odio contra Berenice, le movía á hacer la guerra á quien fuese favorable á Egipo, hasta el momento en que logró degollar á su rival en unión de su hija. El deseo de vengar este doble asesinato levantó en armas á las ciudades del Asia anterior y al Egipto entero. La Siria fué desvastada, y la sangre de Laodice, los incendios y el pillaje, á penas bastaron para calmar aquellos resentimientos. El enemigo más temible

---

(1) Véase MALCOLM, *History of Persia*, t. I, c. VII.—LONGUERUE, *Annales des Arsacides*.—RAWLINSON, *The Five great monarchies*.

(2) ATENEO, VII, 12.

de Seleuco II fué su hermano Antíoco Hierax *(el Gavilán)* que se hizo dueño de la Lidia y de una parte del Asia Menor. Secundado por los galos, tuvo el reino de su hermano hasta el momento en que cayó prisionero en Egipto, y fué muerto por unos bandidos en el momento en que huía de la prisión.

Mientras que Seleuco se dedicaba á defenderse contra él y á someter las provincias del Asia superior, Eumenes, rey de Pérgamo, y Arsaces II, rey de los partos, fomentaban su propio poder (238). Este último, aliado con el rey de la Bactriana, venció á Seleuco, siendo esta para los partos la verdadera época de la fundación de su imperio. Más desgraciado todavía en una segunda expedición, Seleuco cayó en manos de sus enemigos y dícese que fué su prisionero por espacio de diez años, es decir, hasta su muerte; pero parece más verosimil que recobró su libertad y que acabó tranquilamente sus días, fundando varias ciudades y agrandando Antioquía.

(Seleuco III, 223)

Seleuco Cerauno *(el Rayo)* fué envenenado al cabo de tres años de reinado, cuando se ocupaba en los preparativos de una expedición contra Atalo, rey de Pérgamo, que había sometido á su autoridad á toda el Asia Menor, desde el Tauro hasta el Helesponto. Aqueo, tío materno del rey difunto, aseguró de nuevo durante su sabia regencia el poder de los Seleucidas en el Asia anterior, rechazó la corona que le había sido ofrecida y la aseguró en los sienes de Antíoco III que recibió después el sobrenombre de Grande. Mientras que Aqueo, nombrado por el gobernador del Asia Menor, sometía al rey de Pérgamo, los sátrapas Molus y Alejandro sublevaban la Media y la Persia; su primer ministro Hermías de Caria exasperaba á los pueblos traicionándolos, y el mismo Aqueo acabó por sublevarse. Pero Antíoco los venció á todos, hizo asesinar á Hermías y se apoderó de Aqueo. Después de esto intentó quitar á los Tolomeos sus posesiones de Siria, pero aunque la fortuna le favoreció en un principio, le abandonó en Rafia, y como hubiese sido también desgraciado en su expedición contra Arsaces III, que se había apoderado de la Persia, se vió obligado á cederle por completo la Partra y la Hicarnia, á cambio de que le ayudase en la guerra que iba á emprender contra la Bactriana. Esta guerra fué seguida de una paz que aseguró á Eutidemo la corona y la totalidad del territorio. Entonces Antíoco se dirigió contra la India, pero no franqueó el Indo, ó por lo me-

nos no se internó muy allá de él. Tantas luchas sólo dieron por resultado el reponer á los Seleucidas en posesión de las provincias del Asia Menor, á excepción de las que se habían separado definitivamente de su imperio.

Antíoco que anhelaba sobre todas las cosas quitarle el Egipto á los Tolomeos se alió con Felipe de Macedonia, los expulsó de la Siria y avanzó hacia el corazón de sus Estados; pero los Tolomeos pidieron auxilio á los romanos y así aquel se vió obligado á guerrear con éstos.

CAPITULO III

LOS LÁGIDAS EN EGIPTO (1)

El pueblo egipcio no había podido nunca avenirse á soportar el yugo de los persas que tenían horror á sus creencias, á su culto, y de tiempo en tiempo había exteriorizado su protesta mediante sangrientas revoluciones contra su intolerancia y su dominación; pero se resignó sin pena al gobierno de los Tolomeos, los cuales, dejándoles practicar libremente su culto y haciéndoles sentir el bienestar presente, les inclinaron á olvidar sus pasadas grandezas y sus esperanzas en el porvenir.

Alejandría se levantó á orillas del lago Mareotis, que está formado por el Nilo y se comunica con el mar, formando un puerto muy vasto y seguro que pone el Egipto en contacto con el Mediterráneo, y que dista muy poco del golfo Arábigo. Dos anchas calles forma-

---

(1) Los historiadores particulares nos faltan también aquí, así como los libros hebreos y las medallas. Algunos monumentos de epigrafía griega y unas inscripciones geroglíficas es lo único que suple esta penuria de documentos. Se puede consultar: VAILLANT, *Hist. Ptolomaeorum*, Amsterdam, 1701. en folio.—CHAMPOLLIÓN.—FIGEAC, *Annales des Lagides, ou Chronologie des rois d'Egipte, successeurs d'Alexandre le Grand.* Algunos errores de esta importante obra han sido corregidos por IDELER, *Ueber die Reduktion aegyptischer Data aus den Zeiten der Ptolomocer*; Berlin, 1831. -LETTRONE, *Recherches pour servir á l' histoire de l' Egipte pendant la dominatión des Grecs et des Romains, tirés des inscriptións grecques et latines*; París, 1823.—HEYNE, *De genio soeculi Ptolomaeorum*, Opusc. t. I.—MATTER, *Essai historique sur l' Ecole d' Alexandrie*, 1820.—I. C. SCHMIDT, *Opuscula res maxime AEgyptiorum illustrantia;* 1865 Se ocupa sobre todo del comercio de Alejandría.

das por hermosos edificios la cortaban en ángulo recto, y el agua conducida desde lejos era distribuída por toda la ciudad por medio de conductos subterráneos. Diodoro dice que tenía un millón de habitantes, de los cuales trescientos mil eran libres (1). Además de los indígenas y de los soldados mercenarios del rey poblábanla gentes de todas las naciones, confundidos con el nombre de alejandrinos, entre los cuales figuraban principalmente griegos y judíos. Aunque sea importantísimo conocer la historia de esta ciudad, á donde convergían como los rayos al foco de la lente las diferentes civilizaciones de Oriente y de Occidente, nos hallamos sumidos en las tinieblas en cuanto le concierne, y sin embargo á esto se resume toda la historia de Egipto.

(Tolomeo Soter, 283.)

Este país que Alejandro quería convertir en poderoso reino, centro del comercio y sede de la ciencia y de las bellas artes, cúpole, cuando el primer reparto de su imperio, á Tolomeo Soter, que pasaba por hijo natural de Filipo, á pesar de que dijo serlo de Lago. La dinastía de los Lágidas, que acabó con Cleopatra, tomó su nombre de este último. Tan hábil en el consejo como en el campo de batalla y amado particularmente por Alejandro, Tolomeo fué el único de sus sucesores que supo librarse de la manía de conquistas. Si no se mostró más leal en su conducta personal y política que los demás sucesores de Alejandro, les superó en el arte de captarse el afecto de los vencidos, supo atraerse á los egipcios librándoles de las concusiones de Cleómenes, que había sido nombrado gobernador por el héroe macedónico y consideró siempre la prosperidad del país como cosa propia.

Aunque las antiguas circunscripciones estuviesen cambiadas, Tolomeo conservó la división del Egipto en nomos. Las provincias exteriores recibieron gobernadores y no confirió esta magistratura más que á macedonios y á griegos. Alejandría, especialmente, tuvo cuatro magistrados superiores: el *exegeta* encargado de las subsistencias; un juez superior que presidía los tribunales; un *hipomnematógrafo*, archivero, y, por último, un *estratego* ó inspector de noche, que velaba por la

---

(1) Dion Casio (*Oración á los Alejandrinos,*) encarece la inmensa población de esta villa y añade: *Porque entre vosotros veo no solo griegos é italianos con sirios, líbios, cilicios, etiopes y árabes, sino también bactrianos, escitas, persas y algunos indios que se encuentran todos en vuestra ciudad.*

tranquilidad pública. De las antiguas constituciones conservó todos los elementos que podían combinarse con las costumbres actuales y consolidar el despotismo real. Lejos de perseguir la religión, tuvo la habilidad de hacerle concurrir á la aplicación de su sistema, y respetó los ídolos y el culto. La casta de los sacerdotes, aplastada bajo el dominio de los persas, hasta el punto que ya no hacía sombra al rey, servía para darle un carácter sagrado á los ojos del pueblo; los reyes eran, pues, divinizados, y unos sacerdotes especiales les rendían culto durante su vida y después de su muerte. Menfis, donde los príncipes eran consagrados y que encerraba el templo de Fta, considerado como el principal de la nación, siguió siendo capital del reino.

Conociendo la necesidad de reavivar el sentimiento religioso, fondo del carácter egipcio, y de conciliarlo con el culto de los vencidos, Tolomeo supuso que había sido invitado á enviar en busca de la estatua de Serapis que se hallaba á la sazón en el Ponto; pero como los habitantes de este país se negaban á ceder el venerado simulacro, éste, sin embargo de que era de mármol, se embarcó por sí solo, y abordó al puerto de Alejandría sin el concurso de pilotos. A consecuencia de esto se le erigió en la ciudad un magnífico templo llamado el Serapeum, y su culto predominó sobre el de las divinidades antiguas.

Tolomeo creó además una flota y un ejército, y compró un gran número de mercenarios, de esos cuyo valor estaba al servicio del que mejor pagaba; pero no hizo nunca la guerra por ambición. Obligado á intervenir en las disensiones de los demás jefes, obró con tal circunspección, que no comprometió nunca la seguridad del Egipto; y cuando se vió atacado en sus Estados, supo aprovecharse, como capitán experto, de los ventajas que le ofrecía la naturaleza del país.

La Fenicia y la Celesiria eran para él sumamente importantes por producir maderas de construcción; las conquistó inmediatamente después de la derrota de Perdicas, asegurando en ellas su dominación, mientras duraron las largas contiendas con Antígono, de tal modo, que pertenecieron al Egipto hasta el tiempo de Antíoco el Grande. La Siria y Jerusalém fueron sometidas también por Tolomeo, así como Chipre y otras islas, si bien algunas conservaron sus reyes particulares, y, por último, se hizo, además, dueño de las ciudades situadas en las costas del Asia interior.

En Africa había alcanzado un gran poder Cirene

(405), después de haber derrocado á sus reyes y rechazado á los persas, gobernándose por una aristocracia de hombres de dinero y rivalizando con Cartago. Agitada por discusiones entre los ricos y los pobres, pidió una constitución á Platón, el cual se la negó, so pretexto de que sus habitantes estaban en la opulencia y no eran dóciles al freno. Los partidos continuaron, pues, persiguiéndose y desterrándose, sucesivamente. Habiéndose unido los desterrados con el espartano Timbrón, jefe de los mercenarios en la guerra lamiaca, les persuadieron de que les auxiliase para darles entrada en su patria, y, en efecto, aquél se puso al frente de ellos y se apoderó de Cirene; pero pronto los ciudadanos apoyados por Ofelas, general de Tolomeo, lo repelieron y lo condenaron á morir en la cruz. Las turbulencias no cesaron hasta el momento en que Tolomeo y su hijastro Magas gobernaron por espacio de cincuenta años.

(Riquezas.)

Si hemos de prestar fe á Apiano (1) el Egipto contaba con un ejército de doscientos mil hombres de infantería, de cuarenta mil caballos, de trescientos elefantes y de dos mil carros de guerra; sus arsenales encerraban trescientas mil armaduras, y disponía, además, de dos mil bajeles, mil quinientas galeras y setecientos cuarenta mil talentos, es decir, cuatro mil millones de pesetas. Aunque parezca esto exagerado, es indudable que las riquezas de Egipto eran inmensas, pues Tolomeo había llevado á su reino los tesoros que provenían del saqueo del Asia. Abundaban allí las estatuas más que en Roma y sus grandes solemnidades llevaban á una multitud inmensa y, con ella, mucho dinero. Bien es verdad que al lado de la extrema opulencia se veía la más desoladora miseria, suerte común á los países antiguos, donde los esclavos ejercían todos los oficios que desempeña hoy la clase media.

(Comercio.)

El comercio enriqueció á Alejandría, que era su centro, y se hacía con el Asia por medio de las caravanas que recorrían el Oxo, el Mar Caspio y el Mar Negro, difundiéndose desde la Siria y la Mesopotamia, á todas las villas marítimas del Asia anterior y de la Fenicia. El comercio que se dirigía hacia el Occidente de Africa por mediación de Cirene, era muy importante; pero lo era aún más el de Etiopía, donde penetraron á la sazón los egipcios, fundando grandes establecimientos, sobre

(1) Apiano, *Hist. rom.* pref. c. X.

todo, para la caza de elefantes. La navegación en el propio golfo Arábigo no se dirigía tanto á la India como á la Etiopía. A fin de favorecerlo, el segundo Tolomeo abrió nuevos puertos, tales como los de Berenice y de Myos-Hormos, en el golfo Arábigo, con un camino para las caravanas que, de Berenice, por Coptos, se dirigía á las orillas del Nilo, desde donde las mercancías eran llevadas más lejos. El canal, entre el Nilo y el golfo Arábigo, aunque terminado, no era todavía de gran utilidad, por lo cual, el puerto de Alejandría, en el lago Marcons, seguía siendo más frecuentado que el que tenía en el mar.

(Faro.)

Tolomeo llevó gran número de colonos á aquella ciudad, donde tanto él como sus sucesores, levantaron gran número de edificios magníficos, capaces de rivalizar con los de Ramses y de Sesostris; templos á Isis y á Serapio, un teatro, un circo, un foro, una palestra, una caballeriza, un museo, un gimnasio, y, sobre todo, un faro, contado entre el número de las siete maravillas del mundo. Este nombre de faro, que después ha pasado á ser común á todos los faros ó fanales marinos, provino de la isla de Faros, en la cual lo hizo construir Tolomeo, uniendo la isla al continente por medio de un dique de una milla de largo; y en verdad que se veía desde una distancia de diez leguas marinas, demostrando una elevación increíble (1). Esta construcción fué acabada en el primer año del reinado de Tolomeo Filadelfo, por el arquitecto Sostrato, el cual, para reservar para sí solo ante la posteridad el honor de tan notable obra, hizo grabar en piedra su nombre, y después lo cubrió con una capa de cal, sobre la cual inscribió el de Tolomeo. El tiempo, llevándose la capa calcárea, debía descubrir la inscripción puesta debajo de ella. Esta torre fué derribada, posteriormente, por un temblor de tierra (2).

---

(1) Se obtenía este efecto por medio de un espejo que al parecer se anticipó muchos siglos al telescopio de reflexión de Newton y de Zucchi. Que antes de estos hubo uno semejante en Ragusa lo confirma una carta que Libri asegura haber hallado en la correspondencia de Bouillau con el hábil mecánico. Tito Livio Burattini, autor de la *Medida universal*.

(2) En las *Memoires de l' Académie des inscriptions et belles lettres* (t. X) véase la descripción de Alejandría tal como era en tiempo de Estrabón, por BONAMY. He aquí la inscripción que fué interpretada por LETRONNE, *Recherches pour servir á l' histoire de*

(Museo.)

El Museo, terminado después por Filadelfo, encerraba cuanto hoy constituye una Universidad: vastos pórticos, donde se enseñaba paseando; la biblioteca más famosa de la antigüedad, con una multitud de empleados para copiar, corregir, dorar y encuadernar los papiros, y cuando se tenía noticia de algunos libros, se pedían prestados, y después se daban á sus dueños hermosas copias conservando los originales. Así Atenas envió las obras de los tres mayores trágicos, recibiendo, en cambio, una elegante copia y quince talentos. Hasta cuatrocientos mil volúmenes llegó á reunir aquella biblioteca, y no teniendo capacidad para más, se le añadió un suplemento en el Serápeo, enriquecido con otros trescientos mil volúmenes. Para dirigir y enseñar en el Museo fueron buscados los sabios más célebres de todos los países, pero pronto predominó la índole egipcia, y, entonces, tomó la institución un carácter sacerdotal. Dícese que el primero que dirigió el Museo fué Demetrio Falereo, al cual remuneró espléndidamente Tolomeo, hasta que habiendo aconsejado á éste que eligiese para sucederle á Cerauno, con preferencia á Filadelfo, luego que éste subió al trono, lo desterró, y Demetrio se hizo morder por un áspid. La biblioteca del Museo fué quemada en tiempo de Julio César, y la del Serápeo por los sarracenos.

De este modo Atenas veía trasplantado á orillas del Nilo el enciclopédico árbol de las ciencias humanas, las cuales, entre tanto desorden solo podían encontrar quietud y lugar apropiado á la sombra de un trono, sombra ominosa que impedía su líbre desarrollo. Si bien es verdad que aquellos sabios de Alejandría no produjeron más que obras críticas y un cúmulo de reglas con las cuales no podrá nunca formarse una obra maestra, debemos estarles agradecidos porque nos trasmitieron los frutos del ingenio, y habiéndolos comentado cuando aún se conservaba memoria de los hechos y estaban vivos los usos, facilitaron su inteligencia á la posteridad más remota.

Mucho favoreció al Egipto la paz de que gozó por espacio de cuarenta años, mientras que el mundo ente-

---

l' Egipte, etc. p.40: *Sostratos Knidios dexifanous zeois sotersi uper ton ploisomenon Sostrato de Cnidio, hijo de Dexifanes, á los dioses salvadores* (Ptolomeo y Berenice), *para salvación de los navegantes.* Véase también MANSO, *Alexandria sotto i Tolomei*; Leipzig, 1800.

ro se conmovía. Si la paz es suficiente para curar los males de un país á pesar de los dominadores, con mayor razón debió serlo en Egipto, sabiendo Tolomeo sacar tan buen partido de la oportunidad de los tiempos y de los acontecimientos. Tolomeo unía al valor el saber, se dedicó á escribir las hazañas de Alejandro y las suyas propias, y al mismo tiempo que rodeaba el trono del más fastuoso esplendor, vivía con la modestia de un particular.

(Tolomeo II 223.)

En el mes de Noviembre de 283, asoció al trono á Tolomeo Filadelfo, hijo suyo habido con su segunda mujer Berenice; dando esto lugar á que dijese que estimaba mucho más glorioso ser padre del rey que reinar. Las fiestas que con este motivo se celebraron, espléndidas sobre toda ponderación, nos han sido descritas por Calistenes de Rodas, en la *Historia de Alejandría*. Después de hacer una minuciosa descripción de un pabellón real construído á propósito, en el que el oro, la plata, las piedras preciosas, los despojos de los animales más raros, y los más ricos tejidos de la Persia y de la India se veían con profusión juntamente con muebles magníficos y de materias riquísimas, Calístenes indica el camino que siguió la comitiva, á cuya cabeza iban las banderas de los diversos gremios admitidos á la ceremonia. La fiesta fué en un todo griega, y el mito de Baco suministró los principales asuntos, figurando en ella divinidades y semidioses por orden de gerarquía, mientras que sacerdotes y sacerdotisas desempeñaban diferentes funciones.

En un alto carro de cuatro ruedas, tirado por 60 hombres, iba la figura sentada de la ciudad de Nisa, de 18 codos de alta, vestida con una túnica amarilla con galones de oro, y con sobrevesta de Laconia, y por medio de un mecanismo oculto se levantaba, derramaba leche de una copa y volvía á asentarse. En la mano izquierda, llevaba un tirso en torno del cual se arrollaban pequeñas bandas; y llevaba en la cabeza una corona de hiedra y uvas de oro y piedras preciosas. Seguíale otro carro tirado por 300 hombres, que conducía un cubo en el que pisaban uva sus 60 sátiros, simulando la vendimia, cantando al son de la flauta. Presidíalos Sileno, y el dulce mosto corría por todo lo largo del camino que seguía el cortejo.

Iba después otra división que llevaba con pompa los vasos y utensilios de oro siguientes: cuatro cráternas parecidas á las de Laconia, rodeadas cada una de una guir-

nalda de pámpanos; cuatro metretos y dos vasos corintios, con bellísimas figuras; cuatro grandes trípodes de oro y un aparador del mismo metal, en el cual había una vagilla preciosa, y puestas por orden en gradas gran número de figuras trabajadas con mucha maestría; dos cálices de oro, y dos de cristal dorado, con otras hermosas obras.

Seguían 1,600 mancebos con túnicas blancas, coronados unos de hiedra, y otros de ramas de pino. Doscientos cincuenta de ellos llevaban congíos de oro; cuatro cientos congíos de plata; otros tres ciento veinte copas de oro y de plata, é iban repartiendo el vino de las urnas y de los toneles á los que se hallaban en el estadio.

En un gran carro de cuatro ruedas, tirado por quinientos hombres, se veía un antro singularmente profundo, rodeado de hiedra y pintado de rojo, desde el cual se soltaban palomas, pichones y tórtolas con lazos atados á las patas, á fin de que los espectadores pudiesen cogerlas. Este antro contenía dos fuentes, de una de las cuales manaba leche y de la otra vino; y las ninfas que rodeaban el carro llevaban coronas de oro.

En el cuarto carro iba representado Baco al volver de la India. El dios era conducido en triunfo, sentado en un elefante, vestido de púrpura y con corona de hiedra y pámpanos de oro; en la mano llevaba un tirso también de oro, y el calzado era igualmente dorado. Delante de él y sobre el cuello del elefante, iba sentado un sátiro de cinco codos de alto coronado de hojas de pino de oro, y parecía que hacía una señal con la mano derecha, en la cual llevaba un cuerno de cabra también de oro; los adornos del elefante eran de oro así como un collar de hiedra que llevaba. Junto á él caminaban 50 niñas vestidas de púrpura y ceñidas con trenzas de oro.

Iban después cinco recuas ó cuadrillas de asnos montados por silenos y sátiros coronados, y detrás de ellos veinticuatro carros tirados por elefantes, 60 tirados por dos carneros cada uno, doce por avestruces, quince por búfalos, siete por gacelas y cuatro por cebras. ¡Carros tirados por dos camellos, y otros por mulas, llevaban las tiendas de las naciones extranjeras, con mujeres indias sentadas junto á otras vestidas de cautivas. Varios camellos llevaban trescientas minas de incienso; dos cientas libras de azafrán, de cañafístola, de cinamomo, de gladiolo y de otros perfumes.

Luego iban los etiopes con regalos, unos conduciendo 600 dientes de elefante, otros 2,000 troncos de ébano,

otros con 60 cráteras de oro y de plata ó pepitas de oro. De oro eran también los collares de 2,400 perros unos de la India, otras de la Hircania, molosos y de otras razas. Desfilaron después 50 hombres que llevaban árboles de donde pendían fieras y aves de mil clases, papagayos pavos reales, faraones, faisanes y otros pájaros y aves de Etiopia. Luego se veían 130 carneros de este país, 300 de Arabia, 20 del Negroponto, 26 bueyes de la India todos blancos, 8 de Etiopia, un gran oso blanco, 14 leopardos, 16 panteras, 4 linces, 3 osos pequeños, una girafa y un rinoceronte etíope; museo vivo formado para satisfacer la pasión de Filadelfo por la historia natural, y que debía aumentar los conocimientos acerca de esta ciencia.

Seguía después otro carro precedido de mujeres ricamente vestidas y magníficamente adornadas con coronas de oro en las que llevaban inscritos los nombres de las ciudades de la Jonia, de los griegos del Asia, y de las islas subyugadas por los persas; Calístenes sólo menciona lo que era de oro y plata, y pasa por alto muchos objetos dignos de ser vistos y referidos, como fieras y caballos, 24 soberbios leones, y además multitud de carros de cuatro ruedas con las efigies de los reyes y de los dioses. Después iba un coro de 600 hombres, 300 de los cuales tocaban cítaras guarnecidas de hojas de oro con coronas del mismo metal, y después 2.000 toros, todos de un mismo color con los cuernos y el testuz dorados; siete palmas de ocho codos de altura, un rayo, ambos de cuarenta codos, un templo todo de oro, muchas figuras doradas, fieras y águilas de doce codos y 3.200 coronas de oro formaban parte de aquella procesión; pero lo que más llamaba la atención era otra corona de oro de 80 codos de circunferencia, llena de piedras preciosas, consagrada á los misterios y á las ceremonias religiosas y que abarcaba la entrada del templo de Berenice. Abreviaremos la narración de lo restante y sólo haremos mención de 1.220 carros, de los cuales 400 llevaban los objetos de plata, 20 los vasos de oro y 800 iban cargados de armas. Esta larga procesión iba acompañada de caballería é infantería magníficamente armada.

El primer Tolomeo solo sobrevivió dos años á esta solemnidad. Tolomeo Filadelfo, en 38 años de reinado, más tranquilo aun que el de su padre, siguió siempre las huellas de éste y careciendo de espíritu guerrero favoreció con más pasión las ciencias, multiplicó los edificios, hermoseó Alejandría, aumentó la flota é hizo

Coloso de Abusambul. Jeroglífico

del Egipto la primera potencia por mar, y una de las primeras por tierra. Tuvo siempre ancladas dos numerosas escuadras en el Mar Rojo y en el Mediterráneo, y si no poseía 33.000 ciudades, como dice Teócrito, no hay duda que su reino fué de los más florecientes. Ascendían las rentas de su Estado á 14.800 talentos sin contar los tributos que cobraba en especies, y á pesar de lo inmenso de su ejército dejó al morir 750.000 talentos egipcios. Ignoramos cuál fué el sistema con arreglo al cual se repartían los impuestos; solo sabemos que en las provincias de lo exterior se daba en arriendo la recaudación con grave perjuicio del pueblo.

Si no fuese propio de la adulación llegar con frecuencia á los límites de la ironía, diríase que el título de Filadelfo (amigo de sus hermanos) que se dió á Tolomeo, era un escarnio por las continuas luchas que tuvo con sus hermanos, los cuales murieron de mala muerte ó por miserables pretextos. La envidia que tenía á Magas, su hermano uterino, encargado por Tolomeo I, como hemos dicho, de gobernar la subyugada Cirene le llevó á enemistarse con Magas, que se dirigió contra Alejandría, pero Filadelfo llamó á 4.000 galos para que la defendiesen, al mismo tiempo que los marmáridas, pueblo nómada de la Libia, instigados por Tolomeo, invadieron la Cirenaica, obligando á Magas á volverse atrás. Empero, la lucha duró mucho tiempo, hasta que Magas prometió al hijo de Filadelfo la mano de Berenice, su única hija, y en dote el dominio de Cirene, que de este modo volvió á unirse al Egipto al cabo de ciencuenta años de separación.

Tolomeo Filadelfo, cuya constitución era débil, se dedicó por entero á conservar la paz y dejó establecidas amistosas relaciones con los romanos, los cuales debían muy pronto dirigir á su antojo los negocios públicos de aquel país. A Fabio Gurges y á cada uno de los embajadores de Roma les regaló una corona de oro Los romanos no las rehusaron; pero á la mañana siguiente las pusieron en las cabezas de las diferentes estatuas del rey que había en la ciudad, y en cuanto á los demás regalos, los depositaron en el tesoro de Roma, conquistando para sus compatriotas una reputación de generosos y de puros que no tardaron en desmentir.

Filadelfo no quiso imitar la modestia de su padre; introdujo en sus Estados la molicie asiática, y entonces por vez primera se vió á una corte dar el tono y la moda á todo el mundo. También corrompió las costumbres

con el ejemplo de los matrimonios verificados en la misma familia real, pues se casó con su propia hermana Arsinoe, viuda de Cerauno, la cual lo sujetó á sus caprichos, aunque no estaba ya en edad de hacerlo padre.

Bajo su reinado, la filosofía griega penetró hasta Etiopía y rompió el yugo sacerdotal que había pesado hasta entonces sobre todas las clases. Ergámenes, rey de los etíopes, sorprendió cierto día á los sacerdotes en el templo y se declaró rey absoluto (1)

(Tolomeo III. 247.)

Tolomeo Evergetes, hijo de Filadelfo y de su primera mujer, á quien había repudiado, sucedió á su padre; pero en lugar de contentarse con ver prosperar al Egipto por medio del comercio y de la política ambicionó la peligrosa gloria de conquistador. Por vengar á su hermana Berenice, repudiada por Seleuco II, conquistó la Siria, hasta el Eufrates y gran parte del Asia Menor desde la Cilicia al Helesponto, siendo ayudado en esta empresa por las disidencias que había entre Seleuco y su hermano Hierax, y por ser muy nuevos todavía los reinos de los partos y bactrianos. En estas excursiones recogió inmenso botín; pero lo que más agradó á los egipcios fué que recuperó 2.500 ídolos arrebatados al Egipto en la guerra de Darío y 600 que le había quitado Cambises. Esta restitución patriótica y religiosa le valió el título de Evergetes (*bienhechor*). Por fin concluyó con Seleuco una tregua de 10 años, abandonando espontáneamente las conquistas hechas, á excepción de Seleucia en Pieria, puerto de Antioquía, en la desembocadura del Oronte.

Berenice, su mujer, había hecho voto de ofrecer, si volvía vencedor, su propia cabellera en el templo erigido por Filadelfo en Chipre, en honor de Arsinoe. La madre cumplió su voto, pero poco después desapareció del templo la cabellera. Entonces el astrónomo Conón de Samos declaró haberla descubierto en el firmamento y dió su nombre á las siete estrellas próximas á la cola del León. Inmediatamente fiestas sagradas y profanas celebraron la cabellera de Berenice, inmortalizada por los sabios y los poetas.

Tolomeo llevó después sus armas hacia el Mediodía, y sometió gran parte de la Abisinia, parte de las montañas situadas en las costas del Arábigo y de la llanura de Senaar hasta el Darfur, y la alta cordillera que se extiende hasta más allá de las fuentes del Nilo. El en

---

(1) Diodoro, III, 6, 3.

persona mandaba esta expedición, y al mismo tiempo sus generales ocupaban por mar y por tierra las costas de la Arabia Feliz. En Adulis de Etiopía erigió Evergetes un monumento cuya inscripción que tanto han trabajado los eruditos (1), decía que su padre le había dejado, además del Egipto propiamente dicho, la Libia, es decir, el Africa Occidental hasta Cirene, la Celesiria, Fenicia, la Licia, la Caria, Chipre y las Cicladas.

Así, durante un siglo entero el Egipto fué gobernado por tres grandes reyes, y, sin embargo, iba en decadencia. Todas estas empresas lo enervaban sin fruto, si bien daban vitalidad al comercio, que si llevaba á todo el mundo á Alejandría, fomentaba la corrupción, alimentada con los despojos de riquísimos países. Los mismos reyes daban ejemplo del fastuoso orgullo y de lasciva debilidad y se entregaban al vicio de las mujeres. Tolomeo tuvo por amiga á Tais, la libertina más famosa después de Aspasia. Filadelfo tuvo un serrallo, y Berenice gobernaba á Evergetes á su antojo.

---

(1) Cosmas Indicopleustes nos trasmitió copia de ella. Véase *monumentum Adulitanum*, en la *Bibl. Graeca* de Fabricio, t. II. —Montfaucón, *Coll, Patr*, t. II.—Chishull, *Antig.* Asiat. p. 76.—*Museo para la historia de la antigüedad*, Berlín, 1810, t. II. p. 105 á 169.—Sacy, *Annales des voyages*, t. XII, p. 330.

En definitiva es una lista de los países poseídos por el Egipto, si bien la alteración de nombres hace dificilísima su interpretación. Viene á decir así: "El gran rey Tolomeo, hijo del rey Tolomeo y de la reina Arsinoe, dioses Adelfos, nieto del rey Tolomeo y de la reina Berenice, dioses Soteres, descendiente, por la línea paterna de Hércules, hijo de Jupiter, y por la línea materna de Dionisio, hijo de Júpiter, recibió en vida de su padre la corona de Egipto, de Libia, de Siria, de Fenicia, de Chipre, de Licia, de Caria y de las Cicladas; luego condujo al Asia un numeroso ejército de infantería, de caballería, bajeles y elefantes del país de los trogloditas y de la Etiopía, cogidos por su padre y llevados por él de aquellas comarcas á Egipto, donde fueron dispuestos para la guerra; se apoderó de todos los países inmediatos al Eufrates, de la Cilicia, de la Panfilia, de la Jonia, del Helesponto, de la Tracia, de las tropas y de las riquezas de estas comarcas, de los elefantes indios que allí había y de los reyes que los gobernaban, y, habiendo atravesado el río, sometió la Mesopotamia, la Babilonia, la Susiana, la Persia, la Media, y todo el resto del país hasta la Bactriana. Habiendo recobrado los dioses y los efectos sagrados arrebatados á los egipcios por los persas, los envió á Egipto con otros tesoros tomados de aquellos diferentes lugares." (*El resto se ha perdido.*)

(Tolomeo IV. 222.

Precipítase la decadencia bajo el mando de Tolomeo Filopator, el cual fué amante de las ciencias y las favoreció hasta el extremo de erigir un templo á Homero. Filopator dió una gran prueba de generosidad con Rodas cuando fué destruída por un temblor de tierra, enviándole 300 talentos en dinero, 1 millón de medidas de trigo, materiales suficientes para construir 20 galeras de tres hileras de remos y otras tantas de cinco, 3.000 talentos para eregir un nuevo coloso y además 100 arquitectos y 350 operarios, con la promesa de 14 talentos por año para mantenerlos mientras los rodios tuvieran necesidad de ellos; á todo lo cual añadió también 10.000 medidas de grano para los sacrificios y 20.000 para la provisión de la flota (1). Esto no ha sido, empero, obstáculo para que la historia lo proclamara vil tirano, desenfrenado en sus liviandades, dirigido sucesivamente por el desalmado Sosibio, por el corrompido Agatocles y por la hermana de éste, Agatoclea. Daba á sus palacios el nombre de sus concubinas y á éstas les erigía estatuas en los lugares públicos. Antíoco el Grande le declaró la guerra que al parecer debía serle funesta; pero la poco merecida victoria de Rafia salvó al Egipto.

(Tolomeo V. 205.)

Cuando murió Filopator, reo de parricidio, de fratricidio y de otros muchos crímenes, Agatocles y su hermana Agatóclea quisieron seguir gobernando como tutores de Tolomeo Epifanes, que contaba á la sazón cinco años de edad; pero el pueblo amotinado hizo en ellos justicia y confió la tutela del príncipe al joven Sosibio y á Tlepolemo. El primero, á lo menos sabía cubrir las apariencias, pero el segundo, pródigo é imprudente, no tardó en enemistarse con su colega. De la debilidad nacida de esta lucha se aprovecharon los reyes de Siria y de Macedonia, para coaligarse contra el Egipto, cuyos restos se repartían ya en su imaginación; pero los dos regentes se dirigieron á Roma y confiaron la tutela del regio infante al Senado de esta ciudad, que hasta entonces había sido el amigo sincero de los Tolomeos y que desde aquel momento pasó á ser árbitro de su suerte.

---

(1) Polibio, V, 89.—Ateneo, V.

CAPITULO IV

Macedonia y Grecia (1)

El tercero de los reinos formados con los restos del de Alejandro, aunque inferior á los demás en extensión, población y riqueza, era considerado en un principio como el corazón de la monarquía, de donde emanaba á lo menos en la apariencia, toda la autoridad administrativa. Pero cuando la familia real fué exterminada, la Macedonia formó un Estado distinto, en el que los reyes tenían que luchar con el carácter independiente y con las franquicias de los macedonios, mientras que los soberanos del Asia y de Egipto se hacían tiranos en medio de hombres afeminados y sin valor. Despierta también la Macedonia mayor interés por estar enlazada con la fortuna de la Grecia, para lo cual no se trataba ya de hacerse capitán de toda la Europa contra el Asia, ni de vivir libre ó esclava sino de presenciar las parcialidades de los ambiciosos y las locuras de los pueblos. Los gloriosos recuerdos son lo único que la salvan del desprecio, y si alguna rama vigorosa retoña sobre el vetusto tronco, no es de tal naturaleza que pueda llevar á madurez frutos buenos para sí ni para la patria.

Ya hemos citado las discordias que surgieron entre Pirro y Lisímaco. Este, después de asegurarse en el reino de Macedonia, unió á él la Tesalia y por algún tiempo el Asia anterior.

(Tracios.)

Los tracios ocupaban en otro tiempo una extensa región que comprendía una parte de la Macedonia, y todo el país situado entre el río Estrimón, el Ponto Euxino y el monte Hemo, extendiéndose también á la otra parte del Danubio y del Boristenes. Las diversas tribus que allí vivían tenían costumbres particulares y gobiernos diferentes. Homero nos ofrece en Reso un rey de los

---

(1) Diodoro de Sicilia nos sirve de guía hasta la batalla de Ipso; luego, hasta el año 224, los fragmentos del mismo historiador, los relatos de Justino y algunas vidas de Plutarco son los únicos documentos que tenemos. Después del año 221, Polibio, aunque incompleto, viene en nuestro auxilio, y además Tito Livio y los demás historiadores de Roma. Entre los modernos merece especial mención John Gast, *The History of Greece, from the accesión of Alexander of Macedon till the final subjectión to the roman prower*, Londres, 1782 en 4,°.

tracios; de otros nos dan noticias otros autores, pero no se encuentra una serie no interrumpida hasta que llegamos al país que se extiende desde el Estrimón hasta el Euximo y desde el Hemo al Mar Egeo. Tereo fundó ó consolidó su poder hacia el año 430 (antes de J. C.), después Sitalces extendió el dominio paterno y vió su alianza solicitada par los atenienses, que se valieron de él para vengarse de los calcidenses y de Pérdicas, rey de Macedonia.

Seutes I sucedió á su abuelo; luego hallamos un Mesades, después del cual se hicieron independientes las ciudades marítimas. Medoco dominó las demás villas de los odrisios; pero al ser mayor de edad Seutes II recobró las primeras con ayuda de Jenofonte. Era costumbre entre los tracios que los convidados al banquete del rey bebiesen á la salud de éste y le hiciesen un regalo proporcionado á sus facultades; Jenofonte no teniendo á la mano nada á propósito, dijo: "*Te ofrezco á mí mismo y á todos los griegos, los cuales te ayudarán á recuperar los Estados de tus abuelos y á extender sus confines.*" En efecto, los griegos sometieron al dominio de Seutes las ciudades marítimas, y aunque no fueron ó no se creyeron dignamente recompensados, siguieron siendo aliados suyos.

Sobre este punto carecemos de historiadores y no nos queda más recurso que sacar de uno y otro lado algunas noticias sobre los reyes tracios y sobre sus vicisitudes. Así, en una carta de Filipo de Macedonia á los atenienses, vemos que reinaba sobre los odrisios Tereo II, á quien hizo la guerra Filipo por ser aliado de los atenienses. Al propio tiempo dominaba en las ciudades marítimas Cotis, famoso por su ingratitud y perfidia y por sus festines, que fué enemigo de los atenienses después de haber sido su aliado y que mandó contra ellos á su yerno Ifícrates. A un ministro que le decía que gobernaba más bien como loco que como rey, le respondió; "*Sin embargo, mi locura mantiene á mis súbditos en la obediencia.*"

Habiendo sido asesinado este rey, le sucedió, aunque no sin obstáculos, su hijo Quersoblepto, el cual, no obstante la oposición de los atenienses, siguió siendo dueño de las villas marítimas hasta el momento en que Filipo le hizo tributario suyo.

Bajo el reinado de Alejandro, no se hace mención de los reyes tracios. Murió aquél y habiendo correspondido el país de éstos á Lisímaco, Seutes III se sublevó contra él y fué vencido á pesar de los socorros de Antígono. Lisímaco fundó un reino en la Tracia y guió al combate

á los valientes soldados que le procuraba el país en todas las guerras que sostenía.

Los galos dominaron después en Tracia y luego como los odrisios los hubiesen expulsado, eligieron un rey nacional, cuyos sucesores continuaron reinando con diferentes probabilidades de éxito, no obstante el enorme peso que era para ellos el sostenimiento de los que les apoyaban. Por fin la Tracia quedó reducida á provincia romana en tiempo de Vespasiano.

Cuando el valiente Agatocles, hijo de Lisímaco, fué asesinado por instigación de su madrastra Arsinoe, su viuda Lisandra se refugió en unión de su hermano Tolomeo Cerauno al lado de Seleuco, y determinó á éste á declarar la guerra á Lisímaco, el cual perdió el trono y la vida en la batalla de Ciropedión. Un perrito leal que tenía se echó sobre el cadáver y lo dió á conocer entre los muertos. Seleuco fué entonces proclamado rey de Macedonia, y por un momento pareció que había vuelto á erigirse en jefe de la monarquía, pero no tardó Tolomeo Cerauno en darle muerte, y con sus tesoros y con el resto de las tropas de Lisímaco se apoderó del trono.

(Los galos.)

Pero entonces cayó sobre él un terrible azote: los galos. Ya hemos visto como los galos y los cimbros ó kimris invadieron la Europa é incendiaron á Roma. Los tectósagos, que habitaban las montañas Cevenas, cualquiera que fuese el motivo, salieron de allí; en el siglo III y por la selva Ercinia, llegaron al valle del Danubio, á donde 200 años antes otros galos habían sido conducidos por Sigoreso, cuando Belloveso pasó con los suyos á Italia. En la expedición contra los escitas que devastaban las fronteras de la Tracia hacia las bocas del Danubio, encontró Alejandro á los galos y se sonrió cuando, habiendo interrogado á sus embajadores, le respondieron: "*Sólo tememos la caída del cielo.*„ Alejandro, que gustaba del valor novelesco análogo al suyo, hizo con ellos alianza, y los galos fueron un grande auxilio para sus sucesores; pero al servir á sus órdenes conocieron la belleza y debilidad de la Grecia y entraron en ganas de poseerla. Lisímaco continuaba la guerra contra los tracios y los getas; las hordas galas mandadas por Cambaulo (1) llegaron hasta el monte Hemo, pero no pasaron de allí. Se presentaron luego los tectósagos, cuando reinaba Tolomeo Cerauno, y avanzaron divididos en tres

(1) *Camh*, fuerza, y *baos*, destrucción.

cuerpos; uno á las órdenes de Ceretrio (1) se dirigió á la Tracia, otro contra la Peonia á las órdenes de Bremo y Achicorio, y el último contra la Iliria y la Macedonia, conducido por Belgio.

Tolomeo no quiso aceptar 20.000 hombres que le ofrecieron los dárdanos para oponerse á los invasores, temidos en toda la comarca, y habiendo salido al encuentro del tercer cuerpo de ejército de los galos, fué derrotado y muerto. Los prisioneros más jóvenes y hermosos fueron ofrecidos en sacrificio á los dioses sanguinarios de la Galia, y los demás, atados á los árboles, sirvieron de blanco á los *gais* de los galos y á los *matares* de los cimbros. Tal vez el horror haya exagerado las atrocidades que entonces cometieron aquellos bárbaros, pero se refiere que bebían la sangre y comían la carne de los niños más robustos; las mujeres no podían evitar las brutalidades de sus enemigos sino con la muerte, y ni aun la agonía y la muerte las libraban muchas veces del ultraje (2).

---

(1) *Certh*, célebre, *Certhrwiz*, gloria.

(2) Diodoro de Sicilia, *Excerpta Valesii*, p. 316, o XXII, 9. – Pausanias. X. 29. –"Cuando los galos hicieron una incursión á la Jonia, donde desvastaron varias ciudades, las mujeres de Mileto estaban reunidas para las Tesmoforias en un templo inmediato á la villa. Un destacamento de la horda bárbara llegado al campo de Mileto, se dirigió hacia aquel lado y secuestró á las mujeres que fueron rescatadas enseguida á costa de oro y plata. Algunas de dichas mujeres se aficionaron á aquellos bárbaros y se fueron con ellos, entre otras, Erípa, mujer de Janto, ciudadano de una de las primeras familias de Grecia, á quien dejó aquella un niño de dos años. Janto que la sintió mucho vendió una parte de lo que poseía y, reuniendo mil piezas de oro, se fué primero á Italia, luego á Marsella, guiado por un huesped suyo, y por fin al país céltico. Llegado á la casa que habitaba su mujer con un hombre de los más reputados entre los celtas, pidió hospitalidad que le fué concedida en el acto. Entró, pues, vió á su mujer, y esta lo guió por la casa después de estrecharlo con ternura. Tan pronto como se presentó el celta, la mujer le contó el viaje de su marido y le dijo que como iba á buscarla pagaría su rescate. El celta alabó la bondad de Janto y le hizo una acogida cariñosa y hospitalaria. Dispuesto el banquete, el bárbaro hizo sentar á la mujer junto al marido y le preguntó á éste por medio de su intérprete á cuanto ascendía el total de su fortuna. *A mil piezas de oro*, respondió Janto. Entonces el celta le dijo que la dividiese en cuatro partes, que guardase tres para él, su hijo y su mujer, y que entregase la cuarta como rescate. Cuando Janto se retiró con

Al acercarse los galos, la Macedonia sintió un espanto, tanto más grande cuanto que se hallaba en la anarquía. Meleagro, hermano de Cerauno, que se había puesto al frente de aquel reino, fué expulsado á los dos meses; Antípatro, hijo de un hermano de Casandro, le sucedió sólo por 45 días; y por último, Sostenes, joven del pueblo, lleno de patriotismo y de energía, lo gobernó por dos años y con su valor libró á la Macedonia de los bárbaros.

Durante el invierno, Bremo volvió hacia su patria, llevando en pos de sí gran número de prisioneros macedonios con cadenas de oro, pero de cuerpos deformes, débiles y rapados, á cuyo lado iban los robustos galos de larga cabellera. Semejante espectáculo inspiró á otros muchos el deseo de acudir á hacer presa en una gente cuya debilidad corría parejas con su opulencia.

Pasaron, pues, el Danubio 50.000 libres y más del doble entre esclavos, clientes y aventureros sin armas, y precipitándose sobre Grecia derrotaron y dieron muerte á Sostenes. Aunque el peligro fuese mayor entonces que en la época de la invasión de los persas, ya que no se trataba solamente de dar el agua y la tierra, los griegos no supieron concertarse con aquella unión que da la fuerza; los oráculos callaron; los peloponesios se contentaron con fortificar la entrada del istmo; y la confederación formada por los atenienses se organizaba

---

su mujer á su habitación, le amonestó por haber prometido tanto dinero á aquel bárbaro, no teniéndolo, y le advirtió además que su vida peligraba si no cumplía la promesa. Entonces Janto contestó que tenía la suma prometida y además otras mil piezas en oro escondidas en el calzado de sus esclavos, pues no esperaba tanta moderación en el bárbaro, antes bien creía que habría tenido que pagar un rescate mayor. Al día siguiente, aquella mujer perversa comunicó al celta el secreto de su marido, diciéndole que le prefiere á su patria y á su hijo, y que Janto le era insoportable. El celta oyó estas palabras con disgusto y concibió la idea de matar á la mujer infame. Cuando Janto se disponía á marchar, el celta le acompañó con mucha amabilidad conduciendo él mismo á Eripa, y una vez llegados á las montañas de la tierra de los celtas, el bárbaro dijo que deseaba ofrecer un sacrificio á los dioses antes de separarse. Conducida la víctima, suplicó á Eripa que la tuviese, y esta obedeció. Entonces el celta sacó la espada, cortó la cabeza á Eripa y persuadió á Janto de que no la llorase ni se afligiese, contándole los pérfidos proyectos de la que acababa de morir y dándole además todo el oro para que se lo llevase». PARTENIO. *De las pasiones amorosas*, VIII.

lentamente, al paso que los galos penetraban en el pais por dos lados. Llevaban éstos puesta la mira principalmente en Delfos, por los tesoros allí acumulados; y unidos á los soldados de Bremo, acamparon embriagados en la falda del monte Parnaso, donde las tempestades y las avalanchas los espantaron de tal modo, que emprendieron precipitada fuga. Al mismo tiempo, la tropa de Achicorio era perseguida por los etolios tan tenazmente, que volvieron las espaldas, y alcanzados por ellos, por los tesalios y los macedonios, perecieron casi todos víctimas del frío, del hambre y de los prodigios divinos.

Al verse vencido Bremo, se entregó á una alegre orgía y después se dió la muerte. Algunos compatriotas suyos que habían penetrado en la Tracia, se mantuvieron en ella y fundaron un reino que duró mucho tiempo, que causó no pocas molestias á los bizantinos, y suministró auxiliares á los reyes de Bitinia, hasta que, mucho tiempo después, el calcedonio Sostrato enervó por medio del lujo al último rey galo, el cual sucumbió al fin ante los esfuerzos de los tracios (1). Algunos otros restos de los tectósagos, de los tolistobios, y de los trocnios se internaron en el Asia Menor, estableciéndose en el país que por su causa recibió el nombre de Galacia.

(Antígono Gonatas.278.)

La Macedonia libre del azote de los bárbaros, se vió también libre de la anarquía mediante el advenimiento de Antígono Gonatas, hijo de Demetrio Poliorcetes. Mas entonces apareció de nuevo Pirro, que de vuelta de su desgraciada expedición á Italia, aspiraba á aquel reino. Habiendo vencido varias veces á Antígono, lo obtuvo. Este héroe, uno de los más singulares de la antiguedad habría podido alcanzar la gloria de Temístocles y de Milciades, aunando la Grecia contra de los galos; pero se dedicaba á procurarse un reino en Italia. Vino después á perturbar la tranquilidad de Macedonia, poniendo en ella guarniciones galas que no respetaron ni aun las tumbas de los reyes sus predecesores; y por último, corriendo á nuevas aventuras y habiendo sido instigado por Cleonimo, desposeído del reino, acometió á Esparta con 25 mil infantes, 2 mil caballos y 24 elefantes. Pero el retraso de una noche permitió á los espartanos abrir un foso y fortificarse; unos á otros se excitaban á la defensa de la patria; y princi-

(1) Ateneo, *Deipnos*, VI, 252.

palmente Quelidónida, mujer del expulsado Cleonimo, que era amante de Acrotato, hijo de otro rey Areo y que corría de un lado á otro, puesta una cuerda al cuello, exhortando á la resistencia y protestando que antes quería ser destrozada que caer en manos de su marido. Pirro fué rechazado, y el adúltero Acrotato hizo prodigios tales de valor que (dice el ingénuo Plutarco) no había mujer en Esparta que no envidiase á Quelidónida, tal amante, y algunos ancianos lo seguían exclamando: "*Sé feliz con tu querida Quelidónida para que des á Esparta hijos que se parezcan á ti.*„

(Muerte de Pirro.)

Entonces Pirro fué llamado á Argos que se había insurreccionado para defenderla contra Antígono. Aunque los augurios le disuadían de tal empresa, acudió al llamamiento, y habiendo asaltado y tomado la ciudad, una mujer le tiró á la cabeza una piedra desde un tejado y lo mató. Alcione, hijo de Antígono, corrió á llevar á su padre la cabeza de Pirro; pero Antígono reprendiéndole severamente y castigándolo, lloró recordando á su padre y á su abuelo, y los súbitos cambios de la fortuna. Con la muerte de Laodamia, hermana de Pirro III, acabó la estirpe de los Eacidas; y el Epiro se gobernó republicamente hasta que cayó bajo el yugo de los romanos.

Tal fué el fin de aquel rey soldado que, en tiempo de universal agitación, cuando los usurpadores se suplantaban unos á otros, podía á lo menos disculpar su ambición con su origen, y supo abstenerse más que los demás, de los delitos anexos á toda usurpación. Habilísimo en una batalla, lo era poco en una guerra, (1) maniático por conquistar, no sabía conservar, y seguro de vencer en un nuevo combate, despreciaba los partidarios adquiridos. No estaba rodeado de aduladores, como los sucesores de Alejandro, sino de amigos, entre los cuales basta nombrar á Cineas. Generoso en el perdón, entusiasta del heroismo, se apasionó por los romanos, y la historia lamenta tener que echarle en cara dos culpas; la muerte de su colega, exigencia de la política, y el abandono de Esparta.

(Sistema militar.)

Nada mejor para formar concepto de éste príncipe que compararlo con los *condottiers* italianos de la Edad Media, cuando todo dependía de los ejércitos y estos se

---

(1) *Magis in praelio quam in bello bonus* (Tito Livio.)

componían, no de ciudadanos armados para la defensa de la patria ó para sostener una causa ó una opinión, sino de mercenarios comprados entre los extranjeros, principalmente galos ó aventureros de esos que habituados en las pasadas guerras á la sangre y á la violencia, se vendían al que les prometía más sueldo ó más botín, ó bien se servía de aquellos que no habiendo salvado en la ruína de su patria más que sus brazos y su espada se unían á los soldados manchados con la sangre de sus conciudadanos (1). Los diferentes Estados cayeron, pues, en manos de jefes militares y su suerte dependió solamente del éxito de las batallas; consistiendo toda su habilidad financiera en proporcionarse dinero por cualquier medio que fuese. Las victorias de Pelópidas y de Epaminondas fueron las últimas que ganó en Grecia el pueblo, el cual dejó ya de ser belicoso. En la misma guerra Lamaica en que pareció reanimarse el ardor marcial y en que los capitanes y guerreros se mostraron dignos de los tiempos heroícos, la mayor parte eran soldados mercenarios. En el cabo Ténaro y en Creta había mercado de soldados y allí reclutaron Timbrón y Leóstenes sus ejércitos. La misma falange macedonia, en lugar de presentarse con aquella subordinación, única que da fuerza á los ejércitos, imponía la ley á sus caudillos.

Antípatro y Demetrio Poliorcetes introdujeron grandes innovaciones en el arte militar. El primero reunió los restos del ejército de Cratero y Leonato y formó con ellos un cuerpo de mercenarios, al cual confió la custodia de Atenas, quitando así las armas á los ciudadanos. Introdujo además los elefantes y el modo de combinar los movimientos de estos con la táctica europea; pero luego conoció que aquellos animales proporcionaban pocas ventajas. Demetrio aplicó la ciencia de su tiempo á la maquinaria de guerra y á la marina, y sus máquinas que le hicieron merecer el nombre de Poliorcetes, fueran un modelo para los antiguos. La helépolis (toma-ciudades) tenía 65 pies de ancha por 150 de alta; 9 pisos y cuatro ruedas de 14 pies de diámetro. En el primer piso estaban las maquinarias para lanzar piedras que debían caer á plomo y que pesaban á veces hasta 154 libras: desde el piso de enmedio se arrojaban los proyectiles horizontalmente, y desde lo alto los menos

(1) Estos soldados recibían el nombre de *latrones*, voz que adquirió después una triste significación, lo mismo que la de *masnadieri* en italiano.

voluminosos (1). Fué además Demetrio muy habil en el arte de practicar minas. Para perfeccionar las armaduras se valió de Zoilo de Chipre, que hizo las dos más pesadas que se han conocido, pues las que se llevaban

---

(8) "En el tiempo en que Demetrio sitiaba á Rodas, al ver que los asaltos por la parte del mar no respondian á sus esfuerzos, resolvió atacar la villa por tierra. Mandando, pues, disponer madera de toda clase construyó una de esas máquinas llamadas *helepolés*, porque toman las villas, y la hizo mucho mayor que las primeras. Su base era cuadrada y cada lado tenía cincuenta codos; se componia de maderos cuadrados unidos por barrotes de hierro. En medio habia un espacio formado por vigas colocadas á un codo de distancia, en el que se colocaban los que debian empujarla. Toda esa masa iba colocada sobre grandes ruedas, cuyas yantas de dos codos de grueso iban rodeadas de fórtisimos aros de hierro. Para que fuese fácil llevarla á voluntad, tenia varios timones fáciles de mover en todos sentidos. Unas columnas cuya elevación no era menor de cien codos se elevaban en los ángulos unidas entre sí de modo que de los nueve pisos, el primero presentaba cuarenta y tres aberturas y el último nueve. Tres de los lados de la maquinaria iban cubiertos por fuera con planchas de hierro guarnecidas de clavos, de modo que estuviese resguardada de las materias combustibles que pudiese lanzar el enemigo, y en el frente, los tabiques estaban provistos de arpilleras cuya abertura era proporcionada á las máquinas destinadas á lanzar dardos y otros proyectiles. Las aberturas llevaban unos aleros móviles para poner á cubierta á los que disparaban desde los diferentes pisos. Llevaban también unos sacos de piel llenos de lana, á propósito para amortiguar los golpes del enemigo. Cada piso tenia dos escaleras bastante anchas; por una se transportaba todo el material necesario para combatir, y los que daban órdenes podian en caso necesario ir y venir por la otra sin obtáculo ninguno. Para conducir esta máquina á donde se queria, se escogia á los hombres más robustos en número de tres mil; parte de ellos ocupaban el interior y parte iban detrás y la empujaban para llevarla al lugar conveniente.

"Demetrio construyó también tortugas unas para minar y otras para manejar los escudos, así como abrigos ó parapetos, llamados, *viñas*, bajo los cuales podían pasar sin peligro los que iban ó volvian del trabajo, é hizo que la chusma de los barcos allanase un espacio de cuatro estadios que las máquinas tenían que recorrer. La acción de estas era tan potente que bastaba para responder á las siete torres de la villa y á los seis baluartes situados entre las torres. Los ingenieros y operarios empleados en estos trabajos no bajaban de treinta mil." (DIODORO DE SICILIA, XX, 91,)

ordinariamente no pasaban de 50 libras. El fué el primero que estableció almacenes y arsenales; construyó naves de cinco y diez órdenes de remos, y aun de quince, cosa que no se había visto hasta entonces, aunque porteriormente Tolomeo Filopator las tuvo de 40 órdenes tripuladas por 300 marineros, 400 remeros y 3.000 combatientes (1). Sin embargo esta galera fué solo objeto de curiosidad y Rodas y Cartago solo las construyeron de cinco á siete órdenes de remos.

A la muerte de Pirro, Antígono Gonatas ocupó el trono de Macedonia y lo consolidó en su descendencia, á pesar de la oposición de Alejandro, hijo de Pirro. Entonces concibió Antígono el proyecto de hacerse dueño de toda la Grecia, y la toma de Corinto le dió esperanzas de conseguirlo, pero despertóse el antiguo patriotismo en los helenos, los cuales, al igual que los lombardos contra al casa de Suabia, formaron entre sí esas alianzas de pueblos que son el mayor freno contra la ambición de los tiranos.

(Liga Aquea.)

Ya en otras ocasiones se habían visto coaliciones para oponerse á los enemigos poderosos, como la de los príncipes aqueos contra Troya, la de los jonios reunidos por Creso contra Ciro, la de los griegos contra Jerjes, la de los peloponesios contra Atenas, y poco tiempo antes la de los partidarios de Alejandro contra Antígono y Demetrio, y es asombroso que no se uniesen los aqueos contra los dorios y los heráclidas, en tiempo de la invasión del Peloponeso y después contra los cimerios y los escitas, ni lo hubiesen hecho tampoco los etruscos, los romanos y los latinos contra los galos. Desde tiempo remotísimo las ciudades aqueas de Patras, Dima, Fare, Triteya, Egio, Pelene, Bura, (2) Cerinea, habían formado estrecha alianza que duró hasta la muerte de Alejandro. Cuando las agitaciones que siguieron á esta, se disolvió la liga, y especialmente después que Demetrio y Antígono hicieron centro de sus dominios el Peloponeso, algunas de estas villas se vieron forzadas á recibir guarnición extranjera, y otros tiranos hechura de los príncipes macedonios. Pero en el transcurso del año en que Pirro pasó á Italia, se reanimó en ellas el antiguo sentimiento de unión y se coaligaron libertándose

(1) PLUTARCO, *Vida de Demetrio*, c. XLIX.

(2) Estas últimas villas fueron sometidas después de la batalla de Leuctra. Aquí nos separamos de Pausanias, escritor demasiado crédulo, para seguir á Polibio, lib. II, c. 41.

de la servidumbre Dima, Patras, Triteya y Fare. Su ejemplo fué imitado y en los cinco años siguientes, mientras que Antígono ya rey de Macedonia, estaba ocupado en otras partes, se les unieron nuevas poblaciones, las cuales, rechazando á los tiranos y á las guarniciones, formaron un pacto federal, y grabaron en una columna los nombres de todas las ciudades que habían formado nuevamente la confederación.

En tanto que es importantísimo conocer la esencia de estas alianzas para instruirse con la experiencia en el modo de formar con pequeños Estados una potencia poderosa, evitando el predominio de los fuertes, es lamentable no encontrar sino muy escasos ejemplos de ellas. La confederación aquea, al revés de todas las anteriores, estableció la absoluta igualdad política de todos los aliados. Cada ciudad conservó su administración, sus jueces y su jurisdicción propia; pero todas adoptaron leyes comunes, medidas, pesas y monedas iguales, aunque cada una acuñaba monedas particulares como sucedió en los Estados de la antigua confederación germánica. A los Congresos generales que se celebraban dos veces al año, primero en Egia y después en Corinto, podían concurrir todos los ciudadanos mayores de treinta años, aunque generalmente sólo asistían los más ricos. Esta reunión duraba sólo dos ó tres días á lo más; y los discursos que se pronunciaban debían ser muy breves, excepto el del estratego; lo cual nos hace creer que se trataba sólo de aprobar ó desaprobar proyectos, que se habían discutido ya separadamente en cada ciudad de las coligadas. El estratego, asistido de un secretario de Estado, era elegido en la dieta general al mismo tiempo que diez demiurgos ó magistrados supremos de la Liga. Polibio asegura que no hubo jamás en ningún pueblo tanta igualdad de derechos y de libertad.

A decir verdad, después de haber sufrido el humillante abatimiento en que había caído un país digno de tanto aprecio, entre la tiranía espartana, la demagogia de Argos, y la charla de Atenas, el alma se regocija ante el espectáculo de un pueblo que valía muy poco y que multiplica la fuerza de todos con la unión, admitiendo en su seno á cualquiera ciudad sin distinción de origen; no deseando las conquistas, ni tolerando las rapiñas; haciendo prevalecer sobre el genio aristocrático de los dorios el democrático de los aqueos, restableciendo por un momento la unión y la gloria; abatiendo la dominación extranjera y recogiendo el último suspiro de la

libertad (1).

(Sicione.)

El poder de la liga aquea se acrecentó mucho cuando fueron admitidas otras ciudades. Sicione conservaba aun el esplendor de sus antiguas escuelas de pintura, y el mismo Apeles había estado en ella algún tiempo, como hacen los artistas modernos yendo á estudiar en Roma. Hasta los tiranos, no obstante su enemistad contra el que manifestaba ideas generosas, cultivaban las artes; Abrantidas que poco antes se había apoderado de Sicione, á pesar de que le disgustaban las reuniones, no podía menos de tener coloquios con los sabios, de disputar con los dialécticos y de admirar las obras de los pintores; tanto se había arrigado el amor á las artes y á las ciencias en la vida griega.

(Arato.)

En esta villa nació Arato, hijo de un ciudadano distinguido, pero que, arrojado de su patria cuando niño, se crió en Argos. Recordando que Sicione había sido capital de los primeros reyes y cuna de las bellas artes, y viéndola aun brillar y defendida por buenas fortificaciones, pensó no solo en destronar al tirano Neocles, sino en consolidar allí la libertad.

(Sicione libertada.)

Aunque Antígono Gonatas y Tolomeo Filadelfo estaban unidos á su padre por los lazos de la hospitalidad, prefirió á su auxilio el de las ciudades aqueas, escaló con sus amigos los muros de Sicione, llamó al pueblo á la libertad sin derramamiento de sangre ni violencia y devolvió al país su primitivo esplendor. A su entrada ordenó que fueran derribadas las estátuas de los tiranos y borrados sus retratos, sin exceptuar el de Aristrato, notable obra de Apeles. El célebre pintor Nealces, grande amigo de Arato, le suplicó con lágrimas en los ojos que exceptuase esta obra maestra, diciéndole que debía hacer la guerra á los tiranos no á sus efigies; y como permaneciese Arato inflexible, le rogó que dejase al menos el carro y la victoria encargándose de borrar á Aristrato. Consintió Arato, y Nealces cubrió la cara del tirano con una palma.

---

(1) Acerca de las ligas aquea y etolia, véase:
Ubo Emio, en el tomo IV del *Thesaurus* de Gronovio.
Tittman, *Darstellung des Griechischen Staatsverfassung*,
Heyne, *Opúscula*.
Ehelwing, *Gesch. des achaeischen. Bundes*; Lemgoro, 1829.
C. F. Merelker, *Achaicorum libri tres*, Darmstadt, 1837.

Apenas tenía Arato veinte años cuando se trasladó á Alejandría, como Franklin á París, y aunque los había empleado en ejercicios de fuerza, no por eso había descuidado la cultura del espíritu; y así pudo escribir su historia propia, y hallar afable recibimiento en Alejandría, cuando fué á esta ciudad á buscar apoyo para la liga aquea..

Llegado á ser el alma de esta confederación, reformó sus leyes, dándola un solo jefe y extendiendo sus proyectos. A los veinte años fué elegido generalísimo, grado que conservó casi por toda su vida, aunque carecía de muchas cualidades necesarias á un dictador. Habilísimo para guiar una conspiración, pero bajamente receloso, de política más astuta que fina, sin gran valor en la guerra, ni madurez en los consejos, no tenía tampoco perseverancia, que es la principal cualidad de un innovador. Gran error político cometió al unirse desde el principio con Tolomeo III, cuya amistad conquistó regalándole obras artísticas de gran mérito, lo que obligó después á la liga á mezclarse en los negocios de Estados más poderosos que ella, y ser así el juguete de su ambición ó de sus intrigas.

Poco tiempo antes, Antígono, halagando la vanidad de Nicea, viuda de Alejandro, tirano de Corinto, con la promesa de darle por esposo á su hijo Demetrio, había conseguido apoderarse de esta ciudad; pero Arato lo arrojó de ella y devolvió á los corintios su ciudadela que no habían podido recobrar desde el tiempo de Filipo. Unióse entonces Corinto á la Liga, lo mismo que Megara, ciudad dórica, y después Trecene, Epidauro, la Élide, todo el Peloponeso, menos Esparta, y finalmente Atenas, á pesar de los etolios que se opusieron con todas sus fuerzas á esta confederación.

Los etolios formaban otra liga tan antigua como las de la Beocia, la Lócride, la Fócide, la Arcadia y la Tesalia, originadas todas de la comunidad de usos y dialectos. Débil y miserable al principio, se hizo poderosa cuando quisieron dominarla los reyes macedonios, y mucho más cuando Antípatro amenazó á los confederados con castigar su orgullo trasladándolos á todos al Asia. Entonces se asociaron con los etolios las ciudades de la Lócride y la Fócide, la Tesalia meridional, la Acarnania meridional, la Cefalonia y las demás islas hasta el cabo Mateo; y también en tiempo de su mayor prosperidad tuvieron entre sus aliados á los Arcades, á algunas islas del mar Egeo y hasta Chío y Calcedonia, ciudades asiáticas, y Lisimaquia en la Tracia.

Los etolios y los confederados tenían iguales derechos, conservando independiente cada Estado su administración interior. La dieta general se celebraba anualmente en el Panetolio, en Termo, templo donde se depositaba lo mejor de los botines que se había cogido. Allí se elegía un estratego y magistrados *(apocletas,* que formaban el Consejo de Estado. El estratego sometía los proyectos á la asamblea, pero no deliberaba; correspondiéndole solamente el poder ejecutivo. Se nombraba también un secretario que cuidaba de los negocios interiores y exteriores, y un comandante de caballería, lugarteniente del estratego.

Si los aqueos se habían confederado para la defensa, los etolios lo estaban para la guerra; y el ser los únicos, entre los griegos de entonces, que tenían una fuerza nacional, les dió preponderancia en las batallas. Al parecer no usaron en la guerra máquinas, ni fortalezas construídas según el arte de aquellos tiempos pero en la invasión de los galos tenían ocupadas las fortalezas de los angostos desfiladeros de la Tesalia. Como no admitió en su seno más que ciudades etolias, esta confederación no pudo rivalizar en grandeza con la liga aquea; además de que componiéndose de pueblos groseros que vivían del robo en mar y tierra, estaba más predispuesta á ser instrumento de la política extranjera.

(Demetrio II.)

En esta alianza entró también Antígono Gonatas para reprimir el engrandecimiento de los aqueos; pero cuando éste murió octogenario, su hijo Demetrio II excitó el odio de los ilirios contra los etolios; los cuales se unieron entonces contra los aqueos. Este rey, cuya política consistía en debilitar á los confederados, auxiliaba á cuantos tiranos se presentaban en Argos ó en otras ciudades; pero su hermano Antígono (que le sucedió en daño de su sobrino Filipo, y que fué apellidado *Doson*, esto es, el *dadivoso* por las grandes promesas que hacía), no pudo seguir favoreciéndolos, ocupado como estaba en resolver asuntos graves; por lo cual los tiranos juzgaron prudente el renunciar al poder para conservar sus riquezas é influencia.

(Decadencia de Esparta.)

Un formidable enemigo de los aqueos se alzaba entre tanto en Esparta. En esta república, el tiempo había madurado las funestas consecuencias de las instituciones, dirigidas sólo á conservar y no á mejorar. No, no puede llamarse libre una constitución que aspira sólo á mantener inmutable un orden cualquiera de cosas,

sin tener en cuenta las circunstancias que lo produjeron; pues se impone la obligación de destruir cuantos gérmenes rotoñan al lado de la planta que envejece. Todas las instituciones humanas tienen que progresar y decaer; sólo valen en cuanto están en conformidad con las circunstancias y cuando éstas cambian, aquéllas cesan de ser convenientes. Hágase brotar la llama de un tizón y se consumirá pronto; dejésela quemar lentamente, y durará más; pero nadie podrá impedir que se consuma, á no ser apagándolo.

Hay quien se figura que conservando las cosas en su estado primitivo, se pueden impedir los males que sobrevengan. Error crasísimo. Las circunstancias cambian, se marchita lo antiguo, y si se excluye lo nuevo no quedará más que carcoma de la primera constitución, reduciéndose ésta á un raro simulacro incapaz de reproducir los bienes pasados y de remediar los males modernos. Si se rechazan los deseos de reforma, no se logrará más que corromper la naturaleza de los pueblos, así como sucede en una erupción cutánea, que reprimida se convierte en enfermedad mortal. Semejante inmovilidad de instituciones es más funesta todavía que la carencia de ellas; porque en la anarquía, las facultades del hombre obran y se desarrollan, mientras que en la estabilidad, las más nobles están comprimidas, tiranizadas por la letra muerta con apariencia de legalidad y de justicia. El deber del legislador es conciliar las innovaciones con las instituciones antiguas, señalando á aquellas el lugar que puedan ocupar sin destruir éstas; y por grandes que sean los cambios en las formas exteriores, velar por la conservación y reproducción de los elementos más nobles y principales. De otro modo, lo antiguo se convierte en tiránico, y cuando la fuerza del tiempo lo derriba, el Estado es víctima de un profundo desorden y la libertad desaparece.

Licurgo no había introducido en la legislación el elemento reformador, y, por lo tanto, subsistían las instituciones en su primitiva forma, veneradas y despreciadas, sin responder á las necesidades, ni impedir la corrupción. Los magistrados continuaban perpetuando en Esparta la severa rigidez de la austeridad dórica; pero las riquezas y la usura habían invadido el Estado, abriendo camino á los abusos, que las leyes no castigaban porque no los habían previsto. Las letras y las ciencias que compensaban ó hacían menos indecorosa la decadencia de los demás helenos, y que poco ó mucho protegían sus costumbres, fueron desterradas de Espar-

ta ó introducidas clandestinamente en ella, y se constituyeron en elemento de corrupción.

En lugar, pues, de decir que Esparta decayó, porque abandonó las leyes de Licurgo, nos atrevemos á sostener que se perdió por seguirlas. En un principio, podía contar, sobre poco más ó menos, tantos ciudadanos como Atenas, Mesena ú otra ciudad cualquiera, y predominaba porque sus habitantes eran más guerreros. Conservó esta superioridad hasta que una guerra interminable diezmó las poblaciones griegas; pero cuando el progreso de la industria produjo el bienestar, Esparta continuó en estado bárbaro y rechazó á los extraños, mientras que se formaban en torno de ella naciones ricas, poderosas, numerosas, que acogían favorablemente á los hombres de otros países. Organizados los espartanos para las guerras exteriores, al hacer la paz, no pudieron desplegar su genio belicoso sino en el interior, de modo que sin medios de mejorar su condición y sin poder tompoco soportarla, se encontraron en la situación más miserable. Entonces recurrieron á los artificios ilegales para conseguir lo que legítimamente no podían tener; los pródigos dieron sus bienes en hipotecas á los económicos para obtener lo que deseaban; las deudas y el lujo establecían con la desigualdad la separación cada vez mayor entre los que conservaban y aumentaban sus bienes y los que los disipaban. Excluyendo del todo la moneda, no se habían cuidado de repartir la propiedad de un modo equitativo, de suerte que muchas casas se enriquecieron inmensamente, mientras que la mayor parte de los habitantes vivía en la miseria. Las leyes de Licurgo al menos conservaban á cada ciudadano una cantidad, quedando obligado el padre á dejársela al hijo en el mismo estado que la había recibido; pero el éforo Epitadeo, para vengarse de un hijo díscolo, hizo decretar que el padre pudiese disponer en vida ó por testamento, de su casa y hacienda (1), y bastó esto para que muy pronto todos los bienes se acumulasen en manos de unos pocos. Mientras que Atenas poseía más de diez mil habitantes como en sus mejores épocas, Esparta quedaba reducida á setencientos (2) y de éstos sólo ciento conservaban su herencia, al par que los demás, sumidos en la miseria, no podían hacer más que esperar una ocasión de reforma.

---

(1) Plutarco, *Agis*, 5.

(2) Boeck. *Econ. polit de los Atenienses*, lib. I: c. VII.—Plutarco.

Unos cuantos individuos, como los jefes de los cleptos, dominaban en una nación extragera y sin derechos; ya no tenían autoridad los reyes ni recato las mujeres; los heráclidas mismos iban á enriquecerse y á intrigar á la corte de Macedonia; y Cleónimo, irritado por haber sido excluído del trono, turbaba el país con sus proyectos ambiciosos, mientras que el rey Areo rivalizaba en fasto en Lacedemonia con los sátrapas de Persia. Las almas generosas deploraban este envilecimiento; pero también éstas en vez de aceptar lo presente, y preparar el porvenir, no pensaban más que en hacer revivir en su patria las instituciones antiguas, aumentando por una parte el poder de los reyes, disminuyendo el de los éforos, y adulando por otra parte á la clase pobre con la abolición de las deudas y con una nueva ley agraria.

(Agis III.)

El rey Agis III, movido tal vez por el ejemplo de su amigo Arato, pensó seriamente en operar una reforma en Esparta. Llegado al trono á la edad de veinte años, decía que sólo hacía caso de su autoridad para volver á los ciudadanos á su primitivo estado; y más interesado que los oligarcas en el bien público, quiso convertir en ciudadanos á plebeyos despreciados é injuriados, é infundir nueva sangre en las venas de la débil Esparta. Conocía, sin embargo, el peso que echa sobre sus hombros el que emprende una revolución; preveía que los ancianos se obstinarían en no acatar las reformas,que los oligarcas no lo consentirían tampoco sino usando para con ellos de la fuerza ó de la astucia; que le venderían los amigos, cuyo auxilio pedía, y que le maldeciría el pueblo mismo á quien deseaba beneficiar.

Esto, no obstante, lo intentó. Empezó á vestir, á comer y á bañarse como los antiguos; y la juventud partidaria siempre de aquello en que hay sacrificios y generosidad, lo imitó al momento. Manifestó á su madre que no podía igualarse en pompa, no ya con los reyes de Egipto y de Siria, sino que ni aún con los sátrapas; en tanto que siendo ejemplo de templanza y de sencillez se rodearía de gloria. De este modo la dispuso á secundarle y á que persuadiese á las mujeres, cuya influencia es tan grande en las mudanzas cuando echan de ver lo que pueden.

Entonces hizo que Lisandro, hechura suya, ocupase un lugar entre los éforos; y éste propuso al momento la abolición de las deudas y que se hiciese una nueva repartición de las tierras. El otro rey Leónidas se opuso á esta medida con la fuerza, y estalló la discordia;

pero antes de que el consejo resolviese nada, Agis sometió esta cuestión al pueblo, manifestándole cuantas ventajas obtendría, y ofreciendo él primero á la comunidad sus bienes, que valían hasta 600 talentos (1). Fué imitado por los jóvenes, que quemaron sus cédulas de crédito, presentaron su oro y sus joyas y entregaron á la comunidad sus bienes; generosidad que no perdonan nunca los amigos de la estabilidad. De este modo pudo Agis destronar á Leónidas y poner en su lugar á Cleombroto III, favorable á sus ideas. Entonces declaró abiertamente que intentaba restablecer la antigua autoridad real, anuló á los éforos, nombró otros nuevos, y hubo un momento en que parecía que estaba próximo á la realización de sus proyectos.

(Fin de Agis, 239.)

Pero, en tiempos de corrupción, es muy difícil que aquellos con quienes se emprende una reforma, quieran resignarse al papel de simples ciudadanos, y cuanto más generoso y entusiasta es el jefe, más fácil es engañarlo. Agesilao, tío de Agis, plagado de deudas y armado de astucia, se captó la confianza de su sobrino y le dirigió á su gusto. Díjole que convenía no hacerlo todo de una vez; que primero debía contentarse con la abolición de las deudas y, después, aprovechándose de la ausencia de Agis, abusó de la autoridad é irritó al pueblo de tal modo, que los oligarcas recobraron su influencia. Leonidas fué llamado de nuevo al trono, y Cleombroto logró huir; pero Agis pagó la pena de haber querido establecer lo que él creía bueno. Refugiado en un templo, lo sacaron de él con engaños, y formándole uno de esos procesos inicuos en que la sentencia está pronunciada de antemano, fué condenado á ser estrangulado. Su madre y su abuela, llevadas á la prisión con el pretexto de verlo, sufrieron la misma suerte. Jamás se habían cometido en Esparta tan espantosas iniquidades.

(Cleómenes.)

Agiatide, mujer de Agis, se vió obligada á casarse con Cleómenes III, hijo de Leonidas, pero en lugar de abandonarse á la desesperación, esta magnánima reina meditó una noble venganza, y convirtió á su nuevo esposo en un héroe, acostumbrándolo á las virtudes propias del hombre, y alejándolo del lujo y de la corrupción. Al mismo tiempo, un filósofo estóico le enseñaba la política y la filosofía; de modo que, cuando sucedió á su padre, pensó en llevar á efecto el proyecto de Agis

(1) 600 talentos ó sea 3.300.000 pesetas.

con más madurez.

Comprendió que no triunfaría de los oligarcas sin el auxilio de un ejército, y le proporcionó ocasión de tenerlo Arato, el cual, aproximándose cada vez más á la Laconia, quería hacer entrar á Esparta en la liga aquea. Cleómenes lo atacó y venció, y cuando regresó triunfante á Esparta, quitó la vida á los éforos y á sus partidarios, arrojó á los 80 oligarcas principales, y después, principiando por sí mismo, obligó á los propietarios á consentir el reparto de las tierras, de las cuales se hicieron 4.000 porciones. Al mismo tiempo fortificó Esparta, aumentó sus fuerzas admitiendo muchos campesinos, y enseñó con su ejemplo la antigua autoridad. Conciliábase todas las voluntades con su amabilidad y con su conversación aguda y sensata, pero la rigidez dórica cedía ante el cambio operado en las costumbres, y en su misma mesa se veían copas de plata llenas de vino puro, y él mismo reconvino á un amigo porque habiendo recibido á unos forasteros, les había servido galleta espartana y salsa negra.

Cleómenes había propuesto á los aqueos vencidos que lo eligiesen por jefe, formando así una sola confederación; pero Arato, celoso de Cleómenes, y viendo que no podía mantenerse sin un protector entre los saqueadores etolios y la rejuvenecida Esparta, invocó contra ésta el auxilio de Antígono Dosón y persuadió á los aqueos de que prefiriesen el monarca absoluto de Macedonia al rey ciudadano de Esparta.

(Muerte de Cleómenes.)

La suerte de la Grecia dependía del resultado de la lucha entre los dos enemigos, y la lucha fué terrible. Cleómenes se portó como gran capitán. Después de haber procurado dinero, permitiendo rescatarse á los ilotas por cinco minas (1), reclutó soldados aventureros que ejercitaba en la disciplina antigua, y desterró del campo los bufones, las bailarinas y los titiriteros que acompañaban á los ejércitos griegos. A pesar de sus generosos esfuerzos fué completamente derrotado en Selasia (2), y refugióse entonces en Alejandría, donde Tolomeo Evergetes aprendió á conocerlo. Este rey cesó de despreciarlo, y honrándolo, según se merecía, le prometió

---

(1) 5 minas, ó sea 450 pesetas.

(2) Villa del Peloponeso, al norte de Esparta. Sobre el orden y disposición de esta batalla véase la carta escrita desde Atenas el 16 de abril de 1836, por L. Ross en el tomo VII, de los *Annali di Correspondenza arheológica.*

un ejército para que volviese á Grecia; pero Filopator, que sucedió á Evergetes, obrando como suelen hacer los cobardes con los desterrados, lo ultrajó, y contra toda razón lo encarceló. Los pocos espartanos que lo habían seguido lo libertaron por la fuerza; pero no habiendo sido secundado el grito de libertad que levantaron entre los afeminados alejandrinos, se dieron muerte unos á otros. Filopator hizo crucificar el cadáver de Cleómenes y dar muerte á su madre, su mujer y sus hijos, así como á las mujeres de sus compañeros.

Tal fué el deplorable fin de aquellas dos razas, que, con santa pero inoportuna intención, quisieron regenerar su patria, instaurando la constitución de Licurgo. Esparta había terminado ya su misión: había defendido las Termópilas, vencido en Platea, humillado á Atenas, y, en lo sucesivo, debía ser una ciudad secundaria hasta que le llegase la época de ser esclava. Si todavía conservó su independencia, fué por pura generosidad de Antígono Doson, el cual, no menos hábil que magnánimo, después que hubo asegurado la independencia de los aqueos, quiso indemnizarse de sus servicios ocupando Orcomene y otras fortalezas, á fin de premiar á los que anteriormente habían favorecido á los macedonios y castigar á los que se habían declarado contra ellos. Supo, sin embargo, contenerse en medio de sus víctimas, y dejar libre á Acaya y á Esparta. Ésta, desde las contiendas de los éforos con Licurgo y con Macanidas, su sucesor, fué decayendo cada vez más, hasta llegar al abismo del que quisieron sacarla Agis y Cleómenes; y, por fin, un tal Nabis, jefe de bandidos, derribó la constitución y las leyes haciéndose señor absoluto.

(Mujeres espartanas.)

Antes de abandonar esta ciudad que tan floreciente había sido, admiremos la espirante virtud de las instituciones de Licurgo en la fuerza de ánimo de las mujeres espartanas. Cuando Pirro atacaba á Esparta, le dijo Mandricida: *Si eres un dios, no debemos temerte, porque no te hemos ofendido; si eres un hombre, aquí hallarás quienes lo son más que tú.*„ Habiéndose decretado que salieran de la ciudad las mujeres, exclamó Arquidamia; "*Rasgad ese decreto injusto; nos deshonráis creyendo que somos bastante cobardes para sobrevivir á la patria; estamos resueltas á vencer ó morir con vosotros.*„ Agesistrata, madre de Agis, quiso perecer con éste, declarando que había aprobado sus actos todos, y rogando á los dioses que, á lo menos, fuese útil á Esparta su injusta muerte. Quidonida, mujer de Cleómenes, participó de su destierro cuan-

do lo vió perseguido, y lo abandonó en la fortuna por seguir á su padre desterrado. Cratesilea, madre de éste fué llevada en rehenes á Tolomeo de Egipto, y no sólo no derramó una lágrima, sino que exhortó á su hijo á que no hiciese por ella nada indigno de Esparta. La mujer de Panteo, presa en Alejandría con el séquito de Cleómenes, presenció el suplicio de la mujer y de los hijos de éste, los exhortó, lo mismo que á las demás mujeres en aquel terrible trance, y componiendo decorosamente sus cadáveres para que no fuesen profanados por mano del verdugo, fué la última que presentó á éste su cuello.

A Antígono Doson le sucedió Filipo V, hijo de Demetrio, príncipe adornado de las cualidades más brillantes, que había cultivado con la amistad de Arato, y hombre de ánimo esforzado, elocuente y conocedor del arte de hacerse amar de sus súbditos. Encontró á la Macedonia repuesta de sus pérdidas por una larga paz, y colocada ya á la cabeza de la Grecia, desde la alianza de Doson con los aqueos y la victoria de Selasia.

(Guerra de las dos Ligas.)

La guerra que estalló entre las dos ligas aquea y etolia, á causa de las excursiones de los etolios por el territorio de Mesena, cuya defensa abrazaron los aqueos, le presentó una ocasión de manifestar su prudencia y su fuerza. Pareciendo á los aqueos que Arato dirigía mal las operaciones, recurrieron á Filipo que tenía á sus órdenes á los acarnanios, los epírotas, los ilirios y los mesenios, mientras que estaban á favor de los enemigos Esparta y los eleos, mandados por Escopa. Entró Filipo en la Etolia y éstos en la Macedonia, devastando cada cual el territorio de su enemigo y no perdonando ni aun á los templos.

Los progresos de Filipo fueron detenidos por las intrigas de sus tres ministros Apeles, Megaleas y Leoncio, los cuales estaban deseosos de rebajar á Arato, á cuyos consejos debía tanto el rey. Mas descubiertas sus intrigas les condenó Filipo á muerte, y al fin pudo dictar las condiciones de la paz, entre cuyas ventajas, la principal para Macedonia fué volver á recobrar su preponderancia marítima.

Sin embargo, el reciente poder de Filipo estaba en peligro, pues se preparaba una tempestad contra él en Italia, hacia la cual es ya tiempo de que volvamos los ojos.

CAPÍTULO V

Magna Grecia

Hemos dejado á Roma cuando después de medio siglo de luchas había subyugado á sus más obstinados enemigos los samnitas, en lo sucesivo se hallaba frente á frente de la Magna Grecia y la Sicilia, cuyas florecientes colonias habían decaído algo desde la guerra con los lucanios y con Dionisio el Mayor. Cierto que Posidonia había recibido colonos extraños, y que también las demás se habían reforzado con forasteros; pero á fuerza de perder gente, habían quedado limitadas al recinto de sus murallas. Devastábanlas en el interior las disensiones civiles que las hacían pasar de una desenfrenada demagogia á una atroz tiranía. Dedicados los ciudadanos al comercio y entregados al lujo, confiaban gustosos su defensa á mercenarios, los cuales ofrecían un medio de dominar al que tuviera dinero para comprarlos. Agatocles, hijo de un alfarero, recogido en la calle y educado en medio de infame abyección, llegó, con su auxilio, á tiranizar á Siracusa, y dominó por la fuerza, hasta que fué derribado por la fuerza.

(Tarento.)

Habían intentado también los mercenarios tener posesiones y establecimientos fijos. Los mamertinos de la Campania ocuparon á Mesina; Decio Jubelio, con una legión de campanios, invadió el territorio de Reggio. y tanto éste como aquellos infundían el terror á los cartagineses, á los romanos y á los naturales del país.

Tarento era una de las más florecientes repúblicas de la Magna Grecia, y á mediados del siglo, contaba un ejército de 20,000 infantes y 2,000 caballos. Muertos los nobles en la guerra contra los mesapios, prevaleció la democracia, y entonces eran admitidos en Tarento no solo los griegos sino también los italianos; de modo que contenía muchos elementos indígenas que la aproximaban más á la Italia que á la Magna Grecia. Tenía una marina poderosa, y fábricas y tintorerías de paños, industria que tanto favorece á la población; y Arquitas, célebre pitagórico, nos muestra la mucha aptitud de sus habitantes para las ciencias. Quizá por desconfianza en los ciudadanos, no empleaba, como Venecia, sino soldados extranjeros, y tenía á su servicio hasta príncipes. Arquidamo I, rey de Esparta, hijo de Agesilao y padre de Agis, que había salido de su patria por no ser testigo de su humillación, estuvo al servicio de los ta-

rentinos y pereció con los suyos peleando contra los lucanios el día de la batalla de Queroea; si bien la historia aduladora dice que fué castigado por la Providencia por haber auxíliado á los focenses, violadores del templo, esto es, á los únicos que protegían la astucia de Grecia contra los macedonios. Alejandro Moloso, rey del Epiro, tío de Alejandro el Grande, deseoso de rivalizar con su sobrino, y tal vez de crearse un reino propio, aceptó el sueldo de los tarentinos, hasta que éstos recelosos de él lo despidieron. Entonces Alejandro á fin de molestarlos con la guerra, se unió con los romanos; alianza deshonrosa para éstos, porque no fué sugerida por el peligro y porque se hizo contra los que tomaban las armas, no por ambición, sino por la indepencia de su patria.

Esta alianza había hecho nacer desavenencias entre Roma y los tarentinos, cuando éstos se quejaron de que los romanos habían violado un antiguo tratado navegando más allá del cabo Juno Lacinia, y apresado sus naves. Los embajadores de Roma, enviados á reclamar contra esta captura, fueron recibidos con ultrajes, y el pueblo les llenó de barro las togas. "*Estas manchas serán lavadas con sangre.*", exclamó un embajador. Se declaró la guerra y los tarentinos tomaron á su servicio á Pirro, rey del Epiro.

(Pirro en Italia.)

Este príncipe, yerno de Agatocles, ambicionaba seguir sus huellas, y obligado á salir de Macedonia como hemos visto, aspiraba á formarse un hermoso reino en la Magna Grecia ó en las costas de Africa. Su impetuoso valor estaba moderado por el tesalio Cineas, discípulo de Demóstenes, único que había quedado digno de su gran maestro, y orador tan elocuente, que Pirro confesaba que debía más cuidados á su palabra que á su misma espada. Cuando el rey le expuso sus proyectos sobre Italia, Cineas le dijo: "*Los romanos son en esta comarca muy belicosos; pero si los dioses nos conceden la victoria, ¿qué ventajas obtendremos?—¿Y lo pregunta?*—le contestó Pirro. *Subyugados los romanos, ya no habrá ninguna ciudad bárbara ni griega, que se nos oponga y será nuestra toda la Italia.*—Cineas después de reflexionar añadió: *Y una vez conquistada la Italia ¿qué haremos?—Sicilia, isla rica por su situación y sus habitantes, está á dos pasos, y nos será fácil hacernos dueños de ella, agitada como se halla desde la muerte de Agatocles, y gobernada por oradores que adulan las pasiones del pueblo.—¿Y nos detendremos en ella?* preguntó de nuevo Cineas:—*No,*—le dijo

Pirro: *¿quién nos impedirá entonces pasar á Africa y á Cartago? Y dueños de ellas ¿qué enemigos de los que ahora nos desafían podrán oponerse á nosotros?—Ninguno ciertamente.—Entonces recobraremos la Macedonia y seremos dueños de la Grecia; pero, conseguido esto ¿qué haremos?—Entonces,*—respondió Pirro sonriéndose,—*entonces nos entregaremos á un dulce reposo, querido Cineas, en medio de banquetes y diversiones.* Cineas que lo esperaba en este punto le dijo: *¿Y qué te impide empezar desde hoy esos felices tiempos? ¿No tienes ya en tu poder y sin fatigas, lo que quieres comprar á costa de tanta sangre y de tantos males?* (1).

Pero la ambición no se rinde tan fácilmente á las razones, y al llamamiento de los tarentinos acudió Pirro con su ejército. Un ciudadano, al parecer embriagado, coronado todavía de rosas marchitas y acompañado de un instrumentista, se presentó á los tarentinos reunidos en asamblea. *¡Ah! Metón, canta y alégranos,*—le dicen estos.—*Sí,*—respondió,—*cantemos y regocijémonos mientras tengamos tiempo; porque otra cosa nos tocará hacer cuando venga Pirro.*

En efecto apenas llegó el rey, hizo cerrar los teatros y gimnasios, y mandó que nadie saliera de la ciudad so pena de muerte. Al principio venció en Heraclea á los romanos, asustados por los *bueyes de Lucania*, como llamaban á los elefantes que no habían visto hasta entonces; pero respondió á los que le felicitaron: *¡Otra victoria como ésta y estamos perdidos!*

Auxiliado por los samnitas, los lucanios y los mesapios, avanzó hasta Preneste y desde las alturas contempló á Roma, aquella Roma, cuya grandeza era capaz de apreciar. Al ver los cadáveres de los soldados que habían perecido en la batalla, exclamó: *No tardaría yo mucho en conquistar el mundo si tuviese por soldados á los romanos, ó si los romanos me tuvieran á mí por general.*„ Propuso la paz, por mediación de Cineas, el cual no

---

(1) PLUTARCO, *Vida de Pirro*. Uno de esos filósofos á quienes con justicia se denominan santos, sacó una conclusión muy diferente. Felipe de Neri salió un día al encuentro de un sacerdote que venía de Roma para entrar en la prelatura. Cuando le contaba sus esperanzas de llegar á ser page, secretario, luego canónigo... *¿y después?*—le preguntó el santo.—*Después el sombrero verde podrá convertirse en rojo.—¿Y después?—Se ven tantas casualidades, y el que ha llegado á lo uno puede también llegar á lo otro.—¿Os referís á la tiara, verdad? ¿Y después?* El sacerdote no sabía que responder, y el santo añadió: ¡Y *después morir*!

perdió tan buena ocasión de conocer las admirables leyes de la gran ciudad. Y ya se inclinaban á la paz los romanos movidos por la elocuencia y por las razones que alegaba, cuando se presentó Apio Claudio en aquella asamblea que el embajador comparaba con un consejo de reyes.

Este antiguo censor, déspota en su familia como un patriarca, había repartido la plebe entre todas las tribus, para aumentar su influencia y había hecho admitir también á los libertos en el Senado. Primeramente solo los descendientes de un tal Poticio, indígena, sacrificaban en el templo de Hércules, á semejanza de las familias que hemos visto en Grecia priviligiadas en cualquier culto;pero Apio persuadió á los Poticios que permitiesen que participasen de aquel culto los esclavos del pueblo romano, haciéndose así común el sacerdocio, que hasta entonces había sido privilegio exclusivo de los nobles.

Díjose que la ira de los dioses había hecho perecer á todos los Poticios en un año y cegado á Apio, pero una vez derribadas las barreras ya no se levantan; y la nobleza odió en vano al censor, el cual se inmortalizó construyendo un acueducto de 80 estadíos de largo, (1) y abriendo el magnífico camino de Roma á Capena de mil estadíos de longitud (2), monumento que después de 20 siglos atestigua aún la grandeza de aquella ciudad, reina del mundo entero, y parecía significar la unión de Italia con su metrópoli. El anciano patricio se presentó en el Senado acompañado de sus cuatro hijos que habían sido cónsules, y dictó esta respuesta para Pirro: "*Si quiere la paz, que salga primero de Italia.*„

Los elefantes habían cesado ya de causar espanto á los romanos; que con dardos inflamados (3) los hicieron volverse contra el ejército de Pirro, lo desordenaron y vencieron. Fabricio Lescino enviado para tratar del canje ó rescate de los prisioneros, admiró á Pirro con su integridad. Habiendo sabido éste que era muy considerado en su patria, y que estaba muy pobre, le dió una gran cantidad de dinero y él la rehusó; al día siguiente trató de asustarlo con un elefante, y no obteniendo efecto alguno su estratagema, exclamó: "*Más fácil es apar-*

---

(1) 80 estadios ó sea 14 kilómetros y medio.

(2) 1000 estadios, ó sea 180 kilómetros: *Appia longarum teritur regina viarum.* STACE, *Silv.* II, 2.

(3) ELIANO, *Historia animalium*, I, 38, dice que para espantar á los elefantes les presentaron cerdos. Véase ARMANDI. *Historia militar de los elefantes*, p. 280.

tar al sol de su carrera que á Fabricio del camino de la probidad.„ Oyendo el romano en la cena exponer á Cineas la filosofía de Epicuro, y que sus sectarios creían que los dioses no se ocupaban de las acciones humanas y vivían alejados de los negocios públicos y en una deliciosa holganza, exclamó: "*¡Oh, Dios, haz que Pirro y los samnitas sigan esta hermosa doctrina mientras estén en guerra con nosotros!*„

El rey del Epiro deseaba cada vez más atraérselo á su partido y lo exhortaba á ajustar la paz y á irse después con él, á lo que respondía Fabricio: "*No sería esto conveniente para ti, porque los que hoy te honran, cuando me conociesen, preferirían ser gobernados por mí que por ti.*„

Pirro dió libertad á 200 prisioneros sin rescate alguno, y permitió á los demás que fuesen á Roma á visitar á sus parientes, con tal de que Fabricio prometiese que volverían. Los prisioneros restituídos fueron declarados infames, los caballeros reducidos á peones, los infantes á honderos, y se les castigó con pasar las noches fuera del campo sin abrigos ni trincheras hasta que hubieran despojado á dos enemigos cada uno. Fabricio mismo anunció á Pirro que su médico le había propuesto envenenarle (1) y admirado de tal generosidad el rey del Epiro puso fin á las hostilidades; consagró en el templo de Tarento parte de los despojos y no se avergonzó de declararse vencido (2); dos años y cuatro meses después de haber desembarcado en Tarento volvió á embarcarse con caballos, elefantes y soldados y pasó á Sicilia con sesenta naves siracusanas. Llamado allí para oponerse á los cartagineses, los arrojó de la isla, y acogido con los brazos abiertos por las ciudades y los tiranuelos, hubiera podido crearse un reino, si el inútil sitio de Lilibeo, último asilo de los africanos, no hubiese echado por tierra sus designios y desanimado á los sicilianos que le hicieron traición. Allí robó cuanto

---

(1) El año 1802, Fox reveló también á Napoleón una supuesta conspiración contra su vida, y aunque ambos supieron que se trataba de una invención pura, se sacó partido de ella para obtener un tratado y poner fin á la guerra.

(2) Paulo Osorio nos ha trasmitido estos dos versos inscritos en los trofeos por orden de Pirro:

QUI ANTE HAC INVICTI FUERE VIRI, PATER OPTIME OLIMPI,
HOS EGO IN PUGNA VICI, VICTUSQUE SUM ABISDEM.

Deben haber sido traducidos del griego, pero seguramente en época muy remota; tal vez son de Ennio.

pudo, y llamado con urgencia por los tarentinos que no podían resistir más á los romanos, dióse á la vela hacia la Magna Grecia; pero su tripulación había sido reclutada por fuerza, y los marineros, conociendo que estaban destinados á ser sacrificados para librar de la escuadra púnica los barcos de transporte que conducían el botín, se dejaron vencer por los cartagineses. Entonces fueron echadas á pique 60 naves, y sólo 12 llegaron á Reggio. Pirro, reducido á la miseria, robó el tesoro de Proserpina en Locres, pero el remordimiento le obligó á devolverlo, y finalmente derrotado junto á Benevento por Curio Dentato, volvió á Grecia sin haber conseguido fruto alguno de esta expedición.

Entretanto habían continuado los romanos la guerra contra la Campania, y cuando al fin la subyugaron, impusieron la pena de destierro á los prisioneros, se llevaron á Roma la legión de la Campania que se había rebelado, y mutilaron ó mataron á 4.000 de sus individuos, á 50 por día, sin exequias ni luto (1). Roma había sometido ya á toda la Italia. En sus luchas con los fieros samnitas, había mejorado su táctica; habíase acostumbrado guerreando con Pirro á no temer á los extranjeros y á servirse de la táctica macedonia; y al mismo tiempo que se aliaba con pueblos lejanos, empezaba á poner en práctica aquella política suya de encadenar á los vencidos al carro del vencedor.

Al abandonar Pirro la Sicilia exclamó: *¡Qué hermoso campo de batalla dejamos á los romanos y á los cartagineses!*„ Su habilidad le hacía prever que aquellas dos potencias que se habían engrandecido, debían chocar más adelante y hacerse la guerra. La lucha que va á empeñarse entre estas naciones nos conduce á la costa de Africa, á observar pueblos engrandecidos hacía mucho tiempo, pero que entran ahora á representar un gran papel en el drama de la humanidad. En efecto, en las guerras púnicas no se trataba solamente de decidir cual de las dos ciudades triunfaría, ó de si la victoria haría decir fe púnica ó fe romana, sino cual de las dos razas había de dominar al mundo, la semítica ó la indo-europea.

---

(1) Tito Livio. XXVIII, 28.

CAPITULO VI

Africa — Cartago

El Africa es el continente que ofrece más variedad. Comienza en nuestra zona templada, pasa la línea equinocial casi con la misma anchura y termina en punta en la zona templada meridional. Vasta península de figura de corazón, tiene 1.800 leguas de largo y 1.600 de ancho; la surcan poquísimos ríos y posee algunos grandes mares mediterráneos. El interior, es decir, casi dos terceras partes de su superficie total, fué considerada hasta nuestros días como desierta, y era un problema geográfico cuya solución dieron los descubrimientos de Barth, de Speke y Burtón, de Livingstone, de Camerón y de Stanley. El Africa adelanta hacia las demás partes del mundo el Cabo Bueno, en el Mediterráneo; el Cabo Verde al Occidente del lado de América; el Guardafui (1) por Levante, y el de Buena-Esperanza en el hemisferio meridional. La separa de Europa el estrecho de Gibraltar, de la Arabia el de Bab-el-Mandeb, y la unía con el Asia el arenoso istmo de Suez. Estos puntos y la costa fueron conocidos y frecuentados por los antiguos; lo demás permanecía desconocido. Los reinos de Meroe y de Egipto se remontaban á los primeros tiempos de la historia humana, y hánse descubierto en recientes viajes vestigios de civilización donde ni aun se sospechaba que los hubiese. En tiempos de los Tolomeos se había penetrado en el interior de Africa para procurarse elefantes, animales que habían llegado á ser importantísimos en la guerra, y posteriormente los romanos extendieron sus conquistas hasta el país de los garamantas.

La historia ha limitado sus tradiciones á la parte septentrional, esto es, á la pendiente que desde las cimas del elevado Atlas (*Darán*) desciende por un lado en escalones hasta el Mediterráneo, y por el otro hasta el desierto de Sahara, espaciosa isla limitada por el mar y por un desierto de arena y separada por un pequeño estrecho de otra isla menos vasta y más llana, donde se levanta Cirene (2).

Herodoto dividía el Africa en tres partes: Libia habitada, Libia salvaje y Libia desierta, que los modernos

---

(1) El *Aromatum promontorium* de los antiguos.

(2) Viviano de Saint-Martin, *le Nord de l' Afrique dans l'antiquité*; Paris, 1863, en 8.º.

llaman *Berbería*, *Biledulgerid* y *Sahara*; la Nigricia, el Sudán y lo restante de Africa las comprendía bajo el nombre genérico de Etiopía. A la Libia habitada pertenecían la Mauritania, la Numidia, el territorio de Cartago, la Cirenaica y la Marmárica que forman hoy la parte septentrional de los Estados de Marruecos, Argel, Túnez, Trípoli y Barca, países fértiles y poblados, exceptuando algunas llanuras arenosas en la costa de Trípoli y al Oriente de Barca, que eran recorridas antiguamente por tribus nómadas. Más allá de esta región bajo el 30° paralelo al N., atraviesa el Africa las montañas del Atlas. Las fieras que habitan la parte occidental y los dátiles que produce en gran abundancia la han valido su nombre antiguo así como el moderno (1). Está limitada por el Sahara, desierto que rodea al Africa desde la costa occidental hasta el Egipto, y después al otro lado del Mar Rojo atraviesa la Arabia y las provincias meridionales de Persia hasta el centro de la India Septentrional. Este desierto, árido y arenoso, abrasado por el sol que cae perpendicularmente sobre él, está interrumpido en algunos sitios por islas de verdor regadas y cultivadas. En efecto, ningún país ofrece como Africa la más triste aridez al lado de la vegetación más vigorosa.

Herodoto, aquel filósofo viajero, no penetró en el Africa, sino que, durante su estancia en Egipto, se informó cuidadosamente de los habitantes de Libia, acerca de sus respectivos países, y así pudo trazar una descripción que los descubrimientos modernos van presentando como muy aproximada á la verdad. "El Nilo, dice, además de su curso por el Egipto, tiene cuatro meses de navegación y de camino por países conocidos. Más allá el país está desierto á causa del extremo calor. Los cirineos que dicen que han ido á consultar el oráculo de Ammón y que han hablado con Etearco, rey de los ammonitas, en las fuentes desconocidas del Nilo, cuentan que le oyeron decir al rey que una vez habían llegado á su país unos nasamones, pueblo libio que habita un pequeño espacio del país y que está al Oriente de la Sirte, y le refirieron que unos jóvenes de las mejores familias al llegar á la mayor edad, entre otras varias locuras, idearon echar suertes para que cinco de ellos fuesen á explorar los desiertos de Libia y hallar alguna cosa que no hubiesen visto. Toda la costa de Libia, ha-

(1) *Biledulgerid*, país de los dátiles. Los antiguos lo llamaron también *Getulia* y los modernos *Fezzan*.

cia el Mar Boreal, desde el Egipto hasta el promontorio Soloeis, está habitado enteramente por los libios divididos en naciones, excepto lo que pertenece á los griegos y fenicios; pero en la parte superior, más allá de las costas y de los pueblos que viven á la orilla del mar, hay una comarca ocupada casi toda por las fieras, y más allá de dicha comarca no hay más que llanuras arenosas, una aridez horrible y por todas partes el desierto. Aquellos jóvenes emprendieron, pues, sus viajes bien provistos de aguas y de víveres; y habiéndose internado primero en las tierras habitadas, llegaron al país de las fieras. De éste pasaron al desierto viajando hacia el Oeste, y después de haber andado muchos días por terreno arenoso, descubrieron al fin árboles que vejetaban en la llanura, cargados de frutas. Acercáronse á ellos, gustaron sus frutos y mientras comían llegaron hombres de menos que mediana estatura que se los llevaron consigo. Los nasamones no entendían su idioma, ni aquellos hombres el de los nasamones. Después de atravesar grandes pantanos llevároнlos á una ciudad en que todos eran de igual estatura que sus guías y de color negro. Junto á la ciudad corría hacia el Oriente un gran río en el que se veían cocodrilos. Etearco añadió, según decían los cirineos, que habían vuelto los nasamones á su país y que los hombres que habían visto eran todos hechiceros. En cuanto al río que corría por aquella ciudad, presumía Etearco que era el Nilo, lo cual parece muy razonable (1).

---

(1) *Euterpe*, 32. Por otra parte Herodoto nos conduce al interior del Africa: "Los pueblos mencionados hasta ahora son los del litoral entre los libios nómadas; detrás de ellos, en el interior de las tierras, está la Libia de las bestias feroces; después, más atrás, hay una larga línea de arena que se extiende desde Tebas de Egipto hasta las columnas de Hércules. En esta zona, en trechos de diez en diez jornadas, se hallan grandes espacios de sal en las colinas, y de la cima de la colina brota en medio de la sal una agua fresca y dulce. En los alrededores habitan hombres, los últimos del lado del desierto, más allá de la región de las bestias feroces.

Los primeros hombres que se hallan á diez jornadas de Tebas son los amonios, que tienen un santuario semejante al de Júpiter en Tebas, pues en efecto allí como en Tebas, se ve el simulacro de Júpiter en forma de cordero. Hay en este país una fuente, de agua viva que está tibia por la mañana más fresca cuando el mercado se llena de gente y completamente fría al mediodía que es la hora de regar las huertas. A medida que el día declina,

Aunque Herodoto no dice aquí, ni en ninguna otra parte, que los viajes se hiciesen en caravanas, es evidente que cinco jóvenes de las principales familias, y con gran provisión de víveres y agua, no podían viajar de otro modo por aquel país. Mungo Park nos dice también

---

el agua pierde su frescura, y va entibiándose hasta la puesta del sol, en que va calentándose poco á poco hasta media noche, en que hierve y una vez pasada la media noche, se va enfriando hasta el amanecer. Recibe el nombre de Fuente del sol. Después de los amonios y al cabo de tres días más de marcha por aquella zona de arena, hay una colina de sal semejante á la que se ve entre los amonios, con un surtidor de agua. Esta comarca está habitada; se llama Angila, y los nasamones la frecuentan en otoño para recolectar dátiles. A diez jornadas de Angila, hay otra colina y otra fuente, y un gran número de palmeras que dan fruto, como en las demás colinas. Los hombres que habitan esta comarca se llaman garamantes, nación sumamente poblada, que transporta tierra encima de la sal y la siembra. De esta región á la de los fotófagos hay treinta jornadas. En el país de los latófagos es donde nacen los bueyes que pacen hacia atrás, por la razón siguiente: Como tienen los cuernos encorvados hacia adelante, pacen caminando hacia atrás, porque de no hacerlo así se les clavarían los cuernos en la tierra. Se diferencian también de los demás bueyes en que su piel es más gruesa y más lisa Estos garamantes cazan á los trogloditas etíopes, sirviéndose de carros de cuatro caballos, porque dichos trogloditas son más veloces en la carrera que todos los hombres de quien hemos oído hablar. Se alimentan de serpientes, de lagartos y de otros reptiles semejantes, hablan un lenguaje que no se parece á ningún otro y oyéndoles cree uno oir los gritos de un murciélago.

"Después de los garamantes y á la distancia de diez jornadas de camino, hay otra colina de sal y de agua, en torno de la cual habitan unos hombres que se llaman atarantes. Al contrario de todos los hombres de que tenemos noticia, estos no tienen nombres particulares y todos juntos se llaman atarantes. Cuando el sol está en el punto más elevado de su carrera, le dirigen maldiciones y toda clase de injurias porque con su ardor abrasa á los hombres y el país. Más lejos á diez jornadas de camino, hay otra colina y agua, y en sus alrededores habitan otros hombres. Esta colina confina con el monte Atlas, que es estrecho y redondo por todas partes, y dícese que es tan elevado que no se puede divisar sus cimas, porque no las abandonan las nubes ni en invierno ni en verano, siendo esto la causa de que la gente del país afirme que es la columna del cielo. De este monte tomaron el nombre de Atlantes. Dícese que no se alimentan de ningún animal y que no sueñan nunca. Puedo mencionar los nombres de los que habitan

que los negros practican la magia, tienen fe en los amuletos y ejercen lo hospitalidad, lo cual nos hace creer que fué en su país donde estuvieron los cinco nasamones. Pero lo más notable de este viaje es el río que corría de Occidente á Oriente. Mientras no se conocía en Africa ningún río que tuviese esta dirección, pudo creerse en un error á Herodoto, pero después fué descubierto el Joliba, río caudaloso, ó sea el Níger, qne desemboca en la bahía de Benín, y en cuyas playas se edificaron las primeras ciudades del África interior (1).

En lo interior, el hombre, bajo la influencia de un sol abrasador, pierde su actividad intelectual y libre; así la historia de este país se encuentra más unida al clima y más dependiente de las circunstancias físicas. Esta escasez de desarrollo individual es la causa de que la esclavitud haya oprimido perpétuamente á pueblos incapaces de defender su libertad. Dos razas principales ocupan el frica: los negros y los bereberes. Los negros proveyeron siempre los mercados de esclavos; los bereberes conservaron sus costumbres nómadas, sin modificar su naturaleza, sufriendo la influencia del tiempo, de los pueblos y del comercio; sóbrios, frugales, sin industria ni amor patrio, cambian de bienes, de familia y de amigos, como de lugar.

(Cartago).

Sería importantísimo conocer minuciosamente el único Estado libre que se constituyó en los costas de África, la primera república conquistadora y comerciante que menciona la historia, y que, por espacio de muchos siglos, resolvió el difícil problema de ser rica, conservando su libertad; mas la tradición no nos da casi ninguna luz sobre ella. Los escritos de los historiadores naciona-

---

esta zona arenosa hasta el monte Atlas, pero no los de más allá. La zona se prolonga, pues, hasta las Columnas de Hércules, y hasta más allá todavía, y de diez en diez jornadas, se hallan minas de sal y habitantes. Las casas de todas estas tribus están construídas con piedras de sal, pues no llueve nunca en esas comarcas de la Libia, que si lloviese, se vendrían abajo los muros. La sal que se recoje allí es blanca y de color de púrpura. Después de esta zona, hacia el Mediodía, y en la Libia mediterránea, la comarca privada de agua está desierta, y no hay allí bestias feroces ni árboles, ni lluvia ni rocío.» HERODOTO, libro IV, 181-185.

(1) Véase MUNGO PARK, *Travels*, p. 194, y los viajeros contemporáneos, entre otros BARTH, SPEKE, BAKER, HEUGELIN, BURTON, RÖHLFS, LIVINGSTONE, CAMEBÓN y STANLEY y éste último fué el primero que atravesó de E. á O. el continente africano.

les de Cartago han perecido (1); los romanos y los griegos, sólo hacen mención de Cartago en cuanto tiene relación con la historia de su país. El propio Herodoto, que debía, según el plan de su obra, hablar de Cartago, sólo da algunas noticias por incidencias, cuyo valor no hace más que aumentar nuestra pena de no hallar noticias más amplias. Aristóteles decía también algo sobre este pueblo en su *Política* (2) pero sólo de paso, y con el juicio tan sutil que nos hace sentir la pérdida de sus libros sobre las Constituciones. Justino, aunque tomó sus noticias de Teopompo y de Timeo, no dejó sino escasos é insignificantes informes, siendo los más incompletos los que se refieren á los mejores tiempos de aquella república. Diodoro de Sicilia nos habla de sus guerras con Siracusa, más lo hace muy escasa é inexactamente. Polibio nos da preciosos detalles sobre su constitución y documentos auténticos ignorados de todos los demás historiadores. Tito Livio y, especialmente, Apiano, además de limitarse á copiar á Polibio, no saben hablar sino de las guerras, las cuales describen con las preocupaciones inherentes á los victoriosos, que procuran, á toda costa, borrar los recuerdos de su rival (3). Las conquistas que

---

(1) *Qui mortales initió Africam habuerint, uti ex libris punicis, qui regis Hiempsalis dicebantur, interpretatum nobis est, di cam.* SALUSTIO, *Jug.* c. XVII.

CICERÓN, *De Orat.* I, 58, dice que los romanos regalaron á los reyes númidas todas las bibliotecas halladas en Cartago, excepto los libros de Magón, que reservaron para sí

(2) Véase ARISTÓTELES, *De política Carthaginiensium,* edición de KLUGE, con un comentario; el capítulo de TEODORO METHOCHITA sobre el mismo asunto, y una disertación *Sur la vie d' Hannon et sur les grands hommes de Carthage,* Breslau, 1824.

(3) Entre los modernos, son dignos de ser consultados:

HENDREICH, *De República Carthaginiensium*, Francfort, 1664, en 8 °. Compilación poco importante con hipótesis muy aventuradas.

DAMPMARTIN, *Historia de las rivalidades de Cartago y de Roma* (Strasburgo, 1789. 2 t. en 8.°.) y la *Historia de la república de Cartago*, (en alemán), Francfort, 1791, son también de escaso valor así como las *Consideraciones sobre la decadencia de las repúblicas antiguas* de EDUARDO MONTAGUE, (Londres, 1759 en 8.°.)

CAMPOMANES, *Antigüedad marítima de la república de Cartago*, (Madrid, 1750, 2 t,) obra interesantísima que en el primer tomo trata del poder marítimo, y en el segundo del periplo de Hannón comentado prólijamente y acompañado de conjeturas sacadas de la semejanza de los nombres.

están haciendo en las playas de la costa africana desde el año 1330 las armas y la civilización francesas, inducen á esperar que se aumenten nuestros conocimientos respecto á Cartago (1), y que, gracias á ellos, llegará día en que podremos formarnos la idea más clara posible de su constitución y de su historia.

(Primera época, 178 á 180.)

La historia de los primeros días de Cartago, como la de todos los pueblos, está preñada de fábulas (2). La tradición vulgar que cuenta que Dido ó Elisa habían huído de Sidón por librarse de su perverso cuñado Pig-

---

Becker, *Vorarbeiten zur* etc. Apuntes para la historia de la segunda guerra púnica.

Kellerman, *Versuch einer Erklarung der punischen Stellen*, Berlín, 1812.

Hamaker, *Diatribe philológica critica monumentorum aliquot punicorum... interpretationem exhibens;* Leyde, 1822. Da una explicación de los monumentos llevados de Tunez al museo de Leyde por Humbert.

Heeren, *Ideas.* etc, obra que nosotros seguimos preferentemente.

Munter, *Religión de los Cartagineses* (en alemán); Copenhague 2.ª edic. 1821, en 4.°.

(1) Falbe, *Recherches sur l' emplacement de Carthage*, París, 1833, en 8.°.

Dureau de la Malle, *Recherches sur la topographie de Carthage.*

Davis, *Carthage and her Remains*, Londres, 1860 en 8.°.

E. Beule, *Fouilles á Carthage*, París 1860, en 8.°.

Durante seis meses, Sir Grenville-Temple mandó hacer excavaciones en torno de Cartago, y entre los monumentos que descubrió son dignos de notarse el templo de Thamat ó Juno Celeste, en cuyas ruinas se hallaron setecientas monedas y diferentes utensilios de tierra y de vidrio, una casa de recreo á orillas del mar, con las paredes pintadas y el pavimento de mosáico una inscripción púnica completa y trozos de otras varias; restos de estatuas, de lámparas, etc. Estos descubrimientos y los de Falbe y Beule parecen confirmar las instrucciones de Dureau de la Malle sobre el lugar en que estaba situada la ciudad. Llamaron principalmente la atención unos dibujos representando los amores de un centauro y de una centaura. De ciento treinta inscripciones que se recogieron en los alrededores, la mayor parte son sepulcrales y algunas numídicas con caracteres africanos; también se descubrieron huellas del gran acueducto que conducía las aguas para el riego de las huertas y los campos.

(2) *Kartha hadath*, villa nueva, en idioma fenicio.

malión, asesino de su marido, si bien no está conforme con la verdad histórica, indica, á lo menos, que las discordias civiles de la Fenicia obligaron á emigrar al Norte de frica á una parte de los ciudadanos. Habíanse establecido ya otras colonias en aquel lugar atraídas por la fertilidad del suelo y la fácil comunicación con la España meridional, que era entonces lo que ahora son Méjico y Perú para los españoles. La colonia personificada en Dido, compró el derecho de fundar una ciudad en un sitio tan á propósito, que bastaba querer para hacerla poderosísima. Lo primero que se construyó fué la fortaleza de Birsa (1), conocida hoy con el nombre de Mastinax por los cristianos, y con el de Almenara por los naturales, que formó después la parte alta de la ciudad, cuando se extendió la parte baja denominada Megara. Estaba situada á 100 millas de Sicilia, en un ancho golfo formado por los cabos Bueno y Zibib, en una península entre Túnez y Atica, ciudades que se veían desde lo alto de sus murallas. El istmo medía cuatro millas de ancho, y sus murallas 23 de circunferencia.

Su orígen hizo á Cartago independiente de la madre patria, con quien no observaba más que los deberes de piedad, prescritos entre la metrópoli y las colonias por el derecho público de los griegos y fenicios. Así se negó Tiro á ayudar con su flota á Cambises para atacar á Cartago, que enviaba regalos y embajadores al dios de Tiro, y acogió en su seno las familias y los bienes de ésta ciudad, cuando fué sitiada por Alejandro.

Los fenicios hallaron en las costas en que se fijaron, pueblos nómadas, como los libios y los maxinos, que se dejaban crecer los cabellos hacia la sién derecha, afeitándoselos por el lado izquierdo;los zauqueos, cuyas mujeres guíaban los carros; los gizantos que se pintaban con minio y comían carne de mono y miel, abundantísima en aquel país. La habilidad de los nuevos habitantes consistió en ser amigos de todos y aprovecharse de ellos, hasta que haciéndose superiores por su cultura y su fuerza, consiguieron sujetarlos y establecieron colonias entre ellos, que, nivelándose, dieron origen á la raza de los libios-fenicios, y les enseñaron á tener morada fija y á cultivar el suelo. Sin embargo, las Sirtes y la costa septentrional, comprendida entre la grande y la peque-

(1) APIANO pretende que Cartago fué fundada cincuenta años antes de la guerra de Troya, VELLEIUS PATERCULUS, sesenta y cinco años antes de Roma; JUSTIN setenta y dos; TITO LIVIO, noventa y tres.

ña Sirte, que hoy forma el reino de Trípoli, no eran capaces de civilización. Estaban habitadas por los lotófagos (1) y los nasamones, tribus pastores y nómadas que servían de intermedio para el comercio con el interior, y que formaban, además, una barrera contra Cirene, con la cual sostuvo Cartago largas disputas hasta que se determinaron sus límites.

Las demás colonias fundadas directamente por los fenicios en aquella costa eran más bien aliadas de Cartago, que ocupaba el primer lugar en su confederación, así como Utica ocupaba el segundo. Mas no estando unida toda la costa, y diferenciándose mucho las poblaciones, nacía de aquí una debilidad interior, aumentada con las vejaciones que, con frecuencia, suelen ocasionar á las colonias los pueblos comerciantes.

Ningún pueblo de la antigüedad comprendió mejor que los cartagineses el sistema de colonización como medio eficaz de prevenir el exceso de población, de satisfacerlas y de alimentar el comercio con la agricultura. El tributo que Cartago percibía de sus colonias, constituía el tesoro público, y á favor de aquellos subsidios fué como sostuvo tantas guerras é hizo tantas conquistas, sin que le moviese el mismo objeto que á los medos y á los persas, sino el deseo de procurarse nuevos establecimientos de comercio. Atenta á no adquirir más que lo que pudiese conservar, las islas le parecieron más favorables para su objeto .Cerdeña y las Baleares eran las primeras que se ofrecían á los cartagineses en el Mediterráneo, y fueron por lo tanto subyugadas, en unión de otras de menor extensión, y tal vez también de Córcega. Después invadieron la Sicilia en el momento en que los persas vencían bajo Ciro, Cambises y Darío, y es de creer que se apoderaran también de las Canarias y de la Madera. Siguiendo el ejemplo de los fenicios, enviaban colonias á tierra firme como á España, y á la costa occidental del África, cuidando, sin embargo, de mantenerlas débiles para que no inspirasen temor.

Cartago debió principalmente su dominio en estos diferentes países á Magón, á dos hijos y á seis nietos de éste, y Magón fué también el que creó su ejército, per-

(1) Comedores de loto, no del que crece en Egipto, sino del *Rhamnus lotus* de Lineo, cuyo fruto comen todavía hoy y que emplean para la preparación de un vino ó hidromiel que solo se conserva algunos dias. Teofrasto dice que Ofela, rey de Cirene, dirigiéndose hacia Cartago y estando falto de víveres, alimentó á su ejército durante varios días con el loto.

feccionó su táctica militar y echó los cimientos de su poder en Sicilia. Sus hijos Anibal y Asdrubal conquistaron la Cerdeña, donde murió el primero, después de haber sido once veces general; Amílcar se mató en Sicilia, á fin de no sobrevivir á la derrota que le había hecho sufrir Gelón de Siracusa, dejando tres hijos: Imilcon, que le sucedió en el mando del ejército de Sicilia, Hanon y Giscón. Su hermano Asdrubal había dejado también tres hijos: Anibal, Asdrubal y Safo, generales que lucharon con éxito contra los númidas y los mauritanos.

Los cartagineses fundaron en Cerdeña á Cagliari y Sulchi, y como Cerdeña era la más importante de sus provincias, la consideraban igual que el Africa. Sacaban de su tierra granos que abundaban mucho, sobre todo en los valles, donde fomentaron la agricultura, si no la introdujeron, y de sus montañas extraían además piedras finas y metales.

Cuando los focios, ansiosos de sacudir el yugo persa, ocuparon la Córcega, donde edificaron Aleria, á Cartago le hicieron sombra estos intrépidos navegantes, así es que poniéndose de acuerdo con los etruscos, los expulsó, más bien para impedir que estuviese en poder de negociantes demasiado activos, que no para privarles de la posesión de la isla. No obró así respecto á Sicilia, antes al contrario, empleó todas sus fuerzas en ocuparlas, como posesión de la cual dependía su supremacía en el Mediterráneo, el aprovisionamiento de sus ejércitos y el comercio de aceite y vino. No es, pues, de admirar que emplease en su empresa toda la obstinación propia de los gobiernos aristocráticos; mas sus colonias sicilianas, dominadas con el celo propio de las aristocracias mercantiles, no prevalecieron nunca absolutamente contra los griegos, que defendían ciudades ricas é independientes. Sin embargo, en lugar de fundar allí nuevos establecimientos, se contentó con ocupar los que habían pertenecido á los fenicios, y desde ellos hostilizaba á los griegos, sobre todo cuando Jerjes y Darío intentaron reclutar aliados contra sus enemigos. El día que Jerjes fué vencido en Salamina, Amílcar, hijo de Magón, sufría una derrota en Sicilia y se daba la muerte. Después de este descalabro, apenas pudieron los cartagineses defender sus antiguas posesiones; pero, bajo el reinado de Darío, procuraron buscarlas nuevas, y al efecto se mezclaron en las luchas de Egesta y de Selinunte, apoyaron á la primera y se apoderaron de otras ciudades; pero Dionisio y Agatocles que intentaban ha-

cer un solo estado de Sicilia, acudieron en el momento en que iban á ser expulsados por completo. Agatocles llevó su atrevimiento hasta luchar ante los muros de Cartago, donde causó bastante alarma para que sus habitantes entregasen doscientos niños á su adorado ídolo. Pasado este peligro, los cartagineses tuvieron siempre un pie en la isla del Sol, y su constancia, unida á la ligereza de los siracusanos, que eran el Estado más turbulento de la Grecia, habría bastado para darles la posesión de Sicilia, si hubiesen estado acaudillados por un jefe idóneo y prestigioso. De 410 á 264 siguió una guerra sangrienta con diferentes alternativas que hicieron variar sin cesar la extensión de las posesiones cartaginesas, las cuales, cuando la paz de 383, comprendían una tercera parte de Sicilia y tenían por límite el río Alico.

Mallorca, Menorca é Ibiza procuraban á Cartago vino, aceite, lanas finas y mulas. Gaulos, Cercina, Melita (*Gozzo, Cherchinesso, Malta*) pertenecían antes á los fenicios, y los cartagineses tenían en ellas, y sobre todo en la primera, sus principales fábricas de tegidos, de lino, sin contar, además, con que todas servían de estaciones para el comercio y de puntos de abrigo para sus buques.

Los focios de Masalia las mantuvieron alejadas de la Galia; la Liguria les procuraba excelentes marineros; no ahorraron medio para establecerse en Italia, y celebraron alianzas con los etruscos y los romanos, (1) sin embargo de que éstos no los miraban con muy buenos ojos.

Los cartagineses empezaron muy pronto á fundar colonias en España, en las comarcas en que los fenicios las tenían ya, especialmente en Andalucía y en Gades. Mantuvieron relaciones con los diferentes pueblos del país, se difundieron por todas partes como comerciantes y convirtieron á Cádiz en su puerto de parada para navegar allende el Estrecho; pero supieron sobretodo aprovecharse de las minas, abiertas ya por los fenicios y cuya explotación bien entendida les permitió sostener largas guerras. Más tarde, cuando perdieron la Sicilia y la Cerdeña, procuraron indemnizarse de esta pérdida conquistando toda España.

---

(1) En otro lugar daremos los tratados originales de los romanos. - ARISTÓTELES dice en su *Política*, III, 5, 11, que los cartagineses y los etruscos estaban aliados mediante muchos tratados de comercio.

No es posible comparar estas colonias con las posesiones inglesas y españolas que se extienden en vastas y numerosas provincias, y sí más bien con la cadena de escalas ó depósitos formados por Holanda y por Portugal en las Indias orientales. Se enviaba únicamente á ellas gente pobre que llevaba la esperanza de enriquecerse ejerciendo un monopolio tirano, á la manera de los negociantes de Amsterdam y de los *nababs* británicos. Con este objeto las fundaban en los países más lejanos, pero siempre en el litoral, á fin de depositar en ellas las mercancías y de preparar los cargamentos, y estas escalas se convertían, por consiguiente, en causa accidental de conquistas más extensas. El culto del dios Melcarte les servía de lazo de unión con la ciudad madre, la cual procuraba mantenerlas completamente sumisas, siendo esta la razón de que, mientras que las colonias fenicias y griegas se sublevaron contra la madre patria, ninguna de las cartaginesas pudo superar á Cartago ni rivalizar con ella, ni siquiera Panormo, que era la más famosa de todas.

En la época de mayor esplendor de la república, Hanón (1) fué enviado para fundar una cadena de colonias

---

(1) Probablemente hijo de Amilcar, muerto en Sicilia el año 480, así que suponemos que efectuó su viaje hacia el año 450. He aquí la descripción que de él se hace en los *Geographi graeci minores*, t. I.

«Los cartagineses acordaron que Hannón navegase allende las Columnas de Hércules y que fundase colonias líbio-fenicias. Hannón dióse, pues, á la vela con una flota de sesenta buques de cincuenta remos, que llevaban treinta mil individuos entre hombres y mujeres, provisiones y todo lo necesario.

"Después que estuvimos en alta mar y que hubimos navegado dos dias fuera del estrecho, fundamos una ciudad llamada *Thymiaterión*, junto á la cual había una gran llanura. Desde aquí continuando hacia Occidente, llegamos al cabo de Líbia, llamado *Soleis*, cubierto de espesos bosques, y allí le erigimos un templo á Neptuno. Después navegamos durante medio día hacia Oriente, hasta que llegamos á un estanque próximo al mar, lleno de juncos, en medio de los cuales pululaban gran cantidad de elefantes y de otros animales salvajes. Recorrimos á lo largo este estanque durante un día y construimos á orillas del mar ciudades que recibieron los nombres de *Caricum*, *Teichos*, *Gytte*, *Acra*, *Melita* y *Arambis*

«Prosiguiendo nuestra marcha, llegamos al gran río Lixo, que viene de la Líbia. Los lixitos nómadas apacentaban los rebaños en las orillas. Permanecimos allí algunos días é hicimos alianza

en la costa occidental del Africa, en el Atlántico, en los lugares que ocupan hoy Fez y Marruecos. El relato de su expedición hecho por él en un templo de donde algún griego lo copió inexactamente, nos ha sido trasmitido

---

con ellos. Detrás de ellos habitan unos etiopes salvajes, en un país montuoso y lleno de animales feroces, donde el Lixo nace. Las montañas estaban pobladas por trogloditas de extraño aspecto, los cuales superan á los caballos en la carrera, según afirman los lixitos.

"Escogimos intérpretes entre estos y seguimos durante dos días una costa desierta que se extendía hacia el Sur. Torciendo después hacia Oriente, al cabo de un día de navegación llegamos al fondo de un golfo, á un islote de cinco estadios de circunferencia, donde establecimos una colonia á la que dimos el nombre de *Cerné*.

"Calculando el camino que habíamos andado hasta Cerné, vimos que esta isla estaba en el lado opuesto á Cartago con respecto á la Columnas, ya que nuestra navegación de Cartago á las Columnas había durado tanto, como de las Columnas á Cerné. Siguiendo el curso contrario de un río llamado *Chretes*, llegamos á un lago donde había tres islas mayores que Cerné y cuyo término vimos al cabo de un día más de marcha.

«Allí se elevaban altísimas montañas habitadas por gente salvaje vestida con pieles de animales, gente que nos atacó á pedradas obligándonos á retroceder. Enseguida entramos en otro río ancho, largo, lleno de cocodrilos y de hipopótamos. De allí volvimos á Cerné, y de Cerné, encaminándonos hacia el Mediodía, vogamos doce días siguiendo una costa habitada por etiopes que parecían evitar nuestra presencia y que huían cuando intentábamos acercarnos á ellos. Los lixitos, nuestros intérpretes, no comprendían su lenguaje. Al duodécimo día nos hallamos junto á unas montañas elevadísimas cubiertas de toda clase de árboles que perfumaban el aire. Después de navegar por espacio de dos días, llegamos á un inmenso golfo rodeado de llanuras. Durante la noche se veía brillar en todas partes hogueras más ó menos elevadas. Allí nos aprovisionamos de agua, y costeando el golfo durante cinco días, llegamos á una gran bahía que nuestros intérpretes denominaron *Cuernos del Occidente* (*Esperou Keras*) (*Esta voz debe interpretarse, no como promontorios, cual hicieron Gosselin y Bougainville, sino como brazos del río*) Había en esta bahía una gran isla y en la isla un lago salado que rodeaba á otro islote. Desembarcamos y no divisamos durante el día más que bosques; pero por la noche vimos brillar muchas luces y oímos sonar flautas, címbalos, timbales y espantosos aullidos. Sentimos miedo y nuestros adivinos nos aconsejaron que abandonáramos enseguida la isla. Así lo hicimos y vogamos á lo largo de una

afortunadamente y nos permite conocer el poder grande y la inmensa proporción que daba Cartago á sus empresas marítimas. Hanón salió con sesenta bajeles que llevaban treinte mil colonos, entre hombres, mujeres y

---

costa árida llamada Timiamate, de donde salían hacia el mar por todas partes torrentes de fuego y en donde el suelo abrasaba de tal modo que los pies no podían soportarlo. Nos retiramos en el acto y durante cuatro días costeamos, pareciéndonos siempre la tierra llena de hogueras. Del centro de estas salía una mayor que las demás que parecía llegar hasta los astros; pero de día solo se distinguía una elevada montaña denominada *Carro de los Dioses* (*Zeon Ojema.*)

"Pasamos tres días junto aquellas hogueras y luego llegamos á una bahía llamada *Cuernos del Mediodía.* En el fondo de esta había también una isla que contenía así mismo un lago, en cuyo centro se veía otro islote habitado por salvajes. Las mujeres más numerosas que los hombres tenían velludo el cuerpo y nuestros intérpretes los llamaban *gorilas.* No pudimos coger ningún hombre, porque huían á través de los precipicios y se defendían á pedradas; pero nos apoderamos de tres mujeres, que rompían las ligaduras que les pusimos, mordían y arañaban de un modo que nos vimos obligados á matarlas despellejándolas y llevando sus pieles á Cartago. No pudimos ir más allá por falta de provisiones.»

Bien se ve que este relato no es una reseña de viaje, sino un monumento público de la expedición, grabado en un templo principal. En efecto, lleva como epígrafe: *Anonos periplous on anezeken en to tou Kronou temenei: Periplo de Hannon que lo expuso en el templo de Cronos* (Saturno). Entre los cartagineses, acostumbrábase poner en los templos recuerdos análogos de sus empresas. Este monumento escrito sin duda en lengua púnica debió ser traducido por algún griego, comerciante tal vez, hombre poco instruido indudablemente; pero ni las alteraciones del traductor ni las del tiempo, serían razón suficiente para negar su autenticidad.

Ha sido objeto de un gran número de investigaciones por parte de muchos críticos. Unos la hacen remontarse á los tiempos de la guerra de Troya, otros á la época de Alejandro Magno, y los hay que con mayor razón sin duda la reputan de tiempos de Herodoto. También se discute el punto relativo al término de la expedición, cosa que el traductor griego no determina claramente, mencionando sucesivamente y pasando en silencio el número de jornadas, circunstancia que no debió omitirse seguramente en el texto. Pueden verse las diferentes opiniones resumidas en MALTE BRUN, *Histoire de la Geographie*, libro IV, 85 y siguientes (París, 1836,) y en HEEREN, *Ideas sobre la política y el comercio car-*

niños, los cuales fueron distribuídos entre seis ciudades, siendo la más importante Cartago *(Cartagena)* destinada á convertirse en centro de las demás colonias; llegó hasta la Senegambia, donde intentó en vano apoderarse de algunos hombres porque huían precipitadamente y se defendían á pedradas; y por último, volvió con sus buques ornados de ramas de laurel y como monumento le erigió á Neptuno, en el Cabo Bueno, un altar cubierto de bajo relieves, que representaban en mosaico figuras humanas, leones y delfines.

Por esta misma época, Imilcon establecía una série de colonias en la costa occidental de Europa y depositó también en el templo una relación que se ha perdido, pero Rufo Festo Avieno sacó partido de ella en su poema geográfico. Después de un viaje de cuatro meses, Imilcon abordó á la Gran Bretaña, si bien las colonias que fundó no pasaron del cabo Sagrado (San Vicente) y del Anas (la Guadiana). También han sido halladas huellas de los cartagineses en el Jutland meridional (1) y se ha pretendido hallar un resto púnico en los bosques de Boston; pero ¡cuántas circunstancias podían haberlo llevado allí!

(Comercio marítimo.)

No es posible creer que los cartagineses hubiesen admitido ya lo que ciertas naciones de hoy rechazan todavía, á saber la libre competencia, y, lejos de esto, su celo no perdonó medio para asegurarse la conservación del monopolio. Cartago era la cabeza y el corazón, y las colonias no debían obrar más que en interés de ella, no debían enriquecerse demasiado y no debían tener abiertos sus puertos á los buques extrangeros, á quienes, por *fas* ó por *nefas* retiraban siempre el paso y los mercados. El monopolio era tanto más deseado cuanto que era más ventajoso ejercerlo con bárbaros que cambiaban sus mercancías por bagatelas. Si los cartagineses no pudieron traficar solos en el Mediterráneo, hicieron los mayores esfuerzos para contrarrestar ventajosamente la competencia de sus rivales. La piratería tenía en ellos un enemigo vigilante, y practicaban poco el comercio en comisión. El negociante tenía

---

taginés. Según Renell, este país del fuego no era otro que la Senegambia, á menos que fuese el Gabon, donde se ha descubierto actualmente el *gorila* (gran *mono*) que Hannón tomó por ser humano.

(1) MULLER, *Sobre los cuernos de oro de Tondern*, Copenhague, 1805, en 4.º.

sus bajeles propios, los conducía él mismo, ejerciendo hospitalidad á fin de verse correspondido y, como los griegos, cambiaban con sus huéspedes signos de agradecimiento.

Del interior de Africa sacaban los negros, muy buscados en Italia; piedras y oro, de Grecia; algodón, de Malta; betún, de Lipari; cera, miel y esclavos, de Córcega; hierro, de la isla de Elba; vendían en las Baleares vino y mujeres, ó los daban en pago de servicios militares, y sacaban de allí mulas y yeguas. Iban hasta el extremo occidental de Europa, á las islas Casiteridas (*Sorhugas*) á buscar estaño y ámbar, y tal vez se procuraban también esto en el Samland (1). Sus establecimientos y los de los masilianos que fueron por tierra á aquellos parages, contribuyeron á civilizar un tanto á los habitantes de ambas orillas de la Mancha.

(Comercio terrestre.)

No traficaban solamente por mar y, aunque su celo haya hecho desaparecer las huellas de su comercio por tierra, podemos al menos adivinar cual era su dirección. Herodoto nos dice que sacaban del interior del Africa esclavos, dátiles y sal, que se hallaba allí en bancos depositados tal vez por un mar que cubría en otro tiempo aquella tierra; los dátiles se cogen en el lugar en que cesa de darse el trigo, en los confines del gran desierto, entre los 29° y 26° de latitud N. Esta fruta se recoge en octubre, reemplaza al pan, procura también una bebida fermentada, se conserva fácilmente y se transporta hasta la Nigricia y hasta más allá del Níger; los habitantes del desierto sobre todo van á buscarlo á Biledulgerid, donde lo cambian por los productos de sus rebaños. Los cartagineses iban á buscar oro á la Nigricia, donde se hallaba en tal abundancia en grano y en polvo que hacían con él los utensilios más comunes. El medio empleado por los cartagineses para adquirir este metal precioso no ha caído todavía en desuso; depositaban sus mercancías en la playa y los bárbaros entonces llevaban la cantidad de oro que creían suficiente para el cambio; los comerciantes volvían al mismo lugar y si hallaban suficiente metal recogían sus mercancías, y entonces los indígenas añadían algo más á lo ofrecido hasta que ambas partes estuviesen de acuerdo.

A tan grandes distancias y á traves de tantos peligros, el comercio no podía ser ejercido por traficantes

---

(1) El Samland es una antígua división de la Prusia oriental cuya capital era Koemigsberg.

interior de Africa después de haber escapado de tantos peligros.

(1) Herodoto, IV, 181 185.

CARTAGO

A. Amílcar. — **B.** Moneda de Cartago. — **C.** Aníbal
D. Soldado cartaginés

los griegos, con los masilios, y por último con los romanos, y causa verdadero asombro la rapidez con que reparaban sus pérdidas. Su puerto principal era Cartago; primero no emplearon más que trirremes que agrandaron en tiempo de Alejandro, y cuando la guerra púnica construyeron bajeles de cinco y de siete hileras de remos, que llevaban en la popa las efigies de los dioses marinos, Poseidón, Tritón y los Cabires. Una galera de cinco hileras llevaba ciento veinte soldados y trescientos marineros, fuerza que facilitaba la rapidez de sus evoluciones, y los esclavos eran los que manejaban los remos. Los almirantes dependían de los generales del ejército terrestre en las expediciones que se hacían de acuerdo; pero si no sólo dependían del Senado. Las victorias eran una ocasión de regocijos públicos, así como las derrotas lo eran de luto general. Los cartagineses armaron contra Siracusa de ciento cincuenta á doscientos bajeles y muchos más contra Roma, y en la batalla que abrió las puertas de Africa á Régulo, trescientas cincuenta galeras cartaginesas montadas por ciento cincuenta mil hombres, lucharon contra cuarenta mil romanos, que llevaban trescientas treinta galeras. También ayudaron á Jerjes con dos mil grandes naves y tres mil buques de transporte (1).

No pusieron tanto cuidado en la organización de sus fuerzas de tierra, compuestas en su mayor parte de mercenarios reclutados entre todas las naciones: galos casi desnudos, iberos vestidos de blanco, ligurios montañeses al lado de nasamones y de latófagos, de jinetes númidas y de honderos baleares. Los cartagineses sabían con certeza lo que costaba un soldado griego, un soldado africano ó un campanio y por lo tanto comparaban siempre el coste de un ejército con el fruto probable de una conquista.

Al terminar la campaña, rescataban los prisioneros, y los gastos se pagaban con lo que reportaban los países conquistados. La deserción ó la traición era muy difícil en las abigarradas filas de hombres de todos los países, porque luchaban fuera de su país y contra pueblos más pobres, aparte de que la diferencia de idioma y de religión les impedían concertarse entre sí; pero la disciplina en cambio escaseaba. Los transportes por mar eran penosos y las epidemias frecuentes, y como semejantes soldados carecían de ese valor que tiene por base el patriotismo y el sentimiento de la dignidad individual,

(1) Diodoro, XI, 20.

resistían mal ante tropas disciplinadas y nacionales.

La caballería, cuerpo costoso, se componía de nobles cartagineses, los cuales se ponían un anillo por cada expedición en que tomaban parte, y había también entre ellos una legión sagrada de ciudadanos ricamente uniformados.

(Rentas.)

Entre los cartagineses la guerra se fundaba, pues, en el dinero, que es la fuerza de los Estados comerciantes. La industria era su principal fuente de riqueza, tanto para la fabricación como para el negocio, á la cual se añadía las aduanas, los peajes y los derechos de entrada de los puertos, los tributos de los pueblos vasallos y los de las colonias, tributos pagados frecuentemente en especies y que eran aumentados en caso de necesidad. También sacaban grandes productos de las minas que hacían explotar por esclavos, obligando también á ello á los indígenas. En caso de necesidad apremiante pirateaban á título de represalías.

(Religión.)

La religión de los cartagineses se componía de elementos libres mezclados con las creencias fenicias. Sus dioses Elim, Alomin, Baalat, Melcarte, Dan, tienen nombres casi idénticos á los de los tirios. Rendían principalmente culto al sol, como poder generador, bajo el nombre de Baal-Moloch, y su veneración por él era tan profunda que no se atrevían siquiera á pronunciar su nombre y los designaban con los de el Antiguo, el Eterno. Como el Moloch de Tirio, el ídolo de Baal era de metal, con los brazos tendidos y una cavidad en el pecho, horno abrasador, á donde se arrojaban los niños. Al dios varón se asociaba la diosa Astarté que tenía numerosos templos y cuyo culto vuluptuoso duró hasta después de establecido el cristianismo. Venía después Melcarte, *rey de la ciudad*, en cuyo honor y en el de todas las colonias fenicias se encendían grandes hogueras y á quien se enviaba ofrendas en Tiro. También se rendía culto á los Cabires, de los cuales el octavo, Peón, médico divino, era honrado particularmente en toda el Africa, donde hacía milagrosas curas. Su templo preponderó y ganó prestigio bajo los romanos, y los médicos, lo mismo que los sabios, se reunían en él para discutir y profesar. Los Cabires al igual que los Dioscuros de que formaban parte, eran los protectores de los navegantes, y Cartago tenía por arma el caballo consagrado al dios de los mares.

Elisa ó Dido fué también honrada por los cartagine-

ses, cuyas asambleas se celebraban en su presencia, y reverenciaron así mismo á los hermanos Filenos, cuyos altares marcaban el límite entre Cartago y Cirene. Creían que las almas de los buenos subían á la mansión de la eterna luz, y llamaban á la muerte el último puerto, el descanso común. Adoptaron algo de la religión de los vencidos y es probable que aprendieran de los africanos á adorar los vientos, el fuego, el aire y la tierra. El culto de Ceres y de Proserpina les provino de Sicilia, y de Cerdeña el de Iolas, sobrino de Hércules. Los sacerdotes no formaban una casta aparte: escogidos entre los principales ciudadanos eran muy honrados y tenían el encargo de atraer la bendición de los dioses mediante ceremonias religiosas, sobre todos los actos solemnes.

Pero la religión tomó el color de su carácter, avaro y melancólico hasta la crueldad. Las doncellas se prostituían en presencia de la divinidad, y el dinero que recibían lo conservaban para que les sirviese de dote (1). ¿De qué les servía, pues, tener un magistrado que velase por las costumbres? Sin duda les inspiró grandes empresas Hércules ó Melcarte, pero su esplendor estaba manchado por sacrificios humanos que se renovaban en épocas fijas, y en circunstancias difíciles se llegó hasta inmolarle los seres más queridos. Cuando los cartagineses fueron vencidos por Agatocles, creyeron que era un castigo de Melcarte, porque hacía algún tiempo que eran poco generosos en las ofrendas que le habían enviado á Tiro, así es que se las remitieron con profusión, despojando hasta los templos de sus tabernáculos de oro. Además, temiendo que el dios estuviese todavía irritado porque le inmolaban desgraciadas criaturas en lugar de niños de buenas familias, sacrificaron en su honor á doscientos de las más distinguidas y á trescientos hombres perseguidos por diferentes delitos que se ofrecieron espontáneamente á morir (2). Durante el sitio de Agrigento, cuando más estragos hacía la peste, fueron arrojados al mar un gran número de hombres para calmar las iras de Neptuno (3). Luchando en Italia Aníbal, le anunciaron que su hijo estaba designado para sucumbir al sacrificio anual, y exclamó: *Preparo á los dioses sacrificios que les serán más gratos*. En vano impusieron Gelón y Darío la condición de

(1) Selden, *De diis Syriis*, Synt. II, c. 7.

(2) Diodoro, XX, 3.—Lactancio, *De Falsa Relig.* I, 21.

(3) Diodoro, XIII, 87.

que cesasen de manchar con sangre sus altares, porque la superstición prevaleció entre los cartagineses, sobrevivió á la pérdida de la gloria y de la independencia, resistió á los decretos imperiales y en el siglo tercero de la era cristiana subsistió todavía tan abominable costumbre, si bien velada por el secreto (1).

Los cartagineses llevaron su odioso rito á todos los lugares en que dominaron por las armas ó por el comercio. En su religión imperaban imágenes sombrías y atroces, así como abstinencias voluntarias, torturas, reuniones nocturnas en las tinieblas y atroces y disolutas supersticiones. ¡Qué tiene pues de particular que los cartagineses fuesen unos serviles, egoistas, avaros, miserables, descreídos y despiadados, si su culto, aristocracia mercantil, y el dinero, su móvil supremo, cerraban su corazón á todo acto generoso.

(Constitución.)

Persistiendo, pues, en juzgar la mayor ó menor bondad de un gobierno según que favorezca la moralidad pública y privada, nosotros no podemos unirnos á los escritores que elogian el de Cartago, y menos todavía al filósolo de Estagira que proclama la constitución de los Cartagineses y la de los espartanos la mejor que se ha conocido. Aristóteles, disgustado de las contínuas agitaciones de Atenas, solo veía mérito en la inmovilidad, error de que se participa con muchos otros, para quienes bondad y estabilidad es todo uno. Cartago era el centro de la vitalidad y de la acción y todo lo que se hacía en las colonias debía ser en provecho suyo únicamente; sus ciudadanos eran el cuerpo dominante. Los fenicios emigrados transportaron probablemente á Africa las formas de su país natal, con una monarquía templada; pero no tardó mucho en prevalecer la aristocracia que duró hasta las guerras con los romanos, no obstante las tentativas contrarias. Sin duda era ésta una nobleza hereditaria, formada por los principales personajes, bajo cuya dirección se estableció la colonia primitiva; pero algunos autores sostienen que los cartagineses no reconocieron más nobleza que la de las riquezas, y que, si las familias de Hannón, de Magón y de Barca desempeñaron un gran papel, lo debieron á su fortuna.

Dos sufetas, jefes de gobierno de Cartago, presidían el senado, y no eran elegidos, como en Esparta, entre dos familias únicas, sino entre todos los ciudadados, ni

(1) Tertuliano, *Apología*, c. IX.

mandaban los ejércitos, sino que desempeñaban las funciones judiciales, siendo esta otra de las diferencias que los separaban de los reyes espartanos. Si surgía, en las deliberaciones, alguna discusión entre ellos y su asamblea aristocrática, se consultaba al pueblo, el cual carecía sin embargo de derecho á votar el impuesto y á elegir más magistrado que los de orden inferior. Al parecer, durante un período de cuatrocientos años nadie aspiró á la tiranía, y luego llegó un momento en que algunos intentaron ejercerla, como Hanón (340) y Bomilcar (309); pero ninguno lo logró.

A fin de evitar los abusos del poder por parte de los jefes del ejército, se instituyó los centunviros, magistrados escogidos entre los grandes, no á la suerte como los éforos de Esparta, sino por mérito ó por dinero. Digo dinero, porque como los cargos honoríficos ocasionaban muchos gastos, solo los ricos podían aspirar á ellos. Los miembros de la aristocracia componían el gran consejo (*sugcletos*); los cien formaban un pequeño consejo (*guerousia*); tribunal supremo de Estado y de policía, que podía facilmente degenerar en tirano y que acabó por abrogarse la dirección de todos los asuntos públicos. El senado mismo se dividía en comisiones de quinquenviros (*pentarjias*) que se ocupaban de objetos especiales y elegían los miembros de la *guerousia*.

El sanhedrín compuesto del gran consejo y del pequeño deliberaba sobre los asuntos exteriores, las embajadas, la paz y la guerra, la hacienda, y á veces sus decisiones necesitaban la sanción del pueblo.

Nunca hubo en Cartago tribunales populares, ni los males sin cuento que éstos produjeron en Grecia; pero las penas eran atroces y se condenaba á los acusados á ser mutilados, apedreados, despellejados, crucificados, aplastados entre dos piedras y devorados por animales feroces.

La democracia cobró bríos durante las guerras púnicas y llegó hasta la violencia, y los débiles pretendieron no solamente participar del poder, sino ejercer la tiranía sobre los fuertes. Multiplicándose las facciones nacidas en el senado á causa de las rivalidades existentes entre las dos familias predominantes, multiplicaron las ocasiones de recurrir al pueblo, y después vino Aníbal que modificó la antigua constitución haciendo que decretasen que las magistraturas serían anuales. Esta medida, manantial de nuevos abusos, fué una de las causas de la ruina de Cartago (1).

---

(1) ¿Quién elegía á los sufetas? ¿Eran verdaderamente dos

Otras causas contribuyeron también á su perdición, como fueron la influencia excesiva que ejercía la riqueza desproporcionada y el predominio de ciertas familias, entre las cuales se escogía preferentemente á los generales y á los principales magistrados. Tal fué la de Magón que dió capitanes á la república durante cuatro generaciones. Los generales no tenían autoridad civil y después de la guerra pasaban á la condición de sencillos ciudadanos. A veces se les confirieron poderes ilimitados en ciertas expediciones, y en otras, se les unían algunos miembros de la *guerousia*, á quienes debían consultar, como los comisarios de Venecia y de la Convención nacional. Mas Cartago usaba de una justicia demasiado rigurosa con sus generales y en muchas ocasiones esperaba la cruz al vencido, perdiendo así un guerrero útil y contribuyendo á que sus jefes militares se mostrasen vacilantes é irresolutos en determinados momentos. Sistema contrario prevalecía en Roma, donde el pueblo y el senado salieron al encuentro del cónsul vencido en Cannas, para darle las gracias por no haber perdido la esperanza de salvar la patria y para convertirlo en un héroe ansioso de buscar la revancha.

(Costumbres, civilización.)

Cartago era también agricultora y sus alrededores muy fértiles estaban admirablemente cultivados. Polibio los vió "cubiertos de jardines y arbolado, de canales de riego, de casas de campo que recibían sombra de los olivos y de las parras y con praderas abundantes en verde césped.„ Los principales ciudadanos y los magistrados superiores se dedicaban á la agricultura y algunos escribieron con este motivo tratados que fueron aprovechados después por los romanos. Especialmente Magón trató de todos los trabajos campestres, en una obra de veintiocho libros escrita en lengua púnica, la cual se perdió por desgracia, sin embargo de que el senado decretó su traducción (1). Los hijos de las grandes familias eran educados en los templos desde los tres

---

los vitalicios que se nombraban á la vez? ¿Era la aristocracia absolutamente hereditaria? ¿Era el senado un cuerpo permanente ó se renovaba periódicamente? ¿Podían ser admitidos en él todos los ciudadanos? ¿Cómo se llamaban sus miembros? ¿Quién los nombraba? Tales son las preguntas que podrían hacernos los que no quieren que el autor eluda con fórmulas generales la precisión crítica, pero nadie puede contestar á ellas satisfactoriamente.

(1) Los fragmentos han sido recogidos por HEEREN.

años hasta los doce; de los doce á los veinte aprendían lo concerniente á la industria y á los diferentes oficios, y á los veinte recibían la instrucción militar, después de la cual tenían que escoger la carrera que querían seguir, sacerdocio, marina, comercio, industria ó guerra. La lengua griega no tardó en dominar en el país y una multitud de profesores griegos enseñaban la filosofía (1).

Como único monumento del idioma cartaginés nos quedan algunos versos de Plauto, el cual hace hablar al final del *Poenulus* á un comerciante de aquella nación en su idioma vulgar, palabras que otro personaje traduce al latín, pero por más trabajo que han empleado los sabios, ninguno ha hallado, á nuestro juicio, una interpretación satisfactoria, ni siquiera Bellermann (2).

Si se da crédito á Estrabón, setecientas mil personas fueron sitiadas por Escipión en Cartago, pero aunque se admita que se hubiesen refugiado allí muchos habitantes del campo, este número es exagerado y la población ordinaria no debió exceder de doscientas cincuenta mil almas. Estaba repartida en tres barrios principales: la villa nueva llamada Megara, rodeada de un muro que era triple en algunos lugares y que tenía una elevación de treinta codos y gran número de torres á las qne se había unido un edificio en cuyo piso bajo se alojaron trescientos elefantes (3), cuatro mil caballos y los forra-

(1) Fabricio, *Bibl. Graeca*, p. 826.

(2) El año 1815, Maï publicó estos versos con variantes en los *Frammento inediti*, descubiertos en la biblioteca Ambrosiana; pero comparando un sabio prusiano estas variantes con el original que existe en Milán, afirmó que el autor había hecho un trabajo de imaginación, añadiendo y quitando lo que le vino en gana.

(3) Polibio atribuye cincuenta elefantes á los cartagineses que sitiaron Agrigento, cien á los que lucharon en Adis (auj Rhades) contra Régulo; y ochenta á Anibal en las llanuras de Zama. Según Diodoro de Sicilia, Asdrubal, el fundador de Cartago, tenía cien en España y tuvo ciento cincuenta en la batalla de Tapso, última librada en Africa, en la que tomaron parte elefantes. Los cartagineses no los sacaban del interior del Africa, sino del pais contiguo al suyo, en la vertiente meridional del Atlas, donde hace ya mucho tiempo que no los hay. Del mismo modo ¡desaparecen actualmente del Africa meridional, donde abundaban mucho en tiempo de las primeras colonias del Cabo y fueron ahuyentados ó aniquilados por los colonos.

Se puede ver en el *Indische Bibliotek* de Sehlegel, una memo-

jes y el equipo militar. En la altura se levantaba el barrio de Byssa (la ciudadela). El tercer barrio comprendía el puerto militar y la isla de Coton cuyo nombre tomaba y que se comunicaba con el puerto comercial, cuya entrada se cerraba con cadenas de hierro.

Salvo algunas inscripciones, nada ha salido de aquellas ruínas que pueda darnos á conocer el estado de las artes púnicas. Se ha hablado con admiración de algunos de sus edificios, de monumentos y de un escudo de plata con el retrato de Asdrubal; sin embargo las columnitas votivas son de estilo griego, y su moneda la acuñaban en Sicilia. El museo de Leyde encierra monumentos funerarios cartagineses, con bustos que dejan ver las líneas africanas y los cabellos lanudos. Nada confirma que sea obra de los cartagineses ó de los romanos el admirable acueducto de sesenta pies de altura, cuyo dibujo mandó hacer Carlos V y que sirvió de modelo á Ticiano para un tapíz destinado á la casa de Austria. (1) El agua que conducía era recibida por dieciseis cisternas inmensas que se comunicaban entre sí y que tenían lo menos cuatrocientos treinta pies de anchura.

Tal era el Estado con quien Roma tenía que luchar.

CAPITULO VII

Primera guerra Púnica (2)

En el siglo IV después de su fundación, Cartago se mostraba conquistadora formidable, merced principalmente á la familia de Magón. Como aspiraba ante todo á apoderarse de Sicilia, se vió contrariada por Siracusa que lo ansiaba con igual ardor. Desde el momento que Gelón derrotó á los cartagineses, los cuales para ímpedir que las colonias auxiliasen á Grecia atacada por Jerjes, habían invadido la Sicilia, transcurre un período de setenta años en que nada sabemos de ellos sino que

---

ria llena de erudición: *Zur Geschichten des Elephanten*, t. I, y se puede consultar también la *Historia militar de los elefantes*, por Armandi, pags. 17 y 138.

(1) Fischer d' erlach, *Architecture histor.*, libro II, Viena, 1721.

(2) La principal autoridad es Polibio cuyo relato llega hasta el año 216, y los fragmentos hasta el 165.

Tito Livio, (XXI-XLV) y Apiano siguen sus huellas. Las vidas de Fabio Máximo, de Paulo Emilio, de Marcelo, de Catón y de Flaminio escritas por Plutarco se refieren á estos mismos tiempos.

extendieron y afirmaron su dominación por Africa. Volvieron á inmiscuirse en los asuntos de Sicilia durante la tiranía de Dionisio, y luego en tiempo de Agatocles, como hemos visto. Estas guerras eran ocasionadas sin duda, por la importancia de la isla, pero tenían también por objeto ocupar á los ciudadanos de más preponderancia, los cuales con su crédito y sus riquezas, habrían podido fácilmente traer á su devoción las tropas mercenarias y originar disturbios en la patria. A fuerza de constancia, de destreza y del inextinguible poder del oro, hubieran llegado á dominar en Sicilia, si no hubiesen tenido que habérselas con los romanos.

(Primer tratado entre Cartago y Roma. 509.)

Cartago se había encontrado en época anterior en los mares con este pueblo, cuando poderoso ya bajo el cetro de los reyes, y puesto al frente de la liga latina rivalizaba con los etruscos, según lo prueban los documentos que poseemos (1). En el año de la expulsión de los Tarquinos, concluyó Cartago con Roma un tratado que es el

---

(1) Estos importantísimos documentos fueron ignorados por los historiadores romanos y nos hán sido trasmitidos por el griego Polibio.

El primero dice lo siguiente:

1.° Los romanos y sus aliados no navegarán más allá del cabo Bello, á no ser obligados por la violencia de la tormenta ó por enemigos, y en este caso no comerciaran ni tomaran cosa alguna, salvo lo necesario para aprovisionar los buques ó para hacer sacrificios, sin que puedan permanecer nunca más allá de cinco días. (Según Heine, *Opúscula*, II, este cabo Bello ó Bueno, *to Kalo akros terio*, no puede ser más que el *promontorium Hérmaeum*, al N. de Cartago. Estaba, pues, prohibido á los romanos navegar por la costa del territorio cartagines, hacia la pequeña Siria, donde se hallaban la ciudad y las comarcas más fértiles de Cartago.)

2.° El que vaya á traficar á la villa de Cartago no pagará derechos, salvo el salario del heraldo y del escriba, y toda venta hecha en presencia de estos se efectuará bajo la garantía de la fe pública, ora se celebre el mercado en Africa, ora en Cerdeña. Si un romano llegare á la parte de Sicilia que obedece á los cartagineses, gozará en todo de un derecho análogo.

3.° Los cartagineseses no inferirán ninguna clase de injurias á los habitantes de Ardea, de Ancio, de Laurento, de Circeío, de Terracine, ni á ninguno de los latinos dependientes de Roma. Respetarán asimismo las plazas que son independientes de los romanos y si llegasen á tomarlas se las entregarán á estos sin ocasionarles daño. No levantarán ningún fuerte en el campo latino y si entraren en el ejércitos, no llegarán á pernoctar.

documento más antiguo de la república romana. Esta y sus aliados hacían alianza con Cartago, bajo la condición de que no navegarían más allá del Cabo Bueno, á no ser arrojados por la tempestad ó por los enemigos, y aun en este caso no harían más tráfico que el puramente necesario para aprovisionar y carenar el buque y rendir culto á los dioses, debiendo darse á la vela antes de cinco días; que sus mercaderes no pagarían contribución al llegar á Cartago; que las ventas se harían bajo fe pública y se les administraría justicia en la parte de Sicilia sometida á los cartagineses, los cuales se obligaban á no causar daños á los pueblos de Ancio, Ardea, Laurento, Circeos y Terracina, ni á ningún latino que dependiese de ellos, ni tampoco á las ciudades independientes, á entregar íntegramente á los romanos las que cayesen en su poder y á no construir fortalezas en los países de los latinos, ni pernoctar en ellos cuando entrasen armados.

Este precioso documento bastaría para demostrar cuan inexactos son los relatos de los escritores que nos presentan á Roma como nación débil, hasta que tomó vuelo después que se declaró republicana, cuando aquí se nos ofrece ya como potencia marítima, soberana de algunos pueblos latinos y protectora de los demás. Por otra parte vemos á Cartago celosa por conservar su dominación en el Mediterráneo, por lo cual pone límites á la navegación extranjera, aunque deja libre á los mercaderes el comercio con Libia y Cerdeña.

(Segundo tratado.)

En un segundo tratado se comprendió, conjuntamente con los cartagineses, á los de Tiro y Utica, sus aliados. En él se estipulaba: que si los cartagineses se apoderaban de alguna ciudad latina, no dependiente de Roma, la cederían á los romanos, reservándose el botín y los prisioneros; pero si éstos pertenecían á un pueblo que estuviese en paz con los romanos y no bajo su dependencia, no les dejarían entrar en ningún puerto de Roma; y si entraban, quedarían libres con sólo tocar á un ciudadano. Quedó estipulada la reciprocidad por parte de los romanos, comprometiéndose al mismo tiempo á no edificar ciudades en Africa ni en Cerdeña, pero podían vender y comprar en las tierras cartaginesas lo mismo que sus ciudadanos, é igualmente los cartagineses en territorio romano. (1)

---

(1) Habrá paz entre los romanos, sus aliados y los cartagineses, bajo las condiciones siguientes:

(Tercer tratado).

Cuando Pirro invadió la Sicilia, Roma y Cartago celebraron un nuevo convenio según el cual, obligábanse á no tratar ninguna de ellas, á no ser de común acuerdo con el rey del Epiro. Cartago, *en caso de necesidad*, suministraría naves, pero no desembarcaría en Italia sin el permiso de Roma. Considerando *caso de necesidad* el expulsar á Pirro de Sicilia, mandaron los cartagineses á Ostia treinta galeras; pero Roma les dió las gracias y las despidió, para evitar que se llevasen esclavos y despojos italianos después de la victoria.

Trataba, pues, cada una de las dos ciudades de arrojar á la otra de su territorio, y negociaban de igual á igual; pero la constitución interior de las dos repúblicas introducía entre ellas grandes diferencias. Cartago poseía tesoros para comprar cuantos soldados quería, y Roma tenía la preponderancia natural de un Estado

---

1.° Los romanos no navegarán más allá del cabo Bello, de Mastia y de Tarso. (Es muy probable que las dos últimas sean dos ciudades españolas; el cabo Bello designaría así el límite por el E. y las ciudades el límite asignado por el O. á la navegación de los romanos.)

2.° Si los cartagineses toman en el Lacio alguna ciudad que dependa de los romanos, tomarán para sí el botín y los prisioneros, pero les entregarán la ciudad.

3.° Si los cartagineses hacen prisioneros á habitantes de algún pueblo aliado con los romanos por medio de algún tratado, sin estar sometido á los romanos, no tendrán obligación de conducirlos á un puerto romano; pero si son conducidos y un romano los ampara quedarán en libertad. Los romanos quedarán obligados á la recíproca.

4.° Si un romano toma agua y víveres en un país sometido á Cartago, no podrá servirse de ellos para causar daño á ninguno de aquellos con quienes los cartagineses mantienen relaciones de paz y de amistad.

5.° Si se injuriase á un cartaginés ó á un romano, comparecerá el culpable ante el juez ó el magistrado, y si no se hace justicia, reputaráse pública la ofensa y se tomará venganza con las armas contra la república culpable.

6.° Ningún romano traficará ni edificará ciudades en Africa y en Cerdeña; ni abordará á sus costas á no ser para tomar víveres ó reparar averías, si la tempestad lo lleva, y partirá al cabo de cinco días.

7.° El romano podrá obrar y vender en la Sicilia sometida á los cartagineses, así como en Cartago, cual es dable hacerlo á un ciudadano cartaginés. En Roma, todo cartaginés gozará de iguales derechos (Polibio, III, 22 y 23.)

guerrero sobre un pueblo traficante. Cartago prevalecía en los mares; porque no se debe deducir de todo cuanto hemos dicho que Roma poseyese grandes naves, cuando hemos visto, hasta hace poco, á los Estados berberiscos terribles en el mar, sin tener navíos de línea. En aquel tratado, Roma estipulaba, tal vez sólo como cabeza de la confederación latina, esto es, de los pueblos que tenían marina, aunque ella no la tuviese por sí propia. Los que juzguen poco convincentes estas explicaciones, no tienen más que recordar lo que eran, hace pocos siglos, Génova, Venecia y Toscana, y lo que son hoy, y así no se admirarán de que hubiese perdido Roma, en tan poco tiempo, su importancia naval.

Dedicada por completo á dominar la Italia, lejos de introducir en su marina las grandes reformas que introdujeron Dionisio y los cartagineses, la dejó decaer hasta el punto que carecía de buques cuando estalló la primera guerra púnica.

(Primera guerra púnica. 264.)

Según había predicho Pirro, esta guerra debía tener por causa la Sicilia, isla agitada, ora por la tiranía de los aristócratas, ora por los excesos de la libertad, y dividida á la sazón entre los cartagineses, los siracusanos y los mamertinos. Reducidos éstos al último extremo por Hierón de Siracusa, resolvieron entregarle á Mesina, última ciudad que poseían; pero cuando él se adelantaba para ocuparla, Aníbal, general de los cartagineses, celoso del creciente poder de Siracusa, la tuvo á raya enviando tropas á Mesina. Colocados así entre dos enemigos, los mamertinos, como campanios que eran, volvieron sus ojos á Italia y pidieron auxilio á Roma.

En Roma los ciudadanos honrados se oponían á una intervención injusta y á que se apoyara en Mesina á aquellos mamertinos, á quienes Roma había castigado por una perfidia igual cometida en Reggio. Los políticos, al contrario, la aprobaban considerándola ocasión de conquistar y de impedir el acrecentamiento de Cartago. El Senado la negó, pero el pueblo la decretó, pues predominaba ya la democracia. A pesar de que los mamertinos, arrepentidos, rogaron que no se llevase á cabo ya la intervención por ellos pedida, el cónsul Apio Claudio embarcó las legiones, parte en naves de la Magna Grecia, y parte en balsas; pero la escuadra cartaginesa y una tempestad, se opusieron á esta expedición. Hannón, para despertar los sentimientos de lealtad romana, les restituyó las naves apresadas; pero habiéndose quejado sus aliados de la violación de los pactos y asegurado que

no dejaría Cartago que los romanos se apoderasen del estrecho, Apio Claudio, elegido cónsul, se obstinó en la empresa, burló la vigilancia de los cartagineses, desembarcó y venció á los sarracenos, con tanta rapidez, que el propio Hierón confesó no haber tenido tiempo para verlo. Este rey, comprendiendo entonces cuanto más útil le sería la amistad de un pueblo que no tenía buques que la de los cartagineses, concluyó con los romanos una alianza, cuyas condiciones cumplió fielmente. Los romanos, violando el derecho público, ocuparon el puerto de Mesina, y luego, bajo el pretexto de parlamentar, apresaron al general cartaginés Hannón, el cuál, para rescatarse, hizo salir á la guarnición de la plaza; traición ó cobardía por la que fué condenano al suplicio de la cruz al volver á su patria.

Vislumbraron entonces los romanos la posibilidad de arrojar á los cartagineses de la isla. En efecto, en menos de 18 meses, tomaron 67 plazas fuertes y la gran ciudad de Agrigento, defendida por dos ejércitos de cincuenta mil hombres. ¡Júzguese cómo estaría la Sicilia, recorrida en todos sentidos por tanta tropa, y tropa de aquella clase! Sólo en Agrigento, cuya conquista costó á los romanos 20.000 soldados, vendieron éstos 25.000 hombres libres. Hannón, no pudiendo lograr que los enemigos le restituyesen Mesina, ocupada contra todo derecho, había hecho pasar á cuchillo á todos los italianos que servían bajo sus banderas. Amílcar, al ver que no podía acallar las quejas de los galos que tenía asalariados, les dió permiso para saquear á Entela, y, al mismo tiempo, avisó secretamente á los romanos, los cuales se emboscaron y les dieron muerte. Esta perversidad fué alabada por los antiguos como ingeniosa estratagema de guerra (1).

Los romanos comprendieron que no se podía conquistar ni conservar la Sicilia, ni defender la costa y las ciudades contra la escuadra de Cartago, sin tener marina. Una galera cartaginesa que había naufragado les

---

(1) Hierón II, rey de Siracusa, puso en práctica una astucia igual Inquietado por los extranjeros afiliados bajo sus banderas, optó, en el momento de atacar á los mamertinos, por dividir su ejército en dos cuerpos, compuestos el uno de siracusanos y el otro de los soldados mercenarios, después de lo cual se puso al frente de los primeros para asaltar al enemigo, y dejó á los otros expuestos á los ataques de los mamertinos que los despedazaron. Diodoro, XXII, 13; Polibio, I, 9. Entre los antiguos se advierte siempre ese mismo desprecio á la vida del hombre.

sirvió de modelo; las cumbres de los Apeninos les proporcionaron madera, y su carácter les dió perseverancia. En 50 días fabricaron 130 bajeles de madera verde, y acto continuo ejercitóse la tripulación.

Para contrarrestar la superior destreza de los enemigos, inventaron espolones y ciertos puentes que, cayendo sobre el buque enemigo, lo sujetaban con brazos y garfios de hierro, reduciendo así el combate á un duelo como en tierra firme. De este modo lo cuenta su milagrosa historia; pero es más probable que les proporcionase las naves Hierón, poderoso en el mar, y celoso de conservar el monopolio del poder en Sicilia. Sea como quiera, el cónsul Duilio ganó la primera victoria marítima, en memoria de la cual se le erigió una columna rostrada y se mandó que por la noche fuese acompañado hasta su casa con fanales y al son de las trompetas. La fortuna siguió siendo favorable á los romanos en los años siguientes en que se apoderaron primero de Lipari y de Malta, y después de Córcega y Cerdeña.

Al regresar Aníbal á Cartago después de la derrota, con los miserables restos de su tropa, temió los castigos que su patria solía imponer á los generales vencidos, por lo cuál, envió un emisario que dijo al Senado: "*El cónsul romano manda una escuadra numerosa; pero sus naves son de mala construcción, si bien armadas de ciertas máquinas desconocidas hasta el dia. Aníbal os pregunta si debe dar la batalla.—Que luche—*, respondieron los sufetas—*y que castigue á los romanos por habernos atacado en nuestro dominio.* Entonces el enviado respondió:—*Participando de nuestra opinión, ha luchado y ha sido vencido.*

Gracias á este artificio fué absuelto el desgraciado almirante.

(Atilio Régulo.)

Agatócles había puesto ya de manifiesto cuán débil era Cartago contra los que la atacasen en su propio territorio, donde las colonias oprimidas ó las ciudades rivales ayudaban al invasor. Roma pensó, pues, hacer un desembarco en África, pero el cónsul Atilio Régulo tuvo que usar de amenazas para decidir á los soldados á hacer lo que ellos llamaban un demasiado largo viaje. Por otra parte, los muchos italianos que Roma obligaba á manejar los remos en sus galeras, maquinaron en unión de los esclavos un levantamiento que se hubiera llevado á efecto á no haber sido por una traición. Régulo se hizo á la vela con la flota más numerosa que había salido hasta entonces de los puertos del Lacio, dispersó la de los cartagineses, desembarcó en África y se apoderó,

en un momento, de 200 ciudades. Viendo Cartago plantadas las águilas romanas hasta en los muros de la cercana Trípoli, pidió la paz, y Régulo habría podido entonces hacer el convenio que hizo Roma después de 13 años de guerra, y á costa de 100.000 muertos; pero ansiando no dejar á otro la gloria de una empresa que había comenzado él, respondió que sólo concedería la paz á Cartago cuando no tuviese un solo buque en el mar. Reducidos los cartagineses á la desesperación por la arrogancia de esta respuesta indigna de un gran capitán, confiaron el mando de sus fuerzas al espartano Jantipo, tal vez uno de aquellos que abandonaban su patria por no verla humillada. Conoció el nuevo jefe que la victoria no dependía de la cobardía de los cartagineses ni del valor de los romanos, sino de la falta de generales, así es que enseñó el buen uso de los elefantes y de la caballería, y llevando á los romanos á campo raso, los venció cerca de Clipea, haciendo prisionero al propio cónsul.

Cuéntase que entonces los cartagineses enviaron á Régulo á Roma para proponer el cange de prisioneros, haciéndole jurar, que si no lo conseguía, volvería á Cartago; pero Régulo anteponiendo á su interés lo que creía conveniente para la patria, aconsejó al senado, que continuase la guerra y dejase morir á los prisioneros que no habían sabido conservar su libertad. Esclavo de su palabra, volvió á Cartago, donde le esperaban terribles tormentos como premio á su lealtad. Roma entonces, compitiendo con su rival en barbarie, entregó á la venganza de la mujer de Régulo los prisioneros cartagineses, á quienes ésta afligió con largos tormentos hasta que tuvo que quitárselos la autoridad pública (1).

La recelosa envidia de aquel gobierno de traficantes

---

(1) Los libros en que Tito Livio contaba la heróica abnegación de Régulo se han perdido. Polibio no hace mención de ella; Dion Casio la cita como una tradición, y esta sirve de texto á Silio Italico para ampliarla en estilo poético. El libro XXIII de Diodoro de Sicilia, escritor minucioso y exacto las más de las veces, libro en el que este hecho debía ser relatado con extensión, falta casi todo entero, si bien dos fragmentos del mismo parecen desmentirlo. En el primero cuenta la derrota de Régulo, atribuyéndola por completo á su arrogancia, que comprometió los intereses de su patria, cuando podía procurarle las ventajas de una paz gloriosa. «La menor parte del infortunio—dice—no fué la que cayó sobre el autor de tantos males, pues la gloria que había adquirido en un principio fué empañada por

nos hace más fácil creer, que los cartagineses, recelosos de Jantipo vencedor, como los venecianos de Carmañola, apresuraron su muerte, embarcándolo en una nave agujereada para que se fuese á pique, ó encargando á

---

la verguenza mayor que resultó para él. Su desgracia fué una lección para los demás y les enseñó á no enorgullecerse insolentemente en los días prósperos.» (XXIII, 1²). Diodoro no templa con palabras de commiseración la dureza del reproche, y en otro fragmento relata los terribles tratamientos que usó la mujer de Régulo para con los prisioneros que le fueron confiados.

«No pudiendo consolarse de la muerte de su marido, alentó á sus hijos á ensañarse cruelmente en los prisioneros. Encerrados estos en un reducto estrechísimo, se vieron obligados á estar con el cuerpo encorvado como bestias y además estuvieron privados de alimento durante cinco días. Bodostar murió de pena y de inanición y Amilcar, cuya alma era grande, iba sosteniéndose y suplicó frecuentemente con lágrimas en los ojos á la matrona que recordase las atenciones que había tenido con su marido, sin lograr por ello despertar en su corazón ningún sentimiento humanitario. Aquella mujer cruel dejó encerrado cinco días el cadáver de Bodostar junto Amilcar y no procuraba á este más que el alimento necesario para mantener vivo el sentimiento de sus sufrimientos. Perdida toda esperanza de que sus ruegos surtiesen efecto, Amilcar imploró la protección de Júpiter hospitalario y de los dioses que se cuidan de las cosas humanas, exclamando que sufría penas bien duras á cambio de la generosa acción que había realizado. Sin embargo, no murió en tan horrible estado, ya por efecto de la misericordia de los dioses, ó por una feliz casualidad que le procuró un inesperado auxilio. En el momento que llegaba al último extremo, lo mismo por la horrible peste que echaba el cadaver que por las demás miserias del calabozo, algunos esclavos de la casa le contaron el hecho á personas extrañas, las cuales, indignadas ante aquel cruel proceder, lo denunciaron á los tribunos. Probado el caso y llamados los Atilios por los magistrados, poco faltó para que fuesen condenados á la última pena, por haber mancillado con tan infame crueldad el nombre romano. Los magistrados los amenazaron con el más severo castigo, si en lo sucesivo no prodigaban á los cautivos los cuidados que su situación requería. Los Atilios, atribuyendo á su madre la culpa de lo ocurrido, hicieron quemar el cadáver de Bodostar y enviaron sus cenizas á su patria, y respecto á Amilcar lo cuidaron hasta que se restableció de los sufrimientos que había soportado» (XXIV, 1²)

El argumento más sólido para negar la pretendida embajada de Régulo, puede sacarse de la inutilidad del consejo que le hacen dar á sus compatriotas. El cange de prisioneros solo habría procurado á Cartago mercenarios que podía adquirir en otra parte con dinero solamente, mientras que Roma habría recobrado ciudadanos que po-

unos asesinos que lo arrojasen al mar. El hecho es que en la historia no se vuelve á hablar más de aquel general.

Volvió á estallar entonces la guerra con Sicilia y por espacio de ocho años la fortuna volvió la espalda á los romanos que perdieron cuatro escuadras. Sufrieron la mayor derrota cerca de Drepano, cuando, habiendo consultado el cónsul Claudio Pulcro los pollos sagrados y viendo que no comían, exclamó haciéndolos arrojar al mar: "*¡Pues que beban!*" Esta impiedad del general desanimó á los soldados, vencidos anticipadamente. Agrigento fué tomada y arrasada enteramente por los cartagineses; pero al fin consiguieron los romanos en Palermo una victoria decisiva, que puso toda la Sicilia en su poder, á excepción de Drepano y Lilibeo. Estos dos promontorios, al Occidente de la isla, podían ser conquistados como antemural de Cartago, por lo cual era de grandísima importancia el poseerlos; pero todas las tentativas que los romanos hicieron para tomarlos fueron inútiles, estrellándose contra la pericia del hábil general Amilcar Barca, padre de Aníbal, que situado en el promontorio de Erice, con tropas compuestas en su mayor parte de soldados galos, sin aliados en las cercanías sin fortalezas y sin esperanzas de socorro, se mantuvo allí por espacio de dos años, y desde allí hizo excursiones á la costa de Italia hasta Cumas, derrotando muchas veces á los romanos. Cartago envió en su auxilio una escuadra con dinero y provisiones, pero con muy pocos hombres. Esta escuadra que fué hallada por Lutacio con doscientas naves de cinco órdenes de remos cerca de las islas Egates, fué derrotada. También los galos abandonaron á Amilcar y se pasaron á los romanos, que por primera vez tomaron á sueldo soldados bárbaros.

Las batallas, su poca experiencia y las dificultades que ofrece la navegación por la costa de Africa, tan funesta también para las naves francesas en 1830, había costado á Roma 700 galeras, en tanto que Cartago ape-

---

dían borrar su deshonra, mediante grandes hazañas, como los devueltos por Pirro.

Por lo demás, Roma aceptó algunos años después la paz de que Régulo la disuadiera.

Sin embargo, que las dudas que abrigamos acerca de un rasgo heróico de un caudillo á quien desde niños nos enseñaron á venerar no contribuya á que seamos incluidos entre el número de los que dudan de los actos virtuosos, porque no creen en la virtud misma.

nas perdió 500. Escaseaba tanto el dinero en la ciudad del Tiber que se vendía el modio de trigo en un *as* (1). Pero Roma cuya perseverancia era indomable, vivía de la guerra. Por el contrario, los cartagineses, como mercaderes, calculaban la interrupción del comercio y los crecidos gastos, y se decidieron por poner término á las hostilidades, convirtiendo así la avaricia en auxiliar de la humanidad

(Paz de las islas Egates, 24.

Roma que aconsejada por Régulo se había negado á aceptar la paz, hubo de admitirla entonces, después de tanta sangre derramada en vano. Las condiciones fueron: *Que los cartagineses abandonarían la Sicilia y las islas cercanas; que pagarían á Roma, en el término de diez años, 2.200 talentos por contribución de guerra; que restituirían los prisioneros y los desertores, y que no harían guerra á Hisrón, rey de Siracusa.*

CAPITULO VIII

ENGRANDECIMIENTO DE ROMA

(Provincias romanas.)

Si la población helénica hubiese conservado en Sicilia el espíritu guerrero, esta isla habría tomado parte más activa en aquella guerra, y Siracusa habría merecido recobrar la preeminencia en el país, socorriendo á los romanos con víveres y con buques. Pero hacía tiempo que se había acostumbrado á valerse de brazos mercenarios, y los sicilianos y los campanios que se los ofrecían se habían convertido en auxiliares de los romanos. De esta suerte pasó sin resistencia al poder de los romanos toda la Sicilia, excepto el reino de Hierón. Roma introdujo en ella el gobierno de *provincia* que era como llamaba á las tierras conquistadas fuera de Italia, á donde cada año enviaba un pretor y un cuestor; el primero para juzgar las causas civiles, el segundo para exigir los tributos. En el interior el poder aristocrático habíase acrecentado grandemente, como sucede en los países libres, durante las guerras largas y afortunadas. Se cerró el templo de Jano; pero poco después se abrió para no cerrarse ya hasta los tiempos de Augusto.

(Guerra contra los Ilirios, 228.)

Estalló la primera guerra contra los Ilirios, los cua-

(1) PLINIO, XVIII, 13. El as, décima parte de un dinero, equivalía á 8 céntimos.

les, faltando á los tratados, pirateaban en las costas del Adriático y atacaban á todos los buques. Enviaron los romanos embajadores con quejas á su reina Tenta, y ésta los mandó dar muerte. Declaróse la guerra, y Tenta vencida, se vió obligada á ceder parte de sus Estados; así es, que los romanos pusieron el pie en la Iliria y aplacaron los temores de los griegos. En esta época la liga etolia y aquea, manifestando á porfía su agradecimiento á Roma, le envió embajadores á dar gracias en su nombre: los corintios admitieron á los romanos á la celebración de los juegos istmícos; los atenienses les concedieron el derecho de ciudadanía y el de ser ministros de Céres; y así comenzaron los romanos á mezclarse en las cosas de Grecia, á título de libertadores.

(Los galos.)

Pero otros enemigos surgían en la misma Italia. El antiguo desastre de su ciudad había causado tal impresión á los romanos, que se tenía siempre por nefasto el día de la derrota de Alia, y que toda guerra con los galos obligaba á todos, sin excepción, á tomar las armas, y se conservaba un tesoro especial en el Capitolio para los gastos de los *tumultos galos* (1). Por espacio de 23 años, á contar desde que fueron arrojados de la incendiada Roma, permanecieron los galos en la orilla izquierda del Po, sin salir de esta región de la Italia superior, y después principiaron á molestar con correrías el Lacio y la Campania. Roma los expulsó de allí, pero volvieron, y hubo una alternativa de ataques y derrotas, hasta que se celebró la paz. Hacía algun tiempo que parecían haber renunciado á las invasiones, cuando algunas hordas vinieron del otro lado de los Alpes á la Galia Cisalpina, pidiendo tierras, y llegaron hasta los floridos campos de la Italia central. La Etruria que se había prevenido contra sus ataques, les propuso tomarles á todos á sueldo contra Roma. Ellos aceptaron, pero no bien recibieron el dinero convenido, se negaron á ir contra el enemigo y volvieron á pasar los Apeninos.

(Liga etrusco-samnita.)

Este hecho nos indica que los etruscos estaban en guerra con los romanos. Al mismo tiempo los inquietaban los samnitas, y conociendo que los débiles no pueden resistir á los fuertes sino asociándose, formaron Liga con los etruscos en contra de Roma, á la sazón

(1) *Tumultus*, de *timor multus*. Véase CICERÓN. *Philipp*, VIII y FESTO.

predominante. Los aliados enviaron embajadores á Sena (1), Bononia y Mediolano, pidiendo auxilio á los galos, y habiéndolo obtenido pelearon con ellos por la independencia; pero sucumbieron ante el valor de Apio Claudio, Fabio Máximo y Decio. Roma, después que sujetó la Italia en encarnizadas guerras, envió á Dolabela á devastar el territorio de los senones, al mismo tiempo que el otro cónsul Cecilio Metelo derrotaba su ejército en Aretio. La disciplina prevaleció sobre el valor de los galos, y cuantos se hallaban en el territorio senón, hombres, mujeres y niños fueron degollados. Druso llevó á Roma gran cantidad de oro y alhajas halladas en el tesoro de los senones, jactándose de haber recuperado el dinero pagado por el rescate del Capitolio, y se estableció en Sena una colonia.

Ya había fundado muchas Roma, pero esta fué la primera que estableció en territorio galo, centinela avanzada hacia la Cisalpina y foco perpétuo de intrigas y espionaje. Gozaban entonces los galos en la Italia superior de prosperidad y abundancia de tal modo que por cuatro óbolos se compraba una medida de trigo, por dos una de cebada ó de vino y en las hosterías ó posadas en lugar de pagar un tanto por cada plato, se comía de todo por un cuarto de óbolo (2). No es, pues, extraño que abandonasen su antigua manía de conquistar,y que cuando At y Gall, reyes de los boyos, que habitaban cerca de Bolonia, manifestaron intención de declarar la guerra á los romanos y de apoderarse de Ariminio, *(Rimini)* colonia fundada en 268, perecieran á manos del pueblo.

Sin embargo, aquellos dos monarcas aconsejaban lo más conveniente á su país, porque desde Arminio y desde Sena los romanos no cesaban de sembrar la discordia entre los galos, poniendo además trabas al comercio, principalmente al de armas. Por fin, el tribuno Flaminio propuso que las tierras conquistadas á los senones 50 años antes y que estaban en manos de los patricios, fuesen repartidas entre el pueblo y reducidas á colonias. Este último golpe indignó á los boyos, los cuales intentaron contrarrestar el peligro por medio de una alianza entre todos los pueblos de la Italia Superior. Pero los venetos, nación eslava establecida cerca del

---

(1) Sena ó Senogallia, hoy *Sinigaglia*, fundada por los senones ó galos: *Senonum de nomine Sena.* SIL ITAL, VIII, 453 *Bononia*, Bolonia; *Mediolanum*, Milan.

(2) POLIBIO, II, 17.—El óbolo, sexta parte de la dracma, valía 15 céntimos.

Adriático, celosos de sus vecinos, se negaron á entrar en la Liga; los chenomanos habían sido ganados con el dinero de Roma, y los ligurios, después de una larga guerra sostenida con su intrepidez natural, habían sido arrojados de sus inaccesibles moradas por el cónsul Fulvio, atraídos al llano por Bebio y desarmados por Postumio, sin dejarles más que el hierro necesario para los trabajos del campo. Hallándose, pues, los boyos solos y los insubrios, recurrieron á los transalpinos que formaban la Liga de los gesates ó alobroges y se reunieron en las orillas del Po los lingones, los anamanos, los boyos y los insubrios. Amenazados por la espalda por los chenomanos y venetos, una parte de ellos tuvo que permanecer en el país para tenerles á raya, avanzando los demás, que habían jurado no dejar las armas á no ser en los muros del Capitolio.

Asustada Roma ante este tumulto y ante terribles prodigios, creyó evitar los funestos presagios sepultando en el foro á un hombre y una mujer galos y haciendo después armar á todos los ciudadanos. Los enemigos estaban ya á tres jornadas de Roma; pero prevaleció la fortuna latina y los galos fueron exterminados en Telamón. Aprovechándose los nuevos cónsules de la victoria, invadieron la Galia Cispadana, y al año siguiente pasaron el Po, cerca de la embocadura del Adda, favorecidos por la traición de los chenomanos.

Entonces los galos, reducidos á su vez al último extremo, sacaron del santuario los *Inmóviles*, que eran ciertas insignias de oro fino veneradas como el estandarte de Mahoma por los musulmanes, y toda la nación acudió armada á su alrededor, pero una vez más fueron vencidos cerca de Clastidio por Marcelo, el cual, después de haberse apoderado de Milán y del resto de Insubria, pudo ofrecer á Júpiter Feretrio los ópimos despojos de su general Virdumaro. Celebráronse en Roma solemnes triunfos, y para santificarlos más degollaron uno á uno todos los prisioneros de aquella nación que denominaban bárbara. Estableció Roma en el Po las colonias de Plasencia y Cremona, y gloriosa de haber domado á los insubrios, asegurado el dominio de los dos mares que la separan de España y Grecia, ocupado la Istria y la Iliria y sometido á su voluntad tan gran parte de Italia, que podía armar 800.000 hombres, desafió insolentemente á su única rival, Cartago.

CAPITULO IX

Segunda guerra púnica

Fácil era ver que la paz de las islas Egates no era más que una tregua en ventaja de Roma, y que cuando ésta recuperase sus fuerzas, después de haber privado á su rival del honor y de la influencia política, hallaría un fácil pretexto para quitarle también la riqueza y la independencia. En efecto, entre las dos naciones representantes de las estirpes de Jafet y de Sem, había nacido ese odio nacional que tanto se acerba en las repúblicas, y una y otra comprendían que la vida de la una debía acarrear la muerte de la otra. Verdad es que Roma en el transcurso de tan mortífera guerra había perdido ciudadanos y Cartago mercenarios; pero la primera poseía el arte de compensar la sangre perdida con la adopción de nuevos hijos, en tanto que la otra reclutaba enemigos entre sus soldados que habían causado no pocas inquietudes á los generales cartagineses. Ya hemos visto como en Agrigento fueron enviados á la muerte tres ó cuatro mil galos y como otros habían sido abandonados en una isla desierta y condenados á morir de hambre.

(Guerra de los Mercenarios.)

Cuando se pactó la paz y se trató de licenciar á los mercenarios, los cartagineses especuladores sentían los gastos hechos; pero aquéllos reclamaron su sueldo con grandes gritos, y los sucesores de Amílcar, tal vez con ánimo de castigar á los facciosos que habían aconsejado la paz, persuadieron á aquella turba que fuese á Cartago y allí pidiese lo que se le debía. En efecto, allá fueron, y en diversas lenguas, pero con igual arrogancia pidieron que se les pagasen los atrasos. Para calmar su furor, Cartago los halagaba con palabras, y pretextando lo apurado del erario, exigía que se contentasen con algo menos de lo que les debía. Se acallaron un tanto, en efecto, pero viendo las riquezas de aquel pueblo, el más traficante de todos, y conociendo cuan fácilmente triunfarían sus brazos de la industria de los cartagineses, se amotinaron, llamaron á la independencia á las ciudades africanas, dispuestas siempre á favorecer á los enemigos de sus tiranos y tanto más descontentas entonces cuanto que Cartago había aumentado los impuestos; 70.000 africanos se unieron á 20.000 auxiliares y sitiaron á Cartago, que se vió sola y á merced de rebeldes y extranjeros. En el interior, acusándose

mútuamente las facciones, prevaleció la de Barca, porque la inminencia del peligro hacía necesarios los brazos de Amílcar.

Vuelto otra vez al mando este general, ganó con dinero á los númidas, y los revoltosos, privados así de la caballería, empezaron á sentir escasez de víveres. Más enfurecidos que dominados, aprisionaron entonces á Giscón, que había sido enviado á tratar con ellos, y dieron orden de que á éste y á setecientos cartagineses ó defensores suyos, se les cortasen las orejas y las manos, se les desjarretase, y se les arrojase vivos á un precipicio y juraron hacer lo mismo con todo el que les fuese enviado. Amílcar, en represalias, arrojó á las fieras á todos los prisioneros, y después de haber pedido auxilio á Roma y á Hierón, con la superioridad de la disciplina consiguió cercar á los rebeldes y reducirlos por hambre, de tal modo que tuvieron que devorarse unos á otros. En tan apurada situación, se presentaron á Amílcar á pedirle la paz Espendio, Autarito y otros ocho jefes. Amílcar fingió avenirse á sus deseos, con tal que le fuesen entregadas diez personas de su elección. No bien se firmó el tratado, exclamó: *Vosotros sois los diez*, y, prendiéndolos, los hizo crucificar. Después de esto, le fué fácil rodear con sus tropas á los 40.000 hombres, ya sin jefe, haciendo en ellos tal matanza que ni uno solo se escapó. Otra banda acaudillada por Matos, fué también hecha prisionera, y sus individuos por mucho tiempo animaron con sus gritos y agonías los espectáculos de Cartago (1).

Libre de estos enemigos, quedábale á Cartago su vencedor no menos terrible. No habiéndole podido perder los cartagineses con una acusación, mandaron á Amílcar á hacer la guerra á los númidas, en cuya expedición conquistó la costa de Africa hasta el Océano. Allí reclutó numerosas bandas de africanos, númidas y mauritanos, y no teniendo otro modo de alimentarlos más que la guerra y él botín, los llevó á la rica Iberia. Cartago fingió no echarlo de ver, confiando en que el valor de los lusitanos y celtíberos quitaría de en medio al capitán y al ejército peligroso, ó que si resultaba vencedor recurriría para sostenerse á la flota de Cartago y le cedería el fruto de sus conquistas.

Se puede decir que Aníbal luchaba por su cuenta, como jefe independiente. Dividia el botín en tres porciones: una para los soldados, otra para el tesoro de

---

(1) Polibio, lib. I, cap. LXXXV y siguientes.

Cartago, y con la otra se granjeaba amigos en la patria para que no preponderase el partido de Hannón, perpetuo consejero de la paz. Todos sus actos demostraban que meditaba una guerra mayor que la que hacía, pues no podía olvidar la vergüenza de haber visto á Sicilia cedida en un momento de desesperación intempestiva, y la Cerdeña, arrebatada por los romanos en medio de la paz, con el auxilio de otros mercenarios rebeldes. Se proponía, empero, prevenirse antes con las conquistas en España, donde se encontró en frente de otros celtas, hermanos de los que había exterminado en Cartago, y venciéndolos sometió la costa occidental de la península. Pero los naturales del país, que defendían sus hogares con el valor de la desesperación, soltaron contra los cartagineses bueyes que arrastraban carros de materias encendidas, y esta estratagema que fué la causa de la derrota y muerte de Amílcar, libró á Roma de un gran enemigo, tal vez á la propia Cartago.

(Andrubal.)

Los amigos de Amílcar concedieron su favor á su yerno Asdrúbal, el cual, apoyado por los plebeyos, estuvo á punto de hacerse tirano de Cartago; pero habiendo fracasado sus planes, pasó á España y se puso á la cabeza del ejército de Amílcar. Allí gobernó á su capricho, se atrajo con la afabilidad y con la política más que con la fuerza, á los magnates del país, y fundó en frente de Africa la Nueva Cartago *(Cartagena)*, con intención sin duda de convertirla en sede de un dominio español, rival de Cartago y de Roma; pero un esclavo galo, que no había olvidado que los Barcas habían hecho grandes daños á su gente y que Amílcar había dado muerte á traición á un amo suyo lusitano, se aproximó al general cartaginés y lo persiguió con tal obstinación que logró apuñalarlo al pie de los altares, y, satisfecho de haber realizado su venganza, sufrió, con la sonrisa en los labios, los tormentos que le fueron aplicados.

(Aníbal.)

El ejército, privado de gefe, aclamó á Aníbal, hijo de Amílcar, joven de veintiún años, que habiendo salido á los trece de Cartago, podía decirse que era extranjero en su patria. Su padre le había educado en los duros ejercicios de la guerra española y en el odio á Roma, y al consagrarlo con el fuego en el altar de Melcarte, le había hecho jurar perpetua enemistad á los romanos. No era posible legar su rabia á persona más digna. Ninguno reunía tanta capacidad para las cosas más opuestas: sabía obedecer y mandar, conquistar la voluntad de

los soldados y la de los capitanes, formar un plan y ejecutarlo. Era, además, hombre versado en cuanto se sabía entonces de táctica y de estrategia, el primero entre los peones, el primero entre los ginetes; igual á los demás en las marchas y en el campamento, pero distinto en la pelea por las armas y por el caballo; infatigable, el primero en el ataque, el último en las retiradas; sin piedad, sin fe, sin respeto alguno á los juramentos y á lo que los hombres reputan de santo.

Aníbal comprendió que para librar á Cartago de su rival, era necesario llevar la guerra á Italia, pero ante todo asegurar la sumisión de los bárbaros del centro de España. En efecto, venció á los oleades, los carpetanos y los vacceos de las dos Castillas y junto al Ebro se encontró por primera vez frente á los romanos. Estos, celosos del engrandecimiento de Cartago, habían, aún en tiempos de Amílcar, acordado con los cartagineses, que se consideraría como límite de sus posesiones el Ebro, quedando libre entre las dos potencias Sagunto, lo mismo que quedaba hace poco tiempo Cracovia entre la raza alemana y las naciones eslavas.

(Sagunto.)

Sagunto, fundada por los griegos de Jacinto y por los italianos de Ardea, era odiosa á los españoles, por lo cual éstos ayudaron con todas sus fuerzas á Aníbal cuando la asedió, violando todos los tratados. Los saguntinos le ofrecieron una heroica resistencia, hasta que viendo perdida la patria, se arrojaron á las llamas.

Roma estaba aún deliberando sobre si debería ó no socorrerla, cuando supo que había sucumbido, y entonces envió embajadores á Aníbal para quejarse de aquella infracción; mas como no hubiesen sido escuchados por él, pasaron á Cartago, pidiendo que fuese depuesto Aníbal, violador del derecho público. El senado cartaginés respondió que aunque quisiese no podía hacerlo, y decía la verdad; pero Quinto Fabio, alzando el extremo de la toga se adelantó diciendo: *Aquí os traigo la paz ó la guerra, escoged.* Los cartagineses respondieron unánimemente: *Escoge tú mismo*, y él entonces soltando el extremo de la toga, exclamó: *¡La guerra!*

Así estalló la guerra que Titio Livio llama *máxime memorabile omnium* y que la posteridad recuerda todavía como una de las más memorables, después de tantas como han ensangrentado el mundo. No tenía ya Roma que habérselas con los ladrones de la Istria ó de la Iliria, ni con los galos, feroces pero indisciplinados, sino con una nación que hacía veintitrés años que era victoriosa

en España, que estaba orgullosa por haber vencido anteriormente á ciudades belicosísimas y que tenía un ejército aguerrido y un gran general. Tratábase de una guerra de pasión, por lo cual se echaba mano de las intrigas aún más que de la fuerza, siendo muy varia la fortuna y peligrosa la victoria. Comprendiendo cuan fatal debía ser la derrota, hizo Roma grandes preparativos armando á sus ciudadanos y aliados y dirigiendo súplicas á los dioses. Solicitó amistad de los pueblos de España, pero los españoles le respondieron que la buscase entre gentes, á quienes el ejemplo de Sagunto no hubiese enseñado, la eficacia con que protegían á sus aliados. Dirigióse entonces á los galos, rogándoles que no diesen paso á los cartagineses; pero éstos se reunieron armados para deliberar y respondieron riéndose que ni Cartago había merecido mal de ellos, ni Roma bien, y que sólo sabían que ésta había tratado de expulsar de Italia á sus hermanos.

(Paso de los Alpes.)

Entre tanto Aníbal, rico con los despojos de Sagunto, dejó 16.000 soldados con su hermano Asdrubal para guardar la España, y se encaminó á Italia. Esperábanle los romanos por mar; pero él al contrario resolvió ir por los Alpes y los Apeninos, empresa espantosa y que nadie había intentado; mas desde que Alejandro había ido á las Indias, ninguna parecía imposible á los guerreros. Del mismo modo que éste había seguido las huellas de Baco, Aníbal se proponía seguir las de Hércules, que se decía había pasado de la Iberia á la Italia; quería, pues, atravesar países bárbaros, conquistando á sus jefes, y abrir un camino nuevo, hazaña que los antiguos anteponían á cualquiera otra.

Hizo correr la voz de que se le había aparecido en sueños el dios patrio, en el santuario de Gades, anunciándole la victoria y mostrándole el camino por medio de las sinuosidades de una serpiente. Estas cosas las decía para el vulgo y entretanto enviaba emisarios á los bayos y los insubros, excitándoles contra aquella Roma que se preparaba para sujetarlos con las dos colonias de Plasencia y Cremona. Al llegar á las cimas de los Pirineos, calmó la inquietud de los galos que habitaban las pendiente septentrional, haciendo un tratado memorable por su singularidad; pues en él se estipulaba que cualquiera querella de los cartagineses con los indígenas sería juzgada por las mujeres galas (1).

(1) PLUTARCO. *De la vida de las mujeres.* PAUSANIAS cuenta al-

Después de haber pasado el Ródano y el Durance principió en los primeros días de octubre á atravesar los Alpes, cubiertos de nieve, peligrosos y defendidos (1). No creemos, sin embargo, á Tito Livio que para hacer dramática la descripción, daña la verosimilitud de los hechos y hace dudar de la prudencia del gran capitán. Aquellos Alpes que Cornelio nos presenta como inaccesibles, y tales que apenas podía pasarlos un hombre ágil, habían sido atravesados muchas veces por los galos, para ir á saquear la Italia, y á establecerse en ella; y poco antes todavía habían seguido algunos aquella senda para unirse á sus hermanos establecidos en las márgenes del Po, El relato mismo de esta expedición nos los presenta muy poblados y evidentemente los galos sirvieron de guías á Aníbal, que sin esta ayuda no se hubiera aventurado por sendas desconocidas. Sin embargo, fué tan desastrosa la marcha, que de 5.000 infantes y 20,000 caballos (2) con que había salido de Cartagena, cinco meses y medio antes, no le quedaban más que 20,000 infantes y 6,000 caballos; pero quedábale

---

go semejante, *Elide*, 1?. «Creyéndose los eleos agraviados por los pisanos—dice—y habiendo pedido en vano una satisfacción á Demofonte, tirano de Pisa, convinieron con sus habitantes, después de a muerte de éste, en someter la decisión de sus deferencias á diez y seis mujeres escogidas en cada una de las diez y seis villas de los eleos. Fué tan satisfactorio el fallo de aquellas, que se estableció un colegio perpétuo de diez y seis matronas para presidir los juegos y conceder los premios.»

(1) «Allí, para hacer practicable una roca que solo ofrecía un paso posible, los soldados se vieron obligados á tallarla, para lo cual la cubrieron de árboles desprovistos de ramas á modo de nogueta' les prendieron fuego aprovechando un viento propio para producir llama y vertieron sobre la peña ardiente una cantidad de vinagre á fin de disolverla. Una vez calcinada la piedra de este modo la abrieron con el hierro.» Tito Livio, 3?. Esto fue causa de que Juvenal dijese, nablando de Ambal: *Diducit scopulos et montem rumpit aceto* (Sat. X. 152).

Actualmente, en las famosas minas del Hartz, se hienden los bloques de rocas, encendiendo grandes hogueras y cuando la piedra está bien cáliente, se le echa agua encima. Esta operación debía ser muy común antes del uso de la pólvora.

(2) Se podría formar toda una biblioteca con las obras escritas respecto á la marcha de Aníbal de España á Italia; prueba de que los datos son tan arbitrarios como inútiles sus consecuencias. Sin entablar la discusión sobre este punto, recomendamos á Polibio, libro III 42-56.

el favor de los galos y su valor. Por fin, á los cinco meses de marcha entró en el país de los taurinos, bajó al Po, donde los galos habían dispersado las colonias de Plasencia y Cremona, y derrotó al cónsul Maulio en los bosques de Mutina. (*Módena*).

(Victoria del Tesino y del Trebia.)

La primera resolución de Roma fué enviar un ejército al Africa, otro á España y otro á la Galia. Este último fué derrotado; el segundo molestó la marcha de los cartagineses, pero cuando les vió escalar los Alpes acudió á la defensa de Italia, al mismo tiempo que la inesperada llegada de Aníbal detenía el otro cuerpo de ejército destinado al Africa. Escipión presentó la batalla á Aníbal junto al Tesino y fué vencido. Sempronio que le opuso resistencia junto al Trebia, corrió igual suerte. Las llanuras del valle del Po ofrecían oportunísmo campo á la excelente caballería númida, y los galos alistados por los romanos desertaban de su ejército y se pasaban á las filas de Aníbal que se hallaba al frente de 90,000 guerreros.

(Victoria de Trasimeno.)

Este no tenía, sin embargo, demasiados motivos de alegría. Los galos, libres ya de la molesta y peligrosa vecindad de las colonias, de mala gana arriesgaban su independencia para favorecer á extranjeros, que eran pocos para asegurarles la libertad, pero demasiados para ocasionarles molestias y gastos. El ejército mismo de Aníbal se componía de extranjeros procedentes de todas las naciones, audaces é indóciles cuando estaban quietos, orgullosos en la victoria; que pretendían imponer á su general la hora y el sitio de la batalla en vez de aguardar la ocasión, y que refrenados por una mano vigorosa, conspiraban contra Aníbal, el cual para eludir sus asechanzas se veía obligado á mudar continuamente de traje. Sea como quiera, tan pronto como lo permitió la estación, trasladó Aníbal su campo á Arezzo por el camino menos practicado, perdiendo en esta marcha hasta 7 elefantes y bastantes hombres y caballos, lo cual no le impidió sin embargo derrotar de nuevo á los ejércitos romanos mandados por Flaminio, á orillas del Trasimeno.

Las ciudades que Roma había sojuzgado y cuyo patriotismo ofendía con las colonias y con sus magistrados, favorecían al pretendido libertador, y desde los Alpes al Peloro resonaba potente el grito de independencia. Esto infundió espanto en Roma. Eligióse dictador á Fabio Máximo, quien fortificó la ciudad, cortó los puentes

y comprendiendo que era necesario defender no ya á toda la Italia, sino á la capital, tuvo el valor y la serenidad de aguardar la ocasión, desafiando la universal acusación de impericia y lentitud, mientras que Aníbal se internó á su vista en la Italia meridional y en la Umbría hasta Espoleto, y devastó los floridos campos de Falerno, de Masico y de Sinuesa.

(Victoria de Cannas.)

El éxito demostró cuan prudentes fueron las dilaciones de Fabio. En efecto, careciendo Aníbal de víveres, pensaba ya retirarse á la Galia, cuando el cónsul Varrón lleno de confianza, á pesar de los consejos de Fabio y de su colega Paulo Emilio, le presentó la batalla en Cannas á orillas del Aufido. Grande fué la alegría de Aníbal que dispuso sus huestes de africanos revestidos de armas adquiridas en las batallas del Trebia y del Trasimeno; de galos con sus largas y afiladas espadas; de españoles con sus espadas puntiagudas; aquellos desnudos hasta el ombligo, éstos vestidos de blanco, y todos con los escudos casi iguales. La lucha fué encarnizada pero triunfó el cartaginés, dando muerte á unos 70.000 romanos. Tres modios y medio de anillos quitados á los cadáveres de los caballeros romanos fueron depositados en el vestíbulo del Senado de Cartago, y Paulo Emilio, mostrando en aquel trance su grandeza de alma, enviaba á decir á Roma que se preparase á la defensa antes de que llegara á sus muros el vencedor. En efecto, Aníbal avanzó, plantó el estandarte de Cartago sobre una altura desde donde veía á la ciudad eterna, y alejándose luego, estableció sus cuarteles de invierno en Capua.

(Situación de Aníbal.)

Aquí repiten todos los historiadores aquel dicho de Maharbal, lugarteniente de Aníbal: "*Sabes vencer, Aníbal; pero no sabes aprovecharte de la victoria*„ (1). Pero ¿podía en realidad Aníbal llevar adelante la guerra? De una parte se había separado del N. de la Italia, su

(1) Tal es el sentir de T.to Livio, XXIII, 18, seguido por Saint-Evremont, Rollin y otros. MONTESQUIEU, *Grandeur des Romains*, cap. IV: «Hay cosas que todo el mundo repite porque han sido dichas una vez. Se cree que Aníbal cometió una falta insigne por no haber sitiado á Roma despues de la batalla de Canas. Cierto que en un principio el espanto fué allí grandísimo, pero no ocurre con la consternación de un pueblo belicoso, que se convierte casi siempre en valor, como con la de una villa populosa, que solo siente su debilidad. Una prueba de que Aníbal no habría salido airoso, fué que los romanos se hallaron en estado de enviar socorros á todas partes.

campo de operaciones, y no le era posible reforzar los ejércitos con las milicias de la belicosa Galia; había perdido además la mayor parte de los caballos, tan preciosos para los africanos y en general para los soldados mercenarios, que privados de patria y familia, ponen todo su afecto, su esperanza, en éste, su único bien, y no poseía una ciudad ni una fortaleza. Si los italianos desertaban de las banderas de Roma, lo hacían porque estaban cansados de llenar sus legiones, y por lo tanto, debían querer militar en las de Aníbal. No quedaba á éste más recurso que pedir auxilios á Cartago; pero allí se oponía á sus proyectos Hannón, jefe de la facción contraria á los Barcas.

Este Hannón era verdaderamente un astuto diplomático, que hubiese honrado á la escuela moderna. Cuando Aníbal solicitó que se le diese en España por lugarteniente á su sobrino, el joven Aníbal, Hannón dijo: *Cosa justa reclama, y sin embargo propongo que se le niegue*„; y explicó la paradoja sosteniendo que no convenía acostumbrar tan temprano á un niño al mando casi hereditario, y que era preferible moderar su fogosidad con la sujeción á las leyes (1). Cuando los embajadores romanos fueron á pedir una satisfacción por el sitio de Sagunto habló muy alto de derecho y justicia, insistiendo en que se le entregase á Aníbal. A la sazón se oponía á que se le auxiliase diciendo: "*¿No ha matado á 20.000 romanos, hecho prisioneros á 50,000 y sometido á los apulios, los brucios, los lucanios y los campanios, como nos refiere Magón?*

Sin embargo, no eran únicamente los celos de aquel la causa de que el prudente senado cartaginés negase socorros á Aníbal. Este general que por su propia cuenta había guerreado en España, y entonces independiente vencía en Italia, inspiraba temores á su patria, y las revoluciones que una vez vencido exitó después en ella, pueden dar una idea lo que hubiera hecho siendo vencedor. Empero, conociendo la importancia de la guerra, pensaba enviarle socorros; pero lo que necesitaba Aníbal no era gente africana recientemente alistada, sino un ejército aguerrido ya en España. En este país residían el poder y la fuerza de los Barcas; de una sola mina de España sacaba Aníbal 300 libras de plata al día (2) y su hermano Asdrubal acaudillaba tropas ejer-

(1) Tito Livio. XXI, 1.

(2) *Ex quibus Bebulo puteus apellatur hodieque, qui C C C pondo Hannibali subministravit in dies.* Plin, *Hist. nat.* XXXIII,

citadas ya, y éstas eran las que precisamente pedía que se le enviasen, en tanto, que los reclutas de Africa hiciesen frente á los Romanos en España. Asdrubal efectivamente se puso en marcha, pero los Escipciones que mandaban en la península le impidieron el paso como se lo impidieron también á Magón que había llegado á ella con tropas frescas de Africa, y las victorias de Ibera, de Iliturgo y de Munda salvaron á la Italia de una nueva invasión.

Entre tanto, Aníbal no permanecía ocioso en Capua, sino que por una parte aconsejaba á Heronimo, sucesor de Hierón en el trono de Siracusa, que tomase parte por los cartagineses, y por otra entraba en negociaciones con Filipo, rey de Macedonia, para que este príncipe le hiciese la guerra á los romanos, y concluía con él un tratado (1) en el que, cosa notable, estipuló él mismo

---

6 ó 31.

(1) Tratado que el general Aníbal, Magón, Myrkal y Barmokals todos los senadores que le acompañan y todos los cartagineses que se hallan en su ejército juran con Jenófanes, hijo de Cleomaco de Atenas, enviado en calidad de embajador por el rey Filipo, hijo de Demetrio, por él, los macedonios y sus aliados.

«Y lo han jurado en presencia de Júpiter, de Juno y de Apolo; del genio de Cartago, de Hércules y de Iolao; de Marte, de Tritón, de Neptuno y de los dioses que luchan con ellos; en presencia del sol, de la luna, de la tierra, de los ríos, de las praderas y de las aguas; en presencia de todos los dioses que protegen á Cartago, y de todos los que protegen la Macedonia y el resto de Grecia y de todos los dioses que presiden la guerra, los cuales son testigos de este juramento.

«El general Aníbal, todos los senadores de Cartago que están con él y todos los cartagineses que están en su ejército, han dicho: Con el consentimiento de los nuestros y de los vuestros, nos obligamos á jurar esta alianza de amistad y de paz, como amigos, aliados y hermanos.

«El rey Filipo, los macedonios y los demás griegos, sus aliados, prestarán asistencia y auxilio á los cartagineses, al general Aníbal á todos los que le acompañan, á los súbditos de Cartago que reconocen las mismas leyes, á los habitantes de Utica, de todas las ciudades de todos los países sometidos á Cartago, sus aliados y sus generales, y á las ciudades y pueblos que en Italia, en la Céltica y en la Liguria, son ó deseen llegar á ser nuestros aliados.

«No nos prepararemos sorpresas ni nos tenderemos lazos, de una ni de otra parte. Vosotros sereis enemigos de los enemigos de Cartago, exceptuando los reyes, las ciudades y los pueblos con quienes hayais hecho alianza. Y nosotros seremos también enemigos del rey

en nombre de su ejército, ocupándose, más que de los intereses de Cartago, de los de su rival Utica. ¿Quién puede saber lo que meditaba aquel jefe aventurero?

Pero su mayor obstáculo era la indomable perseverancia de los romanos. Estupefactos en un principio, llegaron á pensar en abandonar una patria fundada en medio de tan funestos auspicios y ya se habían reunido una multitud de jóvenes de las mejores familias, para trasladarse á otra parte, cuando el joven Escipión les hizo desistir de su proyecto. Todos los medios parecieron buenos para recobrar la confianza. Un tal Marcio, que como Nostradamus había hecho una colección de versos proféticos, y que había predicho la verdad respecto de la derrota de Cannas, añadía que si se quería recobrar la paz, se constituyesen juegos anuales en honor de Apolo. Sus respuestas eran tan oscuras, que se tardó un día entero en comprenderlas; y por último, se dieron prisa en seguir sus consejos. Además, se celebró en seguida la ceremonia del *lectisternium*, se prometió una primavera sagrada (1), se renovaron todas las supersticiones etruscas, y se sepultaron vivos en el foro dos grie-

---

Filipo, á excepción de los reyes, las ciudades ó los pueblos con quienes hayamos pactado alianza. Vosotros sereis también aliados nuestros en la guerra contra los romanos, hasta que los dioses la hayan llevado á feliz término. Nos auxiliaremos cuando lo necesitemos, según convengamos. Si los dioses os favorecen y nos favorecen en la guerra contra los romanos y estos llegan á pedir la paz, la haremos de modo que seais incluidos y que no les sea dado haceros la guerra. Corcira, Apolonia, Epidamno, Faro, Dimalo y el país de los parthenios y de los atintanes no podrán caer bajo el domidio romano. Devolverán también á Demetrio de Faro todos los hombres de su nación que se hallen en su territorio. Pero si los romanos llegasen á atacarnos á uno de nosotros, nos auxiliaremos mútuamente según la exigencia del caso, y lo propio hare nos si otros nos hiciesen la guerra, salvo siempre los reyes, ciudades y pueblos con quienes tengamos alianza. Y si juzgamos conveniente añadir ó quitar algo á este tratado, podremos efectuarlo de común acuerdo.» POLIBIO, VII, 3.

(1) *Lectisternium*, *Ver sacrum*. TITO LIVIO, XXII, 10; VXVII, 37; XXXIV, 44.—El *lectisterne* era una ceremonia en la que se preparaban lechos para los dioses (*lecti sternebantur*.) Sus estatuas, quitadas de los pedestales, eran acostadas junto á los altares cargados de manjares.—El *Ver sacrum* era un voto particular que hacían los pueblos de Italia. *Vocebant quaecumque próximo vere nata essent apud se animalia immolaturos. Sed quum crudele videretur pueros ac puellos innocentes interficese, perductos in adultam aetatem velabant, atque ita extra fines suos exigebant.* PAULO *ex Festo*.

gos y dos galos, como en los casos más desesperados.

Si Aníbal se regocijó con estos signos de terror, mucho debió desanimarse cuando al embajador enviado para tratar de la paz y del rescate de los prisioneros, se le contestó que Roma no necesitaba soldados que se dejaban coger vivos y que en aquella noche saliese del territorio romano; y luego fué sacado á pública subasta el terreno en que estaba acampado, y hubo rivalidad entre los compradores, como si el enemigo no estuviese en Italia. En efecto, con los reveses se multiplicaron las fuerzas de Roma; á porfía llevaba cada cual su dinero al tesoro público; toda la juventud, desde los diecisiete años en adelante, se alistó; con armas antiguas arrebatadas al enemigo, se pusieron en pie de guerra ocho mil voluntarios esclavos; Nápoles ofreció 40 pateras de oro, de las cuales, sólo la más ligera fué aceptada; Hierón envió una victoria de oro de 320 libras, 300 modios de trigo, 200 de cebada y 1.000 honderos, que fueron muy bien recibidos; finalmente, la dirección de todos los negocios se confió otra vez á la animosa prudencia de Fabio Máximo, que con su calculada lentitud, restableció la tranquilidad (1).

La ociosidad, la molicie y la indisciplina de Capua desmoralizaban á los soldados de Aníbal, el cual decaía á medida que crecía Roma. Claudio Marcelo pudo vencerlo cerca de Nola, y así devolvió la confianza á los guerreros romanos. Filipo de Macedonia que había acudido á fin de molestar la Italia, fué derrotado, y pronto tuvo que embarcarse para reparar los desastres que en sus Estados le suscitaba Roma, la cual envió por otra parte á Marcelo á castigar á Siracusa.

(Toma de Siracusa.)

Después de la muerte de Hierón II, Siracusa había caído bajo la tiranía de su nieto Hierónimo, de la que se libró asesinándolo. Sucedieron á esta muerte grandes turbulencias; algunos demagogos excitaban al pueblo contra Roma en nombre de la independencia, por lo cual Apio por tierra y Marcelo por mar, acometieron la ciudad. En vano el gran Arquímedes para la defensa de la patria hacía de sus conocimientos el uso más santo que puede hacer hombre alguno, rechazando con máquinas al enemigo, al mismo tiempo que abrasaba sus naves con los espejos ustorios. Marcelo la tomó y la entregó al saqueo y á las llamas, y el mismo Arquímedes, mientras estaba absorto en sus meditaciones, percibiendo

(1) *Unus homo nobis cunctando restituit rem.* ENNIO.

apenas el rumor del asalto, fué muerto por un soldado. Se encontraron en Siracusa más riquezas que después en Cartago, y Roma se engalanó con las estatuas y columnas de la ciudad destruída. Los siracusanos fueron á quejarse de que se castigase así en ellos la fe violada por sus tiranos y solicitaban que, á lo menos, después de haber sufrido tanto, se les restituyese el botín. Apoyando su reclamación Manlio Torcuato, decía: "*Si levantáse la cabeza Hierón, que fué tan fiel aliado nuestro, ¿qué diría al ver arruinada su ciudad y adornada Roma con sus despojos?* El Senado respondió que deploraba su desgracia, pero que Marcelo había procedido con buen derecho de guerra (1), y toda la Sicilia fué reducida á la triste condición de provincia.

(Toma de Capua.)

Los romanos se dirigieron entonces contra Capua. Después de haber hecho prodigios para salvarla, Aníbal hizo una pasmosa retirada, y se reconcentró en la Daunia y la Lucania, cerca del Estrecho. Los voluptuosos ciudadanos de Capua, viendo perdida toda esperanza, después de un espléndido banquete, hicieron circular en torno de la mesa la copa envenenada que debía librarlos de la venganza de los romanos; después unos se retiraron á sus casas, otros permanecieron juntos bebiendo, hasta que fueron muriendo poco á poco. Los que sobrevivieron fueron inmolados legalmente, porque habiendo acontecido á poco un incendio en Roma, se atribuyó á los capuanos, á quienes se hizo confesar el delito en el tormento y, por tanto, morir en el suplicio.

(Ejército de España.)

No quedaba, pues, á Aníbal más esperanza que el ejército de su hermano Asdrúbal; pero éste estaba entretenido en la guerra que, tan viva, aunque menos famosa, se hacía en España. Los hermanos Cneo y Publio Cornelio Escipión, hallaron la península irritada contra los cartagineses por la dureza con que arrancaban frutos y tropas, y en ciertas comarcas los naturales se habían sublevado, degollando hasta 15.000 enemigos. Este estado de cosas facilitó las victorias de los Escipiones, que llegaron á recobrar á Sagunto; pero, derrotados después, perecieron ambos.

(Publio Cornelio Escipión.)

Este acontecimiento causó tal impresión en Roma, que ninguno deseaba aquel mando; pero Publio Cornelio Escipión, que sólo contaba veinticuatro años, se pre-

---

(1) Tito Livio, 25, 26.

sentó á vengar á su tío y á su padre. Este joven, que después debía recibir el sobrenombre de Africano, templaba el heroísmo de los antiguos patricios con la amabilidad, fruto de la educación griega. Era del partido de los nobles, pero se valió de la plebe para su provecho; sabía servirse y reírse de las leyes, de la religión y de los tratados, según le convenía; era, en fin, uno de esos hombres cuya popularidad y cuyo ejemplo bastan para reducir á la esclavitud á un pueblo libre.

Reanimó á las desalentadas legiones y asegurándoles que Neptuno le ordenaba marchar á través de las fuerzas cartaginesas para sitiar á Cartagena, arsenal y granero de los enemigos en España, la acometió y la tomó al asaltó. Puso en vigor la ley que mandaba á los romanos, cuando penetraban en una ciudad, degollar á todos los hombres, á todos los animales útiles y hasta á los perros (1). Enseguida despidió con la mayor afabilidad los rehenes de los españoles que allí encontró y respetó también á las mujeres, con lo cual se granjeó la amistad de los habitantes del país.

(Asdrúbal en Italia.)

No pudo, sin embargo, impedir que Asdrúbal condujera un ejército á Italia. Este general, á quien llama Diodoro el más grande después de Aníbal, atravesó los Pirineos y los Alpes con rápida marcha, y ya se regocijaba Aníbal con la esperanza de su próxima llegada, cuando le arrojaron al campo la cabeza de su hermano, que había sido derrotado y muerto cerca de Sena. Así trataban los magnánimos descendientes de Rómulo al hermano de Aníbal, y en cambio este *bárbaro* habiendo recibido el cadáver de Sempronio Graco, vencido por Magón, en lugar de hacerlo pedazos, como le aconsejaban sus soldados, lo honró con magníficas exequias y envió sus restos al campo romano.

No quedaba, pues, más recurso á Aníbal que mantenerse á la defensiva, aprovechándose de las posiciones que le ofrecían los Abruzos, barrera infranqueable cuando los ocupan hombres. La prudencia desplegada por Aníbal en los reveses fué tan admirable que logró tener á raya á los enemigos, los cuales no osaron atacarlo, á pesar del mal estado y el desorden de sus tropas. Su ejército, compuesto de mercenarios y de allegados de toda clase de lenguas, de religión y de costumbres, no le perdió el respeto como suele acontecer al faltar la fortuna; y aunque rechazado á los extremos

(1) Polibio, lib. X, 15.

de la Italia que poco antes había recorrido vencedor y careciendo de paga y frecuentemente de víveres, no se amotinó contra el general. Cartago intentó enviarle otra vez socorros, haciendo desembarcar en Génova á su hermano Magón al frente de 14.000 hombres; éste intentó atraer á su favor á los ligurios y habiendo aumentado sus fuerzas entró en la Galia, á donde se mantuvo mucho tiempo hasta que vencido, fué llamado á Cartago. Los cartagineses enviaron á Imilcon á la Sicilia; pero la guerra se arrastraba lentamente, como cuando ninguna de las partes se atreve á dar un golpe decisivo. Escipión era el que debía darlo.

La marcha de Asdrúbal le había facilitado la conquista de toda la España cartaginesa hasta Cádiz, y sus constantes victorias le habían valido el honor de ser elegido coronel antes de la edad requerida. Creyendo que no se podría terminar la guerra sino por medio de un desembarco en Africa, había contraído ya alianza con Sifax, rey de Numidia, pero los generales veteranos de Roma, ora por prudencia ó envidia, se oponían de tal modo á esta expedición que con dificultad obtuvo treinta galeras (1). La mala voluntad del senado fué suplida por el ardor de los italianos, ávidos de libertarse de las continuas devastaciones de las bandas de Aníbal, cuando ya no esperaban de él la prometida libertad. Los etruscos sacaron de los arsenales las armas y los aparejos, riquísimos despojos de su antigua grandeza; Populonia suministró el hierro, Tarquinia las telas; Arezzo 30.000 escudos, celadas, dardos y picas, 50.000 astas largas y cuantas hachas, hoces, vasos para el agua y cuantos utensilios diversos se necesitaron; los habitantes de Clusio, Perusa y Rosela ofrecieron los abetos; de manera que Escipión, mientras finjía estar sumido en la molicia y los placeres, reunió en Sicilia un poderoso ejército y desembarcó en Africa.

(Escipión en Africa.—Sofonisba.)

Causa asombro que Cartago no se opusiera con su flota á aquella expedición; pero había logrado atraer á Sifax, por instigaciones de Sofonisba, hija de Aníbal Giscón, que empleaba su belleza en suscitar enemigos á Roma.

Escipión lo destituyó y restableció en el trono de Numidia á Masinisa, poderoso caballero que á los 80 años cumplidos todavía podía pasar un día entero mon-

(1) Apiano las reduce á diez únicamente, y dice que estas se obtenian á favor de contribuciones voluntarias, VIII, 7.

tado á caballo. Ansioso de vengarse de los que le habían arrebatado el reino que acababa de recobrar, este príncipe contribuyó mucho á la victoria que Escipión alcanzó sobre los cartagineses. Sifax cayó en poder de Masinisa, y tanto pudieron sobre éste las gracias de Sofonisba, que se casó con ella. Despechado Sifax hizo entender á Escipión que aquella mujer arrastraría á Masinisa á la rebelión, como le había arrastrado á él. Escipión le exigió al rey númida que se la entregase, y éste monta á caballo, presenta á Sofonisba la copa envenenada, y se aleja. "*Gracias por el regalo nupcial,*" exclama la intrépida mujer, bebiendo el veneno. Masinisa mostró el cadáver á los romanos que fueron á reclamarla y Escipión puso sobre la cabeza del númida la diadema merecida por aquel asesinato.

(Vuelta de Aníbal al Africa.)

Estrechada así por todas partes, Cartago llamó de Italia á Aníbal y á Magón. ¡Con qué despecho dejaba Aníbal el país tanto tiempo codiciado! Diez y seis años lo había recorrido, robando y devastando, arruinando á enemigos y amigos, exterminando á las familas infieles ó que le inspiraban temor ó de cuyos bienes tenía necesidad para mantener sus mercenarios. En el momento de abandonar la Italia, bajo pretesto de visitar las guarniciones de las fortalezas aliadas, envió á sus comisarios á caza de ciudadanos y á saquear casas y tesoros, y como los pueblos se opusieron á estas depravaciones, hubo nuevas violencias y sangre. Hubiera querido llevar al Africa veinte mil italianos que militaban bajo sus banderas; pero todos se negaron á ello menos los reos de delitos capitales. Entonces hizo á aquellos esclavos de éstos; pero como ellos mismos se avergonzaban de convertirse en carceleros de sus propios hermanos, Aníbal los reunió con 5.000 caballos y bastantes bestias de carga y á todos los pasó á cuchillo (1).

¡Tales eran las huellas que dejaba Aníbal á su paso! (2) Apenas vió Cartago al gran general dentro de sus muros, recobró la audacia, y faltando á la tregua jurada, maltrató á unas naves romanas llevadas á la costa por la tempestad y despidió de mala manera á los embajadores romanos que habían ido á pedir una repa-

---

(1) Esta carnicería la refiere Diodoro en sus fragmentos, libro XXVIII, 3, y Apiano al final del libro sobre la guerra de Aníbal. Véase también Tito Livio, libro XXX, c. 20.

(2) Entre Catanzaro y Crotona se ve la Torre de Aníbal, donde se embarcó para volver al Africa, según refiere la tradición.

ración. Aníbal, sin embargo, no tenía prisa por vencer, y cuando lo incitaban á la batalla, respondía que cuidara cada cual de lo que fuera de su incumbencia, porque el estarse quieto ó moverse era negocio exclusivamente suyo. En una conferencia con Escipión, le propuso cederle la Sicilia, la Cerdaña y la España; pero el general romano no aceptó estas condiciones. Entonces se dió la batalla en Zama, y aunque los celtas y los ligurios, que formaban la tercera parte (1) del ejército púnico, lucharon con la animosidad propia de la raza gala contra la nación romana, Aníbal fué vencido.

(Paz con Cartago, 201.)

Entonces imperaron los negociadores y concluyeron la paz con estas condiciones: que Cartago conservaría su territorio y su gobierno, entregando todos los elefantes y las naves, excepto los trirremes; que pagaría en 50 años, 10.000 talentos; que no emprendería guerra alguna sin el consentimiento de Roma; que restituiría á Masinisa todo lo que sus antepasados habían poseído, y que daría á los romanos cien rehenes.

Era esta una de aquellas paces que son un atentado á la soberanía de un pueblo. Cartago vió que los romanos le arrebataban los 500 bajeles con que no había sabido impedir el desembarco de Escipión; tuvo que sufrir á sus puertas al turbulento Masinisa que incesantemente se había movido en su daño, y se vió privada del derecho de declararle la guerra. Cuando el embajador cartaginés fué á Roma á solicitar la sanción del tratado, un senador le preguntó: "*¿A qué dioses llamaréis ahora por testigos, vosotros que á todos fuisteis perjuros?*" Y el cartaginés respondió: "*Llamaremos á los que nos han castigado con tanto rigor,*" De tal manera se sentía Cartago degradada.

(Reformas de Aníbal.)

El despecho de esta humillación llevó á la cima del poder á Aníbal, el cual se halló de pie cuando todos estaban caídos. Seis mil quinientos mercenarios avezados como él á vencer y robar en España é Italta, lo constituían en dueño absoluto de la desarmada Cartago, por lo cual se hizo nombrar su jefe, y principió la reforma de gobierno. Viendo que la *gerusia* se había arrogado un poder tiránico sobre los bienes y las personas de los

---

(1) «La tercera parte del ejército se componía de celtas y de ligurios.» APIANO.

Galli proprio atque insito in Romanos odio incenduntur TITO LIVIO, XXX, 36.

ciudadanos, redujo las magistraturas de perpetuas á anuales; burlábase de aquellos mercaderes que al haber de pagar el primer plazo del tributo romano, lloraban más que al ver el incendio de la flota; mejoró la administración de la hacienda pagando las deudas antiguas, haciendo volver al fisco lo mal adquirido y mostrando que la represión de los concusionarios era aún más útil que un tributo nuevo. Por último, sacó provecho de la ociosidad de los soldados ocupándolos en plantar olivos, con la esperanza de que con la agricultura y el comercio inyectaría nueva sangre á la aniquilada Cartago, á la cual deseaba convertir en centro de una gran coalición contra Roma.

CAPITULO X

Guerras de Roma en Europa y en Asia.

Roma se entregaba en medio de su vigor á toda la alegría propia de una insigne victoria. Si en la guerra con Aníbal vió devastado el país, acababa de consolidar su dominio sobre toda la Italia, sobre los mares y sobre florecientes provincias. En el interin el senado había adquirido la preponderancia, resultado natural de la guerra, y para la guerra quería conservarla. La prudencia de los hombres de Estado se aplicaba á dirigir el brazo de los valientes defensores de la patria.

El arte militar había decaído en otros países, pasando á manos de gente mercenaria, ó rigiéndose por el ímpetu irracional de la plebe, ó bien por el capricho de los tiranos, pero en Roma, consistía más que en ganar batallas, en preparar poco á poco las victorias con la intervención de la política, con manejos fraudulentos y con artificiosa constancia ora para evitar ora para disolver cuantas alianzas oponían á sus conquistas la rivalidad ó el amor á la independencia.

Roma tenía que luchar con diferentes enemigos en Oriente y Occidente. La España que desde el año 206 formaba dos provincias romanas, la Exterior y la Ulterior, doblegada, pero no domada, se revolvía contra su dominadora, con la férrea constancia de aquellos indomables caracteres; y habiendo aprovechado una ocasión para sublevarse, exterminó al pretor Sempronio Tuditano y á su ejército.

(Galia.)

En la Galia Cisalpina, Magón había dejado á otro experto guerrero llamado Amilcar que prefería una

vida agitada entre los enemigos de Roma á la indecorosa paz de Cartago, y el cual enardeció tanto á los cisalpinos, que los boyos, los insubrios, los chenomanos y los ligurios se coaligaron, incendiaron la colonia de Plasencia y amenazaron á Cremona; pero junto á los muros de esta ciudad fueron vencidos por Lucio Furio, y el mismo Amilcar pereció combatiendo. Al año siguiente se peleó por una y otra parte con varia fortuna, hasta que resuelta Roma á acabar, invadió de una vez primero la Liguria, y luego Insubria; pero lo que más le valió fué el ganar á los venales chenomanos, que en lo más vivo de la pelea desertaron de su partido por el de los romanos, é hicieron completa la derrota de los galos. Sin embargo ni los boyos ni los insubrios quedaron sometidos con esto y sólo después de terribles batallas logró Claudio Marcelo tomar á Como y veintiocho castillos alrededor, llevando inmenso botín á Roma.

En los años sucesivos fueron enviados á la Galia tres ejércitos, los cuales, uniendo á la disciplina el encarnizamiento nacional, causaban tal desolación, que algunos de los más ricos buscaban refugio entre los mismos romanos, donde solían ser víctimas de los más atroces tratamientos. Un joven que sostenía vergonzosos tratos carnales con Quinto Flaminio se quejaba de haber abandonado á Roma por seguirlo la víspera de un combate de gladiadores, cuyo espectáculo le gustaba mucho. Ambos se hallaban sentados á la mesa rivalizando en desenfreno y obscenidad, cuando anuncian á Flaminio la llegada de un jefe boyo con su familia, el cual, introducido, expone su situación y pide proteccion y hospitalidad. Un pensamiento horrible acude á la mente de Flaminio, y volviéndose hacia su favorito le dice: *Tu me has sacrificado el placer de un combate de gladiadores; yo te lo recompensaré procurándote el espectáculo de la muerte de estos galos.* Dicho esto, blande la espada y se precipita sobre el galo, que invocando inútilmente la fe divina y humana, sea muerto con su familia. Sólo al cabo de ocho años, durante la censura de Severo Catón, se pidió á Flaminio cuenta de este abominable crimen.

Si el cónsul obraba así, júzguese como procedería la soldadesca, y á cual de las dos naciones convenía el título de bárbara. Escipión Nasica mató en un día á veinte mil boyos, é hizo prisioneros á tres mil, y cuando solicitó el honor del triunfo, se alabó en el senado de no haber dejado vivos en aquél país más que á los niños y á los ancianos, y en la ceremonia hizo marchar mezclados con los caballos á los más nobles prisioneros galos,

él, que había sido premiado por su virtud. En aquella ocasión, depositó en el tesoro 1470 collares de oro, 245 libras de este metal, 2340 de plata en barras y en vasos de hechura gala y 230.000 monedas. Enviado después á completar su obra, ocupó á mano armada el territorio confiscado; pero inspiraban tal horror las insignias romanas, que los pocos restos de 112 tribus boyas prefirieron emigrar, situándose en las confluencias del Danubio y del Sava, y los nombres de boyos, lingones y anamanos desparecieron de Italia. Entonces se despoblaron las colonias de Cremona, Plasencia y Módena, fundáronse las nuevas de Parma y Bolonia; los insubrios se resignaron al yugo, los chenomanos obtuvieron el premio de sus perfidias; también los venetos cedieron, y los ligurios resistieron aún largo tiempo el latrocinio romano, pero fueron sometidos después á viva fuerza.

Los galos habían ocupado la alta Italia por espacio de cuatrocientos años, desde los tiempos de Belloveso, y desde entonces el país formó la provincia de la Galia cisalpina ó *Galia togata;* y Roma declaró que la naturaleza había colocado los Alpes entre la Italia y los galos, amenazando á éstos con su ruina si osaban traspasarlos.

La opresión sublevó á veces á los galos cisalpinos y especialmente á los salasios que habitaban el país inmediato á la fuente del Po. En una de estas insurrecciones derrotaron á Apio Claudio Pulcro, el cual restableció sin embargo su superioridad, después de haber reanimado el valor de los soldados con las ceremonias sagradas. Cuando solicitó los honores del triunfo, se le negaron, y como quisiese celebrarlo á pesar de la prohibición, un tribuno le impidió la entrada en el Capitolio; pero su hija que era vestal, subió con él al carro, y ya nadie se atrevió á oponérsele. Todos alabaron á la hija, pero maldijeron al padre.

(Oriente.)

Respecto al Oriente, ya hemos visto las turbulencias y enemistades que agitaban, así á los pequeños é inquietos Estados de la Grecia, como á las grandes potencias del Asia. La Macedonia y la Siria se aliaron contra el Egipto, y éste recurrió á los romanos, cuya amistad ambicionaban también el rey de Persia, Rodas y la liga etolia. Tan pobres en fuerzas como orgullosos en pretensiones, la Etolia y Rodas presumían, la primera, compararse con Roma, y la segunda, conservar el equilibrio entre esta y la Macedonia.

Bajo la capa de la urbanidad, de las letras y de las artes, se ocultaba en todas partes una inmensa corrup-

ción. Las guerras mortíferas habían dado origen á gobiernos inmorales é inícuos; mas para que los Estados puedan ser injustos, necesitan ser fuertes, y éstos, por el contrario, eran pequeños ó dependientes, y aun los mayores, compuestos de elementos heterogéneos y propensos siempre á descomponerse, sólo se sostenían con el auxilio de tropas enervadas por la molicie y las delicias del Asia.

(Macedonia).

Filipo III, rey de Macedonia, había dictado en Naupacto la paz á los aliados, á fin de prepararse para la guerra y organizar contra Rodas y el rey de Pérgamo una marina que protegiese las costas de la Tracia, único punto que ofrecía para penetrar en Macedonia. Cuando la liga aquea reclamó su auxilio contra la Etolia, había podido ponerse enfrente de la Grecia, y unir ambas ligas contra los romanos. Los 28 Estados griegos, poniéndose bajo la autoridad militar de la Macedonia, habrían podido ofrecer resistencia á las armas de Roma; pero estos Estados temían la restauración de la dominación antigua. Filipo mismo, si bien astuto político y de blando carácter había sido corrompido por los aduladores, y en lugar de atraerse la amistad de los dos partidos, los disgustó con horribles delitos, deshonrando á la familia de Arato, propinando á éste un veneno mientras era pretor de los aqueos por la décima séptima vez, intentando asesinar á Filopemenes, y tomando por traición á Itoma, todo lo cual determinó á los eolios y espartanos á pedir auxilio á los romanos contra él.

Con esto tuvo ya Roma uno de aquellos pretextos que buscaba siempre para ofrecer su protección á los débiles, á fin de tener motivo para hacer la guerra á los fuertes, cuando lo juzgase oportuno. Cuando el pueblo romano, al cabo de diez y seis años de lucha, oyó que se le proponía una nueva expedición contra Filipo de Macedonia, se mostró contrario á la proposición, y treinta y cinco tríbus la desecharon. Pero importaba al senado conservar con la guerra el poder dictatorial que en la guerra había adquirido; conveníale hacer que los indóciles hijos de los antiguos plebeyos, que aun se acordaban del Aventino y del monte Sagrado, pereciesen combatiendo é hiciesen lugar á los latinos, italiotas y libertos, gente nueva, fácil de manejar. El voto del senado prevaleció, pues, rompiéndose las hostilidades con arreglo al sistema de atacar al enemigo en el corazón de sus Estados; pero las ásperas montañas que servían de abrigo á la Macedonia, defendidas por la infantería del Epíro

y la caballería tesalia, hicieron pagar cara á los romanos la tentativa.

(Quinto Flaminio.)

Tito Quinto Flaminio, uno de aquellos hijos de la guerra, á quien el ejercicio de las armas había amaestrado para planes políticos, vió mejor el partido que había que seguir; león ó zorra, según la necesidad, sabía valerse de los pueblos y de los individuos para llegar á su fin. Sus predecesores solían pasar casi todo el año del consulado en gozar de los honores civiles, emprendiendo la guerra luego en el último período, con objeto de que para terminarla se les prorrogase el mando. Flaminio, por el contrario, despreciando las prerrogativas de la ciudad, se encaminó directamente á la lucha, después de haber escogido buen número de soldados de aquellos que, á las órdenes de Escipión, se habían adiestrado contra Aníbal y Asdrúbal.

Convencido de que la Grecia era el arsenal, el granero y el tesoro de Filipo, comprendió que convenía dirigir á esta sus primeros ataques; pero no á mano armada, sino dando el ejemplo que después siguió Bonaparte, cuando gritaba desde Cherasco: "*¡Pueblos de Italia, venimos á romper vuestras cadenas; nuestros enemigos son vuestros tiranos!*„ Flaminio empezó prometiendo la libertad, diciéndose enviado de una república á restablecer la república en toda la Grecia, evocando los recuerdos del antiguo heroísmo y excitando á los griegos á renovarlo. Los griegos lo creían y él se reía de su sencillez y se aprovechaba de ella. Cuando se encaminaba hacia Tebas con la idea de apoderarse de ella, salieron á recibirlo los principales ciudadanos. Flaminio los acogió con grandes demostraciones de afecto; los abrazó, y conversando amistosamente, siguió su camino y entró con ellos en la ciudad, la ocupó y ahogó la libertad, tan mal conservada por los beocios. Un traidor le abre el paso de la Macedonia, y aprovechando la ocasión, Flaminio arrebata el Epíro á Filipo, en tanto que los aqueos negaban sus auxilios al rey que no se los había prestado antes. La Fócide, la Eubea y la Beocia rompieron en seguida su alianza con el macedonio; las grandes ciudades de la Tesalia, disgustadas porque con la disculpa de defender el país había arruinado á las pequeñas, se entregaron á los romanos, y Filipo, que había confiado el trono en ocasión tan oportuna para restaurar la Grecia y el nombre macedónico, se vió envuelto en una política enteramente nueva, y se dejó dominar por ella, procediendo á la ventura y mostrándose alternativamente humilde y

arrogante, temerario y desalentado. Flaminio le presentó la batalla, y la terrible falange macedónica se halló frente de la legión romana. La primera era fortísima, pues tenía diez y seis filas de espesor, por lo cual era seguro su efecto en las llanuras y contra pueblos que sólo empleaban la caballería. La legión romana ofrecía una masa menos compacta, pero más flexible, de modo que se adaptaba á los diferentes terrenos. Los romanos podían esquivar las posiciones convenientes para la falange, pero esta difícilmente podía evitar las que convinieran más á los romanos. Comprendiéndolo Flaminio así, trató de atraer á los macedonios á punto donde no les sirviese de nada su confiado vigor, y aceptó la pelea junto á las colinas de los Cinocéfalos, cuyas desigualdades descomponían la unión de las falanges y permitían á la legión móvil y divisible penetrar en sus huecos y triunfar de la táctica antigua.

Entonces Filipo pidió la paz. Los etolios, á quienes según lo pactado debían corresponder todas las ciudades tomadas, insistían en que el rey fuese aniquilado; pero Flaminio que deseaba evitar la preponderancia de éstos, expuso que sería perjudicial destruir aquella barrera contra los tracios y los galos; habló de humanidad, de generosidad y del respeto debido á los vencidos, y declaró que Roma se consideraba satisfecha con haber devuelto su libertad á la Grecia. Las condiciones de la paz fueron que los diferentes Estados de Asia y de Europa seguirían siendo independientes; que Filipo retiraría de ellos sus guarniciones; que entregaría toda su flota, no conservando más que 500 marinos armados; que no emprendería ninguna guerra fuera de la Macedonia sin el consentimiento de Roma; que pagaría una suma de 1.000 talentos (1) y daría en rehenes á su hijo Demetrio.

(Libertad proclamada.)

De este modo perdieron los etolios el fruto de la victoria que habían proporcionado á los romanos, aunque por despecho descubrieron á los griegos los disimulados designios de Roma, y predicaron que no era libertad llevar cadenas más ligeras y tener al cuello lo que antes se tenía á los piés, pero los griegos tenían más confianza en Flaminio que hablaba y escribía correctamente su lengua, componía epígramas contra los etolios y suspendía en Delfos un escudo, con una inscripción que hacía descender á los romanos de Eneas. En el momen-

(1) 1000 talentos, ó sea 5.500,000 pesetas.

to en que presidía los juegos ístmicos, hizo publicar por un heraldo este decreto: "*El Senado y el pueblo romano y T. Q. Flaminio, procónsul, vencedor de Filipo y de los macedonios, declaran libres y exentos de tributos á los corintios, focenses, eubeos, locrenses, ftiotas, magnetos, aqueos, tesalios y perrebios.*„

¿Quién podría describir la alegría de los griegos, al oir que se les otorgaba la libertad? Hicieron repetir la lectura del decreto, creyendo apenas á sus propios oídos, y fueron tan vivas sus aclamaciones, que dícese que se vió caer del cielo cuervos aturdidos por el clamoreo. Flaminio estuvo casi á punto de perecer entre abrazos, banquetes, orgías, odas y epígramas (1); se de-

(1) Esta dicha inesperada para su patria hizo deponer á Polibio la frialdad habitual de su relato: «Era la época de los juegos istmicos; los hombres más eminentes habían acudido de todas las partes del universo en espera de algún gran acontecimiento y en medio de aquella inmensa asamblea circulaban mil comentarios diversos. Decían los unos que era imposible que los romanos se alejasen de ciertas posiciones y de ciertas villas, y afirmaban otros que abandonarían los lugares de más fama y ocuparían los menos renombrados que les ofreciesen iguales ventajas; cada cual le designaba á su interlocutor estos lugares y se entregaba á comentarios sin cuento. En el momento en que se hallaban todos sumidos en esta incertidumbre y la multitud ocupaba el estadio para presenciar los juegos, se presentó un heraldo y después de imponer silencio al pueblo con su trompeta, leyó el siguiente edicto. *El senado romano y el proconsul Tito Quincio Flaminio, habiendo vencido á Filipo y á los macedonios, declaran libres y exentos de guarniciones y de tributos y hábiles para gobernarse según las leyes de su patria, á los corintios, á los focios, á los locrios, á los eubeos, á los aqueos, á los ftiotidos, á los magnetos, á los tesalios y á los perrebios.* A las primeras palabras sonó un estruendoso aplauso y como algunos no hubiesen comprendido el edicto desearon oirlo por segunda vez, pero la mayoría no podían darle crédito y se figuraban haber oido en sueños semejante declaración; tan inesperada é inverosimil les parecía. Todos estaban animados, pues, por un mismo deseo y todos pidieron unánimemente que el heraldo sonase otra vez la trompeta y repitiese las mismas palabras. No solo se deseaba oir, sino ver al que hablaba, pues no se podía dar crédito á lo que decía, más cuando el heraldo avanzó de nuevo, sonó la trompeta para aplacar el tumulto y repitió en iguales términos lo que había dicho antes, estalló un aplauso tal que mis lectores no podrían imaginárselo facilmente. Cuando el aplauso cesó nadie hacía caso de los atletas, los unos discutían, los otros hablaban solos como

dicaron trípodes al héroe de la raza de Eneas, y á su nación descendiente de Eneas; se ofreció sacrificios á Tito y Hércules, á Tito y Apolo délfico, y por espacio de muchos siglos un sacerdote de Flaminio lo honró con libaciones, cantando un himno que decía: „*Veneremos la fe sin tacha de los romanos; juremos conservar eterna memoria de ella. Cantad ¡oh, Musas! al gran Júpiter, á Roma, y á Tito y á la fe romana: ¡Oh Apolo sanificador, oh Tito salvador!*„

Los aqueos dieron á Flaminio, y esta fué su mejor recompensa, 1.200 romanos rescatados por ellos á 5 minas por cabeza (1) y que hechos prisioneros en la guerra de Aníbal y vendidos como esclavos, gemían en el territorio de la Grecia, tanto más afligidos cuanto que comparaban su triste situación con la de sus hijos y hermanos aclamados como libertadores.

Este astuto y afortunado guerrero sacó las guarniciones de las fortalezas de Corinto, Calcis y Demetriada, y prometió no dejar en Grecia ni un soldado romano. Sin embargo, se negó á libertar á Esparta del tirano Navis, dando por el contrario auxilio á éste contra los aqueos y á Filipo contra los etolios. Querer que cada ciudad conservase sus propias leyes valía tanto como tenerlas desunidas, á fin de sojuzgarlas fácilmente y á voluntad é impedir el incremento de la liga aquea, empresa tanto más fácil cuanto que desde entonces en cada ciudad se formó un partido favorable á los romanos y otro que les era contrario. Así, pues, á poco que se reflexionara era fácil conocer que la Grecia no esta-

---

insensatos. Cuando terminaron los juegos, faltó poco para que ahogasen al consul á fuerza de demostrarle su gratitud Estos deseaban contemplar de frente y saludar á su libertador, aquellos se esforzaban por tocarle la mano, y la mayor parte le echaban coronas y guirnaldas. Sin embargo, el agradecimiento parecía pequeño dada la grandeza de la acción, pues era admirable ver á los romanos y á Tito, su general, tomando tamaña resolución, después de haber sufragado todos los gastos y de haber corrido todo el peligro, para asegurar la libertad de los griegos. Tambien era mucho el haber desplegado un aparato de fuerza, digno de la empresa misma. Lo más notable fué que la suerte no se opuso á semejante designio, sino que por el contrario todo contribuyó á facilitarlo, pues una sola proclamación bastó para que todos los griegos de Asia y de Europa quedasen libres, exentos de guarniciones y de tributos, y hábiles para gobernarse por sus propias leyes„ *Fragmentos*, líb. XVII, 29.

(1) 5 minas, ó sea 450 pesetas.

ba libertada, sino que había pasado del dominio de los macedonios al de los romanos.

Roma había quitado á los griegos, como á Cartago, la escuadra, en lo cual se echa de ver su designio de dominar los mares, sin grande armada, y permaneciendo potencia terrestre. Sin embargo, los etolios, turbulentos por naturaleza y recelosos á la sazón al ver que Roma aplazaba la retirada completa de las tropas, intentaron tomar á Esparta, Calcis y Demetriada. Este movimiento ocasionó á los romanos muchas molestias, porque al mismo tiempo los boyos y los ligurios se resistían todavía entre los Alpes y hacían sangrientas las victorias, mientras que los españoles insurreccionados habían obligado al pretor Catón á emprender nuevas guerras, las cuales, después de encarnizados combates, dieron por resultado la toma de 400 ciudades.

Estos focos de sublevación eran probablemente atizados por Aníbal, que, aspirando á comunicar todo su odio contra Roma, procuraba formar una liga entre Cartago, la Siria y tal vez también la Macedonia, á la cual ciertamente se habrían agregado los Estados menores de Grecia, desengañados de las promesas romanas y persuadidos de que la libertad no se recibe como un don, sino que es preciso conquistarla.

(Antíoco III. 196.)

Las ciudades libres de Grecia pretendieron que participasen de las franquicias las ciudades del Asia, principalmente las que pertenecían á Antíoco, el cual por el contrario sostenía que nadie tenía derecho á inmiscuirse en los asuntos del Asia. Este príncipe había adquirido el nombre de *Grande*, tanto por sus éxitos militares como por su clemencia, por su liberalidad y por la prudencia con que procedió hasta la edad de 50 años, aunque después degeneró en pusilánime irresolución que fué para él manantial de graves desastres. Cuando para sostener antiguas pretensiones ocupó el Quersoneso de Tracia, los romanos, requeridos por Smirna, Lampsaco y el rey de Egipto, le intimaron que no pusiese los piés en Europa; pero animado por consejeros ignorantes de las cosas exteriores y que juzgaban á Roma por el Oriente, contestó que como él no se cuidaba de Italia, así tampoco debían cuidarse los romanos de sus Estados. Es más, persuadido de la inminencia de la muerte de Tolomeo Filopator, extendía ya la mano sobre Celesiria, la Fenicia y el Egipto. Su ardor fué aun mayor cuando Aníbal, inquietado en su patria por los romanos, se refugió á su lado. El gran aventurero

meditaba una alianza entre Antíoco, rey de Macedonia, y Cartago, alianza que debía llevarle á Italia con un ejército. Al efecto expidió á Cartago un tirio con el aspecto de negociante, que, dándose á conocer á los amigos de Aníbal, les enteraba de lo que no convenía consignar por escrito; pero este agente fué descubierto y tuvo que huir, y los tímidos cartagineses renovaron las protestas de sumisión á los piés de la soberbia Roma.

Afortunadamente para Roma, Antíoco desconfiaba de Aníbal, cuyo genio no era capaz de comprender; por otra parte sufría mal las reconvenciones de aquel hombre severo, á quien veía llevar en pos de sí un mundo de esclavos, y, montado en un elefante y rodeado de seductoras mujeres, imaginarse triunfador. El rey de Siria dió más bien oídos á los etolios, que deseando llevar la guerra á Grecia para su provecho, le aseguraban que en todas partes se declararían los pueblos á favor suyo. Antíoco, por su lado, les prometía cubrir de escuadras todos los mares; pero uno y otros mentían, pues aquél apenas llevó 10.000 á Grecia, y los etolios y Nabis; tirano de Esparta, se quedaron solos en la contienda, de modo que los romanos tuvieron tiempo de alcanzarlos, derrotarlos separadamente y darle muerte á Nabis.

Antíoco entretanto adoptaba el sistema más funesto, esto es, el de la incertidumbre. Ora devolvía su confianza á Aníbal, que le predicaba no ser posible vencer á los romanos sino en Italia; ora escuchaba á los que le inspiraban sospechas contra el general cartaginés, y buscaba nuevos aliados. Manifestando ciertas pretensiones á la corona macedónica disgustó á Filipo, el cual, como estaba poco resuelto á aprovecharse de aquellas divisiones en ventaja de la Grecia y aumento de su propio reino, concedió á los romanos el paso por su territorio, mientras que por mar se le facilitaban los buques del rey de Pérgamo y de los rodios. En el momento en que los aduladores aseguraban á Antíoco que jamás los romanos entrarían en Grecia, los vió aparecer amenazadores y después de haber sido derrotado en las Termópilas y en los mares de Jonia, fué lanzado de Grecia por Glabrión y se vió reducido á mantenerse á la defensiva.

Sucedíanse de tal modo las desgracias, que Antíoco decía que un dios le había echado un velo sobre los ojos: Prusias y Eumenes seguían aumentando sus Estados con las tierras que le arrebataban, y Aníbal, cuyos con-

A. Enseña romana. — **B.** Casco de gladiador. — **C.** Puñal militar **D.** y **E.** Objetos del culto. — **F.** Máquina de guerra

sejos se escuchaban mal ó tarde, se esforzaba en vano para remediar aquellos desastres. Avanzaba rápidamente Lucio Escipión, para quien había obtenido el Africano el mando del ejército de Asia, ofreciéndose á ser lugarteniente, y habiendo pasado el Helesponto, se detenía en Troya para venerar la cuna de su nación y hacer sacrificios en aquella Ilión, cuyos habitantes no poseían ni aun lo preciso para cubrir con tejas las casas. Habiendo caído prisionero el hijo de Escipión, Antíoco lo restituyó á su padre sin obtener por esto condiciones más ventajosas. Por último reunió todas sus fuerzas e n Magnesio, junto al Sipilo, último esfuerzo del Oriente contra la reacción occidental: 16.000 hombres armados á la macedonia, 1.500 gálates; jinetes y coraceros de la Media, orgiráspidas, arqueros, escitas y misios, cirteos, elimeos, tracios, capadocios, cretenses, árabes montados en dromedarios, 52 elefantes de la India, bastante mayores y vigorosos que los africanos, además de muchos carros armados de hoces, componían el ejército de Antíoco. Pero los romanos y Eumenes, rey de Pérgamo, con el valor y la destreza suplieron al número y derrotaron á aquel rey matándole 50.000 hombres y haciéndole diecinueve mil prisioneros.

Esta derrota anuló para siempre el poder de la Siria. La paz que Roma concedió á Antíoco tuvo por objeto no expulsarlo de la parte del Asia situada á este lado del Tauro, sino debilitarlo más y tenerlo en absoluta dependencia. Para lograr mejor este objeto repartió en doce años la suma de 12.000 talentos (1) que debía pagar á Roma, y de 550 que se obligó á dar á Eumenes, rey de Pergamo; le exigió que entregase todos los elefantes y bajeles, que diese en rehenes á su propio hijo y al etolio Toante y que entregase á Aníbal (2) condición que habría cumplido, si hubiese podido, y que echa un borrón sobre la diplomacia de aquellos que poco antes habían denunciado á Pirro el envenenamiento meditado por su

---

(1) 12.000 talentos que equivalen á 66 millones de pesetas.

(2) Se pretende que Aníbal y Escipión celebraron en esta ocasion una conferencia en Efeso, y que Escipión le preguntó al desterrado cartagines quien era á su juicio el mejor capitán: *Alejandro que con tan poca gente derrotó á innumerables ejércitos.—¿Y después de Alejandro?—Pirro, que fué el primero que enseñó el arte de los campamentos.—¿Y el tercero?—Yo.* Entonces Escipión herido al parecer por esta respuesta, le dijo:—*¿Pues qué dirias si me hubieses vencido.—Entonces me consideraria superior á Alejandro y á Pirro.*

médico (1).

Roma, fiel al papel que se había impuesto, no conservó para sí ni una pulgada de terreno y repartió las conquistas entre sus dos aliados más poderosos en esta

---

(1) «He aquí poco más ó menos las clausulas del tratado: Habrá amistad perpetua entre Antíoco y los romanos, mediante las siguientes condiciones: El rey Antíoco y sus lugartenientes no concederán el paso por su territorio á los enemigos de los romanos y de sus aliados ni les prestarán ningún auxilio. Antíoco no hará la guerra á los insulares ni á los europeos y evacuará las villas, los campos, las aldeas y los bosques de allende el monte Tauro hasta el río Halis y, á partir del valle del Tauro hasta la vertiente de esta montaña del lado de la Licaonia. Los soldados no sacarán de las villas evacuadas y de los campos más que sus armas, y si se llevasen alguna otra cosa lo restituirán Antíoco no concederá asilo en sus Estados á ningún súbdito ó soldado del rey Eumenes. Si hubiese en su ejército algún ciudadano de las villas entregadas por Antíoco á los romanos, deberá conducirlo á Apamea, y si algunos habitantes de los Estados de Antíoco militasen entre los romanos ó entre sus aliados, tendrán facultad para quedarse ó marcharse á su antojo. Antíoco se obliga por él y por sus lugartenientes á restituir los esclavos de los romanos y de sus aliados, los prisioneros, los desertores, y todos los que por cualquier medio hubiesen llegado á su poder. Si es posible, Antíoco entregará á Aníbal, hijo del cartaginés Amílcar, al acarnanio Mnasíloco, al etolio Toas, á los calcidios Eubulido y Filón, y á todos los etolios que han ocupado los primeros grados, como también todos sus elefantes. Se compromete además á entregar sus grandes buques con sus velas y aparejos; á no tener en lo sucesivo más de diez bajeles de puente ni ningún buque corsario de treinta remos, aunque lo exijan las necesidades de alguna guerra que haya declarado. No podrá navegar más allá del río Calicadno y del promontorio Sarpedonte, salvo el caso de que sus buques llevasen tribus, embajadores ó rehenes. A Antíoco le está prohibido reclutar soldados en los países sometidos á los romanos ni dar asilo á los desterrados. Todo lo que pertenecía á los rodios y á sus aliados y se hallaba comprendido en el reino de Antíoco, deberá volver á poder de los rodios, como antes de la guerra; si se les debe dinero se les pagará enseguida y si se les ha quitado algo se les restituirá. Los bienes de los rodios estarán exentos de derechos como antes de la guerra. Si Antíoco dió á alguien alguna de las ciudades que tiene que devolver, hará que salgan de ella las guarniciones y los extranjeros que las ocupan y si los hubiese que deseasen volver después á su poder, él no las aceptará. Antíoco se obliga á pagar á los romanos en doce años doce mil talentos de la mejor plata del Atica, á razón de

guerra. Los rodios recibieron la Caria y la Licia, y Eumenes las dos Frigias, la Lidia, la Jonia y el Quersoneso. Pero no perjudicó tanto á Antíoco la pérdida de parte de sus Estados, como el tener á su lado aquel rival y explorador tan poderoso, como era Masinisa junto á Cartago, y las ligas dolia y aquea junto á Filipo.

(Seleuco IV.)

Antíoco fué después asesinado, cuando intentaba apoderarse de los tesoros de un templo, para pagar el tributo que se le había impuesto; y su hijo Seleuco Filopator vivió en la paz á que le obligó la propia debilidad. Después de la derrota de Antíoco, la Armenia se había hecho independiente, y los dos gobernadores, Artaxias y Zarriadras, constituyeron los dos reinos de la grande y la pequeña Armenia, que en la época siguiente veremos figurar en la historia de Roma.

(Los gálatas,)

Ya hemos visto que los galos se establecieron, un siglo antes de estos sucesos, en la Frigia con el nombre de gálatas, fundando allí una aristocracia militar, y gobernando el país por medio de doce tetrarcas electivos y temporales, que constituían el consejo de gobierno. Había, además, un consejo compuesto de trescientos miembros, custodio de los privilegios de la raza conquistadora y tribunal supremo de justicia. Dejaron á los vencidos su religión; los griegos continuaron adorando á Júpiter y Diana, como los frigios á la Diosa Madre, vene-

---

mil por año, no debiendo bajar el talento de ochenta libras romanas; además de esto cuatrocientos cuarenta mil haces de trigo; y además, á Eumenes trescientos cincuenta talentos anuales durante cinco años en tiempo conveniente, como á los romanos, y como compensación del trigo debido a este príncipe, deberá pagar, como lo había estimado el rey Antioco, ciento veintisiete talentos y mil doscientos ocho dracmas que el rey Eumenes consiente en recibir por convenir mejor á su tesoro. Antíoco entregará veinte rehenes que serán canjeados de tres en tres años, los cuales no tendrán menos de diez y ocho años ni más de cuarenta y cinco. Si se hallase alguna diferencia al efectuarse los pagos anuales se compensaría al plazo siguiente. En el caso de que algunas de las ciudades ó naciones con que Antioco no puede pelear, le atacasen primero, podrá combatirlas, pero nunca dominarlas ni hacer pactos con ellas. Respecto á las diferencias que puedan surgir entre ellos, se someterán á los tribunales. Si los dos partidos contrayentes quisiesen añadir ó quitar algo al tratado, tendrán facultad para hacerlo.„ POLIBIO, *Fragmento* 26 del libro XXII.

rada en Pesinunte, bajo la forma de una piedra negra é informe, caída del cielo, culto mezclado con las locuras y obscenidades de los galos. Durante la segunda guerra púnica, los romanos leyeron en los libros sibilinos, que cuando un extranjero invadiese la Italia, se debía conducir á Roma la Cibeles de Pesinunte, y á este efecto enviaron embajadores á Frigia, y los frigios les entregaron la diosa.

Los gálatas militaban á sueldo en las filas de los reyes de Siria y de Pérgamo, para quienes eran siempre aliados indóciles y peligrosos. Con esto y los latrocinios adquirieron tales riquezas, que Ariamno, uno de sus feudatarios, tuvo un año entero mesa abierta, obligando aun á los pasajeros á detenerse para gozar de su hospitalidad (1). Aníbal y Antíoco habían proyectado atraerlos á la liga que meditaban, pero ellos respondieron que se hallaban bastante seguros, en medio de sus montañas. Sin embargo, el pretor Manlio atacó á las tres tríbus de trocmos, tolistobayos y tectosagos, y secundado por los sacerdotes frigios, los venció y obligó á devolver todas las tierras quitadas á los aliados de Roma, ó renunciar á sus latrocinios y aliarse con Eumenes, encargado de refrenarlos.

(Mujeres gálatas.)

En su derrota merece recuerdo Quiomana, esposa del tetrarca Ortiagón, la cual habiendo caído prisionera, fué confiada á la custodia de un centurión, que libidinoso y brutal usó con ella de violencia, y luego le prometió la libertad si pagaba en rescate un talento ático. Avisó ella á sus parientes, los cuales enviaron el rescate el día convenido, á la orilla de un río, á donde se trasladó el centurión; pero en el momento de apoderarse éste del dinero, mandó Quiomana á los esclavos que lo matasen, y cortándole la cabeza, se la llevó á su marido. Este, al saber lo ocurrido, exclamó: *¡Oh mujer, qué bella cosa es la fidelidad!* —*Cierto*—contestó Quiomana.—*pero es más bello poder decir: Dos hombres vivos no se alabarán de haberme poseído.*

Cita también la historia á Camma, mujer del tetrarca Sinate, de quien se enamoró tan locamente el joven Sinorix, que no pudiendo vencer ni satisfacer su pasión, mató al marido y después la pidió á sus padres. Instada por éstos, consintió en aquel enlace, pero el día de las bodas ofreció en el altar y dió á beber á su nuevo esposo una copa envenenada, después de haber bebido ella

(1) Ateneo, IV, 10, 13 y 15.

también, y murió satisfecha de su venganza (1).

Las ciudades de la Troade, de la Eolida y de la Jonia, ofrecieron coronas á Manlio por haberlas libertado de estas bárbaras hordas; y así Roma continuaba presentándose como libertadora, habiendo llegado á ser en diez años, no la señora, sino la árbitra de todas las comarcas, desde el Eúfrates hasta el Atlántico. Las naciones principales se hallaban de tal modo debilitadas, que no habrían desplegado una bandera sin su asentimiento; el Egipto desde el año 201 se había puesto bajo su tutela; y los Estados pequeños ambicionaban su amistad ó invocaban su protección. Roma estaba presente en todas partes por medio de sus emisarios y agentes sediciosos; fomentaba las rivalidades recíprocas, las facciones intestinas y las guerras exteriores aún en los más pequeños países; acogía todas las quejas que se dirigían contra Filipo, contra Antíoco, contra los etolios, y daba siempre la razón á los más débiles contra los fuertes; lo que más asombra es que tantas guerras no la hubiesen debilitado, antes bien enviaba nuevas colonias; prueba evidente de la eficacia de su sistema que consistía en buscar constantemente gente entre las naciones italianas y entre los libertos y en asimilársela (2).

CAPITULO XI

Roma en el interior.

Mientras la Grecia perdía su libertad, abrazada á su perdida hermana, Roma perdía su carácter original, y el vencido Oriente se vengaba difundiendo sus ideas y costumbres entre sus vencedores. Los romanos, que se habían mantenido puros más bien por ignorancia que por virtud se entregaron á las delicias asiáticas, tan pronto como las conocieron. No sólo en secreto, sino públicamente, en el Foro y en el Capitolio se adoraba á los dioses con ritos distintos de los de la patria. El latino Saturno se casó con la griega Rea; al sabino Marte se le quitó la antigua esposa Neriena, y se le confundió con el Ares homérico; el etrusco Jano se metamorfoseó con Diana, permaneciendo no obstante junto al Zeus de los griegos,

---

(1) Valerio Máximo, VI, 1.—Suidas, s. v. *Ortiagon.*—Floro, II, 11.—Aurelio Victor, 55.—Plutarco, *De la virtud de las mujeres.*

(2) El resto de Italia debía ser entonces muy rica en población y contar muy pocos esclavos. Véase una disertación de Dureau de la Malle, en las *Mem. de l' Academie des inscriptions.* t. X, 1833 y su *Economie politique des romains*, libro II, cap. I.

y precediéndole siempre en las invocaciones; á las divinidades agrícolas y pastoriles reemplazó una generación de númenes guerreros, entre los cuales descollaba Rómulo. En el año 534 de Roma, el Senado decretó la demolición de los templos de Isis y Serapis, y como ningún ciudadano se atrevía á practicar aquel sacrilegio, L. Emilio Paulo dió el primer hachazo al edificio; ochenta años después el pretor C. Cornelio Hispalo arrojó de Roma y de Italia á los caldeos astrólogos y á los adoradores de Júpiter Sebacio. Ya hemos dicho que en la segunda guerra púnica, acaso para reanimar el valor, se hizo transportar de Frigia á la diosa Cibeles, germen de nuevas supersticiones, mezcla de obscenidades y de barbarie, que se aumentaban en los peligros, aunque nunca fueron tan numerosos los prodigios como durante la guerra de Cartago; un niño de seis meses gritó *triunfo*, en el foro y aparecieron en el cielo figuras de naves; cayó un rayo en el templo de la Esperanza; Juno blandió la lanza; llovieron guijarros en el Piceno; en otros puntos brotó sangre; se abrieron los cielos; se cubrieron de sudor las imágenes; hubo gallinas transformadas en gallos; nacieron cabras lanudas; y la luna chocaba con el sol ó aparecía de doble magnitud. Para conjurar los siniestros presagios se multiplicaban las ceremonias, hasta el punto que parecía que otros númenes y otros hombres, habían reemplazado á los antiguos (1).

Si la variedad de dioses y la introducción de cultos extraños en la Grecia era más que otra cosa fuente de nuevas bellezas, entre los italianos, inclinados naturalmente á aplicar las ideas á la práctica, alteraban la vida y la conducta, y daban alimento á la ferocidad y al sensualismo. El libertinage y los espectáculos sangrientos tomaron carácter religioso; el pueblo acudía á los juegos de gladiadores, costumbre tomada de la Campania saciándose en el espectáculo de la matanza; y en las bacanales se entregaba á increíbles excesos de lascivia.

El culto de Baco, símbolo de la vida y de la destrucción, era antiquísimo entre los etruscos, y tres días cada año se hacían las iniciaciones, de día y por mujeres solas. Paula Minia, sacerdotisa de Capua, y un sacerdote griego, pervirtieron estas fiestas reuniendo á hombres y mujeres, y aumentando hasta cinco por mes el número de reuniones nocturnas. Varrón describe las pompas báquicas de Lavinio, en las que se llevaba en procesión la figura del falo sobre un carro, y la más casta matrona

(1) Tito Livio, XXV, 1; XXIX, 5.

lo coronaba (1).

Estos ritos habían sido llevados socretamente á Roma desde la Etruria y la Campania, y Tito Sempronio Rutilo propuso á su yerno iniciarlo en ellos. Dió éste noticia de la proposición á una querida suya, la cual, llena de terror, le infundió la sospecha de que pudiera ser un artificio del suegro para perderlo y evitar así el rendirle cuentas de los bienes que administraba. Creyóla éste acto continuo, y se refugió al lado de una tía, la cual denunció el caso á los cónsules, y de este modo se descubrieron aquellos misterios, en los que los iniciados mezclaban confusamente en la oscuridad y después corrían como furiosos al Tíber, apagando en él las antorchas. El que rehusaba tomar parte en estas infamias era cogido por una máquina y precipitado en profundos abismos. El espanto del vulgo, la astucia aristocrática, el hábito de juzgar perverso todo lo misterioso, habrán alterado las narraciones de modo que es imposible saber lo que contenían de cierto; pero sabemos que de noche se pusieron guardias y se hicieron indagaciones y que siete mil iniciados se descubrieron sólo en Roma. Gran número de mujeres declaradas culpadas, fueron entregadas á sus parientes, y luego de una á otra ciudad se extendió la investigación, encontrándose una multitud de iniciados en todas partes.

Otras atrocidades se multiplicaban, y en un solo año fueron convictas ciento setenta mujeres de haber envenenado á sus maridos para casarse con otros nuevos; y atrocidades debo llamarlas bien fuese real la culpa, ó bien la ley hubiera castigado á inocentes. ¿Qué decir de las ceremonias con que se invocaba ó se celebraba la victoria, como el sepultar hombres vivos ó degollarlos en masa en los triunfos? Era, no obstante, aquella época en que las costumbres se pulían con la mezcla extranjera. La medicina había estado abandonada al principio á la superstición y al empirismo; el censor Catón, á la moda pitagórica, consideraba las coles como remedio único; prohibía á las criadas dar nada á las bestias, arreglaba según el número la composición de los ingredientes en los remedios para las terneras, y pretendía curar las luxaciones con fórmulas mágicas (2). El griego

(1) S. AGUSTIN, *De Civit. Dei*, VII, 21.

(2) *Luxum si quod est, hoc cuatione sanum fiet. Horandinem prende... incipe cantare in malo.* S. F. MOTAS VŒTA DARIÉS DARDARIÉS ASTATARIÉS: *dic una pares usque dum coeant... Vel hbc modo*: HUAT, HUAT, HUAT, ESTA PISTA SISTA, DOMIABO DAMNAUSTRA ET

Arcagato fué el primero que ejerció en Roma la medicina como ciencia. Valerio Masala llevó de Sicilia el primer cuadrante sólar, y tanto se ignoraba toda clase de arte, que se pensó podría servir para Roma, á pesar de haber sido hecho para un meridiano distinto. Escipión Nasica introdujo después las clepsidras; otro Escipión fué el que inventó la moda de afeitarse la barba, y el lujo creció de tal suerte que, habiendo tratado el senado de refrenarlo por medio de la ley Apia, provocaron gran tumulto las mujeres en la ciudad, corriendo por todas partes sin distinción ni pudor y amenazando con dejar de ser madres. El propio Escipión el Africano, cuyas costumbres distaban mucho de ser austeras, se quejaba de que las mujeres estuviesen educadas en las artes de histriones y deshonestos prestigios (1).

Por otra parte, ni el lujo estimulaba las artes, como en un pueblo industrial, sino que á fin de alimentarlo era preciso robar á los enemigos y arruinar á los clientes. Para hacer dinero, los senadores construyeron naves con que ganarlo en los transportes. En toda casa grande se mantenía á un esclavo griego que enseñase á los niños la lengua de Homero y la generosidad.

Livio Salinator, aquel censor severo que durante su magistratura amonestó á veinticuatro de las treinta y cinco tribus, tenía por ayo de sus hijos al tarentino Livio Andrónico, que tradujo al latín la *Odisea*, y fué el primero que presentó en escena imitaciones de dramas griegos. Paulo Emilio tenía la casa llena de pedagogos, griegos, sofistas, gramáticos, retóricos, escultores, pintores, escuderos y cazádores.

(Ennio.)

Ennio, natural de Rudia en Galabria, centurión en Sicilia y España, que se alababa de tener tres almas, porque sabía el osco, el griego y el romano, y el cual fué cliente y panegirista de Escipión el Africano, queriendo que la Italia añadiese la gloria de los versos á la de la espada, escogió por tema de una epopeya la primera guerra púnica y el elogio de los Escipiones.

Decía Ennio que subsistía Roma porque conservaba las antiguas costumbres, y sin embargo, sus queridos Escipiones habían contribuído á alterarlas, introducien-

---

LUXATO; *vel hoc modo*: HUAT, HUAT, HUAT ISTA SIS TAR SIS, ARDANNABON DUNNAUSTRA. (S. F. significa *sanitas fracta*). VARRON, *De Re rústica*, c. 160.

(1) *Docentur praestigias inhonestas, eunt in ludum histrionum, inludum saltatorium, inter cinaedos, virgine.* (MACROBIO.)

do las del extrangero. Contra ellos osó alzar la voz otro poeta campanio llamado Nevio.

(Nevio).

El campanio Nevio, para hacer la guerra á la aristocracia y á los partidarios de las costumbres griegas, prefirió á los metros jónicos el *hórrido número* saturnino, procedente del Lacio. Nevio inventó la tragedia *praetestata*, en la cual á los héroes extranjeros vestidos con el palio, reemplazaron caracteres y trajes nacionales, y lanzaba los dardos de su censura contra los soberbios patricios, los Claudios, los Metelos y los Escipiones.

Estas y otras casas poderosas aspiraban á conservar tenazmente las formas de la patria potestad, con las cuales sus antepasados habían dirigido antiguamente las familias de clientes y de esclavos; pero favorecidas también por las victorias y por el mérito personal de sus miembros, no respetaban las leyes y ponían el orgullo en el lugar de la razón, el derecho heroico en el de la ley escrita, impidiendo á la plebe reducir á hecho la igualdad, que ya de derecho había adquirido Nevio; por tanto, hacía decir á uno de sus personajes: "*Sufrid, ya que también sufre el pueblo;*„ y al pueblo: "*¿Cómo osarán atacar estos reyes lo que yo he sancionado en el teatro con mis aplausos?*„ "*¡Cuánto impera aquí la tiranía sobre la libertad!*„ Los Metelos que habían sido atacados con este verso: "*Los Metelos nacen cónsules en Roma*„ le contestaron en igual tono: "*Los Metelos causarán la desgracia del poeta Nevio* (2). En efecto; hicieron meterlo en la cárcel, pero allí continuó escribiendo y atacó á los Escipiones, recordando que el famoso Africano había sido sacado una vez por su padre fuera de la casa á su querida, sin llevar más que el manto sobre los hombros. Los Escipiones invocaron contra él la ley de las XII tablas, que imponía la pena de muerte al autor de libelos infamantes; pero los tribunos se interpusieron y pareció bastante la pública exposición y el destierro á África. En el momento de partir puso su epitafio, lamentando que hubiese perecido con él la originalidad italiana. El pueblo conservó su recuerdo, dió su nombre á una puerta de la villa, y todos, aun en los tiempos de Horacio, sabían sus versos de memoria (3).

---

(1) *Moribus antiqueis res stat romana vireisque.*

(2) *Fato Metelli Romae fiunt consules.*
Dabunt malum Metelli Naevio poetae.
Precisa recordar que *Metellus* significa ganapan.

(3) VARRON, *De lingua latina*, IV, 45.

Reyes llamaba Nevio á aquellos magistrados, y, tales parecían ser, que se sobreponían á las leyes: el cónsul Cayo Flaminio luchaba, no sólo con el Senado, sino con los númenes inmortales; despreciaba la majestad de los padres conscritos y de las leyes, y los auspicios de los dioses (1). Quintio Flaminío, que se había burlado de los griegos, era príncipe del senado. Uniéndose entre sí con los vínculos del parentesco, oponían su fuerza común y la de los clientes á la ley y á la justicia. Seducen ciertos rasgos suyos de costumbres heroicas, que aún se reproducen en estos tiempos. Acusado Fabio por un tribuno, responde: "*Fabio no puede ser sospechoso á sus conciudadanos.*„

Acusado un yerno suyo de traición, Fabio se presenta por él, y dice: "*Si fuese culpable, ya no sería mi yerno*„; y ésto bastó para que se le absolviese. Emilio Escauro, acusado de haber hecho traición á la República por dinero, declaró falsa la acusación, y con ésto quedó libre. Hasta un Metelo fué perseguido como reo de concusión, y el senado apartó la vista de los registros presentados como prueba (2). Escipión el Africano, llamado á rendir cuentas del dinero público malversado, recordó sus victorias sobre los cartagineses y fué, desde luego, absuelto.

Hemos dicho que estos rasgos seducen, pero ¿qué debía hacer la plebe cuando valían á los nobles semejantes justificaciones? Escipión el Africano rehusó el consulado vitalicio; pero siempre conservó un poder dictatorial. Vacilando un día los cuestores si abrirían el Erario público, porque las leyes lo prohibían, él, como particular, tomó las llaves y lo abrió. Su estatua se hallaba en el santuario de Júpiter; en el Capitolio había la de Lucio Escipión, con manto y vestido á la griega (3), y unos y otros favorecían á los literatos á la manera de los reyes. Plauto y Terencio fueron protegidos por Escipión y por Selio de tal modo, que se dice fueron sus colaboradores; y el filósofo Panecio y el historiador Polibio los acompañaban en sus expediciones.

(Catón el Antiguo.)

Para las innovaciones y para la aristocracia, fué terrible la censura de Marco Porcio Catón. Este joven plebeyo, sagaz, como lo indica su sobrenombre (*catus*), animoso en los actos, elocuente y mordaz en la palabra, á

(1) Tito Livio, XXI, 27; XII, 4

(2) Valerio Máximo, II, 10: III, 8; IV, 1, 3.

(3) Valerio Máximo, II, 7, 6; VIII, 15.

los diecisiete años luchó contra Aníbal. Después habitando Túsculo, lugar de su nacimiento, recorría las ciudades del contorno, por la mañana, haciendo gratuítamente de abogado, y luego, á la vuelta, se ponía desnudo á labrar los campos con sus esclavos, comía con ellos, y bebía con ellos agua mezclada con vinagre. Sin embargo, á sus ojos, aquellos esclavos no eran más que bestias; los compraba, instruía y revendía, diciendo que un buen amo de casa debía vender los carros viejos, los utensilios y cosas viejas y los servidores viejos. Había establecido un impuesto para los esclavos que quisiesen yacer con una esclava. Después de cada banquete hacía azotar á los que se habían mostrado negligentes en el servicio, y procuraba mantener entre ellos continuas discusiones, á fin de que no se pusieran de acuerdo. Posteriormente, ejerció la usura más infame de aquel tiempo, la marítima, y, algunas veces, se embriagaba; en su casa mantenía relaciones íntimas con una esclava, y á los ochenta años, se casó con una hija de un cliente suyo.

Tal es el modelo de la antigua severidad de costumbres, el reformador de la corrupción romana, aquel cuyo nombre aún denota proverbialmente una persona severa é inmaculada. Valerio Flacco le llamó á Roma, donde, protegido por los Fabios, llegó á ser tribuno de una legión, cuestor, pretor, cónsul y, después, censor con su antiguo patrono. Cuando fué de pretor á España, despidió á todos los proveedores de víveres, diciendo que la guerra se alimentaría á sí misma. En 300 días tomó 400 ciudades ó aldeas, que en el acto mismo hizo desmantelar, depositó en el Erario inmensas riquezas, pero en el acto de embarcarse vendió su caballo de batalla, para ahorrar, decía, los gastos de pasaje al fisco. Había hecho á pie todas las marchas, llevando sus propias armas, con sólo un esclavo que le llevaba el poco alimento que le bastaba para vivir. Obtuvo los honores del triunfo, pero apenas había depuesto las insignias de triunfador, marchó como simple tribuno contra Antíoco el Grande, y el general confesó que á él sólo debía la victoria de las Termópilas, y lo envió á llevar la noticia á Roma.

Mientras los romanos no sabían más que admirar las cosas de Grecia, Catón, por un exceso de orgullo nacional, sólo sabía rebajarlas. Jamás quiso estudiar aquella literatura, y si, posteriormente, leyó á Tucídides y á Demóstenes, fué para juzgarles con severidad. Sócrates le parecía un charlatán turbulento, que agitaba á su patria con peligrosas innovaciones; acusaba á Isócrates de de-

jar que envejeciesen sus discípulos en la escuela, de suerte que, en adelante, no podían ir á perorar más que á los campos Elíseos; reprendía á su hijo porque estudiaba los autores griegos; odiaba á los médicos de aquella nación, acusándolos de querer quitar del mundo á todos los bárbaros, incluso á los romanos; y, sobre todo, detestaba su elocuencia, especialmente desde que Carneades, enviado á Roma como embajador, habló un día en favor de la justicia, y la combatió al siguiente.

Ya se ve por lo dicho cuan enemigo era Catón de las inovaciones en Roma. "Los ladrones particulares, ex-„clamaba, son encadenados y azotados; los ladrones pú-„blicos se visten de oro y púrpuras. Temblad ante los „males que nos prepara el porvenir. Saboreamos las de-„licias de Grecia y de Asia; nuestras manos han toma-„do los tesoros de los reyes; dueños de tantas riquezas, „y á poco más seremos sus esclavos... Al traernos las „estatuas de Siracusa, Marcelo introdujo entre noso-„tros peligrosos enemigos: ya no oigo más que á gente „que admira el mármol y el buril de Corinto y de Ate-„nas, y se ríe de nuestros dioses de barro (1).„ Propu-

(1) AULO-GELIO, XI, 18.

"¡Qué hombre fué Catón, dioses inmortales! Dejando á un lado al ciudadano, al senador, al general de ejército, me fijaré solamente en el orador. ¿Quién más grave que él en los elogios? ¿quién más ingenioso en los sentimientos? ¿quién más hábil en la discusión y en la exposición de una causa? Sus ciento cincuenta discursos (que á este número ascienden los que he encontrado y leído hasta el presente) están llenos de cosas y de expresiones magníficas. Se ve en ellos todas las cualidades propias del orador.

¡Qué belleza y qué elocuencia no tienen sus orígines! Cierto que el estilo es á veces anticuado y que algunas veces son triviales, pero así se hablaba entonces, y si las corregis, cosa que no pudo él hacer, si le añadís harmonía, si dotáis de más galas el estilo, entonces ninguno ciertamente superará á Catón". (CICERON, *De Oratore*, 17).

Tito Livio hace un elogio todavía más magnífico de este romano, por lo que tiene de más universal: "M. Porcio Catón superaba en mucho á todos los plebeyos y á todos los patricios aún á los de las familias más ilustres; tenía una alma tan grande y tanto ingenio que en cualquiera condición que hubiera nacido, habría labrado su fortuna. Nada de lo que atañe al manejo de los negocios públicos ó privados le era desconocido y con igual habilidad administraba los negocios de la ciudad que los del campo. Los unos se elevan á los supremos honores mediante el estudio de las leyes, otros con la elocuencia, muchos con la gloria de las ar-

so, pues, leyes suntuarias, amonestó á muchos personajes consulares y depuso hasta á un senador, porque se había dejado sorprender por su hija en el momento de darle un beso á su mujer.

(Acusaciones contra los Escipiones.)

Pero si su infatigable actividad tenía por móvil el patriotismo, se alimentaba y enardecía con el rencor personal. En la época que había sido cuestor en Sicilia, había acusado á Escipión el Africano de excesiva suntuosidad y de imitar demasiado á los griegos, y éste lo despidió, diciendo: "No sabría que hacer de un cuestor tan exacto: tengo que dar cuenta de las empresas, no de los gastos.„ No se olvidó Catón de este dicho, y cuando fué censor pidió á los Escipiones estrecha cuenta de su conducta en la guerra contra Antíoco. Se podía decir con verdad que aquellos la habían hecho por su cuenta y propia voluntad, llevando la guerra á los países donde el pueblo no había decretado que se entrase, arreglando á su gusto los tratados de paz, ¡y quien sabe las sumas que habían sacado al Asia y á los sucesores de Alejandro, enriquecidos con los despojos del mundo! Citado Escipión como reo de distracción de los caudales públicos, oyó la acusación y en seguida subió á los tribunales y dijo: "*Romanos, en este mismo día, con el favor de los dioses, vencí en Africa á Aníbal y los cartagineses. Subamos al Capitolio á dar gracias á los dioses y á rogarles que os concedan siempre jefes que se me parezcan.*„ Entonces todos, pueblo, tribunos, jueces y acusadores le siguieron al Capitolio, proporcionándole así un triunfo aún más señalado que los primeros, pues el vencido no era Aníbal ni Sifax sino la santidad de las leyes republicanas. Después habiendo acusado los tribunos á su hermano Lucio, les quitó de las manos y rasgó los re-

---

mas; pero el ingenio de Catón era tan apropiado para todas las artes que parecía haber nacido exclusivamente para aquel á que se dedicaba, fuese cual fuese. Valeroso en los combates y célebre por varias victorias, después de haber desempeñado considerables cargos, llegó al mando supremo y en tiempo de paz se mostró muy versado en el conocimiento de las leyes; orador habilísimo, no fué de esos que solamente son atendidos en vida y que no dejan de sí ningún monumento, antes su elocuencia vive todavía y es honrada y está, por decirlo así, consagrada en los libros que compuso de todo género." (XXX, 40.) En Plutarco la vida de Catón representa el límite entre la antigua manera de vivir italiana y la nueva, que era un resultado de las costumbres extrangeras.

gistros públicos diciendo: "*No rendiré cuenta de cuatro millones de sextercios, yo que hice entrar en el tesoro doscientos millones, sin reservar para mí otra cosa que el nombre de Africano.*„

(Muerte de Escipción el Africano.)

Eran estos los últimos suspiros del heroismo patricio que cedía ante la preponderante voz del pueblo. Escipión se desterró voluntariamente á Literna (1) donde los tribunos no lo molestaron, aunque tampoco solicitaron su vuelta. Al morir en su retiro, hizo poner en su tumba esta inscripción: "*Ingrata patria, no poseerás mis huesos.*„

Continuó la causa contra su hermano, y á propuesta de los tribunos Petilio y Nevio, apoyada por Catón y sancionada por el voto unánime de los 35 tribus, se sentenció que Lucio Escipión, por conceder más favorables condiciones á Antíoco había recibido de éste 6,000 libras de oro y 480 de plata, además de las entregadas en el tesoro público; que á Hostilio, su enviado, se le habían dado 80 de oro y 403 de plata, y á C. Furio, cuestor, 130 de oro y 200 de plata. ¡Tan lejanos estaban ya los tiempos de Fabricio y de Cincinato! La pobreza de Escipión, que carecía de recursos, para pagar la multa, pareció demostrar su inocencia; pero estaba dado el golpe á la aristocracia y Catón cobró ánimo para continuar las investigaciones, de las cuales, no podía ya librarse nadie, después de la condena de los Escipiones.

(Política.)

Pero cuando una república se halla en manos de un cuerpo como el Senado romano, poco importa que los personajes cambien, pues los que caen son reemplazados en seguida por otros. Por otra parte, ¿cómo esperar el mejoramiento de las costumbres privadas cuando procedían del público los ejemplos de corrupción, cuando la severidad censoria no impedía á Catón proceder con toda la perfidia de un político inmoral, cuando la cábala, el fraude, la traición y la violencia hollaban ó eludían el derecho de las naciones? Dos enemigos, Aníbal y Filipo seguían inspirando aún recelos á Roma, pues comprendía que mientras viviera debía temer una coalición general. Por esta razón halagaba á Antíoco, á los rodios, á la Acaya y á Eumenes, y espiaba los menores pasos de Aníbal, infatigable en buscar enemigos á los romanos. Prusias, rey de Bitinia, dió oídos á este gran capitán, y gracias á él alcanzó una victoria sobre

(1) Ciudad de Campania, hoy *Torre di Patria.*

Eumenes. Entonces Roma envió á Flaminio, el libertador de la Grecia, á intimar á Prusias que entregase á Aníbal, el cual al tener noticia de este paso exclamó: "*Libremos á Roma de tan grave cuidado, puesto que tan impaciente está por ver la muerte de este odiado anciano; pero Flaminio obtendrá una victoria infame é indigna de aquellos antepasados suyos que dieron aviso á su enemigo Pirro del peligro que corría de ser envenenado. El triunfo de los romanos sobre un inerme anciano los cubrirá de oprobio en el porvenir.*„ Y se envenenó el año mismo en que su vencedor moría en Literna.

CAPITULO XII

LOS AQUEOS.—SEGUNDA GUERRA MACEDÓNICA

(Filopémenes.)

Libres de todo temor por este lado los romanos, empezaron á fomentar las enemistades en Licia contra los rodios, y en Esparta contra los aqueos. Las disensiones, esa eterna herencia de las repúblicas griegas, surgieron entre estos, pero tuvieron la fortuna de tener al frente una serie de personajes como Arato, Cleómenes y Filopémenes. Este general natural de Megalópolis, en la Arcadia, educado en los campos, de maneras sencillas y hasta vulgares, dormía en una miserable cama, labraba sus campos con sus viñadores y labradores, reputando este arte como el único modo de enriquecer la familia, y dedicó lo que ganaba en las guerras al rescate de los prisioneros. Por lo demás se creía obligado á aumentar su patrimonio, porque decía que difícilmente se abstiéne de lo ajeno el que no tiene nada suyo. Se complacía en las discusiones y en la lectura de los filósofos, y sobre todo de Homero, cuyos libros excitaban la imaginación y estimulaban el valor. Cuando se hallaba en marcha ó acampado, proponía á los soldados que discutiesen que partido tomarían en el caso de ser sorprendidos en aquella posición. Nombrado general de la caballería aquea, dotado del valor y de la experiencia que faltaban á Arato, mejoró los ejércitos, enseñó á combatir á pie firme, modificó los escudos y las lanzas, dió celadas, corazas y camilleras, encaminando la afición al lujo á cosas de utilidad para el equipo guerrero, siendo entonces cuando se vió desplegarse la elegancia en las armaduras y cuando las mujeres hacían cimeras, cotas y gualdrapas. Sabía asimismo dirigir las intrigas políticas y sostener la dignidad de la liga,

cuando ya Roma dejaba ver sus pretensiones (1).

Mientras que los aqueos se proponían hacer que formase parte de la liga todo el Peloponeso, las varias ciudades de esta comarca, principalmente Mesena y Esparta, obedeciendo á su deseo inconsiderado de independencia solo se cuidaban de intereses particulares. Macánidas que se había hecho tirano de Esparta, amenazaba la libertad de los demás Estados, por lo cual lo atacó Filopémenes en Mantinea y le dió muerte; pero pronto lo sustituyó Nabis, que ejerció una implacable tiranía por espacio de catorce años. A este también le hizo la guerra Filopémenes, y habiendo libertado á Esparta la unió á la liga. Agradecida Lacedemonia, decretó que se ofreciesen á Filopémenes 120 talentos (2) producto de la venta de los bienes de Nabis; pero era tan conocido su desinterés, que ninguno quiso encargarse de llevárselos. Porfin se encargó de ello, su amigo Timolao. que viendo la sencillez del general aqueo, no se atrevió al principio á hacerle la oferta. Cuando después se la hizo, Filopémenes la escuchó en silencio y tomó con él el camino de Esparta. Después de dar las gracias á los ciudadanos, les aconsejó que empleasen aquel dinero en comprar á los que agitaban el país en su ciudad, cerrándoles la boca para que fuesen menos temibles: *A los enemigos y no á los amigos es á quienes hay que privar de hablar.*

Pero la liga se resentía ya demasiado del influjo romano. Habiendo surgido discordias con Mesena y con la Elide, se interpuso Flaminio, y apaciguó á los dos partidos; comparando la federación aquea á una tortuga, poderosa mientras está guarecida bajo su concha, pero en peligro si saca la cabeza ó los pies, la persuadió á que concediese á los romanos la isla de Zacinto que acababa de adquirir. Los romanos, dueños ya de Cefalonia, podían llegar en breve al Peloponeso; y de allí precisamente acudió el pretor Fulvio Nobilior para sosegar otras disenciones y disponer las cosas á gusto del Senado romano. Esparta dió motivos más serios de enemistad, inquietando á sus emigrados que estaban bajo la protección de los aqueos; Filopémenes aprovechó la ocasión para humillarla, é invadiéndola, hizo desollar cruelmente á ochenta, y algunos dicen que trescientos cincuenta espartanos, y desterró á los que habían recibido de los

---

(1) La vida de Filopémenes, en PLUTARCO, está tomada casi enteramente de la que había escrito Polibio, que se ha perdido.

(2) 120 talentos, ó sea 660.000 pesetas.

tiranos el derecho de ciudadanos, vendió como esclavos á los que no obedecieron, y con el precio edificó un pórtico en Megalopolis; además obligó á los restantes á derribar las murallas, á recibir colonos de Acaya, á abandonar las instituciones de Licurgo y á educar á sus hijos según las costumbres aqueas.

(Muerte de Filopémenes.)

Filipo III, creyéndole la principal fuerza de la liga, envió gente con el encargo de matarlo, pero no lo consiguió. Habiéndose rebelado después Mesene, Filopémenes, aunque sexagenario, recibe el encargo de ir á someterla; pero cayó en el combate y hecho prisionero por los mesenios, lo condujeron en triunfo á su ciudad, para condenarlo á beber la cicuta. Filopémenes la bebió tranquilamente, preguntó al verdugo que se había hecho de su ejército, y al saber que había sido vencedor, exclamó: "*Buenas nuevas, puesto que no todo ha ido mal.*"

Y murió en paz; pero Mesene fué castigada severamente por Licortas, que habiendo sucedido á Filopémenes, guió á la juventud aquea, sumamente ansiosa de vengar al gran capitán; pero con Filopémenes había sucumbido el último de los griegos, y los romanos formaron fácilmente una facción suya entre los aqueos, sobre todo desde que el vil Calicrates, vendiéndose á ellos, comenzó á preparar por medio de la corrupción la ruína de su patria.

(Macedonia.)

Filipo de Macedonia no tardó en reparar que las consideraciones que le tenían los romanos provenían únicamente del temor de hacérsele enemigo interin tenía en perspectiva el poder de Antíoco. Filipo llamado por las circunstancias y por su talento á representar un papel señalado en la suerte de Grecia, no supo aprovechar la ocasión, ni ser enteramente bueno ó enteramente malo. Vió disiparse todos sus proyectos como el humo, y casi no mostró habilidad más que en parar los golpes que le dirigían.

Cuando Roma le ordenó que levantase el sitio de Lamia, le fué permitido en compensación que extendiera sus conquistas por la Atamania, la Tracia y la Tesalia. Allí expulsó á los habitantes de las ciudades principales, señaladamente de las marítimas, y trasladaba los vencidos á Macedonia, y estos y otros actos de violencia eran causa de que sus víctimas dirigiesen continuas reclamaciones á Roma y á los comisarios puestos para expiarlos.

Irritado Filipo de la ingratitud de los romanos, cuyas

miras contra los etolios había secundado con exceso y que á la sazón le negaban los honores y derechos concedidos á Eumenes, no experimentaba otro sentimiento más que el de venganza, ni otro afán que el de restablecer la integridad de sus Estados. No se sentía bastante fuerte para declarar la guerra; pero ya dejaba escapar palabras amenazadoras, ya exigía necias gabelas sobre las mercancías de los romanos, ó no hacía partícipe á éstos de los privilegios de los demás extranjeros, y al fin por odio á los romanos hizo exterminar á los habitantes de Maronea.

Entonces Roma, aun cuando era rey independiente, lo cita á justificarse ante ella,y Filipo se vió obligado á enviar á su hijo Demetrio, en consideración al cual únicamente declaró el senado que le dejaba la corona á Filipo con tal que se limitase á los antiguos confines de la Macedonia.

Mientras estuvo Demetrio en rehenes con los romanos, conquistó el afecto de todos, y como al mismo tiempo era muy querido de sus súbditos por su bondad y talento, se atrajo el odio de su hermano mayor Perseo que temiendo fuese un obstáculo á su reinado, lo hizo tan sospechoso á su padre que éste lo condenó á muerte; primer asesinato doméstico en la descendencia de Antígono el Grande, citada hasta entonces por su amor filial. Perseo dió muestra en esta ocasión de un vil regocijo,y Filipo, conociendo que había sido engañado, cayó en profunda melancolía que lo condujo al sepulcro.

(Perseo 178.)

Perseo que sucedió á su padre, dotado de capacidad poco menor, se encontró entre las manos los medios que éste preparaba hacía tiempo para combatir á Roma: pingüe erario, población crecida, sujeta la mayor parte de la Tracia, semillero de valientes, y los dardanos limítrofes, gente inquieta é indomable con la dulzura, enfrenados con la inmigración de los bastarnos, raza de celtas, que estaban prestos á seguir al nuevo rey de Macedonia á Italia, á donde le llevaban efectivamente las guerras, no grandes, pero continuas, que desangraban á Roma, como eran las inextinguibles de España y la Liguria, indóciles siempre al yugo extranjero y las suscitadas en la Istria, en Córcega y en Cerdeña.

Sin embargo, de estos bastarnos, que á la muerte de Filipo aun estaban en camino, parte retrocedieron, parte fueron rechazados por los tracios y solo 30.000 se establecieron en la Dardania. Conocía Perseo que eran no menos infieles aliados que peligrosos enemigos; veía

en tanto aumentarse en la opinión y en la realidad el poder de Roma, por lo cual disimuló al principio su ambición y puso su corona á los piés del senado, declarando que solo de él quería recibirla. Con las frecuentes audiencias que daba, con su generosidad y justicia, hizo creer á los macedonios que había vuelto al tiempo de los antecesores de Alejandro. De una parte procuraba restablecer la superioridad de la Macedonia, haciéndose con la amistad de la Grecia, mostrando clemencia y moderación, interesándose por los pobres y protegiéndolos contra los ricos, partidarios de Roma. Hizo alianza con los rodios, otorgó la mano de su hermana á Prusias, se casó con Laodicea, hija de Seleuco, rey de Siria, y en todos buscó apoyo contra Roma.

Con tal objeto mandó embajadores á Cartago, que fueron recibidos allí de noche, en un templo, en medio de las formidables ceremonias de una austera religión y de una sombría aristocracia. Concluyó además tratados de alianza con los tracios, obligándoles á suministrarle tropas siempre que las necesitase, y por último reunió enormes sumas y víveres para alimentar por muchos años al ejército, cuyo número aumentó hasta 30.000 infantes y 5.000 caballos.

Los griegos que poco antes habían colmado de honores á Eumenes, rey de Pérgamo, se apartaron de él para unirse á Perseo, representante de la causa nacional; pero no lo favorecían sino en secreto, porque la vigilancia y las intrigas de los agentes de Roma tenían en sujeción á los aqueos. En cuanto á los etolios, empleando las armas contra sí mismos, se habían incapacitado para intentar nada; lo mismo había sucedido á los acarnanios, y la liga de las ciudades de la Beocia había sido aniquilada por los romanos.

Irritado Eumenes del cambio de Grecia, cometió la villanía de denunciar á Perseo á Roma; pero estuvo á punto de pagar la delación muriendo á manos de cuatro asesinos enviados por aquél. Perseo, acusado de este crímen y de haber intentado envenenar á los primeros ciudadanos de Roma, en vez de descender á justificarse, echó en cara á los romanos lo mal que se conducían con los reyes y las repúblicas, rompió su alianza y aceptó la guerra antes que Roma estuviese preparada para ella.

Eumenes, rey de Pérgamo, Antíoco, rey de Siria, y el Egipto, eran partidarios de los romanos; con Perseo se hallaban los ilirios, los rodios y todo lo que pertenecía en Grecia á la democracia. Prusias permaneció neutral, y si Perseo hubiese empleado en las hostilidades

el mismo ardor que en las amenazas, habría hecho pagar cara la victoria á los romanos. Pero á la primera aparición del ejército mandado por el cónsul Licinio Craso, hizo proposiciones de paz; Roma las acogió, y con una tregua engañosa, dejó disipar el primer ardor, ganando tiempo para adquirir amigos ó súbditos. Sin embargo, cuando se empeñó la batalla cerca del monte Ossa, causó Perseo á los romanos la más terrible derrota que en 40 años habían experimentado. Si entonces hubiera aprovechado la victoria y acometido con la falanje el campo romano, acaso habría concluído la guerra, tanto más cuanto que los griegos se agitaban en todas partes bajo sus cadenas, cuyo peso empezaban á sentir. Perseo por el contrario, siguió un sistema defensivo, bien calculado verdaderamente, pero que no sirve en todos los casos supremos, como no sirvió con Antíoco; aquel príncipe dejó escapar la ocasión y después pidió con reiteradas súplicas la paz al cónsul, deshonrándose á sí propio y desalentando á los que le eran fieles. Al ver sus éxitos, Eumenes le ofreció su amistad, si le pagaba una suma enorme, y su mediación con los romanos, si le daba otra. Perseo condujo en secreto las negociaciones, pero al concluir el tratado negó la suma, esperando que los romanos se enterarían del negocio y Eumenes se vería obligado á terminarlo para salvarse. Adivinó lo que había de acontecer, y los romanos mostraron hacia Eumenes el desprecio y el odio que le inspiraban todos los reyes; pero Perseo no obtuvo ningún provecho. Como le importaba mucho tener en su favor la Iliria, único lado por donde podían penetrar los romanos en la Macedonia, hizo proposiciones al rey Gencio, para que hiciese causa con él, y éste las aceptó bajo la condición de que le enviasen inmediatamente una importante suma en oro. El oro había llegado á ser el único móvil de la guerra y de la paz; pero todos sabían cuanto había acumulado Perseo, y todos debían ver cuanta y cuan torpe era su avaricia. Sublevóse Gencio contra los romanos, y creyéndole Perseo bastante comprometido, no sólo le negó el dinero ofrecido, sino que dejó de auxiliarle, de manera que aquéllos pudieron exterminar su reino y su familia, sin que Perseo se aprovechase de modo alguno de esta circunstancia. Clondico, jefe de los bastarnos, le llevó 10.000 galos, que, inquietando la Tesalia, podían distraer á los romanos de la Macedonia; pero rehusándole Perseo la suma prometida, se volvió á su país devastando á su paso la Tracia.

Así estropeaba Perseo su obra cuando en mejor es-

tado se hallaba. Eumenes, Prusias y los rodios, que estaban de su parte, se contentaron con enviar embajadores á Roma, la cual los acogió con desprecio, y les hizo comprender cuan severa se mostraba con sus hechuras y que sería insensata la pretensión de que dudase entre ella y la Macedonia. Resuelta al contrario Roma á terminar con un gran esfuerzo aquella empresa, armó 100.000 hombres y confió el mando á Paulo Emilio.

(Paulo Emilio.)

Habíase formado este general en las terribles guerras de España y de Liguria; pero como conservaba toda la altanería de la antigua aristocracia, el pueblo irritado le negó el consulado, y hacía mucho tiempo que no le daba ningún cargo.

Viéndose á la sazón elegido, manifestó en público que comprendía que sólo la necesidad había determinado al pueblo á su elección; que éste no debía mezclarse en la manera con que conduciría la guerra; que los soldados tuviesen listos los brazos y afiladas las espadas; que de lo demás no se hablase ni diesen su parecer, y que todo correría de su cuenta.

Se puso, pues, en marcha; pasó el monte Olimpo, y en la batalla de Pidna no pudo menos de admirar el esfuerzo de la poderosa falange macedonia, que estuvo á punto de desbaratarlo; pero un eclipse que aterró á los soldados de Perseo, pareció indicar la desaparición del reino de Alejandro. Paulo Emilio venció; veinte mil macedonios,de cuarenta y cuatro mil que eran, se hicieron matar combatiendo, once mil quedaron circunvalados y hechos prisioneros. Perseo, herido, se lanzó sin coraza en medio de la falanje (1) desmintiendo la acusación de cobardía que le hicieron los historiadores romanos.

La Macedonia se mostró digna de sí misma en su último día; pero como aquel reino se apoyaba únicamente en el ejército, pereció con el ejército, y en dos días quedó sometido. Perseo, que había disgustado á sus amigos, inculpándolos y castigándolos por sus propios errores, y que dió aún pruebas de avaricia en aquellos aciagos momentos, pudo huir llevándose consigo su inseparable tesoro. Habiéndose refugiado en el veneradísimo templo de los dioses Cabires en Samotracia, solicitó entrar en negociaciones con el Cónsul; pero abandonado de los suyos, y habiéndole robado el tesoro un astuto

---

(1) Plutarco se basa en la autoridad de Posidonio que presenció la batalla. (*Vida de Paulo Emilio*, XX.)

cretense, tuvo que rendirse al vencedor, el cual lo recibió rodeado de sus oficiales con toda la solemnidad latina y le echó en cara su conducta pasada, pero concluyó prometiéndole la clemencia de los romanos, y volviéndose después á sus oficiales les mostró aquel insigne ejemplo de la volubilidad de la fortuna, diciéndoles que el valor verdadero consistía en no enorgullecerse con los sucesos prósperos, ni dejarse abatir por los adveros.

La Macedonia fué declarada libre y dividida en cuatro gobiernos, regidos por las leyes particulares que dictó el vencedor. Quedó decretado que ningún macedonio pudiera casarse ni comprar tierras fuera de los límites de su gobierno; que laboreasen las minas de hierro y de cobre; pagando á los romanos la mitad de lo que pagaban á su rey; que no pudieran vender maderas de construcción; que recibirían leyes del vencedor; que se establecería un Senado con autoridad soberana, y que los grandes señores, con sus hijos mayores de quince años, y todos cuantos habían ocupado una posición elevada cerca de los monarcas fueran conducidos á Italia.

Esto se llamaba libertad. Paulo Emilio, después de haberla solemnizado con espléndidos juegos, quemando las armas que no podían servir para el triunfo, muerto á los pocos que se conservaron fieles á Perseo, y saqueado las ciudades del Epiro, que lo habían favorecido, volvió colmado de gloria á Italia llevando entre sus prisioneros á Gencio, rey de los ilirios, y á la familia de Perseo.

(Triunfo de Paulo Emilio.)

Cuando Perseo le suplicó que le evitase la infamia de ser llevado tras el carro triunfal: *En tu poder está* (1), le contestó el vencedor; pero no tuvo valor Perseo para matarse y adornó con su infortunio el triunfo más espléndido que hasta entonces se había visto. Tres días duró la solemnidad; en el primero, mil doscientos carros llevaban los escudos de plata macizos, otros tantos los de bronce, trescientos las lanzas, los sables, los arcos y los dardos, precedidos de hombres con las armaduras de bronce ó con las estatuas y seguidos de ochocientas angarillas cargadas de armas de todas clases y ochocientos trofeos. En el segundo día se presentaron mil talentos acuñados, dos mil doscientos en barras, una infinidad de copas, quinientos carros de estatuas é imáge-

(1) *Id tua quidem in potestate* est, CICERON, *Tuscul*, V, 40. Véase también TITO LIVIO, XLV, 39.

nes, y luego escudos de oro y muchos cuadros de las galerías reales. En el tercero, se sacaron ciento veinte bueyes blanquísimos, doscientos veinte vasos de plata, una urna de setenta talentos de oro, cubierta de piedras preciosas, y otras diez llenas también de alhajas de oro, dos mil dientes de elefante de tres codos; una carroza de marfil incrustada de oro y piedras, un caballo con los jaeces cubiertos de perlas, y lo restante del arnés de oro, una cama también de oro, con cobertores de diferentes colores, una litera igualmente de oro y púrpura, cuatrocientas coronas regaladas por las ciudades, y en un admirable carro blanco aparecía el triunfador (1). Detrás de él iba Perseo vestido de negro, rodeado de doscientos cincuenta amigos, todos encadenados, de dos hijos y una niña, á la que los conductores enseñaban á tender las inocentes manos al pueblo romano para invocar su compasión, ó más bien para halagar su vanidad, mostrándole á que miseria podía reducir á los monarcas.

(Muerte de Perseo.)

El último rey de Macedonia fué arrojado á un sucio y tenebroso calabozo, donde se encerraba á los condenados hasta el momento del suplicio. Siete días lo dejaron allí sin llevarle alimento, y fué preciso que los demás prisioneros compadecidos dividieran con él la escasa comida que los carceleros les echaban en medio de las inmundicias. Sus compañeros le ofrecieron además un lazo y un cuchillo; pero tampoco se atrevió á renunciar á la vida. Por fin Paulo Emilio, por humanidad, ó por respeto á la desgracia, obtuvo del senado que se le trasladase á una cárcel mejor, donde al cabo de dos años sus guardas se entretenían bárbaramente en quitarles el sueño, hasta que, fatigado, murió Filipo. El hijo único que le sobrevivió se vió obligado á ejercer el oficio de tornero, y después fué escribiente de los magistrados de Alba.

Poetas, historiadores, oradores elogiaron al pueblo romano por haber vengado en el último de los Eacidas á los antepasados de Troya (2) y elevaron á las nubes la gloria del gran pueblo, que humillaba á los soberbios y perdonaba á los vencidos.

---

(1) Diodoro, XXX, 8, 3.

(2) *Ultus avos trojæ*. Véase Virgilio, *Æneid*, VI, 841.

CAPÍTULO XIII

Consecuencias de la guerra macedónica

La Macedonia no perdió, pues, su libertad; esto es, no fué reducida á provincia, ya que los romanos seguían la política adoptada con respecto á Grecia. La Iliria subyugada en treinta días por el pretor Anicio, fué tratada de igual modo, y lo mismo el Epíro, al cual se intimó que entregase al erario todo el oro y toda la plata. Finalmente, setenta ciudades, donde habían entrado los romanos con el pretexto de expulsar á las guarniciones extranjeras, fueron desmanteladas, y se pusieron en venta 100.000 prisioneros. Un decreto del senado anunció á las naciones esta nueva magnanimidad, á fin de que la Macedonia y la Iliria hiciesen ver á menudo que Roma estaba dispuesta á reivindicar los derechos devolviéndoles la libertad.

(Rodas.)

Roma había esperado el fin de la guerra para castigar no sólo á los que habían sido contrarios á su causa, sino también á los que se habían mostrado menos celosos en sostenerla. En este concepto habría experimentado Rodas igual suerte que el Epíro, si Catón no se hubiese atrevido á poner un dique á tan arrogante pretensión, demostrando que la única intención de aquella gloriosa república marítima, había sido conservarse independiente, y que si había deseado el triunfo de Perseo, tal debía ser el voto de todo el que atendiese á su propio bien, y viese en la caída de aquel príncipe la servidumbre común. "*Pues qué*—dijo—, *¿castigaréis la intención?*„ "*Pero vosotros ¿cómo obráis cuando os interesa? ¿Decís que son soberbios? ¿Os disgusta que los demás sean como vosotros?*„ Con su lenguaje atrevido obtuvo que Rodas fuese privado solamente de los derechos sobre la Siria y la Caria, que se le habían dado de los despojos de Antíoco; porque esta república, semejante por tantos conceptos á Venecia, debió como ésta todas sus desgracias á su deseo de querer posesiones en tierra firme, las cuales labraron su ruína.

(Terremoto de Rodas).

No la abandonemos sin recordar el desastre que la alcanzó el año 227. En aquel año grandes convulsiones agitaron la naturaleza, alzaron del mar una nueva isla en las Cicladas, y causaron tal sacudimiento en Rodas que destruyeron su puerto, sus arsenales, sus palacios, é hicieron pedazos su famoso coloso. Sin embargo, los

rodios tenían tantas relaciones en el exterior y habían adquirido tal importancia, que sin rebajarse, antes bien, manejándose hábilmente, indujeron á los soberanos y á las ciudades á indemnizarlos de los daños. Hierón y Gelón de Siracusa dieron primero setenta y cinco talentos de plata, y luego cinco para el aceite necesario á los ejercicios de la palestra, calderas y cántaros de plata, para el mismo objeto, diez talentos para el sacrificio, otros tantos para los pobres, y cincuenta catapultas de tres codos; además, eximieron de derechos á todos los rodios que llegasen á su reino, y como para manifestarles su gratitud por haber aceptado sus socorros, erigieron en el mercado de Rodas dos estatuas que representaban á aquel pueblo coronado por el de Siracusa. Tolomeo prometió trescientos talentos de plata, un millón de medidas de trigo, madera para construir sus bajeles, de cinco órdenes de remos cada uno y diez de tres, estopa y tela para el servicio de éstos, y 20.000 medidas de trigo para proveer diez trirremes, además de 120.000 que les dió con motivo de los espectáculos. Ofrecióles, también, 3.000 talentos de bronce para refundir el coloso, los arquitectos y 350 operarios, pagados mientras fuera menester hasta restaurar los edificios. Antígono envió 3.000 vigas para techumbre, muchísimas tablas para tabiques, valor de 3.000 talentos en hierro, de 1.000 en brea y otros tantos en resina y ciento de plata; á lo cual añadió su mujer, Criscida, 100.000 medidas de trigo y 3.000 talentos de plomo. Seleuco, padre de Antíoco, concedió varias inmunidades á los rodios que llegasen á sus Estados, y les remitió diez naves de cinco órdenes de remos, 200.000 medidas de trigo, 5.000 codos de madera de construcción, resina, y estopa de calafatear las naves. Igual generosidad mostraron Prusias, Mitrídates y otros señores del Asia y aun más las ciudades. "Hemos referido estas cosas—dice Polibio—primeramente, para dar una idea de la magnificencia de los rodios en las instituciones públicas, cualidad que los hace dignos de elogios y de imitación; en segundo lugar, para dar á conocer cuán mezquinos son, hoy día, los donativos de los reyes, y cuán poco reciben de ellos las naciones y las ciudades; y, por fin, para que los reyes que se alargan á dar cuatro ó cinco talentos, no crean haber hecho gran cosa, ni pretendan obtener de los griegos la benevolencia y el honor que tuvieron los antiguos monarcas; y para que, las ciudades, recordando la magnanimidad de los dones pasados, no recompensen desmesuradamente las mezquinas liberalidades de hoy con tan grandes y solemnes

honores (1)„.

Lo mismo que Rodas, Eumenes sufrió la ingratitud de Roma; pues habiendo concebido el senado recelos de su prosperidad y engrandecimiento, lo miró con desprecio amenazador y acabó por transferir la corona á su hermano Atalo II.

Prusias que no retrocedía ante ninguna bajeza, fué en persona á justificarse con la cabeza afeitada y el birrete de los libertos, y postrado de hinojos en los umbrales de la curia, exclamó: *¡Salud, oh dioses conservadores; aquí teneis á un liberto vuestro, pronto á obedecer vuestras órdenes.*„ Con esta abyección, y con dejar en rehenes á su hijo, conservó la corona.

Masinisa de Numidia envió á su hijo á quejarse al senado de dos cosas: la primera, de que el senado hubiese implorado de él socorros, cuando tenía derecho de exigírselos; y la segunda, de que hubiese querido pagarle el trigo que había suministrado, cuando la propiedad de su corona pertenecía al pueblo rey, bastándole á él el usufructo.

Estas y otras embajadas semejantes aumentaban el insolente orgullo de los romanos que, desde aquel momento, concibieron la idea de convertirse en señores del mundo, renunciando al papel de árbitros que habían desempeñado hasta entonces.

Este fué el sentimiento que les animó en sus negociaciones con los demás sucesores de Alejandro, procurando buscar toda clase de medios para debilitarlos durante la paz, á fin de que no pudiesen defenderse cuando se les hiciera la guerra.

(Tolomeo Epifanes.)

Ocho años tenía Tolomeo cuando le envió Roma embajadores, dándole las gracias por el constante afecto que el Egipto había mostrado á la república, aun en sus desastres, y anunciándole la paz concluída con Cartago. Los tutores de Tolomeo aprovecharon la ocasión para someter al rey niño á la tutela del senado romano, que la aceptó gustoso. Marco Lépido, encargado de estas funciones, las confió al acarniano Aristómenes, hombre tan versado en los negocios, como prudente y fiel. El Egipto había perdido ya las posesiones de la Celesiria, conquistada por Antíoco III, si bien éste las había ofrecido en dote á su hija Cleopatra, prometida esposa del joven rey (2). A los cuatro años Tolomeo tomó las rien-

(1) Polibio, libro V, cap. LXXXVIII y siguientes.

(2) La inscripción de Roseta que hemos descrito antes perte-

das del gobierno; pero, corrompido por los aduladores, se manifestó un malvado; condenó á muerte á Aristómenes que se atrevía á criticar su conducta, y, con sus desórdenes, provocó una sublevación peligrosa, calmada no

---

nece á esta época. Los sacerdotes de Egipto, reunidos en Menfis para la ceremonia de la coronación de Tolomeo Epifanes, dictaron en su honor el siguiente decreto: «El año IX, el 18 del mes de mechir (Marzo del 196), los pontífices y los profetas, los que entran en el santuario para vestir á los dioses, los pteróforos, los hierogramatas y todos los demás sacerdotes que se han trasladado al lado del rey de Menfis, desde todos los templos situados en el país, para la solemnidad de la toma de posesión de esta corona que Tolomeo, siempre vivo, el predilecto de Fta, dios Epifanes, graciosísimo príncipe, heredó de su padre, hallándose reunidos este mismo día en el templo de Menfis, han dicho:

"Considerando que el rey Tolomeo, siempre vivo, muy amado de Fta, preciosísimo dios Epifanes, hijo del rey Tolomeo y de la reina Arsinoe, dioses Filopatores, colmó de dones á los templos y á los que en ellos moran y á todos los que están bajo su dominio;

Que siendo dios, hijo de un dios y de una diosa, como Horo hijo de Isis y de Osiris, vengador de Osiris, su padre, y ansioso de demostrar generosamente su celo por las cosas que conciernen á los dioses ha consagrado al servicio de los templos rentas, tanto en dinero como en trigo, y hecho grandes gastos para restablecer la tranquilidad en Egipto y erigir templos;

Que no ha perdonado medio que estuviese en su poder para realizar actos humanitarios;

Que con objeto de que viviese en la abundancia el pueblo de su reino y en general todos los ciudadanos ha suprimido por completo ciertos tributos ó impuestos establecidos en Egipto y disminuído el peso de los demás;

Que perdonó además cuanto se le debía de derechos de regalía tanto por parte de sus súbditos de Egipto como por la de los habitantes de sus otros reinos, sin embargo de que fuese importante la cantidad de estos derechos;

Que ha absuelto y libertado á los que estaban prisioneros desde hace mucho tiempo esperando el fallo de la justicia;

Que ha ordenado que las rentas de los templos y los tributos que se les pagaban anualmente lo mismo en trigo que en dinero, así como la parte reservada á los dioses sobre los viñedos, las huertas, todas las demás á que tenían derecho durante el reino de su padre siga percibiéndose en el país;

Que ha dispensado á los que pertenecen á las tribus sacerdotales del viaje anual á Alejandría;

Que dispuso fuesen reintegrados en la posesión de sus bienes los emigrados, la gente de guerra y todos aquellos cuyos senti-

obstante, por su ministro Polícrates. Se acusó de haber favorecido aquellos desórdenes, á Antíoco de Siria, suegro de Tolomeo, por lo cual, siempre le conservó este rencor, y con grandes ofertas, excitó y sostuvo la gue-

---

mientos se habían opuesto en otros tiempos al gobierno y hubiesen entrado en la senda del deber;

Que habiendo entrado en Menfis como vengador de su padre y de su propia corona, ha castigado cual merecían á los jefes de los sublevados contra su padre que había devastado el país y despojado los templos;

Que hizo muchos donativos á Apis, á Mnevis y á los demás animales sagrados del Egipto;

Que embelleció el Apieum haciendo en él magníficas obras y regalando gran cantidad de oro, plata y piedras preciosas;

Que fundó templos, oratorios y otros edificios, reparando los que necesitaban reparación, con el celo de un dios benéfico para todo lo que concierne á la Divinidad;

Que habiéndose informado del estado en que se hallaban las cosas más preciosas encerradas en los templos, las ha renovado en cuanto era necesario bajo su administración, en recompensa de lo cual los dioses le han concedido la salud, la victoria y otros bienes..... debiendo continuar en él la corona así como en sus hijos hasta la más remota posteridad;

«Los sacerdotes de todos los templos del país han tenido á bien decretar que se aumenten considerablemente los honores correspondientes al rey Tolomeo, siempre vivo, amadísimo de Fta, dios Epifanes graciosísimo, lo mismo que los correspondientes á su padre y á su madre, dioses Filatores, y los de sus abuelos; que se erija en todos los templos la estatua del rey Tolomeo, siempre vivo, y se coloque en el lugar más visible, titulándola la estatua de Tolomeo, vengador de Egipto, y colocando junto á ella el dios principal de Egipto que le presentará las armas de la victoria, disponiéndolo todo del modo más conveniente. Tres veces al día harán los sacerdotes el servicio divino cerca de la dicha estatua, revistiéndola con los ornamentos sagrados y cuidando de tributarle en las grandes solemnidades todos los honores que deben tributarse según uso á los dioses. Al rey Tolomeo se le consagrará una estatua y un nicho dorado en el más santo de los templos, siendo colocado el nicho junto al santuario con todos los demás, y en las grandes solemnidades en las cuales es costumbre sacar los nichos de los santuarios, se saque también el del graciosísimo dios Epifanes. Y á fin de que esto pueda distinguirse mejor de los demás lo mismo ahora que en lo sucesivo, se colocará encima de él las diez columnas de oro del rey, que llevarán en su parte anterior un aspid á imitación de las coronas en figura de aspid que se ven en los demás nichos, y en medio de las co-

rra que le hicieron los romanos. A los 28 años, sus vicios le precipitaron en la tumba.

(Tolomeo Filometor.)

Le sucedió Tolomeo Filometor, que solo contaba cinco años. Su madre Cleopatra gobernó en su nombre de un modo digno de elogio; pero muerta ésta, pasó la regencia á manos de Leneo y el eunuco Eubeo, los cuales hicieron valer ciertas pretensiones á la Celesiria y á la Fenicia, prometidas en dote á Cleopatra, con cuyo motivo se indispusieron con Antioco Epifanes. Declarada la guerra, se apoderó Antíoco del Egipto hasta Alejandría, é hizo prisionero á Filometor. Habiendo elegido los alejandrinos á su hermano Fiscón para reemplazarle, Antioco restableció á Filometor, no por generosidad, sino para que, haciéndose la guerra entre sí los dos hermanos, se debilitasen mútuamente y le facilitasen la conquista de Egipto. Comprendiendo éstos su intención se reconciliaron y, cuando Antíoco se disponía á declararles la guerra, recurrieron á Roma. Popilio Lena, embajador romano, se presentó á Antíoco intimándole que abandonase las proyectadas conquistas, y como éste monarca solicitase tiempo para deliberar, Lena describió alrededor de su persona un círculo con su espada di-

---

ronas se colocará el adorno real llamado *pschent*, el que llevaba el rey al entrar en el templo de Menfis, cuando la celebración de las ceremonias legales prescritas para ponerle en posesión de la corona Además se añadirá al tetrágono que rodea á las diez coronas citadas, diez filacterios de oro con la siguiente inscripción: "Este es el nicho del rey que ha hecho célebre la región de los cielos y la de la tierra„. Cada año se celebrará una fiesta, y una gran asamblea (panegiria) en honor del siempre vivo, del muy amado de Fta, del rey Tolomeo, graciosísimo dios Epifanes; fiesta que tendrá lugar en todo el país del alto y del bajo Egipto, y durará cinco días, empezando en el mes de Thout, durante los cuales los que hagan los sacrificios, las libaciones y las demás ceremonias de costumbre, llevarán coronas, recibirán el nombre de sacerdotes del dios Epifanes Eucarista (graciosísimo) y unirán este nombre á los demás que toman de los dioses á que se han consagrado.

"Y á fin de que se vea por qué se glorifica y honra, cual es de justicia, al dios Epifanes graciosísimo monarca, se grabará el presente decreto en una columna de durísima piedra, con caracteres sagrados y letras griegas, columna que se colocará en cada uno de los templos de primero, segundo y tercer orden, en todo el reino, junto á la imagen del rey siempre vivo.„ (El texto, la traducción y el comentario de ésta inscripción se hallan al final del tomo 1.° de los *Fragmentas historicorum graecorum*, París.)

ciendole que tomase una resolución antes de salir de él. Antíoco tuvo que ceder, y el senado contestó á sus embajadores que se congratulaba de que hubiese obedecido. Así trataba Roma á los reyes, después de haber vencido la Macedonia, y al aceptar Antíoco la paz que se le dictó tuvo que ceder Chipre y Pelusa.

Otras escenas de regias humillaciones se sucedieron á poco de ocurrir esto. Los dos hermanos Tolomeos dividieron el reino, tomando para sí Filometor el Egipto y Chipre, y Fiscón, Cirene y la Libia; pero pronto se enemistaron y Filometor obligado á huir, llegó á Italia, y en mezquino equipaje, á pie y lleno de polvó entró en Roma, alojándose en la miserable vivienda de un pintor de Alejandría. El senado que se regocijaba de esto, le ofreció sus excusas, y lo invitó á presentarse en traje más conveniente á exponer sus quejas, oídas las cuales se interpuso y reconcilió á los dos hermanos. Pero ¿qué valor podían tener los juramentos subsistiendo las causas de división y las ambiciones? No tardaron en estallar nuevas luchas: Fiscón pretendiendo mayores ventajas, pasó á Roma, y el senado más atento á su interés que al derecho, le dió la razón, por lo que Fiscón tomó soldados asalariados en la Grecia y volvió á la Libia. Sin embargo de estar sostenido por los romanos, tenía contra sí el voto de los pueblos, maltratados mientras reinó, así es que después de varias alternativas fué vencido y hecho prisionero por Filometor, que olvidando sus faltas, no solo lo perdonó, sino que además le concedió, con Cirene y la Libia, algunas ciudades y la mano de su hija. Semejante clemencia desarmó á los romanos, que por entonces dejaron respirar al Egipto bajo el reinado de Tolomeo Filometor.

(Siria.)

En cuanto á la Siria tenía todavía algunas provincias florecientes como la Comagene, la Cirréstica, la Seleucide y la Palmirene. La Seleucide fué llamada también *Tetrápolis* por las ciudades que Seleuco Calínico fundó en los ricos valles entre el Antilíbano y el Mediterráneo, llamadas Antiola, Seleucia, Laodícea, y Apamea. Antioquía, reina del Oriente, sobrevivió al reino de los Seleucidas; de Laodicea procedían los renos renombrados del país que se llevaban al Mediodía del Asia Menor, y Palmira debía su prosperidad á las caravanas que atravesaban aquel desierto y establecían comunicaciones entre la India y la Europa.

(Antioco IV. 175.)

Antíoco Epifanes, á quien hemos nombrado muchas veces, había sucedido á su hermano Seleuco Filopator,

hijo pacífico del guerrero Antíoco el Grande. Educado en Roma donde había estado en rehenes, al subir al trono trató de combinar el fausto de la Siria con la popularidad de los romanos; pero no consiguió más que hacerse objeto de odio y de desprecio. Solo, con dos ó tres siervos, vestido modestamente, salía por Antioquía, pasaba las horas en las tiendas de plateros y grabadores, discutiendo acerca de su arte, se mezclaba con el vulgo á beber y á bromear, se presentaba de improviso donde se celebraban banquetes y festejos, y corría por las plazas estrechando la mano á los extranjeros, preguntándoles lo que deseaban, y oyendo los pequeños litigios de compra y venta, como se practicaba en Roma. Además en los baños á presencia de todos se abandonaba á indecencias que en vez de hacerle *ilustre*, como él se titulaba, lo hacían objeto de universal ludibrio. Antíoco halagaba á los romanos á pesar de que los detestaba; hizo la guerra con fortuna al Egipto que le disputaba la Palestina y la Siria; tomó á Pelusio, y en vez de exterminar á los habitantes, los perdonó, con lo cual indujo á muchas ciudades á someterse á su autoridad. Cuando cayó en su poder Tolomeo Filometor, lo trató cortesmente, luego, aprovechándose, como hemos visto, de la enemistad de éste con su hermano Fiscón, estaba á punto de unir el Egipto á la Siria, cuando interponiéndose arrogantemente los romanos, le obligaron á soltar la presa, y á aceptar la paz que le imponían.

El tributo que la Siria debía pagar á los romanos era nada en comparación de los regalos que necesitaba para comprar partidarios en aquella ciudad, donde todo se vendía. Añádase á esto el lujo cada día mayor de la corte, lujo de que hizo principalmente ostentación Antíoco en la espléndida fiesta dada en Dafne, célebre por el oráculo de Apolo y de Diana, y por las infames costumbres de que allí se hacía gala.

(Fiestas en Dafnè.)

En la solemne procesión que inauguró los juegos dados por el rey, abrían la marcha 5.000 jóvenes vestidos de soldados romanos; seguían luego otros tantos ataviados á la misia, 3.000 cilicios de armadura ligera con coronas de oro en la cabeza, otros tantos tracios, 5.000 gálatas con los escudos de plata, 480 gladiadores, 1,000 jóvenes en estupendos palafrenes de Nicea, y 3,000 con otros caballos, los más cubiertos de oro y con coronas del mismo metal en la cabeza. Iban después 1.000 amigos del rey con trajes magníficos y en caballos esplendidamente enjaezados, á continuación 4.000 ginetes con tra-

jes bordados de oro; 100 carros tirados por seis potros de frente y 40 por cuatro, 800 mancebos con diademas de oro seguido de las estatuas de los mismos, y de los héroes de Grecia y de Liria, conducidos por hombres magníficamente ataviados y acompañados de 1.000 pajes de Dionisio, secretario del rey, cada uno de los cuales llevaba en la cabeza un vaso de plata del peso de mil dracmas, 600 pajes del rey, que llevaban vasos iguales de oro, y por último 200 mujeres con capas de oro que esparcían aguas aromáticas sobre los espectadores. Cerraban la marcha 80 mujeres ricamente vestidas, conducidas en literas con varas de oro macizo, y 500 más en sillas de manos con varas de plata.

La fiesta duró un mes y Antíoco tuvo mesa puesta, sirviéndose cada día en 1.500 mesas lo más exquisito que producían la Europa y el Asia. Quince grandes vasijas llenas de preciosos perfumes estaban puestas en las salas y cada cual puede imaginar por esto la espléndidez del resto del servicio. Antíoco, desempeñando en estas solemnidades un papel miserable y obscuro, corría como un loco en la procesión de un lado á otro, montado en un pequeño caballo, en los banquetes servía ya á una mesa, ya otra ó bien seguía con manto real y diadema á los que servían las viandas. De repente se echaba al suelo ó se ponía á bailar ,y no referimos sus otros actos indecentes, que hacían volver la cara con indignación á los que no habían perdido la razón con el vino. Un día que tenía á comer consigo á los principales del reino, se hizo conducir á la sala vestido de bufón, y echándose á lo largo en el suelo á la manera de los muertos, simuló resucitar al oir una sinfonía y principió á saltar y hacer tales muecas, que los convidados no pudieron contenerse y se retiraron avergonzados (1).

Tiberio Graco, que estaba á la sazón en su corte comisionado por el senado para inspeccionar los Estados de Oriente y la conducta de sus reyes, debió sentir tanto mayor desprecio hacia Antíoco cuanto más se humillaba éste para obtener su favor,portándose con él como esclavo másbien que como rey,cediéndole su palacio y llegando hasta ofrecerle su corona. El embajador pudo asegurar al senado que nada tenía que temer del rey de Siria.

Apesar de que Antíoco había adquirido muchas riquezas en Egipto, y de que sus tributarios y las provincias de Oriente se las proporcionaban también grandes, su tesoro iba disminuyendo cada vez más, por lo que,

(1) Polibio, XXXI, 3.– Diodoro de Sicilia, XXXI, 16.

á fin de restablecerlo, se incautó del de los templos, expediente siempre peligroso. Se había hecho también odioso á los súbditos con la manía de cambiar las costumbres nacionales é introducir el culto griego, no ya por celo religioso sino por ser más á propósito para las pompas á que era aficionado. No bien dió la orden de cambiar los trajes y hacer cesar las prácticas antiguas cuando se rebeló Artaxias, rey de Armenia, y la Persia le negó el tributo, por lo cual se vió en la necesidad de acudir á las armas, venció é hizo prisionero á Artaxias, y redujo á la obediencia á Persia; pero habiéndose puesto en marcha para saquear el riquísimo templo de Elimaida, el pueblo se le opuso con toda su fuerza y logró rechazarlo.

Más graves consecuencias tuvo su intolerancia respecto de una nación que hace tiempo hemos dejado á un lado y que seguía, en medio de su aislamiento, custodiando los tesoros de la tradición.

CAPITULO XIV

Los Hebreos

Cuando el gran Ciro, libertando á los hebreos de la esclavitud, les permitió salir de Babilonia y volver á su patria, muchos que en 60 años de destierro habían establecido casa y adquirido bienes allende el Eufrates, no quisieron cambiar las fértiles llanuras de la Mesopotamia por las devastadas landas de la Palestina, aunque fuese su patria, y se quedaron allí, ofreciendo á sus hermanos vasos de oro y de plata, utensilios, jumentos y toda clase de efectos. Por eso desde aquel tiempo encontramos hebreos establecidos en Siria, Persia y Caldea, en mayor número que en la populosa Palestina. Allí, entre los extranjeros, continuaban viviendo con arreglo á las leyes patrias, dirigidos por un príncipe de la esclavitud, asistido de un sanedrín, y celebrando sus fiestas religiosas en épocas determinadas (1).

Unas cuarenta y dos mil personas de las tribus de Judá, Benjamín y Levi, volvieron á Jerusalén bajo la dirección del gran sacerdote Josué y de Zorobabel, descendientes de los antiguos reyes hebreos. Impidieron prosperar á la nueva colonia sus contiendas con los cu-

(1) Nos sirven de autoridad en este punto los libros de los Esdras, los de los Macabeos, y las *Antigüedades judaicas* de Flavio Josefo.

teos, raza meda y persa, transportada allí por Salmanasar cuando despobló el país y cuando, mezclándose con los naturales, formaron aquella población que recibió el nombre de Samaritana y que seguía las leyes de Moisés, pero discrepaba de los otros hebreos en algunos puntos de fe, lo cual les impidió ponerse de acuerdo para restablecer la normalidad común con la comunidad del culto. Los samaritanos llegaron hasta edificar un templo propio en el Garizim, cerca de Siquém, y los dos pueblos empezaron á mirarse con esa animosidad nacional y religiosa que el tiempo no extingue y que sobrevive á la pérdida de la libertad y de la patria.

Los samaritanos pusieron en juego toda clase de artificios para impedir la reconstrucción del templo de Jerusalen, y decían á los reyes de Persia que consultasen los anales de los reyes anteriores y en ellos hallarían la prueba de que los hebreos, gente muy mala é inquieta, apenas pudiesen recobrar su vigor, se negarían á pagar todos los tributos y les harían perder la soberanía del país. En efecto, en tiempo de Cambises, primero, y después en tiempo de Esmerdis obtuvieron órdenes que impedían á los judíos la reconstrucción del templo, pero al fin, bajo el reinado de Darío, hijo de Histaspes, se pudo terminar libremente la obra, y se consagró el altar, inmolando cien terneras, doscientos carneros, cuatrocientos corderos y doce cabras. Mucha mayor magnificencia se había desplegado al erigir y consagrar el templo en tiempo en que la Judea, una y libre, florecía bajo el reinado de Salomón; pero el profeta predijo á los ancianos que lamentaban aquella diferencia que el nuevo templo superaría al antiguo, porque vería la salvación de Israel (1).

(Esdras.)

Otros hebreos volvieron sucesivamente á Jerusalén, como los que fueron con Esdras, descendiente de Aarón, el cual enviado por el rey persa á organizar la nación hebrea, llevó consigo las ofrendas de ésta y de sus compatriotas recogidas en Mesopatamia. Esdras dedicándose á restaurar la ley de Moisés que había caído en olvido ó en desuso, y valiéndose de las relaciones de los ancianos y de los fragmentos que no habían perecido recopiló el código santo, trabajo en que pudieron ayudarlo los profetas Aggeo, Zacarías y Malaquías y sobre todo la inspiración divina. Cuando lo transcribió sustituyó al antiguo carácter hebreo, el sirio, más bello y

(1) El profeta Ageo, 11, 3.

más cómodo, tal vez inventó las vocales, los puntos y la masora (1), y escribió él mismo la historia de lo acaecido en su tiempo (2).

Valiéndose luego de la autoridad que le concedió la Persia, hizo cesar el escándalo de los matrimonios mixtos, induciendo á los hebreos á renunciar á las mujeres extranjeras, y suprimió también las proclamaciones del culto regulándolo conforme á la antigua costumbre.

(Nehemias)

Al cabo de trece años fue reemplazado por Nehemias, que condujo á Palestina otros judíos y rodeó de murallas á Jerusalén, acogiendo en ella la gente esparcida hasta entonces por el campo.

Unos setenta mil hebreos regresaron, pues, á su patria, y entonces sucedió en Judea lo que en el siglo pasado en la India, cuando conquistado y pacificado el país por los ingleses, los campesinos, que á causa de las guerras intestinas se habían visto obligados á refugiarse en los puntos interiores dejando despoblados comarcas enteras, volvieron á ocupar las mismas casas y los campos antiguos, cual si no hubiera mediado interrupción ninguna. La lengua hebrea se había alterado un poco durante la larga residencia entre extranjeros, y las creencias habían perdido parte de su antigua pureza, degenerando en minuciosas práctices exteriores y en sutilezas de palabras. Sin embargo, las desventuras habían consolidado la esperanza en el Redentor, prometido por los profetas, si bien cometían el error de creer

---

(1) Voz hebrea que significa *tradición* y que se aplica á una crítica del texto de la Sagrada Escritura, que fijó sus diferentes lecciones, el número de los versículos, de las palabras, de las letras, etc.

(2) Según el Corán, en el capítulo *Bacra*, Esdras recobró varios libros del Antiguo Testamento que estaban perdidos y los escribió con cinco plumas á la vez. Algunos hebreos no quisieron creer tal prodigio y uno de ellos dijo que su padre había escondido un ejemplar de los libros santos en el hueco de una roca. Allá se fueron á buscarlo y júzguese cual sería su asombro al ver que estaban conformes con lo que había escrito Esdras.

Los cristianos orientales creen que Esdras se tragó un poco del fango del pozo donde había estado enterrado el fuego sagrado antes de la esclavitud y que adquirió así la facultad de escribir de nuevo todos los libros santos.

De los cuatro libros de Esdras, el tercero y el cuarto están reconocidos como apócrifos por todo el mundo, y el primero y el segundo los reputa canónicos la iglesia latina.

que éste sería un conquistador llamado á darles no sólo la libertad, sino el dominio del mundo entero.

La historia que nos resta de los hebreos de aquella época, se compone de corruptelas introducidas por el pueblo en el culto y las costumbres, reformas predicadas por los profetas ú ordenadas por los ministros de Persia; litigios con estos, disputas con los samaritanos, que cada vez se encenegaban más en el paganismo. Los hebreos dependían de los sátrapas de Siria, pero á medida que iba declinando el poder persa, se aumentaba la autoridad de los sumos sacerdotes como sucede á los obispos de la Edad Media; tanto que al fin llegaron á ser jefes de la nación.

(Alejandro en Jerusalén.)

Los persas dejaron en paz á los hebreos, y estos, agradecidos, sostuvieron á sus reyes y especialmente á Darío Codomano, último de aquellos. Cuenta Flavio Josefo que habiendo sitiado á Tiro Alejandro el Magno, pidió subsidios á los hebreos, los cuales se los negaron, porque se consideraban obligados á ser fieles á Darío, y que irritado aquél se dirigió sobre Jerusalén; pero el gran sacerdote Jaddo le salió al encuentro con toda la pompa del traje pontifical y le dijo que los profetas de su nación habían anunciado su llegada mucho tiempo antes. Quedó admirado el monarca de aquella majestad y refirió que antes de su expedición se le había aparecido un personaje vestido de igual modo, exhortando á la conquista; por lo cual aplacada su cólera dejó en paz á los judíos, permitiéndoles conservar sus leyes, y hasta eximiéndolos del pago del tributo en los años sabáticos. Entonces se alistaron en su ejército, así como otros habían servido en él de jefes. Los samaritanos secundaron eficazmente á Alejandro contra Tiro y en Egipto, y lograron la misma exención cada séptimo año. Aquel rey estableció muchos hebreos en su nueva ciudad de Alejandría, concediéndoles libertad religiosa é inmunidades iguales que á los macedonios, así es que tuvieron un etnarca que los gobernaba, juzgaba sus diferencias, se ocupaba de los intereses del comercio, daba las órdenes y las hacía cumplir como haría el jefe de un reino bien consolidado.

Después de Alejandro, la Palestina corrió igual suerte que la Fenicia y la Celesiria, caídas bajo el dominio del rey de Siria. Tolomeo Sotero sitió á Jerusalén, y al saber que los hebreos no combatirían en sábado, la asaltó aquel día. La ciudad fué tomada, trasladó cien mil á Alejandría, algunos de los cuales se extendieron

aun más adelante por el Africa hasta Cirene (1) y la Etiopia.

(Samaritanos)

Los samaritanos, observadores menos severos de la fidelidad jurada, se ponían de parte del más fuerte y así prosperaron y edificaron á Siquem convirtiéndola en capital. Según sus creencias no había más que un dios que envió á Moisés, cuyos libros eran para ellos los únicos cánones de fe, no los profetas, ni los historiadores ni la tradición. La circuncisión no podía á su entender aplazarse, como hacen los judíos, sino que se debía hacer al octavo día después del nacimiento. A diferencia de aquellos, jamás tenían dos mujeres, ni se casaban con las sobrinas, y se lavaban después del acto conyugal ó después de toda contaminación accidental. Observaban el sábado con tal rigor, que en semejantes días no encendían fuego, ni tocaban á sus mujeres, ni salían de casa para trasladarse á la sinagoga. La Pascua era su mayor solemnidad y después las fiestas de Pentecostés, de los Tabernáculos y el gran ayuno de la expiación; pero no ofrecían sacrificios más que en el monte Garizim.

En Siquem residía el sumo sacerdote, descendiente directo de Ruz, hijo de Finees. El Pentateuco conservado por ellos parecería el más auténtico, á causa de haber experimentado menos vicisitudes, pero los críticos han señalado en él ciertos pasajes alterados á propósito. Como la antigua lengua hebrea era conocida de pocos, tenían para el uso común una versión griega, la única probablemente de que oyeron hablar los primeros cristianos (2).

(Sectas.)

Aunque la ley mosáica se había conservado íntegra en la antigua sinagoga, los setenta años de servidumbre la habían alterado un poco en la aplicación. Los ju-

---

(1) Además de Simón, que ayudó á Jesucristo á llevar la cruz era de Cirene Jasón, autor de una historia de los Macabeos, de la que es un compendio el libro II de los Macabeos.

San Lucas (II, 10; V, 9) habla también de los judíos de Cirene. Mil de ellos fueron muertos en tiempo de Vespasiano como rebeldes; después se sublevaron en el reinado siguiente y mataron hasta doscientos mil habitantes de aquella provincia. *Xifilino*, al final del reinado de Trajano.

(2) El texto samaritano, perdido para los cristianos durante catorce siglos, fué mencionado por Escalígero, y luego traído á Europa é impreso en las ediciones políglotas.

bileos habían cesado; se habían interrumpido las solemnidades y las penitencias; la jerarquía sacerdotal se había arreglado al modo de la babilónica, y se había introducido en el culto la *cábala* ó tradición, llena de opiniones y de ritos caldeos. En tiempo de la vida patriarcal, el padre de familia, sacerdote y juez al mismo tiempo, aplicaba la ley; después ésta, en la vida nacional, se convirtió en ley parlante, activa más que especulativa, pronta, sin fórmulas, separando á los jueces de los sacerdotes, clara siempre, por ser inherente á la vida y estar como esculpida por el culto en los ánimos; pero, una vez que fué suspendida su acción por la esclavitud, era preciso restablecerla, darla á conocer á las generaciones no acostumbradas á ella, y hacerla penetrar de nuevo en las costumbres públicas.

(Justos. Caraitas. Saduceos.)

De aquí nació el escrúpulo de la letra, y mezclándose en este el espíritu sutil y argumentista de los griegos, surgieron muchas sectas. Antígono, hijo de Soco, presidente de la Sinagoga, enseñaba que no se debía servir á Dios por temor ó esperanza, sino únicamente por amor y respeto. Sadoc, discípulo suyo, no comprendiendo la grandeza de esta idea, supuso que su maestro había querido dar á entender que no había premios ni castigos más allá de la vida; que bastaba la justicia positiva de la ley escrita, y que no había ángeles, ni inteligencias superiores, ni resurrección de los cuerpos. Esta doctrina fué profesada por los judíos más ricos. En cuanto á los caraitas, que admitían una remuneración posterior, se diferenciaban algo de los saduceos.

(Asideos. Fariseos. Esenios).

Combatían esta doctrina los asideos ó *religiosos,* que aspiraban á mayor perfección, divididos en esenos y fariseos. Los fariseos pretendían que Moisés, además de la ley escrita, había recibido del ángel Raziel una tradición oral, que transmitió á Josué, el cual la había comunicado á los ancianos, los ancianos á los profetas, y éstos á los miembros de la gran Sinagoga. Esta cábala ó tradición explicaba cosas secretas para el vulgo, ó sea, el verdadero sentido de las ceremonias, de las profecías y de los enigmas. Por ellas sabían que había un Criador, un destino, una providencia, que contribuía á impulsar la voluntad del hombre, dejándolo, sin embargo, en libertad para decidirse entre el bien ó el mal, y, por consiguiente, sujeto á la ley del premio y del castigo en el otro mundo, donde el espíritu sigue viviendo, hasta el momento de unirse de nuevo con el cuerpo, destinado á

la resurrección (1). Según la doctrina que profesaban, el hombre podía librarse del castigo observando estrictamente el ayuno, haciendo limosnas, abluciones, sacrificios, plegarias, que son eficaces también para la vida; y llevando el entusiasmo hasta practicar todavía más que lo que prescribía la ley, podía prepararse un tesoro de méritos para disponer de ellos á voluntad. Su símbolo era: "*Sed lentos en juzgar, multiplicad el número de los discípulos, rodead la ley de una barrera*;„ y con este objeto, iban, por mar y tierra, en busca de prosélitos (2). Señalábanse, además, por una manera particular de vestir, por la pomposa austeridad de su vida, y por cierta facundia arrogante, en la cual, las sutilezas de las ideas, la avidez de las palabras, la estrechez de miras y la variedad de sus minuciosas investigaciones, probaban cuán infundada era su pretensión de hablar en nombre de Dios; pero como el contacto con los extranjeros iba siendo cada vez más inevitable y el derecho nacional era en muchos puntos insuficiente, los fariseos creyeron deber rodear la ley de una barrera, multiplicando las prácticas exteriores. Llevaban en la frente y en las muñecas, filacterios, ó sean listas de pergamino, más anchas que las que usaban los demás, y franjas más largas en los mantos, en los cuales algunos llevaban espinas, para que al pincharlos, les hicieran acordarse de invocar á Dios; no entraban jamás en casa sin lavarse desde los codos hasta los dedos, y todas sus cosas las purificaban con frecuencia y esmero. Igualmente añadían á las prescripciones de la ley una multitud de obras superrogatorias, por las cuales descuidaban las de la caridad, Jesucristo los acusaba de hipocresía, porque decían, que, siendo libre

---

(1) Josefo dice que, á su juicio, las almas pasaban á otros cuerpos (*de Bello Judáico*, II, 12.)

Pero el rabino Maimonides es más exacto, cuando escribe en la *Misna: Tertia classis statuit quod felicitas quam post mortem speramus est resurrectio mortuorum; nimirum quod homo post mortem speramus est resurrectio mortuorum; nimirum quod homo post mortem resuscitabitur, et cum propinquis et familiaribus bibet et comedet in aeternum*, t. IV. p. 259 de la edición de Wagenseil.

(2) La *Misna* dice, t. IV, cap. *Pulv.: Moses accepit legem oralem seu traditionalem de Sinai, et tradidit eam Jehoschue; Jehoschua vero semoribus; seniores prophetis; prophetae tradiderunt eam viris synagogae magnae. Isti dixerunt tres sententias: Estote moram trahentes in judicio, constituite multos discipulos, et facite sepem pro lege.*

el albedrío del hombre, no debía juzgarse de la moralidad por las disposiciones internas sino por las ceremonias exteriores, no por una ley subjetiva, sino por una ley objetiva. El pueblo que se atiene á exterioridades los tenía en gran concepto, por lo cual degenerando su escuela en facción política, turbaron todo el periodo de los Asmoneos.

Parece que los esenios nacieron del grupo de los hebreos refugiados en Egipto y en los confines del desierto, y que su pobreza y desventura les inclinaron á la vida monástica. Conociendo allí las doctrinas orientales y las griegas, las amalgamaron con las mosáicas de manera que formaron una secta distinta, subdividida no obstante en dos familias; la primera completamente especulativa, la otra enteramente práctica, cuya vida y principios nos ha dado á conocer Filón. Repudiando la tradición como los saduceos, creyendo como los fariseos en la inmortalidad del alma, enemigos de vivir en las ciudades, habitaban en los campos absteniéndose de todo tráfico, dedicados al trabajo, desterrando la esclavitud, despreciando las riquezas, comiendo juntos, y usando vestidos blancos, que á ninguno pertenecían, pero que cada uno llevaba á su vez. Asimismo sus casas estaban abiertas para todos, y en ellas vivían muchas familias reunidas. Se abstenían del matrimonio y se dedicaban á educar los hijos agenos; veneraban los ancianos, no mentían ni hacían juramentos y guardaban silencio respecto de sus misterios, que se reducían á la moral escrita en la ley.

Al cumplirse los tiempos, estos gérmenes debían dar buenos frutos al cristianismo, mientras que los fariseos, convertidos en facción dominadora, aceleraban la ruína de la nacionalidad judaica (1), de la que eran al parecer fervientes defensores.

(Tradicionalistas y escribas.)

El Nuevo Testamento daba el nombre de *escribas ó doctores* á aquellos que se llamaban á sí mismos tradicionalistas (*taunaim*), miembros de una segunda sinagoga, que á diferencia de la primera fundada por Esdras y que sólo tenía por objeto recopilar y revisar el texto del Antiguo Testamento, se dedicaban á explicarlo y comentarlo, transmitiéndose la doctrina por tradición oral y considerándose como apóstata al que no reconocía la

---

(1) Jesucristo los reconvenía por ello: *Voe vobis, Phariseei, quie circuitis mare et terram, lit faciatis unum proselytum* (S. MATEO, XXIII, 15.)

autoridad de su maestro en las controversias. Como se presentaban en la vida civil muchos casos que debían decidirse por la ley mosaica, elegiánse los escribas más doctos para asistir como asesores á todos los tribunales de justicia.

(Versión de los LXX.)

Tolomeo Filadelfo, deseando enriquecer también su biblioteca con los libros sagrados de los judíos, de los cuales le había hablado Demetrio Falereo, se dirigió al Sanedrín, para rogarle que le enviase personas capaces de traducirlo, y en recompensa se comprometía á devolver la libertad á los judíos que había hecho prisioneros, cuyo número ascendía á ciento ó ciento veinte mil y cuyo rescate costó al tesoro de Tolomeo 460 ó 660 talentos (1), según nos dicen los narradores de este hecho, Arísteo y Josefo. El rey de Egipto envió embajadores con donativos al sumo pontífice, Eliazar, que voluntariamente accedió á la demanda, y le remitió una copia de los libros santos en letras de oro, y setenta y dos individuos que poseían los idiomas griego y hebraico. Tolomeo les acogió con mucho respeto; se postró en tierra siete veces ante el código santo; y durante siete días trató magníficamente á aquellos sabios extranjeros, manifestando que consideraba su llegada como uno de los acontecimientos más felices de su reinado. Luego fueron conducidos á la isla de Faro, donde en un edificio construído expresamente para ellos, á orillas del mar, pusieron mano á la obra, trabajando desde las seis de la mañana hasta las tres de la tarde; y después á su regreso á la ciudad, asistían á un banquete servido á expensas del rey. Cuando se presentaba alguna dificultad respecto de la versión, se discutía en junta general, y conforme iba avanzando la obra, se enviaba una hermosa copia á Tolomeo. Al cabo de setenta ó setenta y dos días quedó terminada.

Filón añade á este hecho otras circunstancias milagrosas, y principalmente la de que los 70 intérpretes trabajaban cada uno separadamente, y luego cuando estuvo completa la obra, se vió que las diversas traducciones correspondían entre sí, de tal modo, que no discrepaban ni en una sílaba. San Justino mártir había visto las celdillas en que estuvieron encerrados separadamente por orden de Tolomeo; Epifanio, que vivía á mediados del siglo III, conservó la pretendida carta que escribió Tolomeo á los hebreos para obtener esta versión

(1) De 2.530.000 á 3.630.000 pesetas.

de sus libros (1). Dice que las celdas eran treinta y seis, que no recibían más luz que del techo; cada dos intérpretes tenían un libro para traducir, y concluído, lo trasmitían á los otros dos siguientes de modo que cada libro fué traducido 36 veces. Trabajaban desde el amanecer hasta el ocaso, y entonces dos á dos eran conducidos al palacio, donde cenaban con Tolomeo. Después los encerraban en cuartos separados y á la mañana siguiente los volvían á conducir á las celdas. Terminada la traducción se leyó en presencia del rey por treinta y seis personas, mientras la trigésima séptima tenía el libro original, y la sorpresa del rey fué grande cuando vió que se hallaban tan perfectamente acordes.

Todavía podríamos contar muchísimas fábulas que poco á poco se han ido acumulando acerca de un hecho tan sencillo, y que se reduce probablemente á que los muchos hebreos establecidos en Alejandría, olvidando cada vez más el idioma patrio, desearon tener una traducción de los libros santos; que se hizo esta con la escrupulosa solemnidad que requería un código sagrado; que lo revisaron cuidadosamente los setenta del Sanedrín que se había establecido en aquella ciudad á ejemplo de Jerusalén, y que en memoria de esta traducción auténtica instituyeron los hebreos helenistas una fiesta anual, durante la cual iban en procesión á la isla de Faro, mientras que por su parte los hebreos judaizantes, considerando la versión como obra sacrílega, la expiaban con un ayuno anual. Sea como fuere, es lo cierto que los libros santos llegaron también á ser conocidos por los gentiles, antes que se cumpliesen las profecías que contenían.

Entre los hebreos que se establecieron después en Alejandría se cita á Jesús, hijo de Sirach, el cual tradujo allí al griego el *Eclesiástico*, obra de uno de sus antepasados, libro en su mayor parte moral, con algunas noticias históricas al fin, y que termina con una magnífica plegaria del mismo Jesús: "¡Te glorificaré, oh señor rey! ¡Te alabaré, Dios salvador mío! Bendito sea tu nombre porque fuiste mi salvador y protector. Tú fuiste el que libraste mi cuerpo de la perdición y de los lazos de una lengua nueva y engañosa y el que me defendió contra los que me acusaban. En medio de tu inmensa misericordia, me libraste de los leones que rugían prontos á devorarme, de la violencia de la llama que me envolvía, de los labios impuros y de las palabras falaces, de un

(1) *De pondere et mensuris*, núm. 9.

rey injusto y de las lenguas maldicientes; me habían rodeado por todas partes y nadie estaba presente para socorrerme. Entonces, señor, recordé tu misericordia y tus obras y tu me libraste, por lo cual cantaré en alabanza tuya y bendiciré el nombre del Señor. Joven todavía, antes de extraviarme, busqué la sabiduría en mis plegarias y la buscaré hasta el fin de mis días. Y mi corazón se regocija con ella; mis pies van por el camino recto, y no lo he abandonado desde mis primeros años. Glorificaré al que me ha iluminado. Acercaos á mí los que no sepáis. ¿Por qué tardáis tanto? Comprad la sabiduría sin ningún gasto y encorvad vuestra frente bajo el yugo. Que vuestra alma abrace la ciencia, pues está cerca de los que la buscan. Ved con vuestros propios ojos que yo he trabajado poco tiempo y he logrado un gran reposo. Recibid la sabiduría más preciosa que el dinero y tendréis en ella un gran tesoro. Haced vuestra labor antes de que terminen vuestros días y cuando llegue el momento el Señor os otorgará una recompensa."

La docta Alejandría no se dignó, sin duda, dirigir una ojeada á las composiciones de los poetas hebreos, que tan extraño contraste forman con las educaciones de los griegos, cuyos vates colocaban entre los dioses á los reyes adúlteros, á sus esposas que eran también sus hermanas y las cabelleras cortadas.

Entre el año 311 y el 301, los hebreos de Jerusalén permanecieron sumisos á Antígono y cuando fué destruído el reino de éste se sometieron á los Tolomeos, y fueron gobernados por los sumos sacerdotes, con el título de *etnarcas* ó *alabarcas*, asistidos de un sanedrín. El templo sostenido por medio de un impuesto general, llegó á poseer grandes riquezas, que al mismo tiempo que excitaban la avaricia de los reyes sirios, daban motivo á que fuese muy ambicionado el cargo de sumo pontífice; cargo que no se confería ya al mérito, sino que se compraba con oro y se conservaba favoreciendo no la causa más justa sino la más afortunada. Entre ellos se hicieron famosos Simón el Justo; después el avaro y mal aconsejado Onías, que habiendo negado á Tolomeo III el tributo anual de 20 talentos de plata, puso en inminente peligro á la Judea, á la cual había abandonado el rey al furor y á la codicia de los soldados, si Josefo, sobrino de Onías, no hubiese ido á calmarlo. Este le dijo además que las contribuciones de la Celesiria y de la Fenicia estaban arrendadas por un precio muy bajo y propuso y logró encargarse de su recaudación por el doble valor, con lo cual pudo pagar la

deuda de la nación, y continuó explotando á aquellas provincias hasta que pasaron á poder del Egipto. Que eran inmensas las riquezas que adquirió este arrendador lo prueba el hecho de su hijo Hircano, el cual, habiendo ido á Alejandría para felicitar á Tolomeo por el nacimiento de un hijo, regaló al rey 100 mancebos y á la reina 100 niñas, y gastó en aquella ocasión 400 talentos (1) sin contar los magníficos regalos que hizo á todos los cortesanos.

Recorriendo sus provincias, Tolomeo Filopator quiso penetrar en el sagrario del templo de Jerusalén, á pesar de la oposición de los hebreos; pero un misterioso terror lo detuvo. Irritado por ello se enfureció contra los hebreos de Alejandría, abolió sus privilegios y ordenó que los que se negaran á apostatar fuesen marcados con la figura de una hoja de hiedra. 300 obedecieron cobardemente y á los demás se les reunió en el hipódromo para ser pisoteados por los elefantes, pero estas fieras se volvieron contra los espectadores y entonces Tolomeo castigó á los apóstatas y restituyó su libertad de conciencia y sus privilegios á los que habían sido fieles á su fe.

Semejantes tratamientos disminuyeron la adhesión de los hebreos á los reyes de Egipto; así es que cuando Antíoco el Grande declaró la guerra á este país se le sometieron expontáneamente y lo ayudaron á rechazar á las tropas egipcias, que acaudilladas por Escopa habían ocupado el territorio y la ciudadela de Jerusalén. Antíoco agradecido confirmó á los hebreos sus franquicias, libertó á los que eran esclavos en sus Estados y prometió varias sumas para terminar el templo.

(Onías.)

Pero los sucesores de este soberano, menos generosos y más ricos á causa de su lujo, dirigieron codiciosas miradas á los tesoros del templo. Habiendo irritado el sumo sacerdote Onias III á Simón Benjamita, éste dió noticias á Seleuco Filopator de las considerables riquezas existentes en el templo que aquél dirigía. El rey de Siria envió entonces á Heliodoro para apoderarse de ellas; pero al querer el sacrílego penetrar en el sagrado recinto fué rechazado por un milagroso guerrero. Enseguida Onias fué despojado de su dignidad por su hermano Josué, que no contento con trocar servilmente su nombre por el de Jason, compró á fuerza de dádivas la protección del rey Epifanes, que se proponía someter á

(1) Aproximadamente 2.200.000 pesetas.

los hebreos é introducir entre ellos las costumbres griegas.

(Menelao.)

Josué fué también depuesto por su hermano Menelao, que adjuró la religión, hizo asesinar á Onias y continuó la guerra contra el otro hermano, hasta que Antíoco, aprovechándose de la discordia, se apoderó de Jerusalén, degolló á 40.000 ciudadanos y vendió otros tantos, inmoló cerdos en el templo, de donde se llevó el altar de los perfumes, la mesa de proposición, el candelabro y muchísimos vasos; y sospechando luego que los judíos intentaban recurrir á los romanos, incendió Jerusalén, erigió una fortaleza sobre las ruínas de la ciudadela de David y dedicó el templo á Júpiter Olímpico, todo con el fin de destruir aquella poderosa nacionalidad, borrando todo recuerdo del culto antiguo, de los sábados, de la circuncisión é introduciendo los dioses y las costumbres de los gentiles.

Muchos hebreos abjuraron y especialmente los samaritanos que aceptaron númenes y ritos extranjeros. Se erigieron ídolos; se quemó en su honor incienso; se echaron al fuego los libros de la ley; se persiguió de muerte á los que circuncidaban á los niños, y toda la Judea fué teatro de las obscuras solemnidades de Baco. Pero no faltaron ejemplos de magnánima resistencia: muchas familias huyeron de la patria al desierto; una madre se resolvió á morir con siete hijos antes que comer carne de víctimas sacrificadas á los ídolos; y por último el sumo pontífice Matatías, con sus hijos Juan, Simón, Judas Macabeo, Eleázar y Jonatas, apeló á todos los hombres de buena voluntad y celosos de la conservación de la ley de Dios, mató á sus enemigos, derribó sus altares y seguido de los asideos huyó á los montes, asilo de la libertad. Allí mandó circuncidar á los niños, instituyó juicios según los ritos patrios, principió la revolución de la Judea y ya en su lecho de muerte exhortó á sus hijos á continuar firmes en la ley, diciéndoles que la persecución era otra prueba de su verdad, y que Dios protegería su valor más eficazmente que millares de espadas.

Los sirios acudieron para sofocar los primeros síntomas de la sublevación, pero encontraron valiente y tenaz resistencia. Presentóse luego Antíoco en persona y habiéndose apoderado de Eleazar, anciano de noventa años, de vida santa y de grande saber, no pudo lograr de él, ni aún aplicándole los mayores tormentos que probase la carne de puerco, y le vió expirar intrépido,

exhortando á los judíos á permanecer fieles á su fe. Otros mil refugiados en el desierto, se dejaron degollar antes de luchar en sábado, pero después declararon los Macabeos que se podía hacer la guerra en el día santo en defensa de la patria y de la religión.

(Judas Macabeo.)

Este nombre de Macabeo proviene de que Judas, hijo de Matatías, inscribió en su estandarte las letras M. C. B. J. iniciales de las palabras "*¿Quién semejante á vos Señor?* (1). Tan valiente en el combate como sabio en los consejos, supo valerse de la fuerza que tienen todas las revoluciones producidas por el deseo de la libertad religiosa, y sus hazañas contristaban á los reyes y alegraban á los pueblos. Restableció los usos antiguos y antes de empezar la lucha, por desigual que fuese, hacía proclamar según las prescripciones del Deuteronomio,(2) que los que hubiesen edificado casa, contraído esponsales ó plantado viñas, se retirasen. Este fué el héroe que derrotó á los generales enviados por Antíoco, libertó á Jerusalén, y purificó de la abominación el templo.

Habiendo muerto Antíoco, cuando se dirigía contra Babilonia, la menor edad de Eupator favoreció á los hebreos, con quienes Lisias hubo de hacer las paces, sancionando la libertad del culto. Después de lograr esto los hebreos aspiraron á la independencia nacional, á cuyo fin se dirigieron á los romanos "*sabiendo que eran poderosos en fuerzas, que escuchaban de buena voluntad á los que recurrían á ellos, y que daban y quitaban los cetros sin que hubiese entre ellos quien llevase corona ni púrpura.*„ Los romanos aceptaron su alianza é intercedieron en favor de los hebreos cerca de los reyes enemigos; pero todo fué en vano, y la guerra estalló aún más violenta contra Antíoco V y contra Alcimo, que habiendo obtenido por intriga el pontificado, lo ejercía como vasallo de los extranjeros.

Después de la muerte de Antíoco Eupator, Demetrio Sotero le sucedió, y derrotó á Judas. Después de haber sostenido la causa de su patria y de su Dios con tantas victorias, alcanzadas, no solo sobre los sirios, sino también sobre los árabes, los idumeos y otros pueblos vecinos, este valiente jefe hebreo murió peleando

---

(1) Estas letras son las iniciales de las voces: *Mi Camoca Belohim, Iehova*, "¿Quién es semejante á vos entre los dioses, Señor?» lo cual está sacado del Exodo, XIII, 15.

(2) Véase tomo I, cap. VI.

valerosamente.

(Jonatás. 160.)

Tan grande pérdida desconsoló á los hebreos y regocijó á los enemigos; pero su hermano Jonatás se encargó del mando del ejército, y á la muerte de Alcimo aspiró á la dignidad de sumo pontífice. Habiendo estallado la guerra entre Demetrio y Alejandro Bala por la sucesión al trono de Siria, ambos contendientes solicitaron la alianza de Jonatás, que favoreció á Bala recibiendo á cambio donativos y el título de sumo pontífice. Sin embargo de esto, Jonatás quiso que se lo confiriese la nación, y en efecto, llegó á ser jefe, no de una parte solamente, sino de toda ella, si bien continuó pagando el tributo á los reyes de Siria. A la muerte de Bala, Demetrio II confirmó en su dignidad de sumo pontífice á Jonatás, el cual agradecido corrió á socorrerlo cuando se le reveló Antíoquía y volvió á Jerusalén cargado de botín. Después, indignado al ver que Demetrio no cumplía las promesas que le había hecho, abandonó Jonatás su causa por la de Antíoco, hijo de Bala; venció á Demetrio, hizo alianza con los romanos y se proponía fortificar la ciudad, cuando Trifón gobernador de Antioquía se apoderó de él á traición y le dió la muerte.

Sucedióle en el pontificado su hermano Simón, reconocido por los romanos y por Demetrio II, que lo nombró etnarca, y eximió el país del tributo. Habiendo caído Demetrio en poder de los partos, Antíoco Sidetes que le sucedió, se conservó fiel á Simón, hasta que hubo subyugado al rebelde Trifón, y luego envió contra él á Condebeo que fué vencido.

(Juan Hircano. 134.)

Simón fué asesinado por su yerno Tolomeo ambicioso de dominación, y Juan Hircano, hijo de Simón, pudo sucederle; pero volvió el país á ser tributario por fuerza de Antíoco Sidetes, hasta que fué vencido éste por los partos. Entonces el reino de Judea recibió su independencia, la conservó, merced á las guerras intestinas de la decadente Siria y á la alianza renovada con los romanos, y hasta aumentó su territorio con las victorias que alcanzó sobre la Idumea y Samaria.

Esta última ciudad, habitada por una colonia macedónica, continuó desmantelada hasta que Herodes la reedificó con el nombre de Sebaste. Hircano vivió respetado exteriormente, pero no tranquilo en lo interior, donde causaban grandes disensiones las luchas entre fariseos y saduceos, luchas que se agriaron aun más

en tiempo de sus sucerores. Aristóbulo Filheleno que sucedió á su padre en el pontificado, dividió primero la autoridad con su hermano Antígono, el cual enviado por él á someter la Iturea, logró su objeto; y volviendo victorioso el día de la fiesta de los tabernáculos, en su afán de llegar pronto al templo, se olvidó de dejar las armas y despedir á su séquito. El rey que ya lo miraba con recelo, aparentó creer que era aquel un acto de rebelión y le mandó matar. Aristóbulo murió al fin acosado por los remordimientos de su conciencia.

(Janeo.)

Su viuda Alejandra, llamada Salomé por los griegos, que era la instigadora de sus delitos, hizo proclamar por sucesor á su otro hermano Janeo ó Alejandro el cual dió la muerte á un hermano, obligó al otro á retirarse á la vida privada, defendió su reino contra Tolomeo Sotero, y secundado por la reina Cleopatra, extendió sus dominios. Pero tenía en lo interior á los fariseos por enemigos, los cuales empleaban toda clase de medios para hacerle odioso al pueblo. El día de la fiesta de los Tabernáculos, adonde acudía la población con palmas y ramas de limonero, mientras aquél ofrecía los sacrificios, le arrojaban de todas partes ramas de cedro, acompañando el insulto con palabras injuriosas. Janeo dirigió contra ellos sus tropas, mató seis mil, y después se rodeó de una guardia extranjera y asalariada; pero ni estos satélites ni nuevas victorias bastaron á reprimir la audacia de sus adversarios, que le hicieron por mucho tiempo guerra abierta, en la que perecieron en el espacio de seis años 50.000 revoltosos, y el reino se vió sumido en el mayor desorden. Janeo intentaba entrar en negociaciones; pero todos sus esfuerzos eran vanos, y cuando preguntó á los rebeldes lo que deseaban, le respondieron "*Que te ahorques.*„ Al fin recurrieron á Demetrio Euquero,que invadió la Judea y derrotó á Janeo, pero éste no tardó en reponerse y tomó cruel venganza de sus enemigos.

El terror produjo la paz y Janeo pudo hacer nuevas conquistas, en medio de las cuales y de sus torpezas murió. Había aconsejado á su esposa Alejandra que ocultase su muerte hasta después de haber entrado en Jerusalén; que entonces se procurase la amistad de los fariseos, porque no la perjudicasen como á él, y protestase querer guiarse en todo por sus consejos. Así lo hizo Alejandra y los fariseos, no solo cesaron de ultrajar la memoria del rey difunto, sino que lo aclamaron por héroe y padre del pueblo, nombraron á su viuda regen-

te, en perjuicio de sus dos hijos, el imbécil Hircano y el sanguinario Aristóbulo.

Pero estos fariseos que ponían precio á sus favores exigieron que Alejandra anulase todos los decretos que les eran contrarios, que proclamase plena amnistía y que llamase á los desterrados. Luego degradaron la ley mosaica, sujetándola á sus caprichosas interpretaciones, y habiéndose aumentado su número, hasta el punto de ser su partido omnipotente, pidieron á la reina que exterminase á los saduceos. Decretóse, pues, contra ellos una atroz persecución que duró muchos años, á pesar de que Alejandra procuraba mitigarla.

(Aristóbulo.)

Apenas cerró ésta los ojos, gozosos los súbditos de verse libres de la tiranía de los fariseos, se declararon en favor de Aristóbulo, en quien Hircano se vió obligado á abdicar la dignidad de pontífice y rey. Pero Antípatro, gobernador de la Idumea, temiendo que lo castigase Aristóbulo por haber favorecido siempre á Hircano, persuadió á éste de que su hermano le tendía un lazo, y á pesar de su mucha indolencia, le decidió á que reclamase el trono con el auxilio de Aretas, rey de la Arabia. Este, que entró en Judea, venció á Aristóbulo y lo sitió en el templo de Jerusalén, mientras se proclamaba fuera á Hircano, con cuyo nombre encubría sus ambiciosos proyectos la facción de los fariseos.

Como corría á la sazón la época en que se celebraba la Pascua, los sitiados suplicaron á sus adversarios que les procurasen víctimas, ofreciendo mil dracmas por cada animal; pero los sitiadores, luego que sus enemigos le echaron el precio desde las murallas, les negaron las víctimas, por lo cual los sacerdotes se presentaron ante el altar con las manos vacías, implorando venganza de Adonai. Vivía entonces el santo varón Onías, que horrorizado de aquellas guerras fratricidas se había retirado al desierto, y corrieron en su busca los fariseos para hacerle pronunciar imprecaciones contra Aristóbulo. No pudiendo evadirse el anciano, rogó á Dios que no oyese al pueblo sitiador ni á los sacrificadores asediados. Los hebreos, irritados, le apedrearon, y el cielo, en señal de ira, desencadenó una tempestad; pero demostróles aún mejor su disgusto, enviándoles el azote más terrible para ellos: los romanos.

Así corría también á su ruina el pueblo de Dios; pero de todas suertes, su situación excepcional merece particular atención. Ante el espectáculo de las continuas vicisitudes de entonces, de la caída de tantos rei-

nos, y del exterminio de tantas ciudades, los gentiles se confirmaban cada vez más en aquella idea de una decadencia progresiva que les habia quedado de la primera tradición; en su concepto, todas las cosas humanas estaban destinadas á envejecer y perecer y hasta los que idolatraban á Roma y reverenciaban la eternidad del inmenso Capitolio á cuya solidez parecía agregar una piedra más cada nuevo rey que subía encadenado por la vía sacra (1), proclamaban sin embargo que cada generación era peor que la antecedente y que el mundo se encaminaba á su ruina inevitable y fatal.

Sólo Israel, en medio de tan graves desastres exteriores, conservó viva todavía la otra parte de la tradición, y juntamente con el dogma de la caída, veneraba el de la regeneración, adhiriéndose á él, tanto más, cuanto mayor era la humillación á que se veía reducido. Entre todas las naciones antiguas, Israel es el único pueblo que conoció aquella doctrina del progreso, que es el carácter y la gloria de la civilización moderna. Unicamente que los hebreos, obcecados por un falso patriotismo, no veían en el Redentor más que la gloria nacional, un restaurador de la raza de Abraham, según la carne, no según la fe; un Mesías judío, vencedor de sus enemigos, no el Hijo del hombre que debía proclamar la fraternidad universal y una ley de amor independiente de los tiempos, de los lugares y de las condiciones.

CAPITULO XV

Sumisión de la Grecia. — Envilecimiento de la Siria.

Roma, que hasta entonces había tenido á Grecia bajo una dependencia de hecho más que de nombre, aspiraba en lo sucesivo á reducirla á provincia. Ardientes admiradores de la armónica grandeza de aquel país, nos sentimos animados de compasión ante el espectáculo de su agonia, al leer la relación de las humillaciones y de los ultrajes, al través de los cuales llegó al término de su vida.

Desde que Arato abrió el Peloponeso á los macedonios, la liga aquea se vió perdida, y si Filopémenes le hizo cobrar algún vigor, después de él se hizo odiosa y despreciable, alternando en ella la servil complacencia hacia el senado romano con una desesperación ridícula,

(1) Véase Horacio, oda VII del libro III, v. 46.

como si hubiera querido privarse por su propia mano de la compasión que la generosidad concede á los países llamados á perecer. Las victorias de los romanos habían inspirado una excesiva osadía á sus partidarios, gente avara é insolente, pero sostenida siempre por los vencedores que empleaban toda clase de medios para deprimir, desacreditar y contrariar á todos los que le ofrecían resistencia, á todos los que sintiéndose con ánimo esforzado amaban á su patria y defendían sus derechos. Amiga de los débiles, á fin de tener ocasión de luchar con los fuertes, Roma manifestó gran celo en favor de la desmantelada Esparta y tenía gente pagada para acusar al que osaba contradecir á sus comisarios. Descollaba entre éstos por su poder y su vileza, Calícrates, que deseoso de llegar á los primeros puestos, pintaba con sombríos colores á quien le superaba en mérito, basando todas sus acusaciones en el hecho de haber favorecido á Perseo, cuya memoria perseguían los romanos, después de haberle tratado cruelmente en vida.

Dos comisarios fueron enviados á la liga aquea, para procesar á todos los ciudadanos denunciados, y uno de aquéllos llegó á proponer á la Asamblea que se condenase á muerte á los factores de Perseo, reservándose para después el decir sus nombres. Pareció insensata esta demanda, y los aqueos se limitaron á prometer que condenarían á los que no alegasen nada para su justificación.

"*Pues que lo prometeis*—replicó el comisario romano—*digo que todos nuestros capitanes, generales y cuantos han desempeñado cargos en nuestra república, están manchados de este crimen.*„ Al oir tamaña acusación se levantó Jenón y dijo: "*Yo mandaba el ejército y fuí jefe de la liga, y protesto de no haber hecho nada contra los intereses de Roma. Si alguno se atreve á acusarme de esto que reputan un crimen, puedo justificarme ante la dieta de los aqueos ó ante el senado de Roma.*„

Cogió esta imprudente palabra el comisario y añadió que no podían apelar á más equitativo tribunal. Leyendo después los nombres de la lista que le había dado Calícrates les intimó á que fuesen á Roma á disculparse. Eran más de mil, la flor del país, y así de un solo golpe y golpe mayor que todos los que se habían atrevido á dar los más ambiciosos tiranos, la liga aquea quedó privada de jefes. No bien llegaron á Italia, fueron relegados á varias ciudades, sin ser siquiera oídos ni atendidos sus ruegos, ni escuchadas las diferentes diputaciones enviadas por la Acaya. Calícrates, convertido

en jefe de la envilecida liga, oía sin conmoverse las quejas de sus parientes que solicitaban su regreso, y los gritos de los hijos que, cuando le veían en público, le seguían gritándole: *¡Traidor! ¡Enemigo de la patria!* Diez y siete años continuaron aquellos desterrados solicitando el juicio y oyendo elogiar la *equidad romana*, hasta que habiendo expuesto Catón que la cuestión estaba ya reducida á deliberar si habían de ser sepultados por sepultureros romanos ó griegos, obtuvo que fuesen oídos y puestos en libertad los pocos que se habían sobrevivido al hambre y al tormento. ¡Infame tiranía contra un país independiente como era la Acaya, y contra hombres de mérito, que en su mayor parte habían combatido en favor de los romanos!

Los que volvieron á sus hogares no pudieron hacer más que lamentar la abyección á que hallaron reducida su patria, donde los romanos, con su perfidia y crueldad, se habían creado muchos enemigos, que á pesar del partido contrario, osaban murmurar ó protestar contra las vergonzosas intrigas y las concusiones y parecían dispuestos á romper abiertamente, movidos por generoso patriotismo y sobre todo por el ejemplo de la Macedonia.

(Tercera guerra de Macedonia.)

Este reino que en tiempo de Alejandro había dictado leyes al mundo, se indignaba al verse despojado hasta de su independencia y reducido á provincia. Sus habitantes, refugiados en Roma, no perdonaban ruegos ni dinero para comprar amigos en el Senado, á fin de que no se hiciese violencia á sus compatriotas. Con este objeto cultivaron la amistad de Paulo Emilio mientras vivió, y después la de su hijo Escipión Africano, que si no hubiese sido por los movimientos de España habría ido á Macedonia á atender las reclamaciones; pero el senado se ocupaba de sus intrigas políticas y de sacar partido de los errores de los príncipes. Por otra parte, como no creía que el descontento de los macedonios pudiera tener consecuencias, dejaba que sus oficiales los tratasen cada día peor y confería los primeros grados á quien más obediente se mostraba á la voluntad romana.

(Pseudo Filipo.)

Erigióse en vengador de estas ofensas un tal Andrisco, persona á quien los romanos, únicos narradores de estos acontecimientos, nos presentan como de baja ralea, y que para justificar su actitud y sus derechos, se alababa de ser hijo de una concubina de Perseo. Decía

que había pasado doce años refugiado en casa de un pobre, que luego le descubrió su orígen; y habiéndose fugado por temor del rey Eumenes, enemigo mortal de su familia, se había refugiado cerca de Demetrio Soter que cometió la cobardía de entregarlo á los romanos por asegurarse su amistad. El senado que temía poco al Pseudo-Filipo, como lo llamaba, lo vigiló tan poco, que se escapó, y refugiándose en la Tracia, recorrió las cortes de aquellos reyezuelos, exponiendo sus quejas, las indignidades de los romanos y la facilidad de una revolución. Al llamamiento de Andrisco respondieron los tracios. El rebelde se rodeó de una comitiva regia, allegó un ejército, tomó algunas plazas fuertes, y en breve toda la Macedonia, creyéndolo ó no, pero espontáneamente, se entregó á aquel vástago de sus antiguos reyes, el cual para asegurarse en el trono invadió las provincias vecinas.

Roma no tenía entonces ejércitos en aquellos puntos y era de temer que la Grecia aprovechase la ocasion para vengarse de sus afrentas. Sabía que Cartago había enviado embajadores á Andrisco para aliarse con él en la inminente guerra; pero la Grecia, que se había envilecido en la servidumbre se apresuró á hacer protestas y á dar pruebas de sumisión á su tirano: Escipión Nasica, hombre afable y justo, sirvió mejor á su patria, con su conducta conciliadora, recorriendo las ciudades de la liga, haciendo justicia á sus demandas, aliviando sus gravámenes, afianzándolas en la fe y sacando de cada una algunas tropas, con las cuales formó un ejército, que lo hubiese hecho con las armas. Más de una vez fueron derrotadas las armas romanas por Andrisco, pero éste no unía al valor las demás cualidades de jefe de partido, y si se había conservado digno en el infortunio, no supo serlo en la prosperidad; pues se mostró tirano, soberbio, sospechoso, avaro y homicida. El pretor Q. Cecilio Metelo pudo entonces vencerlo, pero después de haber combatico valerosamente, Andrisco se refugió entre los tracios y reapareció con un nuevo ejército. Derrotado otra vez, volvió á buscar asilo cerca de Bizas, rey de Tracia, el cual lo vendió á los romanos que adornaron con él sus triunfos.

(Sumisión de Macedonia.)

Otros supuestos hijos de Perseo intentaron también hacer valer sus derechos por medio de la fuerza, pero todos fueron vencidos. Metelo sometió enteramente la Macedonia, trasladó de Dío á Roma 25 estatuas ecuestres de los soldados muertos en el Gránico y estableció

un gobierno severo bajo la autoridad arbitraria de los magistrados. Entre ellos se mostró singularmente inícuo Decio Julio Silano, contra quien los macedonios enviaron quejas á Roma. Su padre Tito Manlio Torcuato obtuvo el consentimiento para juzgarlo en su casa, conforme á la antigua ley patricia; y después de oídas las partes y declarado reo el hijo, lo condenó á que no volviera jamás á presentarse en su presencia. Silano se creyó con esto tan deshonrado, que se ahorcó, y Manlio ni cerró la casa ni vistió luto, declarando que no pertenecía á su familia el que había perdido la virtud.

De esta manera se ensalzaba hasta las nubes la equidad romana, en tanto que continuaba la opresión de Macedonia.

Las turbulencias de esta provincia parecieron favorables á la liga aquea para sujetar á Esparta, sublevada contra ella por las intrigas de los romanos. Habiendo surgido ciertas divergencias entre Oropo y Atenas, los habitantes de la primera recurrieron á los aqueos y prometieron diez talentos al lacedemonio Menalcidas, general de la liga, si se declaraba en su favor. Hízolo así Menalcidas de acuerdo con Calícrates, pero envió las tropas cuando ya Oropo había sido invadida y saqueada, lo cual no le impidió reclamar el precio de la corrupción. Así llegó á descubrirse el pacto y Menalcidas habría sido condenado, si Dico, que le sucedió, no le hubiese absuelto mediante la cantidad de tres talentos.

La liga desde entonces miró con malos ojos al general y lo acusó de favorecer á los lacedemonios. Él para disculparse propuso entonces á la dieta que se quitara á los espartanos el derecho de fallar en sus causas criminales, derecho que habían obtenido de los romanos. Los espartanos dirigieron sus reclamaciones á Roma y allí acudieron también Dieo y Menalcidas y compraron la absolución; luego, volviendo al Peloponeso atizaron la discordia. Viendo los comisarios romanos la imposibilidad de apaciguar los ánimos, convocaron la asamblea general en Corinto y expusieron con cuanto dolor veía Roma á los griegos destrozarse mutuamente en discordias civiles; que las causas de éstas era la forma de gobierno federal, porque no pudiendo ponerse de acuerdo sus diputados se veían precisados á recurrir á las armas; y que el senado romano en su sabiduría había calculado que la unión sería más felíz cuanto menos extensa fuese la confederación, por lo cual ordenaba que saliesen de la liga todas las ciudades que desde el principio no habían formado parte de ella, como Corinto, Es-

parta, Argos, Heraclea y Orcomene. No es posible dar idea de la indignación con que fué oída esta proposición. Enfurecido el pueblo mató á cuantos espartanos encontró en Corinto, y con dificultad se salvaron los enviados romanos.

Roma, en guerra todavía con Cartago y con los pretendidos hijos de Perseo, como no pudiese hacer que á la injuria siguiese pronto la venganza, envió nuevos agentes con moderadas quejas; pero Dieo, Critolao y Demócrito, restos de los antiguos desterrados que habían vuelto á Italia, hicieron comprender á los aqueos cuales eran los verdaderos motivos de aquella insólita moderación romana. Otros enviados de Metelo fueron también insultados, y todas las ciudades, animadas por aquellos jefes y como acometidas de un vértigo de heroísmo y de libertad, exclamaron que era más decoroso morir combatiendo que ceder vilmente, y consiguieron que se declarase la guerra contra Roma y Esparta.

(Toma de Corinto.)

Pero como esta determinación carecía del acuerdo de firmes voluntades que da la victoria, solo Calcis y Tebas socorrieron á la liga, que fué derrotada por Metelo, y Critolao perdió la vida en la última batalla de la libertad griega. Dieo, que se hizo cargo del mando, llamó á las armas á todos los ciudadanos; alistó á doce mil esclavos naturales del país é invitó á hombres y mujeres á llevar sus alhajas al erario público; pero el desaliento aumentaba más cada día; los unos imploraban la clemencia de Metelo; otros se suicidaban y otros se retiraban cobardemente al mismo tiempo que rechazaban las proposiciones de paz hechas por Metelo, que deseaba no dejar la gloria de la guerra á Mummio, enviado para reemplazarlo. Cual otro Leonidas, Dieo intentó defender el istmo con 614 soldados, y habiendo sido vencido distribuyó el veneno entre su familia y murió. Mummio tomó entonces á Corinto, ciudad opulentísima, vendió á los habitantes, incendió la villa y se llevó un inmenso botín.

Entre los aqueos desterrados á Italia se hallaba el historiador Polibio, que con su talento supo captarse en Roma la amistad de los personajes más influyentes y principalmente de los Escipiones, por cuyo medio obtuvo que se aliviase algún tanto la suerte de su país. Estaba en Africa con Escipión cuando tuvo noticia del asedio de Corinto y acudió presuroso para dar, si pudiese, algún auxilio á su patria, pero llegó para ser testigo de su desolación. ¡Cuánto debió afligirse aquel

griego, cuando presenció la barbarie del vencedor que dejaba en manos de la soldadesca las obras maestras de escultura, pintura y fundición, que hacían insigne á dicha ciudad, cuando vió jugar á los dados sobre un cuadro de Apeles, maravilla de los artistas, ponerse á subasta lienzos de Apeles y estatuas de Fidias! Atalo, rey de Pérgamo, ofreció 600.000 sextercios (1) por un cuadro, de o cual maravillado Mummio exclamó: "*Por fuerza estos lienzos poseen alguna virtud mágica*„, y quitándolos del marco los envió á Roma, recomendando á los conductores que se guardasen muy bien de estropearlos, so pena de ser condenados á rehacerlos.

Por decreto del senado, devoraron las llamas á Corinto, 952 años después de haber sido fundada por Aletes, descendiente de Hércules. Tal espanto causó este suceso en la liga, que ya no pensó en resistir al vencedor ni en aplacarlo.

Los confederados fueron reunidos en una gran llanura, rodeados por las legiones romanas, y después de tenerlos por algún tiempo en tan horrible espectativa, se les dijo que los corintios serían vendidos como esclavos, y los demás aqueos quedarían libres. Las tierras de Corinto, en su mayor parte fueron compradas por los de Sicione, se demolieron las murallas de las ciudades que habían servido al extranjero, se abolió el gobierno popular y toda la Grecia quedó reducida á provincia, aun cuando varias ciudades aisladas, como Atenas, conservaron alguna sombra de libertad.

En el furor de la victoría, un miserable acusó ante Mummio al difunto Filopémenes, como gran enemigo de los romanos, y solicitó que se derribasen sus estatuas. Polibio tomó su defensa y esta acción generosa de gratitud hacia su maestro hizo que los comisarios no sólo perdonasen las estatuas del valiente, sino que diesen á Polibio las de Arato y Aqueo, fundadores de la nación. Cuando fueron puestos en venta los lienzos de los que habían insultado á los embajadores romanos, los comisarios dejaron al arbitrio del historiador elegir lo que quisiese entre los despojos de Dieo, pero aquél rechazó la oferta diciendo que no era honrado enriquecerse á costa de las desgracias de sus conciudadanos. Su desinterés le valió el ser elegido para establecer el nuevo gobierno en las ciudades conquistadas, cargo que desempeñó con toda la humanidad posible, por lo cual se le erigieron diversas estatuas y una de ellas tenía la ins-

(1) Poco más ó menos 120000 pesetas.

cripción siguiente: "*En memoria de Polibio, que si hubiera sido escuchado, habría salvado con sus consejos á la Acaya, y que en el infortunio la consoló.*" (1)

(Siria.—Antíoco Eupator.)

Veamos ahora cual fué la suerte de los demás pueblos dominados por Alejandro. Antíoco IV, que falleció durante su marcha á Babilonia, dejó un solo hijo de nueve años, llamado Antíoco, bajo la tutela de su favorito Filipo, pero al llegar éste á Antioquía á encargarse de la regencia, la halló ocupada por Lisias, entablándose entre los dos príncipes una lucha que por muchos años debilitó el poder de los Seleucidas. Por otra parte, Demetrio, hijo de Seleuco Filopator, que desde la muerte de su padre había vivido como rehen en Roma, hizo presente al senado sus derechos y cuanto importaba á la Siria no tener un rey niño; pero su reclamación fué rechazada y prevaleció la opinión de los que tenían por más conveniente para Roma conservar en el trono á príncipes obligados á vivir en continua dependencia. En su consecuencia se nombraron tres tutores para el rey de Siria, como se había hecho con el de Egipto. Si el propósito del senado no hubiese sido ya bien claro, lo habría puesto en evidencia la orden que dió á los nuevos tutores para que quemaran todas las naves de cierto tamaño y desjarretasen á todos los elefantes (2).

Mientras que Lisias hacía la guerra á los macabeos, Filipo, de regreso de Egipto, ocupaba á Antioquía aspirando á la regencia. Lisias lo expulsó; pero entonces con gran sorpresa suya vió llegar diputados de Roma, ni solicitados, ni deseados, con la pretensión de que se les entregase la suprema autoridad. Desdeñando Octavio la escolta que le ofrecía Ariato, rey de Capadocia, y creyendo que bastaba el nombre de Roma, se adelantó sin dar siquiera aviso al regente; pero éste envió á su encuentro á un africano que lo mató.

Júzguese si el senado se mostraría ofendido. Creyendo Demetrio que aquella fuese una ocasión favorable para hacer valer sus derechos, lo consultó con el historiador Polibio, el cual le respondió: *¿Qué necesidad tiene un príncipe como tú de someterse como un niño á la voluntad de un senado compuesto de hombres ambiciosos é injustos? Rompe tus cadenas y serás rey.*

---

(1) Véase Pausanias, *Arcadia* 37; Polibio, XL, 10, 4

(2) Justino, XXXIV, 3; Polibio XXXI, 12; Apiano, *De Rebus Syriacis.*

(Demetrio Soter.)

Adoptando empero el consejo de un amigo más prudente, Demetrio pidió al senado que le concediese permiso para pasar á Siria; pero el senado desestimó su demanda á pesar de cuantas razones le expuso el príncipe, comprendiendo bien que siendo éste rey, no podría Roma manejar á su gusto la Siria. Demetrio huyó entonces en una nave cargada de ofrendas que los cartagineses expedían á Tiro, llegó á su país, donde fué proclamado rey, y Lisias y Eupator murieron en el cadalso. Aun cuando protestaba Demetrio que no ejercía su autoridad sino en nombre de la república romana, el senado que abrigaba sospechas envió agentes á vigilarlo; pero ora porque estuviese satisfecho de su conducta, ó más bien porque no le convenía romper con él, lo reconoció por rey.

Demetrio libró á los babilonios de la opresión que sobre ellos ejercían Timarco y Heráclides, hechuras de Antíoco Epífanes, lo cual le valió el sobrenombre de *Soter* ó *Salvador*. Avido de batallas, primero hizo la guerra á los hebreos; pero habiendo desistido, acaso por órdenes de Roma, cuya alianza habían pedido aquellos, atacó á Ariarato, rey de Capadocia, por favorecer á Holofernes, que pretendía aquella corona.

Es de advertir que Ariarato V, padre de Holofernes, había casado con Antioquida, hija de Antíoco el Grande, y que ésta creyéndose esteril y temiendo perder el afecto de su marido supuso dos hijos, que aquel recibió como si fueran suyos. Pero algún tiempo después, habiendo parido Antioquida verdaderamente, por amor á su hijo que era precisamente el Ariarto de quien venimos hablando, reveló todo lo sucedido á su marido, el cual envió al extranjero á los dos hijos supuestos. Uno de ellos se resignó al destierro, pero el otro, Holofernes, pidió apoyo á Demetrio, que irritado porque Ariarato había rechazado su alianza, lo apoyó y consiguió colocarlo en el trono de Capadocia. Desde este momento los reyes de Egipto y de Pérgamo fueron hostiles á Demetrio, y por otra parte llegó á disgustar á sus súbditos entregándose á una vida desenfrenada. Formóse, pues, una conjuración, favorecida por Atalo II, rey de Pérgamo, por Filometor de Egipto y por Ariarato que había recobrado la Capadocia. Por otra parte el senado romano continuaba mirando con recelo á un rey, que no le debía la corona.

(Alejandro Bala.)

Heráclides, expulsado de Babilonia por Demetrio,

según dejamos dicho, creyó poder sacar partido de estas hostilidades. Refugiado en Rodas, educó á un joven de bajo nacimiento para que se fingiese hijo de Antíoco Epifanes, y después lo presentó á los tres reyes y al senado romano, el cual aprovechó la ocasión de humillar á Demetrio, y aun cuando esta asamblea y toda Roma, como afirma Toribio, lo consideraban un impostor, se declaró formalmente que se le autorizaba para hacer valer sus derechos á la sucesión paterna (1).

Provisto de esta declaración se trasladó á Siria, y sostenido por tropas de Egipto, de Capadocia y de Pérgamo, ocupó á Tolemaida y reunió en torno suyo á los muchos descontentos. La solicitud con que Bala y Demetrio pidieron la amistad de la pequeña Judea, muestra cuan abatido estaba el país. Abandonado Demetrio de los romanos y de sus súbditos, fué á dejar á sus hijos en lugar seguro y luego presentó batalla campal á su adversario; pero fué vencido y muerto.

Al quedar así Bala dueño de la Siria, trató de sancionar la usurpación contrayendo matrimonio con Cleopatra, hija de Tolomeo Filopator; pero no comprendió que el mejor fundamento de los reinados es el amor de los súbditos, y los excesos de toda clase á que se entregó, en mayor escala aun que Demetrio, facilitaron al único hijo de éste el modo de recobrar la diadema. Cuando Bala tuvo noticia de la deserción de muchos súbditos, quiso probar la suerte de las armas, esperando recibir auxilio de Tolomeo; pero éste había sido ganado por Demetrio, á quien dió por fin á su hija en matrimonio, quitándola al usurpador. Se libró batalla á orillas del Oronte, y Filopator cayó herido; pero al oir que Bala había sido derrotado y al ver su sangrienta cabeza, experimentó aquél tal sensación de alegría, que murió en el acto.

(Demetrio II. Nicator.)

Quizá al prestar auxilio á Demetrio sólo se proponía obtener ventajas para sí, aspirando á recuperar la Celesiria y la Fenicia; pero con su muerte dejó á Demetrio por único señor. Una nación en donde con tanta facilidad pueden cambiarse las dinastías, tiene que ser necesariamente muy débil. Demetrio no supo conservar lo adquirido mejor que sus antecesores, y como monarca negligente abandonó las riendas del gobierno en manos de Lastenes, que ejerció la tiranía en Siria, hizo matar á todos los egipcios que Tolomeo había destinado de

(1) Polibio, XXXIII, 16.

guarnición á las ciudades marítimas, persiguió á los que habían trabajado contra su padre y depositó toda su confianza en los asalariados cretenses y en los judíos.

(Antíoco Teos. 144.)

Presentóse un nuevo usurpador, un tal Diodoto, apodado Trifón, que había sido muy querido de Bala, y que había recibido de éste el gobierno de Antioquía. Después de la caída de su gobierno, ocupó á Coracesio, fortaleza de la Celesiria, y desde allí expedía corsarios á robar gente, que después vendía en Delos á los romanos. Cuando vió la insensata conducta de Demetrio, excitó en su contra á Antíoco, hijo de Bala y de Cleopatra, y encontró apoyo en los descontentos sirios. Demetrio pidió auxilio á Jonatás, sumo pontífice de los hebreos, con lo cual volvió á la obediencia á los rebeldes de Antioquía; pero con las prescripciones les irritó, y con su perfidia disgustó á Jonatás, de suerte que Trifón ya preponderante, lo derrotó é hizo proclamar rey á Antíoco, llamado Teos (el Dios). Entonces comenzó la lucha entre los dos pretendientes, proseguida con diversa fortuna, pero con la misma inexperiencia por una y otra parte, valiéndose de las traiciones que irritan, en lugar de la leal generosidad que concilia y atrae.

En el calor de estas discusiones recibió Demetrio mensajes de las colonias griegas del Asia Superior, rogando que las librase de los partos, cuyas hordas habían inundado el Oriente, se habían enseñoreado del país situado entre el Indo y el Eufrates, perteneciente á un tiempo á la Siria, y prometiéndole que si se daba prisa á socorrerles, le suministrarían tropas para recobrar su antigua herencia y poder luego luchar con Trifón con fuerzas superiores.

(Prisión de Demetrio.)

Aceptó Demetrio estas proposiciones y no bien hubieron llegado los elimeos, los persas y los bactrianos, se acogieron á sus banderas, pero aunque la mayor parte de las veces derrotó á los partos, después en una emboscada fué hecho prisionero. Mitrídates, hijo de Priapacio, príncipe tan generoso como esforzado y prudente, paseó al real prisionero por las ciudades que aun se negaban á someterse, á fin de que la humillación del pretendido libertador las determinase á ceder, y después le dió la Hircania por residencia, con una grande asignación, y le concedió la mano de su hija Rodoguna. En aquella regia cárcel estuvo Demetrio diez años.

(Antíoco Sidetes, 137.)

Su primera mujer, Cleopatra, se retiró entonces á Seleucia; pero estimulada por los numerosos enemigos que el soberbio Trifón se había creado después de dar muerte á su pupilo, se casó con Antíoco Sidetes (*Expulsador*), joven y valiente hermano de su marido, el cual secundado por sus aliados los judíos quitó á Trifón el reino y la vida y ocupó tranquilamente el trono. Después de haber subyugado las ciudades de Siria que se la habían revelado, puso en movimiento contra la Partia un ejército que se enriqueció desmesuradamente á fuerza de extorsiones y saqueos; venció en tres batallas á Fraates, nuevo rey de aquellos pueblos, y, excepto la Partia, recobró todas las antiguas provincias sirias, cuyos habitantes acudían en tropel á alistarse en sus banderas.

Pero su ejército arrastraba en pos de sí un número infinito de mujeres, vivanderas y esclavos, cuya manutención y lujo gravaba con enormes gastos á las comarcas en que establecía sus cuarteles. Las cargas fueron tantas que los habitantes se conjuraron para matarlos á todos en el mismo día. Así se hizo, y Fraates exclamó sobre el cadáver de Antíoco: "*El vino y una confianza ciega aceleraron tu muerte. ¿Creías acaso que podrías poner el reino de Arsaces en una de tus enormes copas y bebértelo de un trago?* (1)

(Demetrio II.)

En el momento en que su situación era casi desesperada había pensado Fraates poner en libertad á Demetrio, que no llevaba á bien que su hermano le hubiese usurpado el reino y la mujer, y enviarlo á sublevar la Siria, á fin de obligar á Antíoco á regresar á su país; pero al ver que cambiaba la fortuna no volvió á pensar Fraates en tal proyecto, si bien Demetrio logró escapar y recobrar el cetro. Fraates acudía para sujetarlo, cuando una invasión de los escitas le obligó á atender á la defensa de su propio reino.

Los infortunios no habían madurado el juicio de Demetrio, y en vez de consolidar su autoridad, débil todavía, se mezcló en las discordias civiles de Egipto. Cleopatra repudiada por Tolomeo VII Fiscón la llamó para vengarla, prometiéndole la corona. Demetrio acudió al llamamiento y puso sitio á Pelusa; pero Fiscón lo obligó á retroceder sublevando en su contra á Alejandro Zebina, que se decía hijo de Bala y pretendía la corona.

---

(1) Posidonio de Apamea, en ATENEO, 53.—JUSTINO, XXXVIII, 10.

Derrotado Demetrio por este pretendiente cerca de Damasco, se refugió en Tiro, donde un traidor lo hizo matar. Después de su muerte se dividió el reino entre Cleopatra, su mujer y Alejandro Zebina.

Hemos traspasado los límites de esta época para llegar al fin de un imperio, tan poderoso antes, y decimos al fin, porque los partos habían ocupado el Asia Menor hasta el Éufrates, y los hebreos se habían emancipado de toda dependencia, de suerte que aquel reino se limitaba á la Siria, propiamente dicha, y á la Fenicia. Desde este momento la historia de los Seleucidas no ofrece más que una deplorable sucesión de guerras civiles, querellas domésticas y atroces crueldades. Los romanos veían con placer estas luchas intestinas, que aproximaban para ellos el instante de extender también la mano sobre aquel reino y convertirlo en una nueva provincia.

CAPITULO XVI

Tercera Guerra Púnica

Enorgullecida Roma de haber vencido á tantos enemigos, no encontraba ya á quien dominar más que á su rival Cartago. Las dos repúblicas habían convenido una paz, pero la política romana tendía á la guerra, y para ella le ofrecían fácil pretexto las quejas que por una y otra parte se cambiaban; porque haciendo sentir Roma á Cartago toda la maldición del *Vae victis*, alegaba sin cesar nuevos agravios, la ofendía y se quejaba cual suelen hacer los fuertes que oprimen. Cartago humillada y desarmada, se afanaba en vano buscando protección entre sus vencedores é invocando la justicia de un pueblo que no conocía otra sino la del interés y la de su medro.

(Masinisa.)

Masinisa, rey de Numidia, padre de cuarenta y cuatro hijos, anciano feroz y turbulento á quien la muerte parecía respetar, para desgracia de Cartago, iba engrandeciendo su poder, en menoscabo de esta. Astuto, ingenioso, sembraba la discordia entre ambas repúblicas y acusó á Cartago de haber dado auxilio á Aníbal, y Cartago, para disculparse, envió naves para perseguir á su general, confiscó sus bienes, destruyó su casa y notificó al senado una comisión que había dado á Ariston. Después, el rey númida afirmó que los cartagineses habían entablado relaciones con Perseo para aliarse con él; en efecto, los embajadores enviados de Roma,

adquirieron la certeza de que el senado cartaginés había recibido, de noche, en el templo de Esculapio, á los enviados del rey macedonio. Después que Masinisa excitó en Roma todos estos recelos contra su rival, ocupó á Emporio, país marítimo inmediato á la pequeña Sirta, y cuando los cartagineses reclamaron, los diputados de Roma enviados para averiguar el hecho, dieron la razón al rey númida. Poco después invadió éste otra provincia, y, en seguida, enviado Escipión Africano á terminar las diferencias, no quiso por la justicia disgustar al aliado. Sin embargo, en el año 181, Roma prometía conservar la integridad de su territorio á los cartagineses, pero no pasó mucho tiempo sin que el númida ocupase otra provincia y setenta ciudades ó aldeas, y Roma no hizo nada para impedírselo.

Cuando la guerra contra Perseo, Masinisa auxilió á los romanos, y fué recompensado; los cartagineses ofrecieron hombres, naves y víveres, y ésto se consideró como un acto de temor y envilecimiento. Temiendo, sin embargo, que, desesperados, se uniesen á los macedonios, Roma les envió al censor Catón á componer las diferencias; pero se mostró tan parcial é inflexible que los cartagineses recusaron su arbitraje.

Aquel severo y orgulloso censor no olvidó la afrenta, y fuese por ésto ó por celos de los Escipiones, á quienes veía preponderar en el senado, no cesaba de aconsejar la destrucción de Cartago. Los Escipiones, ora porque les conviniese que subsistiera aquel vivo trofeo de su gloria, ó porque temiesen, como decían, que Roma se debilitara al cesar la inminencia del peligro, se oponían á la ruina de la ciudad rival. Por el contrario, el censor se esforzaba por convencer á sus conciudadanos del riesgo que ofrecían la corta distancia y la creciente población de Cartago, y en todos los discursos que pronunciaba en el senado, fuese cualquiera el asunto, concluía siempre diciendo: "*Opino, además, que se debe destruir á Cartago.*„

Quien conociese á Roma podía prever que acabaría por tomar el partido más violento, tanto más, cuanto que la ciudad fenicia contribuía á facilitar con sus obras el triunfo de su implacable enemiga.

(Decadencia de Cartago.)

Aquí debemos detenernos un poco á meditar sobre la decadencia de aquel Estado; pues la caída de las repúblicas instruye mucho más que la de los imperios. Estos, á veces, se arruinan ó se mantienen por efecto de las virtudes ó errores personales, de la incapacidad ó

habilidad de un monarca; pero la prosperidad ó la ruina de las repúblicas, proviene de causas más generales y profundas.

Cartago que fué tan grande y que pereció en tiempos de tanta luz, llama particularmente nuestra atención; pero la falta de historiadores nacionales nos obliga á inquirir en otra parte las noticias de la memorable catástrofe. Atento Tito Livio á la pomposa apariencia y á ensalzar á Roma, estudió muy poco la constitución interior de la ciudad enemiga. En este punto le superó Polibio que, contemporáneo y adicto á los Escipiones, pudo examinarla á fondo; pero, seducido también por la grandeza, se complace en admirar á Cartago mientras rivaliza con Roma, y después, apenas menciona el intervalo transcurrido entre la guerra de los mercenarios y el principio de la tercera guerra púnica. De Diodoro no restan más que fragmentos, pero preciosos, y que comparados con Apiano, nos permiten ver las causas de los desastres de aquella república (1).

(Venalidad de los cargos.)

El engrandecimiento de Roma y los celos contra la familia de Barca, no bastan, ni con mucho, para explicar la debilidad de Cartago; la causa de esta debilidad, es preciso buscarla en su misma constitución. En primer lugar debió de serle funesta la venalidad de los cargos más elevados, que excluyendo al hombre digno, corrompía á los electores y daba ocasión á acumular en una misma persona dignidades y facultades que importaba tener separadas y en una dependencia mutua. Verdad es que en una república aristocrática como era Cartago, los nobles tenían interés en conservar la constitución interior y no trataban de destruírla, como hubieran podido, y no parece que hasta la época de las guerras con Roma se alterase en ellas gran cosa la organización política, pues la autoridad del senado seguía siendo respetada y no se habló nunca de facciones.

(Facciones.)

Este azote de las repúblicas nació ó se desarrolló en la guerra de los mercenarios. La familia de Amílcar Barca, destinada á dar á su patria un poder de jigante y después á conducirla á su perdición, comenzó entonces á combatir con Hannón, y los odios se exacerbaron de suerte que, con trabajo, pudieron obtener 30 senadores que se apaciguasen en lo más inminente del peligro,

(1) Véase especialmente el libro XXV de DIODORO, los libros VII y VIII de APIANO, y HEEREN, *Ideen, etc.*

A. Silla. — **B.** Casco de guerra. — **C.** Agujas para el cabello. — **D.** Objeto de cerámica. — **E.** Carro de circo. — **F.** Trompeta de gladiador. — **G.** Braserillo.

hasta que se calmara aquel desgraciado tumulto de los mercenarios.

Luego que este peligro cesó, renacieron las contiendas, y Amílcar se dedicó á sostener el pueblo rodeándose de gente turbulenta y perversa, con lo cual y con el crédito que había ganado con las victorias, dió una sacudida al senado que con todo su poder se dedicó á contrariarlo. Viendo Barca que no era bastante fuerte para dominar, aconsejó la guerra, en la cual era necesario su brazo. Invadió la España, y los tesoros que remitió desde allí le valieron para justificar el consejo y lo hecho, y avivaron el deseo de conquistar toda la península, para compensar la pérdida de Cerdeña y Sicilia y los perjuicios que ocasionaba á Cartago la competencia comercial en el Mediterráneo.

Sin embargo, así como la posesión de la América debía perder á España, del mismo modo la conquista de ésta resultó desastrosa para Cartago. Las inmensas riquezas que de allí sacaba, además de corromper á los nobles y al pueblo, preparaban al general conquistador el medio de comprar á la plebe y al senado y de encaminar á su voluntad los negocios públicos. Durante los nueve años que residió Amílcar en España, cuya parte más rica subyugó, se mantuvo fuerte en su patria, y nadie hubiera podido impedirle derribar la constitución, si la muerte no se hubiera opuesto á sus proyectos.

Siguió sus pasos su yerno Asdrúbal, que fundó en España una nueva Cartago (*Cartagena*), desplegó regia pompa, se casó con la hija de un rey del país, y en todos sus actos, dió muestras de que aspiraba á hacer de España un Estado independiente. Un asesino libró á Cartago de este temor.

El partido de Hannón que no quería que su patria se durmiese á la vista de un peligro inminente, propuso que se llamara á juicio á los que habían sido seducidos por los donativos de Amílcar y de Asdrúbal, y ya iban á nombrarse unos magistrados semejantes á los inquisidores de Venecia para descubrir las maquinaciones de los Barcas, cuando Aníbal lo evitó astutamente pidiendo permiso para la expedición contra Roma.

El pueblo, partidario en un principio de los Barcas y después receloso de su prosperidad, al ver las asombrosas campañas de Aníbal, volvió á favorecerles y á sostenerlos contra el senado; pero los negociantes ricos, que por naturaleza repugnan la guerra, y los sabios que conocían el interés de su patria, se ponían de acuer-

do para procurar que la expedición á España y á Italia no llevase más objeto que el logro de una paz noble y ventajosa con Roma. No era, pues, pura envidía la que movia á Hannón á oponerse á una guerra, cuyo único resultado debía ser el engrandecimiento de la familia Barca. Pero la generosa obstinación de Roma y los manejos del partido contrario no permitieron nunca que se entrase en negociaciones, hasta el momento en que estaba ya mal parada la causa cartaginesa. El desembarco de Escipión en Africa, los desastres de Magón, de Asdrúbal y de Aníbal entre los Pirineos y los Alpes, y por último la derrota de Zama, destruyeron el poder de los Barcas é hicieron prevalecer el partido de los que aconsejaban la paz.

(Reforma de Aníbal).

Sin embargo, estos reveses no fueron obstáculo para que los Barcas contasen con autoridad en el senado. Aníbal, desde el mando del ejército, pasó á ponerse al frente del gobierno y lo reformó á su capricho, reduciendo las magistraturas de perpétuas que eran á anuales. Pero del mismo modo que la poda de un árbol lo rejuvenece si aún tiene jugo y lo mata si ya está decaído, así las reformas aumentan la vitalidad de los Estados que son todavía capaces de vigorizarse, pero ocasionan doble mal á los que se hallan en su decadencia, porque trastornan las bases, aunque débiles, en que apoyaban las instituciones y provocan el descontento hasta tal punto que cada cual teme más que al enemigo común al suyo particular. Esto sucedió en Cartago, donde á la sazón se exasperaron las facciones, dividiéndose los ciudadanos en tres partidos: el romano, el númida y el nacional. Este último era el menos numeroso tanto que cuando Aníbal se expatrió, no se supo encontrar quien lo acaudillase para elevados fines.

(Ambición de conquistas).

Generalmente cada nación tiene una vocación particular; las unas se dedican al tráfico, las otras á la guerra; éstas buscan gloria, aquéllas riquezas: y á tales objetos se dirigen la educación y las instituciones, y según ellos se forma el espíritu público. Los pueblos comerciantes quieren extender sus dominios por medio de relaciones pacíficas, los otros por las armas; aquéllos establecen escalas, desarrollan el comercio, hacen cambios, satisfacen las necesidades de los diferentes países; estos quieren territorio, súbditos, y tributos; los primeros buscan el interés privado, los otros el público y la gloria. Si los unos aspiran á la suerte de los otros, po-

nen en riesgo su propia salud, y el ejemplo de la moderna Inglaterra no podría ser más que una excepción, aún cuando la cuestión estuviese definitivamente juzgada.

Así mientras Cartago extendió su poder por medio del comercio, como había aprendido de Tiro, su metrópoli, logró segura prosperidad y en cuatro siglos se hizo señora de los mares, capital de Africa y fué rica, respetada y pacífica. Pero cuando le entró la ambición de las conquistas, en vez de captarse por medio del comercio la amistad de sus vecinos, como hubiera debido hacer, se atrajo su aborrecimiento por medio de la guerra. Sus buques destinados á usos bélicos cesaron de conducir útiles mercancías; los gastos del ejército consumían los caudales que el comercio llevaba al erario; y la nación se vió en la necesidad de abandonar los negocios mercantiles, si el espíritu marcial prevalecía ó en el caso contrario, de tomar extranjeros á sueldo. Los ciudadanos no bastaban para tan grandes guerras y las ciudades súbditas proporcionaban de mala gana los ejércitos. Verdad es que comprándose soldados y capitanes no se arrebataban los brazos á la industria ni á la agricultura y que el dinero remediaba las pérdidas de hombres, pero como estos no luchaban por la patria, podían hacerse tiranos, ó desertar al enemigo, ó convertirse en instrumento peligroso en manos del general que quisiese atentar á la libertad.

Cartago trataba con dureza á los indígenas vencidos asociándolos solamente á las cargas y á las fatigas y no considerándolos como colonos, sino como verdaderos dependientes, que no participaban de los frutos de la agricultura ni de la industria. Por el contrario Roma, que á lo menos dejaba apariencias de derechos á sus conquistas, concedía á los vencidos el nombre de colonos ó aliados. Cartago era, pues, aborrecida de sus súbditos; los númidas estaban siempre dispuestos á revelarse; Ultica se insurreccionó; otros de los oprimidos constituyeron nuevas potencias; y como si se viese obligada Cartago á impedir que las colonias de Africa se fortificasen, dejó abierta la puerta al primer conquistador que se presentase.

El resultado más funesto de la ambición guerrera de Cartago fué el ponerse en lucha con los romanos. En el momento de la ruptura parecía que todas las circunstancias eran propicias á la ciudad africana, ciudad rica, poderosa en el mar; dueña de media Sicilia y de otras islas del Mediterráneo, donde podía desembarcar con fuerzas

considerables en los puertos de su indefensa rival. Pero Roma, á fuerza de guerras, cobra vigor y crece, asimilándose los vecinos y extendiendo á lejanos países sus dominios, y no pudo quedar duda alguna acerca del éxito de la gran contienda al que observase la diferencia de costumbres y de constitución. Los romanos son guerreros desde la infancia ó se avezan á las armas en los útiles trabajos del campo; los cartagineses comerciantes son educados en el mostrador y en las especulaciones, y para ellos todo medio de lucro era bueno y ambicionado, porque llevaba al poder; al contrario, los romanos se gloriaban de despreciar el oro y de sufrir dignamente su pobreza; Cartago confiaba en los aliados y en el dinero; Roma sólo tenía fe en sí; y mientras ésta se mantenía inmóvil sobre su roca, aquélla se deslizaba sobre arena de oro (1). Faltaba, pues, á los cartagineses ese valor desesperado que da las victorias ó repara las derrotas; vencidos, temían perderlo todo y se humillaban, mientras que los romanos, que nada tenían que perder, sacaron á subasta, cuando mayor era el peligro, el terreno en que Aníbal estaba acampado y cuando este general les propuso la paz, le respondieron: *Sal de Italia y entonces trataremos.* Las derrotas de Roma no alteraron su constitución; la de Cartago sí. Después de la batalla de Zama, restringido el poder de los magistrados, predominó el pueblo, abandonado á sus ímpetus naturales, mientras que en Roma decidía de las cosas públicas un senado astuto y calculador. Ciertamente que abundaron en Cartago los buenos generales, y á las dotes personales de éstos debió el haber puesto en duda alguna vez la decisión de la fortuna; pero la educación no se dirigía allí principalmente á formar héroes; no se reservaba á los vencedores la solemnidad de los triunfos en medio de las victorias; sus generales veían paralizadas sus operaciones por los celos ó el cálculo mercantil que negaban los esfuerzos necesarios y debían mirar con espanto la derrota que los sometía á un proceso; y la ignominia de la cruz estaba siempre á la vista del general, cuando meditaba un plan de batalla. Róma, por el contrario, salió al encuentro del cónsul vencido en Cannas, le dió las gracias por no haber desesperado de la salvación de la patria, se desprendió de cuanto tenía y despojó á los templos y á las mujeres para procurarle un

(1) La comparación que hace Polibio entre la constitución romana y la de Lacedemonia y Cartago merece ser consultada libro VI, cap, XLVIII y sig.)

nuevo ejército.

Y el nuevo ejército venció. Rechazado Aníbal d Italia, no pudo mantenerse ni aún en su patria, y Carta go, de humiliación en humillación, daba aliento á sus enemigos para derribar sus propias murallas. El partido de la causa nacional tenía que luchar contra la facción romana; y contra la que con sutilezas encubría ó excusaba las usurpaciones de Masinisa; pero la audacia cada vez mayor del rey númida, hizo cobrar valor á la facción nacional, y expulsó á sus partidarios. Dióse Masinisa por agraviado y se preparó para tomar venganza; y si bien los cartagineses cansados de su largo sufrimiento se deciden á recurrir á las armas, la fortuna les fué adversa, porque el nonagenario monarca, sostenido por sus nietos Jempsal y Aderbal, sitió su ejército, lo redujo al hambre, y le mató 58.000 hombres. Roma había enviado embajadores con el encargo de que, si Cartago vencía, le intimasen á que depusiese las armas y se mantuviese en paz; y en caso de ser vencida, animaran al númida á proseguir su obra. Así lo hicieron, y mientras Cartago compraba con nuevas cesiones la compasión de Masinisa, y condenaba como reos de Estado á los consejeros de aquella guerra, Catón se presentaba ante el senado de Roma y, sacando de debajo de la toga unos cuantos trigos recién cogidos, decía: *Hace tres días que estos frutos estaban pendientes de las ramas en los jardines de Cartago, y ¿toleraréis qne subsista tan cerca de vos una ciudad semejante?*

(Declaración de guerra á Cartago. 149)

¡Extraña razón para destruir á un vecino! Per o pre valeció, y Roma significó á Cartago que había violado la paz y que se dispusiera á recibir el castigo. Los cónsules L. Marcio Censerino v M. Manilio Nepote, se pusieron en marcha con 80.000 infantes, 4.000 caballos, 50 galeras de cinco órdenes de remos, y una cantidad innumerable de naves de transporte, y la orden de no detenerse hasta que Cartago quedase destruída. Co nvencidos los cartagineses de la imposibilidad de resistir el ataque, expidieron nuevos embajadores con plena autorización para aceptar toda clase de condiciones y hasta para someterse á lo que determinasen los romanos *con tal que se conservara la ciudad;* pero los cónsules quecrecían en orgullo á medida que veían envilecerse á su reival, pidieron que en el plazo de treinta días se les entregasen trescientos rehenes de las primeras familias, como garantía de que los cartagineses se someterían en absoluto á la decisión de los cónsules.

La condición impuesta pareció durísima, y sin embargo se sometieron, y entre el llanto de los padres y el horror de los hombres generosos, partieron los trescientos rehenes. Los cónsules se reservaban dar á conocer la voluntad del senado cuando llegasen á Utica, y ya en esta ciudad, temiendo que el exceso de las exigencias condujese á los cartagineses á la desesperación, propusieron una á una las condiciones, pidiendo primero que se proveyese de grano al ejército, luego que se les entregasen todas las galeras de tres órdenes de remos, después todas las máquinas de guerra, y por último todas las armas. Se entregaron 2.000 máquinas y 200.000 armaduras completas; bien perdidas verdaderamente, si no habían de usarlas los cartagineses para la última defensa de sus hogares.

Cuando los cónsules vieron á los cartagineses desarmados é incapaces de sostener un sitio, les intimaron que desocupasen la ciudad, porque iba á ser demolida y los habitantes trasladados á tres millas del mar. Los embajadores recordaron entonces á los cónsules que Roma se había comprometido á respetar la ciudad, pero éstos respondieron que en su lengua *civitas* significaba los habitantes y no las habitaciones (1).

(Asdrubal.)

Los cartagineses permanecieron algún tiempo aterrados, afligiéndose y desconsolándose; unos deplorando haber dado á sus hijos en rehenes, otros maldiciendo á sus antepasados que no habían preferido una muerte gloriosa á los humillantes tratados á que se habían sometido. Avergonzándose luego de sí mismos, trocóse su terror en ira desesperada, y resolvieron no abandonar su patria. Convirtiéronse en armas los metales que quedaban, todos los talleres se hicieron armerías; cada día se hacían cien escudos, trescientas espadas, quinientas lanzas, mil dardos; las mujeres se cortaron las trenzas para hacer las cuerdas de las ballestas y los esclavos fueron puestos en libertad. Asdrubal, jefe de la facción nacional, que maltratado de los suyos y desterrado acudía con 20.000 hombres á

(1) El propio Rollin, apasionado admirador de la equidad romana, se afana inutilmente por encontrarla en estas infames atrocidades, y no puede menos de decir: «A MI JUICIO, no se reconoce en esto el antiguo caracter de los romanos, aquella grandeza de alma, aquella nobleza, aquella rectitud, aquel declarado alejamiento de las bajezas, de los engaños, de los disfraces, que no son propios, como alguien dice, del genio romano.»

poner sitio á la ciudad, se reconcilió con sus compatriotas, redujo á la obediencia la población del campo, rechazó á los cónsules é incendió la escuadra romana. Cartago, reanimada, concibe una nueva esperanza, la de sucumbir á lo menos con honor. Aunque los romanos emplearon en contra de aquella ciudad toda clase de máquinas de sitio y la combatieron, si hemos de creer á Apiano, con un ariete movido por 6000 infantes y con otro empujado por infinito número de remeros, la habilidad de Asdrubal y el valor de los cartagineses contrarrestaron los esfuerzos de los sitiadores.

Parece que la victoria en las diferentes guerras púnicas iba unida al nombre de los Escipiones. Emiliano, hijo de aquel Paulo Emilio que había vencido á Perseo, había sido adoptado por Escipión Africano y elevado al consulado antes de tener la edad para ello. Enviado al Africa, á su llegada salvó al ejército próximo á perecer, recogió la herencia de Masinisa, que acababa de morir, tomó el barrio de Cartago que se llamaba Megara; extendió las líneas de circunvalación al través del istmo que la unía á la tierra firme, levantó una elevada muralla, con torres desde donde podía ver cuanto ocurría en Cartago, y después, apelando á los ritos sagrados, profirió contra la ciudad la fórmula de imprecación (1) para atraer sobre ella la cólera de los dioses, y para consagrar á la venganza de las Furias á todo el que osase resistir á Roma.

Reducidos los cartagineses al extremo, quisieron hacer el último esfuerzo: hombres, mujeres y niños trabajaron sin descanso, abrieron á través de las rocas una nueva salida á su puerto y lanzaron contra los romanos

---

(1) Macrobio (*Saturnales*, III, 9) nos ha trasmitido la fórmula que empleó Escipión para evocar á los dioses de la villa sitiada: «Si hay un dios, si hay una diosa, bajo cuya tutela estén la villa y el pueblo de Cartago, yo te ruego, yo te juro y te pido como gracia, ó gran dios que has tomado bajo tu tutela á esta villa y á este pueblo, que abandones el pueblo y la villa de Cartago, que desiertes de todas sus casas, templos ó lugares sagrados y que te alejes de ellos; que inspires á ese pueblo y á esa villa el temor, el terror y el olvido y, luego de haberlos abandonado, que vengas á Roma á mi morada y á la de los mios. Que nuestras casas, nuestros templos, nuestros objetos sagrados y nuestra villa te sean más gratos y convenientes, de tal modo que sepamos y comprendamos que en lo sucesivo tu eres mi protector, el del pueblo romano y el de mis soldados. Si así lo hicieres, hago voto de fundar templos é instituir fiestas en tu honor.»

una nueva escuadra construída con las maderas de sus demolidas casas. Otros se dirigieron á nado hasta las máquinas de los romanos, y saliendo de pronto de las aguas, encendieron antorchas y prendieron fuego á los instrumentos de guerra de los sitiadores, poniéndoles en fuga con espanto.

(Destrucción de Cartago.)

Sin embargo, Escipión triunfó y entró por asalto en Cartago, cuyos ciudadanos se defendieron de calle en calle, de casa en casa, durante seis días y seis noches, y llenaron con sus cadáveres la patria agonizante. 50.000 encerrados en la ciudadela de Birza pidieron y obtuvieron la vida. Los desertores refugiados en el templo de Esculapio, presintiendo la suerte que les aguardaba, incendiaron su asilo y en él perecieron. El general Asdrúbal, que había dirigido valerosamente los esfuerzos de sus conciudadanos, que siempre que se proponían condiciones y contestaba Roma que se demoliera Cartago, protestaba diciendo: "*No; mientras yo viva, no verá el sol la destrucción de mi patria*„, no supo conservar la energía en los últimos momentos, y desalentado se postró ante el vencedor; pero su mujer, que había permanecido con los últimos defensores, no queriendo sobrevivir á la ruína de su patria y á la cobardía de su esposo, subió á lo más alto del templo, vestida con sus ropas más lujosas, y después de maldecir la traición de su marido, se precipitó con sus hijos en las llamas.

De los 700.000 habitantes que tenía Cartago, la mayor parte habían perecido, y el resto fueron llevados á Italia y dispersados por las diversas provincias. Cuatro millones cuatrocientas setenta mil libras de plata adornaron el triunfo de Emiliano, que entonces recibió el sobrenombre de Africano, como su abuelo adoptivo (1). Muchas obras maestras de arte, entre ellas el toro de Falaris se restituyeron á la robada Sicilia; se dieron al rey de Numidia las bibliotecas, á excepción de los libros de Magón sobre agricultura, que se llevaron á Roma y se tradujeron; todas las ciudades favorables á Cartago fueron desmanteladas; las contrarias aumentaron su territorio; se dió á los uticenses el país comprendido entre Cartago é Hipona, todos los africanos sometidos pagaron su tributo anual, y el Estado de Cartago quedó

(1) La historia lo bautizó con el nombre de Africano segundo, *Africanus minor* ó *junior*, para distinguirlo del Escipión vencedor de Aníbal á quien denominó Africano primero, *Africanus prior* ó *major*.

reducido á provincia de Africa. Cumpliendo órdenes de senado, condujo Escipión el arado alrededor de las murallas, renovó las imprecaciones rituales que debían atraer sobre la causa vencida la enemistad de los dioses y después entregó la rival de Roma á las llamas, que en diecisiete días la consumieron.

Así, después de siete siglos y medio de existencia y dos de lucha contra Roma, fué exterminada Cartago sin objeto ni razón. Este acto de bárbara crueldad formó la gloria de la familia de los Escipiones, hombres humanitarios y cultos y que siempre se habían opuesto á semejante barbarismo; él fué el título de gloria de Emiliano, personaje tan alabado por su blando carácter y á quien Cicerón eligió como principal interlocutor en el diálogo *De la República*. De él se decía que no había hecho nunca acción ni dicho palabra que no fuesen dignos de alabanza; pero Roma no se asimiló nunca las ideas de gloria y de humanidad, y todo lo que no era romano carecía para ella de importancia.

Viendo Escipión el desastre de una ciudad tan poderosa, quedó absorto en sombrío silencio, y suspirando luego, exclamó como el Héctor de Homero: "Llegará un día en que caerán los sagrados muros de Ilión, y Priamo, y toda su raza." Preguntado por Polibio lo que entendía por Ilión y por raza de Priamo, él, sin nombrar á Roma, respondió que quería decir que los Estados más poderosos declinan y perecen empujados por el destino (1).

Podría creerse que debía producir gran cambio en el comercio del mundo la caída casi contemporánea de las dos ciudades más traficantes, Corinto y Cartago; pero Rodas y Alejandría se habían atraído ya los principales negocios, y Útica sucedió á su antigua dominadora.

Aunque los romanos maldijeron á todo el que edificase sobre las ruinas de Cartago, al cabo de 24 años fué enviado Cayo Graco á establecer allí una colonia, y se reedificó la ciudad en tiempo de Augusto. En tiempos del emperador Gordiano, Herodiano (2) la llama tan grande y populosa, que sólo cedía á Roma, y rivalizaba con Alejandría. Ausonio (3) la coloca en cuarto lugar, después de Roma, Constantinopla y Antioquía, y Salviano cita su grandeza poco antes de la época en que los vándalos la invadiesen, y su acueducto, el anfiteatro, el circo, el gimnasio, el pretorio, el teatro, los tem-

(1) Apiano, VIII, 132; Eutropio, IV, 6.
(2) Herodiano, VII, 6.
(3) Ausonio, CCCCIV, 34.

plos de Esculapio, de Astarté, de Saturno y de Apolo, sus basílicas y sus plazas. Por último, los sarracenos la destruyeron por completo en el siglo séptimo, y del mismo modo que Mario se había sentado en otro tiempo sobre sus primeras ruínas para meditar su venganza, San Luís fué á morir en medio de sus nuevos restos, reflexionando acerca de la insignificancia de las cosas humanas y fortificando su alma con esperanzas inmortales.

FIN DEL TOMO QUINTO

INDICE

LIBRO IV

Epoca cuarta.

Guerras Púnicas (323 á 154 a J. C.)

Pág.

CAPÍTULO I.—*Sucesores de Alejandro.* 5
Familia de Alejandro.—Sus generales. 7
Primer reparto. 8
Grecia. 8
Corrupción. 9
Guerra lamáica. 11
Eumenes. 13
Muerte de Olimpia. 17
Antígono y Demetrio. 17
Era de los Seleucidas. 18
Demetrio Poliorcetes.—Atenas. 20
Batalla de Chipre. 21
Guerra de Rodas. 22
Batalla de Ipso. 28
Casandro. 29
Pirro. 29
Muerte de Demetrio. 30
Influencia macedónica. 31
CAPÍTULO II.—*La Siria.—Los Seleucidas.* 32
Sandracoto. 32
Los Galos. 34
Antíoco Teos. 35
Los bactrianos. 36
Los partos. 38
Seleuco II. 38
Seleuco III. 39
CAPÍTULO III.—*Los Lagidas en Egipto.* 40
Tolomeo Soter. 41
Riquezas. 43

Índice

Pág.

Comercio. 41
El faro de Alejandría. 44
Museo. 45
Tolomeo II. 46
Tolomeo III. 50
Tolomeo IV. 52
Tolomeo V. 52
Capítulo iv.—*Macedonia y Grecia.* 53
Los tracios. 53
Los galos. 55
Antígono Gonatas. 58
Muerte de Pirro. 59
Sistema militar. 59
Liga aquea. 62
Sicione. 64
Arato. 64
Sicione libertada. 64
Demetrio II.—Antígono II. 66
Decadencia de Esparta. 66
Ages III. 69
Cleomenes. 70
Muerte de Cleomenes. 71
Mujeres espartanas. 72
Guerra de las dos ligas. 73
Capítulo v.—*Magna Grecia.* 74
Tarento. 74
Pirro en Italia. 75
Capítulo vi.—Africa.—*Cartago.* 80
Cartago. 84
1.ª época: Fundación de Cartago. 86
Comercio marítimo. 94
Comercio terrestre. 95
Fuerzas militares. 96
Rentas. 98
Religión. 98
Constitución. 100
Costumbres y civilización. 102
Capítulo vii.—*Primera guerra púnica.* 104
Primer tratado entre Cartago y Roma. 105
Segundo tratado. 106
Tercer tratado. 107
Primera guerra púnica. 108
Atilio Régulo. 110
Paz de las islas Ægates. 114
Capítulo viii.—*Engrandecimiento de Roma.* 114

Indice

Pág.

Las provincias romanas.. 114
Guerra contra los ilirios.. 114
Los galos. 115
Liga etrusco-sammita. 115
Capítulo ix.—*Segunda guerra púnica.* 118
Guerra de los mercenarios. 118
Asdrubal. 120
Aníbal.. 120
Sagunto. 121
Paso de los Alpes. 122
Victorias del Tesino y del Trebia. 124
Victoria de Trasimeno. 124
Victoria de Cannes. 125
Situación de Aníbal,. 125
Toma de Siracusa 129
Toma de Capua.. 130
Ejército de España. 130
Publio Cornelio Escipión. 130
Asdrúbal en Italia. 131
Escipión en Africa.—Sonofisba. 132
Vuelta de Aníbal al Africa. 133
Paz con Cartago. 134
Reformas de Aníbal.. 134
Capítulo x.—*Guerras de Roma en Europa y en Asia* . . 135
Galia. 135
Oriente. 137
Macedonia. 138
T. Q. Flaminino 139
Libertad proclamada. 140
Antíoco III.. 143
Seleuco IV. 147
Los gálatas.. 147
Mujeres gálatas. 148
Capítulo xi.—*Roma en el interior.* 149
Ennio. 152
Nevio. 153
Catón el Antiguo. 154
Acusaciones conta los Escipiones. 157
Muerte de Escipción el Africano. 158
Política. 158
Capítulo xii.—*Los aqueos.—Segunda guerra macedónica.* . 159
Filopémenes. 159
Muerte de Filopémenes. 161
Macedonia. 161
Perseo. 162

Pág.

Paulo Emilio. 165
Triunfo de Paulo Emilio. 166
Muerte de Perseo. 167
CAPÍTULO XIII.—*Consecuencias de la guerra macedónica.* . 168
Rodas. 168
Terremoto de Rodas. 168
Tolomeo Epifanes. 170
Tolomeo Filometor. 173
Sirio. 174
Antíoco IV. 174
Fiestas en Dafne. 175
CAPÍTULO XIV.—LOS HEBREOS. 177
Esdras. 178
Nehemías. 179
Alejandro en Jerusalén. 180
Samaritanos. 181
Sectas. 181
Justos, Caraítas, Saduceos. 182
Asideos, Fariseos, Esenios. 183
Tradicionalistas y escribas. 184
Versión de los LXX. 185
Onías. 188
Menelao. 189
Judas Macabeo. 190
Jonatás. 191
Juan Hircano. 191
Janeo. 192
Aristóbulo. 193
CAPÍTULO XV.—*Sumisión de la Grecia.—Envilecimiento de la Siria.* 194
Tercera guerra de Macedonia. 196
Pseudo Filipo. 196
Sumisión de Macedonia. 197
Toma de Corinto. 199
Siria.—Antíoco Eupator. 201
Demetrio. 202
Alejandro Bala. 202
Demetrio II. Nicator. 203
Antíoco Teos. 204
Prisión de Demetrio. 204
Antíoco Sidetes. 205
Demetrio II. 205
CAPÍTULO XVI.—*Tercera Guerra Púnica.* 206
Masinisa. 206
Decadencia de Cartago. 207

Indice

	Pág.
Venalidad de los cargos.	208
Facciones.	208
Reforma de Aníbal.	210
Ambición de conquistas..	210
Declaración de guerra á Cartago..	213
Asdrubal.	214
Destrucción de Cartago..	216

FIN DEL ÍNDICE

CASSÓ HNOS
EDITORES
VALENCIA, 263
BARCELONA